

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



MEMORIAS

[2022]

ISSN: 2683-3328

TOMO
XLVIII



MEMORIAS
[2022]

Comité editorial

Gonzalo Celorio
Concepción Company Company
Adolfo Castañón
Felipe Garrido
Fernando Serrano Migallón
Alejandro Higashi
Aurelio González Pérez†

Agustín Herrera
Secretario

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



TEXTOS DE:
Roger Bartra
Gonzalo Celorio
Concepción Company Company
José Luis Díaz Gómez
Julieta Fierro
Javier Garcíadiego
Felipe Garrido
Tarsicio Herrera Zapién
Alejandro Higashi
Hugo Hiriart
Patrick Johansson K.
Jaime Labastida
Yolanda Lastra
Pedro Martín Butragueño
Rodrigo Martínez Baracs
Eduardo Matos Moctezuma
Vicente Quirarte
Sergio Ramírez
José Luis Ramírez Luengo
Jorge Ruiz Dueñas
Gabriel Trujillo Muñoz
Diego Valadés

MEMORIAS [2022]

ISSN: 2683-3328

TOMO XLVIII

VIDA ACADÉMICA

DISCURSOS DE INGRESO

HOMENAJES

LECTURAS ESTATUTARIAS

VIDA INSTITUCIONAL

MISCELÁNEA

MEMORIAS [2022], tomo XLVIII, año XIII Nueva época, es una publicación anual editada y distribuida por la Academia Mexicana de la Lengua, A. C., a través de su Gabinete Editorial. Calle Donceles 66, colonia Centro, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06010, teléfono (55)5208-2526, www.academia.org.mx, editor@academia.org.mx. Editor responsable: Agustín Herrera Reyes. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo número: 4-2021-040912540500-102. ISSN: 2683-3328, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Licitud de título y contenido número: 17 642, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Permiso Sepomex: en trámite. Impresa por Mujica Impresor, S. A. de C.V., Camelia 4, Col. El Manto, alcaldía Iztapalapa, 09830 Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en marzo de 2023 con un tiraje de 100 ejemplares.

D. R. © 2023 Academia Mexicana de la Lengua, A. C.
Donceles 66, Col. Centro, Alcaldía Cuauhtémoc,
C. P. 06010, Ciudad de México

Conmutador: (+ 52 55) 5208 2526
C. e.: academia@academia.org.mx
editor@academia.org.mx
Sitio electrónico: academia.org.mx

Esta publicación cuenta con el apoyo de la Secretaría de Educación Pública.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.

Impreso y hecho en México

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

[2022]

MESA DIRECTIVA

Director: Gonzalo Celorio
Directora adjunta: Concepción Company Company
Secretario: Adolfo Castañón
Secretario adjunto: Aurelio González Pérez †
Censor estatutario: Fernando Serrano Migallón
Bibliotecario-archivero: Alejandro Higashi
Tesorero: Felipe Garrido
Tesorero honorario: Ruy Pérez Tamayo †

ACADÉMICOS DE NÚMERO:

Tarsicio Herrera Zapién	Hugo Hiriart
Margit Frenk	Roger Bartra
Margo Glantz	Yolanda Lastra
Jaime Labastida	José Luis Díaz Gómez
Mauricio Beuchot	Jesús Silva-Herzog Márquez
Vicente Quirarte	Rosa Beltrán
Julieta Fierro	Eduardo Matos Moctezuma
Diego Valadés	Pedro Martín Butragueño
Eduardo Lizalde †	Silvia Molina
Ascensión Hernández Triviño	Enrique Fernando Nava López
Patrick Johansson K.	Jorge Ruiz Dueñas
Carlos Prieto	Rodrigo Martínez Baracs
Germán Viveros	Liliana Weinberg
Javier Garciadiego	Angelina Muñiz-Huberman

ÍNDICE

VIDA ACADÉMICA

Vida académica 2022	15
-------------------------------	----

DISCURSOS DE INGRESO

JOSÉ LUIS RAMÍREZ LUENGO	
<i>La identidad léxica del español mexicano en el siglo XVIII.</i>	21
CONCEPCIÓN COMPANY COMPANY	
<i>Bienvenida a José Luis Ramírez Luengo, como miembro correspondiente en Madrid</i>	69
GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ	
<i>Horacio Enrique Nansen: centro y periferia</i>	77
FELIPE GARRIDO	
<i>Gabriel Trujillo Muñoz, el más periférico de los académicos</i>	89

HOMENAJES

<i>Homenaje a don Hugo Hiriart, por sus 80 años de vida</i>	99
<i>Homenaje a don Carlos Fuentes, a 10 años de su fallecimiento.</i>	101
<i>Homenaje póstumo a don Eduardo Lizalde</i>	103

<i>Homenaje a don Antonio Alatatorre, en el centenario de su nacimiento . . .</i>	105
<i>Homenaje a don Felipe Garrido, por sus 80 años de vida</i>	107
<i>Homenaje a doña Yolanda Lastra, por sus 90 años de vida</i>	109
<i>Homenaje a don Roger Bartra, por sus 80 años de vida</i>	111

LECTURAS ESTATUTARIAS

JAVIER GARCADIAGO

Dante, según las lecturas de Vasconcelos y Reyes.	115
---	-----

DIEGO VALADÉS

Molière y el Estado absoluto	137
--	-----

TARSICIO HERRERA ZAPIÉN

Las fuertes paradojas catedralicias de Celorio.	163
---	-----

ROGER BARTRA

<i>Sobre lobas y caperucitas</i>	169
--	-----

GONZALO CELORIO

<i>Arreola (y Borges)</i>	177
-------------------------------------	-----

CONCEPCIÓN COMPANY COMPANY

<i>Las “transgresiones” de la creación literaria</i>	187
--	-----

JORGE RUIZ DUEÑAS

<i>Penélope de Dublín</i>	189
-------------------------------------	-----

JAIME LABASTIDA

<i>Filosofía en México. Disertaciones.</i>	211
--	-----

JULIETA FIERRO	
<i>La unificación de la física</i>	223
VICENTE QUIRARTE	
<i>Preferiría no hacerlo</i>	231
EDUARDO MATOS MOCTEZUMA	
<i>El lingüista Pablo González Casanova</i> <i>y la población del Valle de Teotihuacan</i>	241
RODRIGO MARTÍNEZ BARACS	
<i>Nuestro patrimonio lingüístico</i>	247
HUGO HIRIART	
<i>Autorretrato</i>	267
PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO	
<i>Relecturas del Amado Alonso ensayista</i>	271
PATRICK JOHANSSON K.	
<i>La investidura de Cuauhtémoc en días nemontemi,</i> <i>días “nefastos” del calendario náhuatl cempoallapohualli</i>	293
ALEJANDRO HIGASHI	
<i>Erratas que yerran</i>	319
JOSÉ LUIS DÍAZ GÓMEZ	
<i>Los sacrificados y los transterrados</i>	333

VIDA INSTITUCIONAL

GONZALO CELORIO	
<i>Informe de actividades, 2019-2023</i>	347

MISCELÁNEA

SERGIO RAMÍREZ

Antropología de la memoria 369

Índice onomástico. 385

VIDA ACADÉMICA



VIDA ACADÉMICA 2022

A 148 años de su fundación, 2022 fue un año singular en el calendario de la Academia Mexicana de la Lengua. Las actividades de nuestra corporación, tras el cuarto año de pandemia por Covid-19, comenzaron a normalizarse. Año de duelo, también, por los fallecimientos de don Leopoldo Valiñas, don Ruy Pérez Tamayo, don Eduardo Lizalde, don Noé Jitrik, don Alfonso Pérez Romo y don Aurelio González Pérez. Año en el que se recordó a don Carlos Fuentes, a 10 años de su partida, y se conmemoró el centenario del natalicio de don Antonio Alatorre. Año de celebración, además, por los 80 años de vida de don Hugo Hiriart, don Felipe Garrido, doña Yolanda Lastra y don Roger Bartra. Año de júbilo, por supuesto, por la publicación del *Diccionario de mexicanismos. Propios y compartidos*, lexicón coordinado por doña Concepción Company Company por más de una década; y por el reconocimiento a don Eduardo Matos Moctezuma con el Premio Princesa de Asturias en Ciencias Sociales; y año de turbaciones políticas que llevaron al cierre de nuestra academia hermana en Nicaragua, y al cambio de sede del IX Congreso Internacional de la Lengua Española, de Arequipa, Perú, a Cádiz, España.

En la Academia, a lo largo del año se brindaron veintiún lecturas estatutarias en las que se habló de literatura universal, lingüística, historia, filosofía, política y ciencia. A saber: don Javier Garciadiego habló de las interpretaciones que José Vasconcelos y Alfonso Reyes hicieron de Dante; don Diego Valadés expuso diversos puntos de vista en torno a Molière y el Estado absoluto; don Tarsicio Herrera Zapién presentó las paradojas catedralicias de Gonzalo Celorio; don Roger Bartra reflexionó sobre caperucitas y lobas; don Gonzalo Celorio abordó las afinidades literarias entre Juan José Arreola y Jorge Luis Borges; doña Concepción Company Company analizó las “transgresiones” de la creación literaria; don Jorge Ruiz Dueñas habló del *Ulises* de Joyce, particularmente de Penélope en

Dublín; don Jaime Labastida disertó sobre la filosofía en México; doña Julieta Fierro abordó el amplio abanico de la unificación de la física, desde Newton y Einstein hasta Kaluza; don Vicente Quirarte se refirió al suicidio y a la valentía de los que se van y quienes se quedan; don Eduardo Matos Moctezuma recordó la importancia de la obra del arqueólogo Manuel Gamio y del lingüista Pablo González Casanova; doña Yolanda Lastra analizó los préstamos léxicos del guaraní; don Jesús Silva-Herzog Márquez se adentró en la estremecedora geometría de Thomas Hobbes; don Rodrigo Martínez Baracs trató acerca de la importancia de nuestro patrimonio lingüístico; don Hugo Hiriart trazó un sugerente autorretrato; don Pedro Martín Butragueño dio cuenta de la faceta ensayística de Amado Alonso; don Patrick Johansson describió la investidura de Cuauhtémoc en los días *nemontemi*; don Alejandro Higashi habló sobre las erratas editoriales en la obra de Ramón López Velarde y don José Luis Díaz Gómez rememoró a los sacrificados y a los transterrados de la Guerra Civil española. Como puede notarse, los textos presentados dan una muestra de la riqueza y pluralidad de temas que se discuten en la corporación.

En 2022 ingresaron don José Luis Ramírez Luengo, como académico correspondiente en Madrid, España; y don Gabriel Trujillo Muñoz, como académico correspondiente en Mexicali, Baja California. Sus discursos de ingreso se encuentran en este volumen, al igual que las respuestas que, a manera de bienvenida, les brindaron doña Concepción Company Company y don Felipe Garrido.

Un punto medular de estas *Memorias* es el “Informe de actividades 2019–2023” presentado por nuestro director, don Gonzalo Celorio, en el que se destacan las múltiples labores realizadas por la Academia a lo largo del cuatrienio: la participación de doña Concepción Company Company y de don Pedro Martín Butragueño en las comisiones interacadémicas de la Asociación de Academias de la Lengua Española; los trabajos habituales de las comisiones de Lexicografía y de Consultas, dirigidas por don Pedro Martín Butragueño y por don Felipe Garrido, respectivamente, que resultaron en la finalización del *Diccionario de mexicanismos. Propios y compartidos* y en la conformación de la colección *Manuales*; así como la incesante labor del Gabinete Editorial y de la Biblioteca, coman-

dados por don Alejandro Higashi, que no han dejado de enriquecer con nuevos títulos las diferentes colecciones de la institución, ni de prestar sus servicios al personal de la corporación que lo requiere. Cabe reconocer que todo ello no se hubiera podido realizar sin los buenos oficios de don Gonzalo, de los integrantes de la Mesa Directiva y de don Antonio Crestani, gerente, quienes lograron que no desapareciera el subsidio federal, y consiguieron dar inicio a la remodelación de nuestra sede en Donceles 66, con el patrocinio de don Antonio Del Valle y de la Fundación Kaluz.

El volumen cierra con la sección Miscelánea, donde recoge el valiente ensayo “Antropología de la memoria”, de nuestro académico correspondiente en Managua, Nicaragua, don Sergio Ramírez, publicado en prenda de solidaridad con la Academia centroamericana que fue impedida a continuar con su labor cultural y social.

DISCURSOS DE INGRESO

D

LA IDENTIDAD LÉXICA DEL ESPAÑOL MEXICANO EN EL SIGLO XVIII*

José Luis Ramírez Luengo**

Señor director de la Academia Mexicana
de la Lengua, don Gonzalo Celorio:
Señora directora adjunta, doña Concepción Company Company:
Señor secretario, don Adolfo Castañón:
Señoras académicas y señores académicos:
Señoras y señores:

INTRODUCCIÓN: LA IDENTIDAD LÉXICA MEXICANA DESDE UNA EXPERIENCIA PERSONAL

En un discurso como éste, dedicado a la identidad léxica que muestra el español del Altiplano mexicano en el siglo XVIII —es decir, a la plasmación, en la esfera del vocabulario, de ese “conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás”, según certera definición del *DLE* (2014: s.v. *identidad*)—, quiero comenzar recordando, si me lo permiten, mi primera toma de conciencia de esta identidad, para lo cual debo remontarme más de 20 años atrás, a septiembre de 2001: recién llegado al país para realizar una estancia de investigación doctoral en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), una inocente visita a un restaurante de esta Ciudad de México me enfrentó, azorado y sorprendido, al reto de interpretar un

* Discurso de ingreso, como académico correspondiente en Madrid, leído en la sesión solemne del 4 de agosto de 2022, en la Capilla Alfonsina de Ciudad de México.

** Universidad Complutense de Madrid y Academia Mexicana de la Lengua.

menú en el que convivían voces de oculto significado con otras que, pese a ser conocidas, no parecían remitir a las realidades familiares y cotidianas que designaban en mi habla. Así, ante mis ojos se desplegaba de repente un riquísimo vocabulario compuesto de elementos de naturaleza muy diversa que, junto a otros muchos rasgos lingüísticos y no lingüísticos, pronto lo descubriría, dotaban a México de una vigorosa personalidad que, sin serme totalmente ajena —pues los lazos que nos hermanan son muchos— servía, y sirve, para identificar de forma inequívoca a los habitantes de este país.

Naturalmente, como filólogo interesado en la historia del español de América, esta constatación *real*, más allá del ámbito académico, de la exuberante riqueza léxica del habla de los mexicanos —de los hispanoamericanos en general— me ha llevado a lo largo de los años a preguntarme en qué momento, por qué motivos y mediante qué procedimientos se produce en este nivel lingüístico tal proceso de dialectalización, así como —a raíz de lo anterior— de qué manera los hablantes del continente adquieren esa “conciencia que una persona o colectividad tiene de ser ella misma y distinta a las demás” que señala el mismo *DLE* (2014: s.v. *identidad*) como tercera definición del término *identidad*; me ha llevado a preguntarme, si me permiten el escaso rigor de la expresión, desde qué momento los hispanoamericanos hablan tan *hispanoamericano*, o más específicamente, con palabras tan *hispanoamericanas*. Pues bien, precisamente estas páginas se entienden como un primer intento de dar respuesta —en la medida de lo posible— a algunas de las interrogantes que se acaban de apuntar, partiendo para ello de la situación que plantea un caso específico: el español del centro de México, donde hoy nos encontramos.

Así pues, los objetivos que persigue esta exposición son dos: por un lado, describir las estrategias de americanización de las que se sirven tanto los españoles emigrados al Nuevo Mundo como sus descendientes para aprehender y expresar la novedosa realidad con que se encuentran al llegar al continente; por otro, profundizar en el estudio de los americanismos que, a raíz de lo anterior, se documentan en un corpus documental dieciochesco del Altiplano mexicano, centrándose no tanto las

voces en sí, sino más bien las tendencias generales que, a este respecto, muestra la documentación. Se pretende, de este modo, trascender los meros análisis puntuales y atomizados, la *historia de las palabras* —meritoria y a todas luces necesaria, pero quizá insuficiente—, para avanzar hacia una auténtica *historia del léxico* que, centrándose en la descripción de los procesos diacrónicos que afectan al conjunto del vocabulario, permita comprender tanto las grandes líneas de evolución de este nivel lingüístico como las razones históricas que con frecuencia, si no siempre, están en la base de su origen y desarrollo.

Por todo ello, es preciso dejar constancia de que estas páginas se entienden, en primer lugar, como un *ensayo de método*, es decir, como un intento de establecer un procedimiento de trabajo que, si bien aún se debe perfeccionar —para lo cual será necesario revisar de manera cuidadosa algunos de los conceptos expuestos, así como afinar muchas de las decisiones tomadas—, ciertamente puede mejorar nuestra comprensión de las distintas configuraciones léxicas que, con el paso del tiempo, se imponen en las diversas variedades del español de América. Al mismo tiempo, se ha pretendido que sean también un complemento a la fundamental obra de Company (2007) sobre la personalidad del español mexicano de la Centuria Ilustrada, en la que esta autora demuestra sin asomo de duda cómo, en lo que se refiere a la gramática, “el siglo XVIII novohispano constituye un periodo clave en la conformación lingüística de nuestro país”, dado que “a lo largo de él tomó carta de naturaleza, esto es, se volvió parte del habla cotidiana del pueblo, un buen número de formas de expresión que constituyen caracterizadores dialectales del español de México hoy en día” (Company, 2007: 18); así, es esta misma identidad, firmemente asentada ya en el setecientos, lo que se analizará en esta ocasión desde el punto de vista del vocabulario, en un acercamiento que quiere ser no sólo una corroboración léxica de las conclusiones que se presentan en el estudio ya mencionado, sino también un homenaje explícito al trabajo de esta investigadora, al que —como se verá más adelante— debe mucho la forma de entender la historia del español de América que se va a aplicar en estas páginas.

EL CORPUS DE TRABAJO: LA IMPORTANCIA
DE LA DOCUMENTACIÓN DE ARCHIVO
EN LA HISTORIA LINGÜÍSTICA AMERICANA

Antes de comenzar el estudio propiamente dicho parece oportuno hacer una alusión, siquiera breve, al corpus del que se han tomado los datos. A este respecto, se hace evidente que, si lo que se pretende es describir el vocabulario propio de los habitantes del Altiplano mexicano en el siglo XVIII, se debe contar con un conjunto documental que refleje en la medida de lo posible ese español, para lo cual los materiales estudiados deben cumplir por lo menos tres requisitos: por un lado, ser cuantitativamente suficientes; por otro, estar circunscritos a las coordenadas espacio-temporales que se han mencionado; por último, ser temáticamente variados y a la vez tratar cuestiones cercanas a la cotidianeidad, pues ambas circunstancias favorecen la aparición de las voces diatópicamente restringidas que van a dotar de personalidad léxica a esta variedad del español.¹ Así, todo lo anterior justifica que se haya decidido trabajar con documentación de archivo, un acervo fundamental en los estudios históricos del español que responde de manera adecuada a las exigencias mencionadas y que presenta, además, dos ventajas añadidas: su menor sujeción —en comparación, por ejemplo, con la literatura— a una norma de tipo estético que pueda *distorsionar* los usos lingüísticos propios de una época y la multiplicidad de manos que generan los textos, lo que sirve para ampliar el espectro social representado en ellos y reflejar, en la medida de lo posible, la variación que presenta toda lengua en un momento concreto de su historia.

¹ Cabe decir a este respecto que no todos los mexicanismos/americanismos del corpus se ciñen a las esferas de lo cotidiano, pues entre ellos se descubren vocablos como por ejemplo *ocurso* ‘petición por escrito’ o *doctrina* ‘en América, pueblo de indios recién convertidos, cuando todavía no se había establecido en él parroquialidad o curato’ (DLE, 2014: s.v. *ocurso*, *doctrina*), pertenecientes al ámbito de la administración; con todo, es obvio que las diferencias entre las distintas regiones del mundo hispánico son mayores en aquellos ámbitos más cercanos al día a día de sus hablantes, lo que redundará en que sea precisamente en éstos donde resulte más sencillo encontrar dialectalismos.

Pasando, pues, a la descripción del corpus en sí, hay que decir que éste se ha conformado a partir de los fondos de los *Documentos lingüísticos de la Nueva España*. El *Altiplano central* de Company (1994), colección imprescindible para los estudios que, desde la perspectiva de la dialectología histórica, se refieren a la zona geográfica mencionada, y esto tanto por el rigor y la fiabilidad filológica de la edición como por la riqueza de sus materiales, compuestos por “documentación informal y seminformal, tales como cartas privadas, notitas, recados, peticiones e informes de particulares, así como testimonios de particulares en juicios de carácter no administrativo”, es decir, por escritos que permiten “un mayor acercamiento —en la medida en que puede hacerlo un texto escrito— a la lengua hablada en el virreinato de la Nueva España” (Company, 2007: 20). De este modo, se han seleccionado los 144 documentos de esta obra que, redactados en el centro de la actual República Mexicana² entre 1731 y 1816, cubren un *siglo XVIII ampliado* —que supone, en realidad, toda la parte final del periodo colonial— y equivalen a unas 88 500 palabras; salta a la vista, por lo tanto, que se trata de un corpus que cumple con las exigencias cuantitativas y cualitativas establecidas en el párrafo anterior, y esto permite —y los resultados así lo corroboran— un estudio del vocabulario como el que se pretende llevar a cabo a lo largo de estas páginas.

EL PROCESO DE AMERICANIZACIÓN LÉXICA
EN EL MÉXICO DIECIOCHESCO:
UNA DESCRIPCIÓN Y CUATRO ESTRATEGIAS

Como es sobradamente conocido, el trasplante del español desde su solar nativo a las nuevas tierras americanas va a producir una serie de transformaciones que afectan a toda la estructura del idioma, pero que quizá resulten especialmente evidentes en el caso del vocabulario; se produce,

² En concreto, en localidades de lo que hoy constituyen los estados de México, Morelos, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, Oaxaca, Guerrero, Jalisco y Veracruz, así como la propia Ciudad de México.

así, un auténtico proceso de *americanización* que sirve para dotar de una fuerte personalidad a las diversas hablas que se generan en los distintos territorios del continente y que, desde el punto de vista de este nivel lingüístico, se traduce en la configuración de “un mapa léxico propio que va a identificar a una región por medio de un conjunto de voces que, sean conocidas solamente en la zona o tengan un significado especial en ese lugar, constituyen un rasgo de identidad que distingue esa variedad del español de todas las demás del mundo hispánico” (Ramírez Luengo, 2012: 395). Naturalmente, el porqué de este proceso no es difícil de entender, y guarda relación con la propia finalidad de la lengua, que no es otra que facilitar de forma efectiva la comunicación entre sus hablantes: poseedores de un idioma perfectamente apto para expresar la realidad peninsular, los españoles llegados a América se encuentran con una situación cercana a la que describe García Márquez al comienzo de *Cien años de soledad*, es decir, descubren que “el mundo —este entorno en el que ahora se encuentran— era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo”;³ así, la única solución a esta incapacidad de referirse a las *cosas carentes de nombre* que se ofrecen a sus ojos pasa por “adaptar su herramienta de comunicación y hacerla útil para esa nueva realidad a la que se enfrentan, esto es, americanizar la lengua para poder explicar, así, el nuevo mundo que los rodea” (Ramírez Luengo, 2017: 605).

Pasando ahora a la adaptación en sí, numerosos estudios desarrollados hasta el momento —entre otros, Buesa Oliver y Enguita Utrilla (1992) o Ramírez Luengo (2021, 2021b)— demuestran que son varias las estrategias lingüísticas que los recién llegados aplican para este cometido, entre las que hay que destacar fundamentalmente cuatro: a) la *incorporación*, que supone el empleo de léxico tomado de otros idiomas con los que el español entra en contacto, en este caso los amerindios; b) la *modificación*, que implica la resemantización de las voces patrimoniales y su empleo para hacer referencia a los nuevos seres que hay que nombrar;

³ El estudio de este momento y de las estrategias que aplican los recién llegados ha sido analizado de una manera excelente por Martinell Gifre (1988), quien aporta numerosos ejemplos al respecto.

c) la *creación*, esto es, la configuración de nuevas unidades léxicas a partir de los procedimientos propios de la lengua, muy habitualmente la derivación; y d) la *prelación*, que se entiende como la propensión a utilizar un vocablo específico de manera más frecuente, muchas veces frente a otros sinónimos con los que cuenta el sistema. Aunque resulte tal vez innecesario, es importante recordar que estas estrategias no constituyen un fenómeno propio u original del español americano —ni siquiera de este idioma, cabe decir—, pues su empleo y aplicación se detecta de manera semejante en otras variedades que resultan de un trasplante lingüístico, tales como, por ejemplo, las hablas canarias o el portugués de Brasil; de este modo, es muy probable que se pueden considerar tendencias cognitivas compartidas por medio de las cuales el ser humano en general se enfrenta a un mismo problema: dotar de adecuada expresión lingüística a la realidad —en ocasiones desconocida; en otras no— que constituye su mundo cotidiano.

Así las cosas, si tenemos en cuenta todo lo mencionado hasta el momento y la necesaria rapidez con la que sabemos que tales procesos de llevan a cabo (Ramírez Luengo, 2007: 74, 76) —reflejo de la perentoria necesidad que los emigrados tienen de aprehender todo lo que les rodea para poder desarrollarse como sociedad—, no puede sorprender que, en el caso del Altiplano mexicano, los documentos dieciochescos que sirven de base para estas páginas permitan detectar de manera más que evidente todas las estrategias que se vienen describiendo y, como consecuencia de ello, la existencia de una clara americanización léxica que —como se verá más adelante— dota ya de una notable personalidad al habla de los novohispanos durante la última etapa colonial. Precisamente, al análisis de esta cuestión se van a dedicar los apartados siguientes.

La incorporación: los otros en la americanización del vocabulario

En una situación de extrañeza como la que sin duda embarga a los españoles ante la radical novedad del Nuevo Mundo, no puede sorprender que uno de los recursos que de manera más habitual utilicen a la hora de dar nombre a los seres desconocidos que los rodean sea la que se ha de-

nominado *estrategia de la incorporación*, es decir, integrar en su propia lengua las denominaciones autóctonas —o mejor, la adaptación hispánica de las denominaciones autóctonas— con las que los naturales del Nuevo Mundo se refieren a tales realidades. Como era de esperar, este proceso de enriquecimiento por medio del préstamo, presente en la documentación de todo el continente americano desde sus mismos orígenes, tiene también lugar en el caso de la Nueva España, y se refleja en los 50 vocablos —simples y derivados— de origen amerindio que atestiguan los textos estudiados, a saber: *atole*, *bingarroto*, *butaque*, *cacique*, *cajete*, *calamaco*, *carey*, *chapopote*, *chaquira*, *chile*, *china*, *chipagua*, *chocolate*, *chocolatería*, *cigarro*, *copal*, *coyote*, *enguacar*, *huepil*, *ixtle*, *jicalpestle*, *maguey*, *magueyal*, *magüeyera*, *maíz*, *malacate*, *mecate*, *mescal*, *milpa*, *nagua*, *paliacate*, *pantle*, *petaca*, *petate*, *pípila*, *popote*, *pulque*, *pulquería*, *pulquero*, *quina*, *suapile*, *tapanco*, *temascal*, *tenate*, *tepetate*, *tepoxteca*, *tilma*, *tlaquehual*, *topil* y *tornachile*.⁴

Ahora bien, es importante mencionar que una observación atenta de la forma como se presentan las voces en los documentos del corpus permite distinguir entre una inmensa mayoría, 48 de 50, que parecen estar ya integradas y formar parte del léxico de los habitantes del Altiplano mexicano (ejemplos 1-2) y dos únicos elementos que —por presentar una glosa discursiva que explicita su significado— se pueden entender como *ocasionalismos*, es decir, como “palabras que no pertenecen al uso

⁴ El origen amerindio de tales vocablos se ha constatado a partir de la información facilitada por el *DLE* (2014), el *DAMER* (2010), el *DCECH* (1980-1991), Santamaría (1959) y Morínigo (1998); para casos concretos se ha apelado a Bravo Vargas (2014) (*bingarroto*), al *GDN* (2022) (*suapile*, *tlaquehual*) o a la propia morfología del término y a su manera de aparecer en el corpus (*chipagua*, *tepoxteca*). Es necesario señalar, con todo, que no son pocas las dificultades que en ocasiones se plantean a la hora de establecer el origen histórico de determinadas voces: a manera de ejemplo, mientras que el *DLE* (2014: s.v. *cigarro*) establece el origen de *cigarro* en el maya *siyar*, los hablantes guatemaltecos de estas lenguas interpretan ese *siyar* como préstamo hispánico en sus idiomas, según me indica Guillermina Herrera; asimismo, si para el *DAMER* *cajeta* constituye un nahuatlismo (*DAMER*, 2010: s.v. *cajeta*), Concepción Company señala la posibilidad de que tal elemento se deba entender más bien como un vocablo propiamente endohispánico —diminutivo de *caja*— que ha experimentado en México una extensión metonímica (contenido > contenido) de su significado. Agradezco a ambas estudiosas su atenta lectura del texto y sus comentarios, que en este caso concreto ejemplifican de forma paradigmática (algunos de) los problemas que conlleva el estudio etimológico del léxico hispánico.

habitual de la lengua receptora, sino que se usan ocasionalmente en ella (...) con plena conciencia de su condición de extranjeras y sin voluntad de integrarlas” (Álvarez de Miranda, 2009: 144) (ejemplos 3, 4):

- 1) El que lo presenta a dado a sus yndios para que se casen siete pesos y medio de derechos, como es costumbre, para vestuario de ambos, que se compone de *naguas*, *huepil* y paño para la muger, calsones, *tilma*, coton y sombrero para él (doc. 206, Huejotzingo, 1741).
- 2) Assi que vieron que el governador maltrataba a Agustín Joseph, el fiscal, todos se atomultaron contra él, assi los alcaldes como los *topiles*, estando todos borrachos (doc. 239; San Juan Teotihuacán, 1768).
- 3) El yndio la volvió a curar en la forma antesedente, con el agregado de darle a comer un poco de copal, disiendo que lo comiera para que se hiziera *chipaguas* su alma —que es limpiarse— (doc. 233, San Andrés Chalchicomula, 1750).
- 4) Y que ya hiba haciendo *tepoxtocas* a quien le hasía daño —que fue desir estava ya en su seguimiento— (doc. 233, San Andrés Chalchicomula, 1750).

Por lo que toca a estos últimos, es verdad que su empleo puntual y no integrado les resta trascendencia como muestra de los procesos de americanización léxica del español regional y obliga a analizarlos de manera separada, pero no cabe duda de que se trata de elementos de interés desde al menos dos puntos de vista: por un lado, por ejemplificar los contactos interlingüísticos que, también en el siglo XVIII, se producen en una región plurilingüe como es el centro de México; por otro, por mostrar las estrategias que los hablantes de español utilizan a la hora de incorporar discursivamente un elemento ajeno a su idioma, y en este sentido es importante señalar el empleo que se hace en los casos mencionados de la *definición* y de la *traducción* (Buesa Oliver y Enguita Utrilla, 1992: 41-45),⁵

⁵ Según estos autores, la *definición* se caracteriza por proporcionar “una fácil y exacta percepción del concepto correspondiente” (Buesa Oliver y Enguita Utrilla, 1992: 42), mientras que la *traducción* supone la incorporación del vocablo restringido por medio de una voz perteneciente al universo de lo lingüístico (Enguita Utrilla, 2010: 211), en este caso *decir*.

esto es, de dos de los procedimientos que aparecen a lo largo de toda la época colonial en textos que, a pesar de pertenecer a tipologías muy diversas —como las obras cronísticas, los tratados médicos o los ensayos ilustrados (Ramírez Luengo, 2021: 62; 2021b)—, comparten la misma necesidad de hacer entender a su receptor el significado de una unidad léxica en principio desconocida.

Dentro ya del conjunto de indigenismos integrados, una primera cuestión que conviene atender es el origen etimológico de tales vocablos, pues esta información permite descubrir cuáles son los idiomas amerindios que contribuyen en mayor grado a dotar de personalidad léxica al español dieciochesco del Altiplano mexicano. A este respecto, la revisión de las informaciones facilitadas por el corpus lexicográfico ya indicado más arriba permite obtener los datos que se presentan enseguida (cuadro 1):

Cuadro 1. *Orígenes etimológicos de los indigenismos integrados del corpus*

<i>Lengua</i>	<i>Casos</i>	<i>Voces</i>
Náhuatl	34 (70.83%)	<i>atole, cajete, chapopote, chile, chocolate, chocolatería, copal, coyote, enguacar, huepil, ixtle, jicalpestle, malacate, mecate, mescal, milpa, paliacate, pantle, petaca, petate, pipila, popote, pulque, pulquería, pulquero, suapile, tapanco, temascal, tenate, tepetate, tilma, flaquehual, tornachile, topil</i>
Lenguas antillanas	7 (14.58%)	<i>cacique, carey, maguey, magueyal, magueyera, maíz, nagua</i>
Quechua	2 (4.16%)	<i>china, quina</i>
Caribe	1 (2.08%)	<i>butaque</i>
Cuna	1 (2.08%)	<i>chaquira</i>
Maya	1 (2.08%)	<i>cigarro</i>
Mapuche	1 (2.08%)	<i>calamaco</i>
Otomí	1 (2.08%)	<i>bingarrote</i>
<i>Total</i>	48 (100%)	

Como se puede apreciar, el náhuatl constituye con mucho la lengua que aporta la mayor cantidad de indigenismos, al suponer —con 34 de los 48 elementos— el 70% de todos ellos, a lo que se debe añadir también la presencia de un número relativamente alto de vocablos de origen antillano, equivalentes al 15% del total; frente a estas dos fuentes fundamentales, el quechua presenta una trascendencia más limitada, con dos unidades, mientras que el resto de las lenguas (caribe, cuna, maya, mapuche y otomí) aportan ejemplos puramente testimoniales, reducidos a un único elemento. Por supuesto, se trata de datos poco sorprendentes porque coinciden no sólo con los que se han obtenido ya en otros trabajos sobre la materia (Ramírez Luengo, 2007: 76–79), sino además porque responden de manera precisa a circunstancias históricas bien conocidas que afectan al aporte léxico de las lenguas autóctonas, entre las que se puede señalar, para el caso de México, el carácter prestigioso que presenta el náhuatl en la zona durante la Centuria Ilustrada —derivado de su utilización desde antiguo como *lingua general* en todo el virreinato novohispano (Parodi, 2011: 92)— o la rápida expansión de las voces arahuacas y taínas por todo el continente, y en concreto por la actual República Mexicana (Lope Blanch, 1990: 163), a resultas del temprano contacto de los españoles con las lenguas de las Antillas.

Más allá de esto, parece importante poner de relieve otras cuestiones que derivan de los datos anteriores y que —si bien no son desconocidas para los investigadores— es importante volver a recordar, pues sirven para comprender más profundamente la historia del indigenismo en el español americano: por un lado, es necesario hacer hincapié una vez más en que el hecho de que una lengua amerindia se emplee en un lugar específico no es circunstancia suficiente para que su aporte léxico al español regional sea abundante, tal y como lo demuestra la presencia escasa o nula de vocablos tomados de idiomas como el otomí, el zapoteco o el purépecha, que en el siglo XVIII —y aún hoy— se hablan en algunas de las localidades de procedencia de los documentos analizados; asimismo, resulta preciso subrayar también la aparición en el corpus de elementos que tienen su origen en sistemas lingüísticos que, como el quechua, el mapuche o el cuna, se emplean en ámbitos geográficos muy

distantes, pues evidencian bien a las claras los trasvases de vocabulario y las influencias mutuas que establecen entre sí las distintas variedades americanas del español, lo que a su vez no supone sino un necesario recordatorio de la compleja historia que se esconde tras los usos léxicos que regionalmente muestran en el momento actual tales variedades.

Por otro lado, resulta también de notable interés observar la distribución de los indigenismos detectados en campos léxicos, pues si el estudio de los orígenes etimológicos confirma el distinto peso que, para la configuración del español mexicano, tienen las diferentes lenguas amerindias, este acercamiento permite comprobar cuáles son las esferas de la realidad que durante el siglo XVIII parecen mostrar cierta predilección por esta específica estrategia de americanización. Así, la aplicación de la clasificación propugnada en Ramírez Luengo (2019: 257) a los datos del corpus ofrece los siguientes resultados (cuadro 2).

Cuadro 2. *Empleo de la estrategia de incorporación en el corpus (por campos léxicos)*

<i>Campo léxico</i>	<i>Casos</i>	<i>Voces</i>
Agricultura/ganadería	6 (12.5%)	<i>magueyal, magueyera, maíz, chile, milpa, tornachile</i>
Alimentación	6 (12.5%)	<i>atole, chocolate, cigarro, mescal, pulque, bingarrote</i>
Enseres / utensilios	14 (29.16%)	<i>nagua, butaque, cajete, huepil, jicalpestle, malacate, mecate, paliacate, petaca, petate, popote, tapanco, tenate, tilma</i>
Fauna	1 (2.08%)	<i>pípila</i>
Flora	1 (2.08%)	<i>maguey</i>
Geografía / clima	-	
Industria / construcción	12 (25%)	<i>calamaco, carey, chaquira, chapopote, chocolatería, copal, ixtle, pantle, pulquería, temascal, tepetate, quina</i>
Organización social	6 (12.5%)	<i>cacique, coyote, pulquero, suapile, tlaquehual, topil</i>
Otros	2 (4.16%)	<i>enguecar, china</i>
Transportes	-	
<i>Total</i>	48 (100%)	

No cabe duda de que lo primero que resalta a la luz de tales datos es la aparición de estos vocablos de origen autóctono en un extenso abanico de campos léxicos que se refieren a realidades tan variadas como la agricultura, los enseres y utensilios, la industria o la organización social, y esta constatación es importante porque demuestra el empleo generalizado de esta estrategia y, por lo tanto, un peso muy notable de la misma a la hora de americanizar el vocabulario mexicano en general. Por otro lado —y sin perjuicio de lo anterior—, resulta también evidente que, tal y como ocurre en otros estudios sobre esta materia (Mejías, 1980: 19; Ramírez Luengo, 2007: 74-75), son ciertos ámbitos específicos (enseres y utensilios, industria y construcción, alimentación) los que muestran la mayor concentración de voces autóctonas, algo que en modo alguno resulta casual, sino que se puede explicar fácilmente a partir de cuestiones históricas, en concreto por “la originalidad que muestra América en estos aspectos” y, en consecuencia, por “la necesidad que tiene el español de dar nombre a unos referentes desconocidos que carecen de él en la lengua” (Ramírez Luengo, 2019: 258).⁶

La modificación: el significado como proceso americanizador

Ahora bien, es obvio que el empleo de las palabras de los otros no constituye el único recurso del que echan mano los novohispanos del siglo XVIII en su intento de aprehender la realidad en que están sumergidos; muy al contrario, esta estrategia se acompaña desde los inicios mismos de la colonización hispánica por la que se ha denominado *estrategia de modificación*, que supone interpretar lo nuevo a partir de lo ya conocido y lingüísticamente implica la resemantización de diferentes unidades léxi-

⁶ Esto explica también algo que se ha observado de manera reiterada y que se pone asimismo de manifiesto en este caso: la presencia mayoritaria de sustantivos concretos entre los indigenismos incorporados, circunstancia que se explica por “la propia naturaleza de los referentes novedosos a los que se enfrentan los españoles en el continente, muchas veces realidades materiales (...) que es necesario expresar por medio de esta categoría gramatical” (Ramírez Luengo, 2021b: 80) y que demuestra, una vez más, la estrechísima relación que, como bien constató la lingüística europea de principios del siglo XX desde diferentes puntos de vista, existe entre las *palabras* y las *cosas*.

cas patrimoniales para su aplicación a los nuevos referentes autóctonos (Ramírez Luengo, 2017: 605). De este modo —y obviando ahora los importantes problemas teóricos que supone el establecimiento de estos elementos—,⁷ la documentación dieciochesca del Altiplano mexicano muestra un conjunto de 38 vocablos que se pueden englobar dentro de esta categoría: *bálsamo*, *banda*, *cajeta*, *calceta de Castilla*, *castizo*, *catear*, *comedirse*, *cortada*, *cotón*, *cuchillero*, *doctrina*, *español*, *hacienda*, *indianilla*, *lagarto*, *lobo*, *mantención*, *mascada*, *mayordomo*, *melado*, *nana*, *panela*, *pararse*, *parcialidad*, *pena*, *pescadera*, *puntal*, *rancho*, *real (de minas)*, *recaudo*, *revoltijo*, *taco*, *tata*, *tinajera*, *toalla de Castilla*, *tomado*, *tomar* y *trepidar*.⁸

A la luz de lo anterior, es importante mencionar en primer lugar que el listado que se acaba de presentar ofrece ejemplos de las distintas posibilidades formales que, según Buesa Oliver y Enguita Utrilla (1992: 166, 173), muestran los vocablos de origen endohispánico que experimentan esta modificación semántica, entre las cuales destacan la creación de un nuevo significante por derivación (*indianilla*), el empleo de un complemento de lugar que especifica la naturaleza regional del referente (*calceta de Castilla*, *toalla de Castilla*) o bien la utilización —por medio de un proceso metafórico (*bálsamo*, *lagarto*, *taco*) o metonímico (*cajeta*, *cortada*, *cotón*, *doctrina*)— del término patrimonial sin cambio formal de ningún

⁷ En concreto, los problemas fundamentales son tres, los cuales se pueden ejemplificar con voces del corpus aquí estudiado: a) la frecuente ausencia de marcas diatópicas en las obras lexicográficas, que impide conocer de forma clara la distribución de los distintos significados en el mundo hispánico (*hacienda* ‘finca agrícola’, *punta* ‘pequeña porción de ganado que se separa del ható’; DLE, 2014: s.v. *hacienda*, *punta*), más en perspectiva histórica; b) la dificultad que supone decidir si un ejemplo determinado refleja un uso puntual o constituye, por el contrario, una muestra del proceso de resemantización que termina por cristalizar en el español americano (*castellano* ‘hablante de español’); y c) la falta de una discusión teórica sobre el grado de especialización significativa —de *distancia semántica* entre los significados, si se quiere— que debe existir para aceptar que se ha producido tal resemantización (*natural* en su uso español de ‘nativo de un lugar’ frente al ecuatoriano de ‘nombre que se dan a sí mismos los indígenas’, según el DLE, 2014: s.v. *natural*). A esto se suma, además, la ocasional falta de datos en los corpus históricos que permitan analizar el uso de un vocablo en diacronía (*piquete* ‘golpe o herida de poca importancia hecha con un instrumento agudo o cortante’: DLE, 2014: s.v. *piquete*). Una revisión de los criterios que, en este caso concreto, se han tenido en cuenta para seleccionar los vocablos que ejemplifican la estrategia de modificación se encuentra en la nota 19.

⁸ Para los valores propiamente americanos que presentan los vocablos, véase el Anexo 1.

tipo, sin duda el procedimiento que predomina en el corpus.⁹ Asimismo, es también relevante señalar, dentro del conjunto de voces que evidencian esta estrategia de americanización, la presencia de voces dialectales como los canarismos *panela* y *melado* (DHECan, 2022: s.v. *melado*, *panela*) y de algunos marinerismos como *banda* o *rancho*, pues suponen una nueva constatación —en este caso, desde el español de México— de la trascendencia que, como se ha señalado ya en diferentes ocasiones (Ramírez Luengo, 2007: 73-74, 80-81), poseen tanto los aportes regionales como este vocabulario de especialidad en la construcción de la identidad léxica que caracteriza hasta el momento actual al español americano.

Por otro lado, parece también interesante analizar, al igual que en el apartado anterior, los campos léxicos en los que se integran los vocablos que experimentan estos procesos de modificación significativa, por cuanto esta aproximación permite comprobar qué esferas de la realidad se ven especialmente afectadas por este fenómeno. Así, la clasificación de los 38 vocablos del corpus a partir de la tipología empleada para los indigenismos da como resultado la situación que se muestra en el cuadro 3.

A semejanza de lo que ocurría en el caso de las voces autóctonas, estos datos permiten, en primer lugar, constatar el empleo de esta estrategia en campos nocionales muy variados, lo que no sólo demuestra su relevancia dentro de los procedimientos que se están analizando, sino que además viene a confirmar una vez más la importancia de esta americanización léxica que produce el trasplante del español al Nuevo Mundo, cuyos efectos no se circunscriben a un ámbito específico de la realidad, sino que suponen una radical y profunda reestructuración de todo este nivel lingüístico. Junto a esto, quizá sea importante mencionar también la mayor concentración de estos elementos semánticamente modificados en algunos campos concretos de la realidad como la organización social (23.68%), los enseres y utensilios o la alimentación (15.78%; 18.42%), pues estos datos quizá estén esbozando, tal y como ocurría con los préstamos indígenas, “ciertas preferencias temáticas en cuanto a la apli-

⁹ En concreto, aparece en 35 de los 38 casos registrados en la documentación, es decir, en el 91.89% del total; frente a ésta, las otras posibilidades —es decir, los dos ejemplos del complemento de lugar o la aparición puntual de la derivación— resultan puramente anecdóticas.

Cuadro 3. *Empleo de la estrategia de modificación en el corpus*
(por campos léxicos)

<i>Campo léxico</i>	<i>Casos</i>	<i>Voces</i>
Agricultura/ganadería	4 (10.52%)	<i>bálsamo, hacienda, puntal, rancho</i>
Alimentación	7 (18.42%)	<i>cajeta, mantención, melado, panela, recaudo, revoltijo, taco</i>
Enseres / utensilios	6 (15.78%)	<i>calceta de Castilla, algodón, mascada, pescadera, tinajera, toalla de Castilla</i>
Fauna	1 (2.63%)	<i>lagarto</i>
Flora	–	
Geografía / clima	1 (2.63%)	<i>banda,</i>
Industria / construcción	2 (5.26%)	<i>indianilla, real (de minas)</i>
Organización social	9 (23.68%)	<i>castizo, cuchillero, doctrina, español, lobo, mayordomo, nana, parcialidad, tata</i>
Transportes	–	
Otros	8 (21.05%)	<i>catear, comedirse, cortada, pararse, pena, tomado, tomar, trepidar</i>
<i>Total</i>	38 (100%)	

cación de esta estrategia americanizadora” (Ramírez Luengo, 2021b: 89), si bien esta hipótesis —así como las razones históricas y lingüísticas que pueden justificarla— necesitan de más profundos estudios que será preciso desarrollar en posteriores trabajos.

La creación: la morfología y su papel en la americanización léxica

Más allá de las estrategias descritas hasta el momento, sin duda las dos más relevantes para esta cuestión, también la morfología constituye un factor que puede contribuir a forjar la identidad léxica del español dieciochesco de la Nueva España, pues determina “la formación de nuevo vocabulario, propiamente americano, por medio de los procesos lexico-genésicos de la lengua, muy especialmente la derivación” (Ramírez Luengo, 2021: 66).¹⁰ Con todo, hay que indicar que en el corpus la

¹⁰ Como se señala en Ramírez Luengo (2021b: 98), el hecho de que voces derivadas como *pulquero* o *maguayal* se clasifiquen como muestras de incorporación y no tanto de creación se basa

creación constituye, al igual que en otros estudios sobre esta misma temática (Ramírez Luengo, 2021: 66, 2021b: 98), el procedimiento de americanización cuantitativamente más escaso, pues se reduce a tres únicos elementos —*mulada* ‘conjunto de mulas’, *polvero* ‘pañuelo’ y *tactar* ‘tocar’, todos ellos identificados con varios países del Nuevo Mundo en *DAMER* (2010: s.v. *mulada*, *polvero*, *tactar*) y/o presentes exclusivamente en la documentación histórica de este continente (*CORDE/CORDIAM*)—, a los que con ciertas dudas se puede añadir *repostada* ‘respuesta desabrida y grosera’, que también es considerado en la lexicografía vocablo característicamente americano (*DLE*, 2014: s.v. *repostada*).¹¹

Así, se puede concluir que tanto la identificación diccionarística de estos elementos con el Nuevo Mundo como su concentración diatópica en la documentación que tiene este mismo origen permiten abonar la idea de que todos ellos constituyen vocablos acuñados en las diversas variedades del español de América cuyo conocimiento en ningún momento se extiende a la metrópoli, lo que determina que se deban interpretar, precisamente por su empleo geográficamente restringido, como uno más de los factores de dialectalización que contribuyen a la larga a reforzar la identidad léxica que, al menos desde los últimos años de la Colonia, presenta el español del Altiplano mexicano.

La prelación: cuando la americanización es cuestión de números

Por último, es necesario volver ahora la vista hacia el más sutil de los procesos de americanización, la *estrategia de prelación*, que —partiendo en esta ocasión del vocabulario compartido formal y significativamente por las variedades de ambos lados del Atlántico— implica “la imposición y/o generalización diatópica de un vocablo concreto frente a otras posibilida-

en que “en esos casos la americanización se produce por la entrada del indigenismo” al español, mientras que en los ejemplos presentados en este apartado (*mulada*, *polvero*, *tactar*) “lo específicamente americano es el proceso lexicogenésico en sí mismo”; dada esta disparidad, parece oportuno clasificar a tales elementos en categorías diferentes.

¹¹ De acuerdo con la obra académica, esta voz se emplea también en Andalucía, si bien en *CORDE* se localizan únicamente ejemplos americanos; esta disparidad —en cuanto a su ámbito de uso— es la que determina las dudas que se acaban de mencionar.

des presentes también en el sistema” (Ramírez Luengo, 2021b: 66). Por supuesto, no son pocas las dificultades teóricas y prácticas que encierra la detección diacrónica de estos elementos,¹² pero la aplicación a este corpus mexicano de la metodología empleada en Ramírez Luengo (2021b: 95-97) permite identificar entre sus páginas un total de 20 vocablos que parecen satisfacer la definición facilitada más arriba (cuadro 4).

Cuadro 4. *Estrategia de prelación en el corpus*
(casos absolutos/por millón de palabras)¹³

Vocablo	España	América
<i>Adolorido</i>	9 (0.38)	10 (1.18)
<i>Barranca</i>	57 (2.46)	336 (39.72)
<i>Boyada</i>	1 (0.04)	3 (0.35)
<i>Chico</i> ‘pequeño’	130 (5.62)	137 (16.19)
<i>Cíbolo</i>	1 (0.04)	7 (0.82)
<i>Curato</i>	129 (5.56)	414 (48.93)
<i>Demora</i>	145 (6.27)	194 (22.93)
<i>Demorar</i>	23 (0.99)	49 (5.79)
<i>Diuturno</i>	5 (0.21)	10 (1.18)
<i>Fierro</i>	20 (0.86)	163 (19.26)

¹² Entre ellas, cabe señalar, desde el punto de vista práctico, la necesidad de calcular la frecuencia de uso de estos elementos en España y en América durante un momento del pasado, para lo cual se ha optado por utilizar los datos de *CORDE* —corpus que, si bien está muy lejos de cumplir los criterios de homogeneidad y comparabilidad necesarios (Ramírez Luengo, 2017: 615), tiene la ventaja de aunar documentación de todo el mundo hispánico—, a lo que se suma la escasez de datos que, para algunos vocablos (por ejemplo, *boyada* o *rosillo*), ofrece el repositorio académico, lo que resta fiabilidad a las frecuencias normalizadas, en casos por millón de palabras (CMP) que se emplean como prueba de la existencia de la prelación. En cuanto a lo teórico, quizá el problema fundamental estribe en establecer cómo se debe entender la mayor *frecuencia de empleo* de un elemento específico —¿absoluta, por ámbitos de uso, por su carácter no marcado?—, así como en determinar qué diferencia cuantitativa es necesaria para considerar que un vocablo presenta en una variedad concreta la “generalización diatópica” que exige la prelación; a este respecto, cabe indicar que, a la espera de un estudio monográfico que discuta y aclare todas estas cuestiones, en esta ocasión se ha optado por considerar como muestra de esta estrategia un uso americano que, de acuerdo con *CORDE*, triplique el que se detecta en España durante el mismo periodo cronológico.

¹³ Como se explicará detenidamente más adelante, para el establecimiento de la frecuencia de empleo se ha hecho la búsqueda de todas las posibles grafías de los distintos elementos léxicos

Cuadro 4 (conclusión)

Vocablo	España	América
<i>Indio</i>	203 (8.7)	10441 (1234.28)
<i>Moquete</i>	5 (0.21)	6 (0.70)
<i>Mulato</i>	55 (2.37)	639 (75.53)
<i>Platicar</i> ‘hablar, charlar’	57 (2.46)	64 (7.56)
<i>Prieto</i> ‘negro’	19 (0.82)	35 (4.13)
<i>Recámara</i> ‘habitación’	6 (0.25)	42 (4.96)
<i>Refleja</i> ‘reflexión’	7 (0.30)	17 (2.00)
<i>Rosillo</i>	1 (0.04)	6 (0.70)
<i>Tontera</i>	2 (0.08)	12 (0.51)
<i>Triaste</i>	20 (0.86)	29 (3.42)

Aunque en ocasiones los resultados pueden resultar discutibles —sea por la escasez de datos (*boyada*, *cíbolo*, *rosillo*) o sea por la reducida diferencia que se detecta en las frecuencias de uso española y americana, quizá asociada a determinadas características del corpus (*adolorido*, *moquete*, *platicar*)—, no cabe duda de que en otros casos la documentación del Nuevo Mundo parece poner de manifiesto una clara preferencia por el empleo de elementos como *fierro*, *indio* y *mulato*, que se refleja en un uso entre 15 y 30 veces más elevado en este territorio que en la península ibérica.¹⁴ En esta misma línea, la revisión de los vocablos concretos demuestra que entre ellos se descubren algunos —como *cíbolo*, *curato* o *indio*— cuya presencia predominantemente americana resulta esperable

que ofrecen los fondos de *CORDE* durante el periodo 1650-1850; para aquellos vocablos que contaban con una muy abundante ejemplificación en el repositorio académico —como *chico* ‘pequeño’ o *indio*—, se ha restringido la consulta al siglo XVIII (y exclusivamente al masculino en el segundo caso).

¹⁴ De hecho, el caso más radical de esta prelación lo constituyen aquellos elementos previamente compartidos por todo el español que, con el paso del tiempo, han terminado por desaparecer en las variedades diatópicas de España; tal es lo que parece suceder —a la luz de los datos de *CORDE*— con vocablos presentes en la documentación analizada como *frezada* o *cambalachar*, que se registran a ambos lados del Atlántico en el siglo XVI y, sin embargo, restringen su uso al Nuevo Mundo en la Centuria Ilustrada.

por expresar realidades propias de este continente, pero también otros, igualmente preferidos en estas variedades, que se refieren a conceptos comunes y compartidos a ambos lados del Atlántico y que, por lo tanto, no muestran esta restricción (*barranca, fierro, recámara*); así las cosas, parece posible sostener la idea de que, ya para estos momentos, existe en el español hablado en el continente, y más en concreto en la Nueva España, un evidente proceso de selección normativa que colabora —y no poco— en la dialectalización de este nivel lingüístico, y cuyos efectos en el español que hoy se utiliza en México resultan, además, fácilmente detectables para cualquier usuario de esta lengua, que puede identificar sin dificultad las preferencias léxicas que caracterizan aún hoy a los mexicanos.

Sobre preferencias cuantitativas: la configuración léxica del español novohispano dieciochesco y sus condicionamientos históricos

Por otro lado, conviene recordar que, si bien es verdad que todas las variedades del español del Nuevo Mundo aplican en su vocabulario los cuatro procedimientos americanizadores que se acaban de describir, no es menos cierto que se pueden descubrir importantes diferencias entre ellas en cuanto a la frecuencia de empleo de las dos fundamentales, lo que termina por generar diferentes *configuraciones léxicas* regionales, entendido este concepto como “la preferencia que muestra una determinada variedad dialectal por una de las posibles estrategias (modificación/incorporación) que se emplea a la hora de dialectalizar el léxico” (Ramírez Luengo, 2017: 605-606); naturalmente, tales preferencias no son casuales, sino que guardan una estrecha relación con ciertos factores de índole histórica que modelan cada una de las sociedades coloniales americanas, entre los cuales se pueden citar:

el contacto más o menos temprano de los españoles con los pueblos indígenas de la región, la presencia más o menos abundante de éstos, el mantenimiento más o menos continuado de ese contacto, la mayor o menor integración de los pueblos autóctonos en la sociedad criolla o el estatus más

o menos prestigioso de las lenguas indígenas en la zona (Ramírez Luengo, 2017: 606).

De este modo, dado que el análisis que se ha llevado a cabo hasta el momento ha permitido comprobar fehacientemente la existencia en el corpus —y, por ende, en el español novohispano tardocolonial— de las distintas estrategias de americanización, es posible centrarse ahora en la configuración léxica que muestra el Altiplano mexicano en este momento, como forma de comprender mejor el perfil que, desde este punto de vista, muestra esta variedad dialectal. En concreto, los datos ofrecen la imagen que se refleja enseguida (cuadro 5).

Cuadro 5. *Configuración léxica según los datos del corpus*

<i>Estrategia</i>	<i>Casos</i>	<i>Voces</i>
Incorporación	48 (55.81%)	<i>atole, cacique, bingarrote, butaque, cajete, calamaco, carey, chapopote, chaquirá, chile, china, chocolate, chocolatería, cigarro, copal, coyote, enguacar, huepil, ixtle, jicalpestle, maguey, magueyal, magueyera, maíz, malacate, mecate, mescal, milpa, nagua, paliacate, pantle, petaca, petate, pípila, popote, pulque, pulquería, pulquero, quina, suapile, tapanco, temascal, tenate, tepetate, tilma, tlaquehual, tornachile, topil</i>
Modificación	38 (44.18%)	<i>bálsamo, banda, cajeta, calceta de Castilla, castizo, catear, comedirse, cortada, algodón, cuchillero, doctrina, español, hacienda, indianilla, lagarto, lobo, mantención, mascada, mayordomo, melado, nana, panela, pararse, parcialidad, pena, pescadera, puntal, rancho, Real (de minas), recaudo, revoltijo, taco, tata, tinajera, toalla de Castilla, tomado, tomar, trepidar</i>
<i>Total</i>	86 (100%)	

Como puede apreciarse, el hecho de que ambas estrategias estén bien representadas no oculta la clara preferencia que se detecta en el español novohispano dieciochesco a favor de la incorporación, que presenta en el corpus 10 vocablos más que la modificación —48 frente a 38— y supera a esta última en 11 puntos porcentuales, en claro contraste, por ejemplo, con la configuración léxica que presenta Nicaragua en estos

mismos momentos (Ramírez Luengo, 2021: 63). Asimismo, es importante mencionar que los resultados del cuadro anterior en modo alguno constituyen una sorpresa, pues resultan del todo coherentes con una sociedad como la que existe en el Altiplano mexicano en estos momentos, caracterizada entre otras cuestiones por la abundancia cuantitativa de indígenas, una estrecha convivencia entre éstos y los grupos hablantes de español, la progresiva integración de la población autóctona a esta sociedad criolla (Company, 2007: 157-164) y la posición de relativo prestigio que, por su carácter de *lengua general* desde los primeros años del dominio colonial, presenta dentro del ecosistema lingüístico de la región un idioma como el náhuatl (Parodi, 2011: 93-94).

En esta misma línea —y sin perjuicio de lo anterior—, una observación más detallada de los datos que suponga atender no tanto a la configuración léxica general, sino más bien a la de los diferentes campos nocionales, puede resultar también de gran relevancia, por cuanto sirve para manifestar de manera más precisa las preferencias que, en lo que se refiere a este asunto, muestran en el corpus las distintas esferas de la realidad. Así, la reorganización del cuadro anterior desde este punto de vista ofrece los resultados que se registran en el cuadro 6.

De este modo, se puede comprobar fácilmente que no todos los ámbitos referenciales se conducen de manera semejante a la hora de aplicar las diversas estrategias de americanización, sino que las diferencias al respecto pueden ser, en realidad, muy notables: en efecto, mientras que la incorporación parece ser el procedimiento privilegiado en el caso de los enseres y utensilios —con 14 de las 20 unidades léxicas registradas, el 70% del total— o de la industria/construcción (11 de 13; un 84.61%), la organización social se decanta por la modificación (nueve frente a seis), algo en lo que coincide con la categoría *otros* (ocho frente a dos); por su parte, campos léxicos como la alimentación y la agricultura/ganadería muestran una situación más equilibrada, al presentar una cantidad muy semejante de vocablos en ambas estrategias de americanización. Naturalmente, es sencillo percibir que estas diferencias que acaban de mencionarse están lejos de ser arbitrarias, y que en realidad responden, una vez más, a factores de naturaleza sociohistórica: no es casualidad, por

Cuadro 6. Configuración léxica según los datos del corpus
(por campo léxico)

<i>Campo léxico</i>	<i>Incorporación</i>	<i>Modificación</i>
Agricultura/ ganadería	6 (<i>magueyal, magueyera, maíz, chile, milpa, tornachile</i>)	4 (<i>rancho, puntal, bálsamo, hacienda</i>)
Alimentación	6 (<i>cigarro, atole, chocolate, mescal, pulque, bingarrote</i>)	7 (<i>cajeta, recaudo, revoltijo, taco, melado, panela, mantención</i>)
Enseres / utensilios	14 (<i>nagua, butaque, cajete, huepil, jicalpestle, malacate, mecate, palicate, petaca, petate, popote, tapanco, tenate, tilma</i>)	6 (<i>calceta de Castilla, mascada, pescadera, tinajera, algodón, toalla de Castilla</i>)
Fauna	1 (<i>pípila</i>)	1 (<i>lagarto</i>)
Flora	1 (<i>maguey</i>)	-
Geografía / clima	-	1 (<i>banda</i>)
Industria / construcción	11 (<i>calamaco, carey, chaquira, chapopote, chocolatería, copal, ixtle, pantle, pulquería, temascal, quina</i>)	2 (<i>Real (de minas), indianilla</i>)
Organización social	6 (<i>cacique, coyote, pulquero, suapile, tlaquehual, topil</i>)	9 (<i>lobo, cuchillero, castizo, doctrina, español, mayordomo, parcialidad, tata, nana</i>)
Transportes	-	-
Otros	2 (<i>enguacar, china</i>)	8 (<i>pararse, trepidar, comedirse, pena, cortada, catear, tomado, tomar</i>)
<i>Total</i>	48 (55.81%)	38 (44.18%)

ejemplo, que esferas de la realidad estrechamente relacionadas por las culturas originarias como son las técnicas y productos agrícolas o los enseres cotidianos se expresen mayoritariamente por medio de indigenismos, mientras que en la organización social de la Colonia —resultado del traslado y la adecuación de la existente en España, a la que se añaden instituciones autóctonas— se descubra “el claro predominio de la base hispánica, si bien con presencia también de lo amerindio” (Ramírez Luengo, 2021b: 95).

Así las cosas, se hace del todo necesario cerrar este apartado volviendo a reiterar dos conclusiones sin duda relevantes para posteriores estudios que puedan realizarse sobre esta materia: en primer lugar, el interés que encierra el análisis de la *configuración léxica* de una variedad geográfica específica, que permite, por medio de la descripción de su perfil dialectal, trascender la ya mencionada *historia de las palabras* para adentrarse, ahora sí, en la *historia del vocabulario*; asimismo, la importancia fundamental e insustituible de las informaciones históricas a la hora de interpretar los datos que ofrece la lingüística, en una clara constatación —nada novedosa, cabe decir— de las estrechas relaciones que ligan a ambas disciplinas y que, en definitiva, justifican el quehacer del filólogo.

LOS RESULTADOS LÉXICOS DE LA AMERICANIZACIÓN: LOS AMERICANISMOS EN EL SIGLO XVIII MEXICANO

Por otro lado, las diversas estrategias de americanización que se han descrito hasta el momento suponen la existencia de ciertos vocablos en el español novohispano tardocolonial que, por su carácter diatópicamente restringido, se pueden denominar con justicia como *americanismos*. No es este el momento, por supuesto, de discutir la definición —las definiciones (Donadio Copello, 2005: 89-92; Chávez Fajardo, 2021)— de un concepto tan polisémico como es éste, pero tal vez no esté de más indicar que, para un estudio diacrónico como el que aquí se está realizando, la interpretación más pertinente y metodológicamente más útil es la que ofrece Company (2007) al hablar del *mexicanismo*; así, partiendo de lo

propugnado por esta investigadora (Company, 2007: 28-29), se entiende aquí el *americanismo* como todo elemento —no necesariamente léxico, aunque en este caso se trabaje con este nivel lingüístico— “cuyo uso muy frecuente y cotidiano distancia la variedad americana respecto del español peninsular” (Ramírez Luengo, 2017: 609).¹⁵

Como puede apreciarse, una definición como ésta, basada en exclusiva en el criterio de uso, ofrece varias ventajas que es importante subrayar aquí (Ramírez Luengo, 2017: 609): por un lado, permite establecer una clara diferenciación entre el *indigenismo* y el *americanismo*, categoría que se despega de toda consideración etimológica e incorpora elementos netamente hispánicos —pero caracterizadores hoy del habla del continente— como *ahorita* o *nomás*;¹⁶ por otro, supone la existencia de tres subtipos de americanismos, resultantes de las diversas maneras como los vocablos pueden cumplir la definición facilitada más arriba, en concreto *puros* (voces empleadas en el español general de América e inexistentes en el español peninsular general), *semánticos* (vocablos formalmente compartidos con la península que han desarrollado en América valores semánticos propios) y *de frecuencia* (elementos compartidos en forma y significado pero que muestran en América un empleo mucho mayor) (Company, 2010: xvii).

Ahora bien, no cabe duda de que, para el estudio diacrónico del léxico, el gran aporte de esta interpretación estriba en el planteamiento del *carácter eminentemente dinámico* del concepto, que supone que “la valoración de determinado elemento como americanismo no se mantiene inalterada a través del tiempo, sino que puede variar a lo largo de la historia, dependiendo de los procesos de expansión o reducción geográ-

¹⁵ Téngase en cuenta que, aunque tal definición exige que el elemento en cuestión se emplee en toda América, este requisito muy pocas veces se cumple, por lo que en los siguientes análisis el concepto se aplicará de una forma laxa, tomando como tal cualquier vocablo diatópicamente restringido cuya presencia en una variedad lingüística americana contraste con el uso peninsular (Ramírez Luengo, 2017: 609).

¹⁶ Al mismo tiempo, esto determina que —muy coherentemente— se extraiga de una obra como el *Diccionario de mexicanismos* (DMEX, 2010) un nahuatlismo como *cacao*, cuya generalización en el ámbito panhispánico determina que en poco o nada caracterice al español actual de México.

fica que experimenten las diferentes unidades léxicas” (Ramírez Luengo 2012: 398): a manera de ejemplo, si al día de hoy vocablos del corpus como *enojo/enojado* resultan indudables americanismos de frecuencia —frente a los peninsulares *enfado/enfadado*— y *pieza* ‘habitación’ o *prieto* ‘negro’ se pueden interpretar como americanismos semánticos, no es ésta la situación que tales elementos presentan en el siglo XVIII, momento en el que los cuatro constituyen voces generales;¹⁷ en sentido contrario, tanto *Autoridades* (Real Academia Española, 1979: s.v. *rancho*) como *CORDE* parecen avalar la idea de que el empleo de *rancho* con el valor de ‘finca rústica’ que comparten al día de hoy México y España no se conoce en este último país en el Siglo de las Luces, lo que obliga a integrar tal vocablo en el grupo de los americanismos semánticos dieciochescos, en una nueva muestra de los cambios diacrónicos que puede experimentar la valoración de una unidad léxica y, por lo tanto, de la dinamicidad que es inherente a la interpretación de este concepto.

Se puede concluir, por ello, que si bien esta forma de entender el americanismo no está exenta de problemas —de hecho, multiplica las dificultades de análisis desde un punto de vista tanto teórico como práctico—,¹⁸ su aplicación permite conseguir una imagen más realista de la variación de este nivel lingüístico en un momento histórico concreto.

¹⁷ En el caso de *enojo/enojado*, los datos de *CORDE* ofrecen para esta época una frecuencia española de 49.59 y 13.37 CMP frente a 46.22 y 14.30 CMP en América, es decir, un empleo semejante a ambos lados del Atlántico; en cuanto a *pieza* ‘habitación’ y *prieto* ‘negro’, la aparición de ambos significados en el *Diccionario de autoridades* (Real Academia Española, 1979: s.v. *pieza*, *prieto*) sin ninguna referencia a América y —aún más— la constatación de su uso en los fondos españoles del repositorio académico constituyen también argumentos a favor de su carácter común en la época.

¹⁸ Algunas —como la ocasional escasez de ejemplos en los corpus para constatar la distribución diacrónica de ciertos elementos, la complejidad que supone distinguir los americanismos semánticos *de lengua* de las metaforizaciones puntuales o la necesidad de definir claramente, en el subtipo de frecuencia, qué se entiende por “uso más abundante”— se han señalado ya al hablar de las diversas estrategias de dialectalización; otras dificultades —por ejemplo, la interpretación de los casos presentes en obras españolas de temática americana o el corte cronológico que se establece para el análisis— se pueden entrever en la nota siguiente, donde se indican los criterios seguidos en este trabajo a la hora de integrar un elemento al listado de americanismos.

Pues bien, precisamente a analizar la imagen que, a este respecto, ofrece el México ilustrado es a lo que se van a dedicar las siguientes páginas, y para ello es necesario señalar en primer lugar la aparición en el corpus de los distintos subtipos de americanismos que se han mencionado más arriba, tal y como lo demuestra la información siguiente (cuadro 7).¹⁹

Cuadro 7. *Americanismos detectados en el corpus*

<i>Americanismo</i>	<i>Casos</i>	<i>Voces</i>
Amer. puro	55 (45.83%)	amasia, aperado, arcina, (a)tarjea, atole, belduque, bingarrote, butaque, cajete, cambalachar, chapopote, chaquira, chile, china, concuño, copal, coyote, enguacar, fistol, frezada, gachupín, garnatada, gretado, huepil, ixtle, jicalpestle, magueyal, magueyera, malacate, mecate, mescal, milpa, mulada, ocurso, paliacate, pantle, petate, pípila, polvero, popote, pulquería, pulquero, repostada, retobado, suapile, tacter, tapanco, temascal, tenate, tepetate, tilma, tlaquehual, topil, tornachile, túnico.
Amer. semántico	38 (31.66%)	bálsamo, banda, cajeta, calceta de Castilla, castizo, catear, comedirse, cortada, algodón, cuchillero, doctrina, español, hacienda, indianilla, lagarto, lobo, mantención, mascada, mayordomo, melado, nana, panela, pararse, parcialidad, pena, pescadera, puntal, rancho, real (de Minas), recaudo, revoltijo, taco, tata, tinajera, toalla de Castilla, tomado, tomar, trepidar.

¹⁹ Sin perder de vista que son aún muchos problemas metodológicos que se deben solucionar para conseguir una más correcta aplicación de este marco teórico y teniendo en cuenta, por tanto, el carácter puramente provisional de estas decisiones, los criterios que se han aplicado para la inclusión de una voz en las distintas categorías son los siguientes (Ramírez Luengo, 2017: 610-611): para el *americanismo puro*, que durante el corte cronológico seleccionado (1650-1850) el vocablo aparezca en *CORDE* exclusivamente en textos del Nuevo Mundo o bien en aquellos que, clasificados como españoles, presenten una temática relacionada con esta región; para los *americanismos semánticos*, que la unidad léxica ofrezca en el corpus una significación identificada por el *Diccionario de autoridades* y/u otras obras lexicográficas de la época como propia de cualquier zona de este continente (restricción diatópica que, además, se ha corroborado en la mayor parte de los casos consultando los fondos del repositorio académico); para el subtipo denominado *de frecuencia*, por último, que la voz en cuestión presente un empleo americano en *CORDE* —establecido en casos por millón de palabras— que al menos triplique el que este mismo corpus ofrece para la época en España.

Cuadro 7 (conclusión)

<i>Americanismo</i>	<i>Casos</i>	<i>Voces</i>
Amer. frecuencia	27 (22.5%)	<i>adolorido, barranca, boyada, cacique, carey, chico</i> ‘pequeño’, <i>cíbolo, curato, demora, demorar, diuturno, fierro, indio, maguey, moquete, mulato, nagua, petaca, platicar, prieto</i> ‘negro’, <i>pulque, quina, recámara</i> ‘habitación’, <i>refleja</i> ‘reflexión’, <i>rosillo, tontera, traste</i> ²⁰
<i>Total</i>	120 (100%)	

Más allá de la comprobación de que, efectivamente, todos los subtipos de americanismos están representados en los textos, quizá lo más interesante sea constatar que su reparto porcentual presenta notables diferencias, dado que, mientras que los puros y semánticos son claramente mayoritarios —más los primeros, que equivalen a casi la mitad de los detectados—, el americanismo de frecuencia resulta notablemente más escaso. Se repite, así, un patrón que se registra también en otras variedades americanas del siglo XVIII (Quirós García y Ramírez Luengo 2015: 193; Ramírez Luengo 2017: 611) y que pone de evidencia que, desde este punto de vista, el Altiplano mexicano sigue lo que parece ser una tendencia más general en el continente cuyo origen y motivación será necesario investigar con calma a partir de una mayor cantidad de datos y, una vez más, con la ayuda de las claves que aporten tanto la lingüística como la historia.

Al mismo tiempo, la tabla anterior también manifiesta que las diferencias mencionadas no se reducen únicamente a lo cuantitativo, sino que enlazan muy directamente con la cuestión de los orígenes etimológicos de los vocablos y, en consecuencia, con las estrategias que, según se describió en apartados anteriores, sirven para americanizar el vocabulario. De este modo, se expone a continuación la relación —más compleja de

²⁰ Para la frecuencia de uso de los elementos endohispánicos —siempre en casos por millón de palabras según los fondos de *CORDE*— a ambos lados del Atlántico, véase más arriba el cuadro 4. Para los indigenismos, los datos son los siguientes: *cacique* (1.16, Es. — 326.62, Am.), *carey* (0.21, Es. — 3.78, Am.), *maguey* (0.21, Es. — 2.12, Am.), *nagua* (0.21, Es. — 1.06, Am.), *petaca* (1.12, Es. — 8.03, Am.), *pulque* (0.04, Es. — 9.22, Am.), *quina* (3.28, Es. — 23.99, Am.).

lo que en principio se podría pensar— entre estos dos factores, la etimología y el tipo de americanismo (cuadro 8).

Cuadro 8. *Origen etimológico de los americanismos del corpus*

<i>Americanismo</i>	<i>Voces endohispánicas</i>	<i>Indigenismos</i>
Amer. puro	34.54% (19/55) amasia, aperado, arcina, (a)tarjea, belduque, cambalachar, concuño, fistol, frezada, gachupín, garnatada, gretado, mulada, ocurso, polvero, repostada, retobado, tactar, túnico.	65.45% (36/55) atole, bingarrote, butaque, cajete, chapopote, chaquira, chile, china, copal, coyote, enguacar, huepil, ixtle, jicalpestle, magueyal, magueyera, malacate, mecate, mescal, milpa, paliacate, pantle, petate, pípila, popote, pulquería, pulquero, suapile, tapanco, temascal, tenate, tepetate, tilma, tlaquehual, topil, tornachile.
Amer. semántico	100% (38/38) bálsamo, banda, cajeta, calceta de Castilla, castizo, catear, comedirse, cortada, algodón, cuchillero, doctrina, español, hacienda, indianilla, largarto, lobo, mantención, mascada, mayordomo, melado, nana, panela, pararse, parcialidad, pena, pescadera, puntal, rancho, real (de Minas), recaudo, revoltijo, taco, tata, tinajera, toalla de Castilla, tomado, tomar, trepidar.	
Amer. frecuencia	74.07% (20/27) adolorido, barranca, boyada, chico ‘pequeño’, cíbolo, curato, demora, demorar, diuturno, fierro, indio, moquete, mulato, platicar, prieto ‘negro’, recámara ‘habitación’, refleja ‘reflexión’, rosillo, tontera, traste.	25.92% (7/27) cacique, carey, maguey, nagua, petaca, pulque, quina.

Salta a la vista, así, la preferencia que demuestran los diferentes tipos de americanismo por vocablos de un origen etimológico concreto, algo que resulta especialmente evidente en el caso del subtipo semántico, representado en todas las ocasiones por voces endohispánicas que, llegadas desde España con los colonizadores, experimentan el cambio significativo que exige el procedimiento americanizador de la modificación (*mascada*, *taco*). Por su parte, los americanismos puros muestran una clara preferencia por los indigenismos —equivalentes a dos de cada tres elementos (*copal*, *nagua*)—, y por lo tanto por la estrategia de incorporación,²¹ si bien eso no implica que no haya también entre ellos voces de raíz hispánica, algunas que han sido generadas por la estrategia de la creación (*tactar*, *polvero*) y otras que —por desconocerse en esta época en su solar de origen pero haberse utilizado en momentos anteriores (*atarjea*, *frezada*)— encajan certeramente en los *seudoarcaísmos* de Moreno de Alba (2007: 190), es decir, “arcaísmos en sentido relativo que, usándose en algunos de los dialectos, dejaron de pertenecer a la norma de los demás”, en una muestra de la diferente interpretación que los acercamientos sincrónico (*americanismo*) y diacrónico (*arcaísmo*) imponen a un mismo vocablo.

En cuanto al americanismo de frecuencia, coincide éste con el puro en contar tanto con indigenismos (*carey*, *pulque*, *quina*) como con voces de origen hispánico (*boyada*, *recámara*, *tontera*), si bien en una situación inversa a este último subtipo, dado que en este caso el predominio de hispanismos es claramente mayoritario, equivalente al 75% del total. Al igual que en las ocasiones anteriores, tampoco este escenario es fruto de la casualidad, sino que guarda relación con al menos tres cuestiones de muy distinta naturaleza: por un lado —y tal y como se señaló al hablar de la estrategia de prelación— con el carácter eminentemente americano de algunos de los referentes (*cíbolo*, *curato*, *indio*), que naturalmente favo-

²¹ En una identificación que, una vez más, está muy lejos de ser casual, dado que el empleo exclusivamente americano de estas voces se debe en muchas ocasiones al hecho de que sus referentes sean propios de este continente, lo que justifica a su vez que para su expresión se eche mano del préstamo indígena; se hace evidente, por lo tanto, la estrecha relación que existe entre el tipo de americanismo, su origen etimológico y la estrategia de americanización que le da origen, que no constituyen sino diversas perspectivas, distintos puntos de vista, desde los que analizar una misma unidad léxica.

rece el empleo mayoritario de las voces que les dan nombre en las variedades del continente y, con ello, la transformación de éstas en índice dialectal; por otro, con el proceso de selección que se produce en el Nuevo Mundo, que a veces se entiende como una pura preferencia frente a ciertos sinónimos por motivos complejos de definir (*barranca*, *traste*) y otras veces refleja el mantenimiento americano de voces y/o formas que se están perdiendo en España (*fierro*, *chico* ‘pequeño’) y que engrosan, así, la lista de los pseudoarcaísmos mencionados más arriba; por último, en el caso concreto de los indigenismos (*cacique*, *petaca*), su transformación en americanismos de frecuencia se relaciona con su migración y paulatina expansión por las variedades utilizadas en España, lo que supone una pérdida progresiva de su valor como identificadores dialectales y esboza un proceso diacrónico de *desamericanización* (Ramírez Luengo, 2017b) que, poco estudiado por el momento, resulta de indudable importancia para la más completa comprensión de la historia léxica del español.²²

Por último, si estas páginas tienen como objetivo describir la personalidad léxica del Altiplano mexicano, quizá sea pertinente decir algo acerca del peso que el conjunto de elementos analizado tiene no sólo para establecer una contraposición entre éste y las variedades de la lejana metrópoli europea —asunto desarrollado hasta el momento—, sino también para comprobar su lugar dentro de la riquísima variación que, en este nivel lingüístico, caracteriza desde antiguo al español empleado en el Nuevo Mundo. De este modo, la distribución diatópica de las voces que, para el momento actual, señalan tanto el *DLE* (2014) como muy especialmente el *DAMER* (2010)²³ parece evidenciar que, junto a

²² Este proceso de *desamericanización* y el cambio de valoración que implica para determinados elementos léxicos resulta especialmente marcado en el caso de algunos indigenismos del corpus que presentan actualmente una distribución panhispánica como *chocolate* o *maíz*, ambas voces generales ya en el siglo XVIII de acuerdo con los datos de *CORDE*, pero cuya naturaleza de americanismos puros se puede postular para el siglo XVI, es decir, para aquellos momentos en los que sólo se emplean/conocen en América. Así, conforme se extienden por el mundo hispánico, pasan de americanismos puros a americanismos de frecuencia y, finalmente, a voces generales, lo que evidencia una vez más el carácter dinámico que, según se dijo ya, es inherente a esta interpretación del concepto *americanismo*.

²³ La utilización de este criterio, cabe decir, no está exenta de problemas, pues implícitamente supone aceptar que el área de empleo de los vocablos se ha mantenido sin cambios en el

vocablos de extensión continental (*cortada, pararse, tomar*), se detectan algunos más restringidos geográficamente, ya sea a México y distintas áreas del continente (*concuño, cuchillero, mecate*) o con mayor frecuencia a este país y Centroamérica (*chile, huepil, mascada*) —con la que mantiene unos profundos lazos históricos—, así como también otros cuyo uso parece reducirse al ámbito mexicano (*arcina, bingarrote, pípila*) y constituyen, por ello, mexicanismos en el sentido más estricto del término. Salta a la vista, por lo tanto, que la identidad léxica de una variedad como la mexicana no se construye tan sólo a partir de su oposición con España o del empleo de voces que le pertenecen en exclusividad, sino también por medio de un conjunto de vocablos de mayor o menor extensión dialectal que, estableciendo una intrincada y compleja red de convergencias y divergencias regionales, terminan por perfilar esa *variedad dentro de la unidad* que, aunando lo original con lo compartido, dota de personalidad a las diferentes hablas del Nuevo Mundo.

UNAS PRIMERAS CONCLUSIONES: EL LÉXICO MEXICANO DEL SIGLO XVIII, ENTRE LA PERSONALIDAD Y LA PERTENENCIA

Llegado este punto, quizá sea posible esbozar ahora una valoración general de la identidad que, desde el punto de vista léxico, presenta el español del Altiplano mexicano en la Centuria Ilustrada, y para ello parece oportuno volver a la cita de Company con que se abría esta exposición: en efecto, si en el ámbito gramatical “el siglo XVIII novohispano constituye un periodo clave en la conformación lingüística de nuestro país” porque en él “tomó carta de naturaleza, esto es, se volvió parte del habla cotidiana del pueblo, un buen número de formas de expresión que constituyen caracterizadores dialectales del español de México hoy en día” (Company, 2007: 18), este acercamiento parece evidenciar una situación paralela en el caso del vocabulario, que muestra un claro proceso de *americanización* caracterizado por el empleo de numerosos vocablos

tiempo y es históricamente semejante a la de hoy, algo que, como se viene señalando en estas páginas, está lejos de ser cierto.

que sirven para identificar —ahora, y probablemente también en la época— a sus usuarios con una zona geográfica determinada. A este respecto, es importante señalar que el proceso mencionado responde en primer lugar a exigencias comunicativas básicas —esto es, a la necesidad de los emigrados españoles de aprehender y expresar el *mundo nuevo* que ahora los rodea—, pero a la larga va a contribuir desde lo lingüístico a dotar de una personalidad propia a la sociedad de la Nueva España, en un largo camino que, sabido es, comienza antes de la Centuria Ilustrada (Company, 2007: 169), pero que en todo caso es ya una realidad indudable en estos momentos que, no por casualidad, preludian el paso de México a la vida independiente.

En cuanto a la americanización léxica en sí, los datos de la documentación demuestran que esta aprehensión de la realidad desconocida se produce mediante procedimientos que no sólo se hacen presentes desde los mismos inicios del asentamiento español en América y en textos de naturaleza muy variada, sino que además se descubren también en el caso de otras lenguas que, como el portugués, experimentan el mismo traslado a un nuevo territorio alejado de su solar originario; por supuesto, la constatación de tales coincidencias en lugares y momentos diferentes no es en modo alguno sorprendente, pues en realidad los procedimientos mencionados se corresponden con estrategias cognitivas generales, propias del ser humano, que —con independencia de las circunstancias geográficas, cronológicas o textuales implicadas— se activan siempre que éste debe solucionar el problema que supone *dar nombre* a algo que, desde su personal punto de vista, no lo tiene. Asimismo, es importante mencionar, centrándose ya en lo estrictamente léxico, que este hecho no sólo supone, como se podría pensar, introducir vocablos ajenos a partir del contacto con las culturas y las lenguas autóctonas, sino que implica también modificar los propios —ver la nueva realidad, si se quiere, a partir de los moldes que impone el viejo idioma materno—, aplicar creativamente las posibilidades del sistema para generar más vocabulario e incluso dar preferencia a unas voces frente a otras por motivos muy variados; supone, en definitiva, una auténtica reestructuración y reorganización del sistema que además, cabe decir, en modo alguno es

caprichosa, sino que responde a factores y condicionamientos estrechamente relacionados con la situación sociohistórica que caracteriza a las distintas regiones del Nuevo Mundo.

Como resultado de todo lo anterior, la revisión de los documentos novohispanos permite detectar una serie de voces que se pueden denominar *americanismos* y/o *mexicanismos* y que en el siglo XVIII sirven para identificar léxicamente el habla de esta región frente a las otras que en esos momentos componen el diasistema del español; unas voces —es importante mencionarlo— que a veces son empleadas exclusivamente en México, pero que en otras muchas ocasiones se comparten con otras zonas del continente o incluso con España, en una intrincada red que, sin negar la personalidad propia de cada variedad dialectal, sirve para cohesionar lo que constituye, no lo olvidemos, una única lengua compartida, un idioma que —inmerso en una constante tensión entre lo centrípeto que mejora la comunicación y lo centrífugo que forja las identidades locales— va configurando a través del tiempo la compleja y fecunda historia léxica de trasvases, mantenimientos y modificaciones que explica la situación actual.

Así pues, en este complejo proceso histórico que, en América en general y en México particularmente, lleva al español de ser una *lengua de conquista* a una *lengua patrimonial* (Company, 2021) y que desde el punto de vista léxico se refleja en el paso de la *extrañeza* a la *integración* —entendidos ambos conceptos como “etapas sucesivas de la conformación y evolución del español en este continente” (Company, 2021b: 19)—, esta exposición ha pretendido ofrecer la imagen fija que se descubre en una época de especial relevancia como es el siglo XVIII, así como presentar una metodología con la cual poder comprender y describir de manera profunda la situación existente en esos momentos. Etapa en la que, salta a la vista, el Altiplano mexicano posee ya una vigorosa personalidad léxica, que refleja los avatares históricos de la región y que se mantiene como tal hasta la actualidad; y, la cual, en mi caso concreto —español como soy—, se me hizo portentosamente presente por primera vez en las inocentes páginas del menú de un restaurante.

AGRADECIMIENTOS

Aun a riesgo de agotar la paciencia de quienes me escuchan, no quiero acabar estas páginas sin dejar constancia de mi agradecimiento, de mis múltiples agradecimientos, a todos aquellos que, de una u otra forma, me han traído hoy hasta aquí. En primer lugar, es necesario que mencione a la propia Academia Mexicana de la Lengua, que ha tenido la deferencia de nombrarme académico correspondiente en Madrid, un honor que se debe, me consta, más a la amabilidad y a la benevolencia de esta corporación y de sus miembros que a cualquier mérito que yo personalmente pueda atesorar. Sin salir todavía de esta casa, quiero también expresar mi especial gratitud a los tres académicos que avalaron mi nombre, doña Ascensión Hernández Triviño, don Pedro Martín Butragueño y don Fernando Nava López: si hasta el momento les debía todo el conocimiento que he adquirido leyendo sus trabajos, ahora mi deuda se acrecienta con la confianza que han depositado en mí, que espero poder honrar dignamente.

Asimismo, ya que es mi trabajo como filólogo el que me ha permitido llegar a este lugar, es de justicia expresar todo mi reconocimiento a quienes, con su ejemplo, me han enseñado este oficio, a las dos personas que considero desde muchos puntos de vista mis maestras: doña Carmen Isasi Martínez, de la Universidad de Deusto, y doña Concepción Company Company, de la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro de esta institución. Ambas constituyen el modelo que, con mejor o peor fortuna, he intentado imitar a lo largo de todos estos años, en los que me han mostrado no sólo el rigor y la honestidad que deben regir toda labor intelectual, sino también —y principalmente— el entusiasmo por la investigación, el afán de seguir aprendiendo todos los días y la generosidad científica y humana que constituye la característica distintiva de los auténticos sabios; ojalá que algo de todo esto, algo de sus enseñanzas, haya logrado transmitir, y logre seguir transmitiendo en el futuro, a mis propios alumnos.

Finalmente, ni puedo ni quiero dejar de recordar aquí a mi familia, de sangre y de elección, que tanta paciencia ha tenido conmigo y tanto han

confiado en mí y en mi trabajo, ni tampoco a todos mis amigos, tanto a los europeos —muchos de ellos colegas— como muy especialmente a los hispanoamericanos, pues tengo la inmensa fortuna de poder contar, en la práctica totalidad del continente, con personas a las que me precio de llamar amigos; son ellos los que me enseñaron a querer sus cosas y, junto a ellas, también, su forma de hablar nuestra lengua compartida. Por todo ello, y a todos ellos, muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alvar, Manuel (1987): *Léxico del mestizaje en Hispanoamérica*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica / Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- Álvarez de Miranda, Pedro (2009): “Neología y pérdida léxica”, en E. de Miguel (ed.): *Panorama de la lexicología*. Barcelona: Ariel, pp. 133-158.
- Bravo Vargas, Gerardo (2014): *Vocabulario náhuatl del maguey y el pulque*. Tepeapulco: Museo del Maguey y el Pulque.
- Buesa Oliver, Tomás y José M. Enguita Utrilla (1992): *Léxico del español de América: su elemento patrimonial e indígena*. Madrid: MAPFRE.
- Chávez Fajardo, Soledad (2021): “Americanismos, americanismo. Radiografía de una polisemia”. *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos* 11, pp. 8-36.
- Company, Concepción (1994): *Documentos lingüísticos de la Nueva España, I. El Altiplano central*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Company, Concepción (2007): *El siglo XVIII y la identidad lingüística de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Academia Mexicana de la Lengua.
- Company, Concepción (2010): “Introducción”, en Academia Mexicana de la Lengua: *Diccionario de mexicanismos*. México: Siglo XXI, pp. xv-xxiii.
- Company, Concepción (2021): *El español en América: de lengua de conquista a lengua patrimonial*. México: El Colegio Nacional.
- Company, Concepción (2021b): “Ángulos del contacto en el español americano. De la extrañeza a la integración”, en J. L. Ramírez Luengo (ed.): *Estudios sobre la historia léxica del español de América*. Jaén: Universidad de Jaén, pp. 17-47.
- CORDE. Real Academia Española (2022): *Banco de datos CORDE. Corpus diacrónico del español*. En: <<http://corpus.rae.es/cordenet.html>>, consulta: febrero de 2022.

- CORDIAM. Academia Mexicana de la Lengua (2022): *Corpus diacrónico y diatópico del español de América*. En: <<http://www.cordiam.org>>, consulta: febrero de 2022.
- DAMER. Asociación de Academias de la Lengua Española (2010): *Diccionario de americanismos*. Madrid: Santillana.
- DCECH. Corominas, Joan y José Antonio Pascual (1980-1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- DHECAN. Corrales, Cristóbal y Dolores Corbella (2022): *Diccionario histórico del español de Canarias*. En: <<http://web.frl.es/DHECan.html>>, consulta: febrero de 2022.
- DLE. Real Academia Española (2014): *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- DMEX. Academia Mexicana de la Lengua (2010): *Diccionario de mexicanismos*. México: Siglo XXI.
- Donadio Copello, María (1995): “Algo acerca de los americanismos y las regiones dialectales”, en C. Aráus Puente (coord.): *Manual de lingüística hispanoamericana*, II. *Notas para un seminario sobre el español americano*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, pp. 83-141.
- Enguita Utrilla, José M. (2010): “Indoamericanismos léxicos y estructuras discursivas en la *Relación* de Cristóbal de Molina”, en C. de Molina: *Relación de las fábulas y ritos de los incas*. Fráncfort y Madrid: Vervuert / Iberoamericana, pp. 199-218.
- GDN. Reyes Equiguas, Salvador (coord.) (2022): *Gran diccionario náhuatl*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. En: <<https://gdn.iib.unam.mx/presentacion>>, consulta: febrero de 2022.
- Lope Blanch, Juan M. (1990): “El léxico de la zona maya en el marco de la dialectología mexicana”, en J. M. Lope Blanch: *Investigaciones sobre dialectología mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 59-132.
- Martinell Gifre, Emma (1988): *Aspectos lingüísticos del descubrimiento y de la conquista*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Mejías, Hugo A. (1980): *Préstamos de las lenguas indígenas en el español americano del siglo XVIII*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Moreno de Alba, José G. (2007): *Introducción al español americano*. Madrid: Arco Libros.

- Morínigo, Marcos A. (1998): *Nuevo diccionario de americanismos e indigenismos*. Buenos Aires: Claridad.
- Parodi, Claudia (2011): “Multiglosia virreinal novohispana: el náhuatl”. *Cuadernos de la ALFAL* 2, pp. 89-101.
- Quirós García, Mariano y José Luis Ramírez Luengo (2015): “Observaciones sobre el léxico del español del Yucatán (1650-1800)”. *Revista de Filología Española* 95/1, pp. 153-181.
- Ramírez Luengo, José Luis (2007): *Breve historia del español de América*. Madrid: Arco Libros.
- Ramírez Luengo, José Luis (2012): “El léxico en los procesos de dialectalización del español americano: el caso de la Bolivia andina”. *Cuadernos del Instituto de Historia de la Lengua Española* 7, pp. 393-404.
- Ramírez Luengo, José Luis (2017): “Aspectos metodológicos para el estudio histórico del léxico americano: conceptos, ejemplificación y tareas para el futuro”. *Moenia* 23, pp. 603-619.
- Ramírez Luengo, José Luis (2017b): “Los corpus lingüísticos en la historia del léxico: algunos datos sobre la generalización de los indigenismos antillanos en el español de España”. *Études Romanes de Brno* 38, pp. 101-111.
- Ramírez Luengo, José Luis (2019): “Los indigenismos léxicos en la *Descripción geográfico-moral* del arzobispo Cortés y Larraz (1770): los datos salvadoreños”. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 45/2, pp. 249-265.
- Ramírez Luengo, José Luis (2021): “Los procesos de americanización léxica en el español de (Centro)América: el caso de Nicaragua (1680-1820)”, en M. A. Moreno Moreno y M. Torres Martínez (coords.): *Estudios del léxico en el ámbito universitario del siglo XXI*. Madrid: Octaedro, pp. 55-73.
- Ramírez Luengo, José Luis (2021b): “La americanización léxica del español guatemalteco de la Ilustración a partir de los *Apuntamientos sobre la agricultura y el comercio del Reyno de Guatemala* (1811)”, en *Publicación conmemorativa Bicentenario de la Independencia 1821-2021. La lengua española en Guatemala*. Guatemala: Academia Guatemalteca de la Lengua, pp. 67-111.
- Real Academia Española (1979): *Diccionario de autoridades* (edición facsímil de la de 1726-1739). Madrid: Gredos.
- Santamaría, Francisco Javier (1959): *Diccionario de mejicanismos*. México: Porrúa.

ANEXOS

ANEXO I. *Significados (español/americano) de los americanismos semánticos*

- 1) *Bálsamo*: Sustancia aromática, líquida y casi transparente en el momento en que por incisión se obtiene de ciertos árboles (España; *DLE*, 2014: s.v. *bálsamo*) — Nombre genérico que se aplica a gran número de plantas y árboles americanos, pertenecientes a diferentes familias, que proporcionan sustancias balsámicas de propiedades medicinales (América; *DLE*, 2014: s.v. *bálsamo*).
- 2) *Banda*: Grupo de gente armada. Bandada, manada, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *banda*) — Lado de algunas cosas (América; *DLE*, 2014: s.v. *banda*).
- 3) *Cajeta*: Caja o cepo para recoger limosnas (España; *DLE*, 2014: s.v. *cajeta*); dim. de *caja* — Dulce de leche de cabra, sumamente espeso (América; *DLE*, 2014: s.v. *cajeta*).
- 4) *Calceta de Castilla*: Media. Tejido de punto (España; *DLE*, 2014: s.v. *calceta*) — Media producida en España (América).
- 5) *Castizo*: De buen origen y casta. Típico, genuino del país o del lugar, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *castizo*) — En la América colonial, cuarterón (América; *DLE*, 2014: s.v. *castizo*).
- 6) *Catear*: Buscar, descubrir, espiar, acechar (España; *DLE*, 2014: s.v. *catear*) — Allanar la casa de alguien (América; *DLE*, 2014: s.v. *catear*).
- 7) *Comedirse*: Moderarse, contenerse (España; *DLE*, 2014: s.v. *comedir*) — Ofrecerse o disponerse para algo (América; *DLE*, 2014: s.v. *comedir*).
- 8) *Cortada*: Acción y efecto de cortar (España; *DLE*, 2014: s.v. *cortada*) — Herida hecha con un instrumento cortante (América; *DLE*, 2014: s.v. *cortada*).
- 9) *Cotón*: Tela de algodón estampada de varios colores (España; *DLE*, 2014: s.v. *cotón*) — Camisa de tela sin mangas usada para

- las faenas agrícolas. Jubón corto (América; *DAMER*, 2010: s.v. *cotón*).
- 10) *Cuchillero*: Fabricante o vendedor de cuchillos. Abrazadera que ciñe o sujeta algo (España; *DLE*, 2014: s.v. *cuchillero*) — Persona pendenciera y diestra en pelear con el cuchillo (América; *DAMER*, 2010: s.v. *cuchillero*).
 - 11) *Doctrina*: Enseñanza que se da para instrucción de alguien. Norma científica, paradigma, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *doctrina*) — En América, pueblo de indios recién convertidos, cuando todavía no se había establecido en él parroquialidad o curato (América; *DLE*, 2014: s.v. *doctrina*).
 - 12) *Español*: Natural de España, país de Europa, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *español*) — Hijo de castizo y española (Alvar, 1987: s.v. *español*).
 - 13) *Hacienda*: Conjunto de bienes y riquezas que alguien tiene, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *hacienda*) — Finca agrícola (América; *DLE*, 2014: s.v. *hacienda*).
 - 14) *Indianilla*: Tela de lino o algodón, o de mezcla de uno y otro, pintada por un solo lado (*DLE*, 2014: s.v. *indiana*) — Tela semejante a la indiana producida en América (América).
 - 15) *Lagarto*: Reptil terrestre del orden de los saurios, de 50 a 80 cm de largo, de color verdoso, cabeza ovalada, boca grande con muchos y agudos dientes (*DLE*, 2014: s.v. *lagarto*) — Nombre genérico que se da a varias especies de reptiles emidosaurios (*DLE*, 2014: s.v. *lagarto*).
 - 16) *Lobo*: mamífero carnívoro, semejante a un perro grande, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *lobo*) — Hijo de negro e india, zambo (Alvar, 1987: s.v. *lobo*).
 - 17) *Mantención*: Manutención (España; *DLE*, 2014: s.v. *mantención*) — Provisión de lo necesario para vivir, especialmente de alimento (América; *DAMER*, 2010: s.v. *mantención*).
 - 18) *Mascada*: Acción y efecto de mascar, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *mascada*) — Pañuelo, especialmente de seda, para adorno (América; *DLE*, 2014: s.v. *mascada*).

- 19) *Mayordomo*: Criado principal a cuyo cargo está el gobierno económico de una casa o hacienda (España; *DLE*, 2014: s.v. *mayordomo*) — Agente principal del propietario, arrendatario o administrador de una hacienda (América; *DLE*, 2014: s.v. *mayordomo*).
- 20) *Melado*: Dicho de un color, amarillo como el de la miel. (España; *DLE*, 2014: s.v. *melado*) — En la fabricación del azúcar de caña, jarabe que se obtiene por evaporación del jugo parificado de la caña (América; *DLE*, 2014: s.v. *melado*).
- 21) *Nana*: Canto con que se arrulla a los niños (España; *DLE*, 2014: s.v. *nana*) — Niñera. Ama (América; *DLE*, 2014: s.v. *nana*).
- 22) *Panela*: Bizcocho de forma prismática. Hoja de álamo puesta como mueble en el escudo (España; *DLE*, 2014: s.v. *panela*) — Azúcar mascabado en panes prismáticos o en conos truncados (América; *DLE*, 2014: s.v. *panela*).
- 23) *Pararse*: Detenerse o suspender la ejecución de un designio por algún obstáculo, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *parar*) — Poner algo o a alguien de pie o en posición vertical (América; *DLE*, 2014: s.v. *parar*).
- 24) *Parcialidad*: Unión de algunas personas que se confederan para un fin, separándose del común y formando cuerpo aparte. Conjunto de muchas personas que componen una familia o facción separada del común, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *parcialidad*) — Zona en la que vive una comunidad indígena dentro de un municipio o circunscripción territorial (América; *DAMER*, 2010: s.v. *parcialidad*).
- 25) *Pena*: Sentimiento grande de tristeza (España; *DLE*, 2014: s.v. *pena*) — Vergüenza (América; *DLE*, 2014: s.v. *pena*).
- 26) *Pescadera*: Persona que vende pescado, especialmente al por menor (España; *DLE*, 2014: s.v. *pescadera*) — Recipiente de naturaleza desconocida (América).
- 27) *Puntal*: Madero hincado en firme, para sostener la pared que está desplomada, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *puntal*) — Dicho de un toro, con los cuernos sin desmochar (América; *DLE*, 2014: s.v. *puntal*).

- 28) *Rancho*: Comida que se hace para muchos en común, y que generalmente se reduce a un solo guisado, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *rancho*) — Granja donde se crían caballos y otros cuadrúpedos (América; *DLE*, 2014: s.v. *rancho*).
- 29) *Real (de Minas)*: El campo donde está acampado un ejército, y rigurosamente se entiende del sitio en que está la tienda de la persona real o del general (España; Real Academia Española, 1979: s.v. *real*) — Pueblo en cuyo distrito hay minas, especialmente de plata (América; Real Academia Española, 2014: s.v. *real*).
- 30) *Recaudo*: Acción de recaudar. Precaución, cuidado (España; *DLE*, 2014: s.v. *recaudo*) — Aderezo líquido y espeso usado para condimentar carnes (América; *DLE*, 2014: s.v. *recaudo*).
- 31) *Revoltijo*: Conjunto o compuesto de muchas cosas, sin orden ni método. Trenza o conjunto de tripas de carnero u otra res. Confusión o enredo (España; *DLE*, 2014: s.v. *revoltijo*) — Guiso elaborado con tortitas de camarón, chile, romeritos y patatas (América; *DAMER*, 2010: s.v. *revoltijo*).
- 32) *Taco*: Pedazo de madera, metal u otra materia, corto y grueso, que se encaja en algún hueco. Pedazo de madera corto y grueso, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *taco*) — Tortilla de maíz enrollada con algún alimento dentro, típica de México (América; *DLE*, 2014: s.v. *taco*).
- 33) *Tata*: Hermano (persona con el mismo padre y la misma madre que otra) (España; *DLE*, 2014: s.v. *tata*) — Se usa para dirigirse a una persona que infunde respeto (América; *DAMER*, 2010: s.v. *tata*).
- 34) *Tinajera*: Persona que hace o vende tinajas. Sitio o lugar donde se ponen o empotran las tinajas (España; *DLE*, 2014: s.v. *tinajera*) — Mueble de madera en cuya parte superior se ponía una piedra para filtrar el agua y en la parte inferior una tinaja que recogía el agua gota a gota (América; *DLE*, 2014: s.v. *tinajera*).

- 35) *Toalla de Castilla*: Pieza de felpa, algodón u otro material, por lo general rectangular (España; *DLE*, 2014: s.v. *toalla*) — Pieza de felpa, algodón u otro material producido en España (América).
- 36) *Tomado*: Dicho de la voz, baja, sin sonoridad, por padecer afección de la garganta (España; *DLE*, 2014: s.v. *tomado*) — Referido a persona, borracha (América; *DAMER*, 2010: s.v. *tomado*).
- 37) *Tomar*: Coger o asir con la mano algo. Recibir algo y hacerse cargo de ello, etc. (España; *DLE*, 2014: s.v. *tomar*) — Ingerir bebidas alcohólicas (América; *DLE*, 2014: s.v. *tomar*).
- 38) *Trepidar*: Temblar fuertemente (España; *DLE*, 2014: s.v. *trepidar*) — Vacilar, dudar (América; *DLE*, 2014: s.v. *trepidar*).

ANEXO 2. *Procedencia y etimología de los indigenismos (integrados) del corpus*

Atole (náhuatl *atolli*; *DLE*), *bingarrote* (otomí; Bravo Vargas, 2014), *butaque* (caribe *putaca*; *DLE*), *cacique* (or. ind. antillano; *DAMER*), *cajete* (náhuatl *caxitl*; *DLE*), *calamaco* (mapudungun *keliimahuñ*; Morínigo, 1998), *carey* (taíno *carey*; *DLE*), *chapopote* (náhuatl *chapopotli*; *DLE*), *chaquira* (cuna; Morínigo, 1998), *chile* (náhuatl *chilli*; *DLE*), *china* (quechua *čina*; *DLE*), *chocolate* (náhuatl *xocoatl*; *DLE*), *chocolatería* (de *chocolate*), *cigarro* (maya *siyar*; *DLE*), *copal* (náhuatl *copalli*; *DLE*), *coyote* (náhuatl *coyotl*; *DLE*), *enguacar* (quechua *waca*; *DLE*), *huepil* (náhuatl *huipilli*; *DLE*), *ixtle* (náhuatl *ichtli*; *DAMER*), *jicalpestle* (náhuatl *xicallipetztl*; *DAMER*), *maguey* (or. ind. antillano; *DAMER*), *magueyal* (de *maguey*), *magueyera* (de *maguey*), *maíz* (taíno *mahís*; *DLE*), *malacate* (náhuatl *malacatl*; *DLE*), *mecate* (náhuatl *mecatli*; *DLE*), *mescal* (náhuatl *mexcalli*; *DLE*), *milpa* (náhuatl *millipan*; *DLE*), *nagua* (taíno *naguas*; Morínigo, 1998), *paliacate* (náhuatl *palyacatl*; *DLE*), *pantle* (náhuatl *pantli*; *DAMER*), *petaca* (náhuatl *petlacalli*; *DLE*), *petate* (náhuatl *petlatl*; *DLE*), *pípila* (náhuatl *pipilli*?; *DAMER*), *popote* (náhuatl *popotl*; *DLE*), *pulque* (náhuatl *poliuhquioc-tli*; *DAMER*), *pulquería* (de *pulque*), *pulquero* (de *pulque*), *quina* (quechua?

quinaquina; DLE), *suapile* (náhuatl *cihuapilli*; GDN), *tapanco* (náhuatl *tla-pantlico*; DLE), *temascal* (náhuatl *temazcalli*; DLE), *tenate* (náhuatl *tanatli*; DAMER), *tepetate* (náhuatl *tepetlatl*; DLE), *tilma* (náhuatl *tilmatli*; DLE), *tlaquehual* (náhuatl *tlaquehual*; GDN), *topil* (náhuatl *topille*; DLE) y *tornachile* (náhuatl *tonallichilli*; DLE).

ANEXO 3. Localización en el corpus (documento/entidad/año) de las voces citadas²⁴

Adolorido (doc. 225, Ciudad de México, 1747;), *amasia* (doc. 246, Jalisco, 1773), *aperado* (doc. 207, Puebla, 1741), *arcina* (doc. 206, Puebla, 1741), *(a)tarjea* (doc. 227, Ciudad de México, 1747), *atole* (doc. 196, Hidalgo, 1736), *bálsamo* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *banda* (doc. 214, Ciudad de México, 1744), *barranca* (doc. 198, Hidalgo, 1739), *belduque* (doc. 222, Oaxaca, 1746), *bingarroto* (doc. 179, Estado de México, 1731), *boyada* (docs. 187, Michoacán, 1733; 190, Michoacán, 1733), *butaque* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *cacique* (doc. 187, Michoacán, 1733; 189, Michoacán, 1733; 192, Michoacán, 1733), *cajeta* (doc. 230, Ciudad de México, 1748), *cajete* (doc. 315, Hidalgo, 1813; 316, Hidalgo, 1813; 317, Hidalgo, 1813), *calamaco* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *calceta de Castilla* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *cambalachar* (doc. 179, Estado de México, 1731), *carey* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *castellano* ‘hablante de español’ (doc. 192, Michoacán, 1733), *castizo* (doc. 230, Ciudad de México, 1748; 266, Ciudad de México, 1798; 309, Hidalgo, 1811), *catear* (doc. 297, Puebla, 1806), *chapopote* (doc. 233, Puebla, 1750), *chaquira* (doc. 273, Estado de México, 1799), *chico* ‘pequeño’ (docs. 211, s.l., c. 1742; 260, Oaxaca, 1796; 315, Hidalgo, 1813), *chile* (doc. 284, Ciudad de México, 1803), *china* (doc. 267, Puebla, 1798), *chipagua* (doc. 233, Puebla, 1750),

²⁴ Téngase en cuenta que este anexo —de interés puramente ejemplificador— no aporta el listado exhaustivo de todas las apariciones de los distintos vocablos que se registran en la documentación analizada, sino tan sólo la localización de algunos casos que resultan clarificadores para los objetivos e intereses del estudio.

chocolate (doc. 208, s.l. c. 1741; 260, Oaxaca, 1796; 284, Ciudad de México, 1803), *chocolatería* (doc. 269, Ciudad de México, 1799), *cíbolo* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *cigarro* (doc. 235, Puebla, 1751; 266, Ciudad de México, 1798), *comedirse* (doc. 268, Puebla, 1798), *concuño* (doc. 205, Hidalgo, 1740), *copal* (doc. 233, Puebla, 1750), *cortada* (doc. 252, Ciudad de México, 1787), *cotón* (doc. 188, Michoacán, 1733; 206, Puebla, 1741; 273, Estado de México, 1799), *coyote* (doc. 244, Jalisco, 1772), *cuchillero* (doc. 254, Guerrero, 1787), *curato* (docs. 242, Ciudad de México, 1771; 274, Estado de México, 1799; 315, Hidalgo, 1813), *demora* (doc. 297, Puebla, 1806), *demorar* (doc. 246, Jalisco, 1773), *diuturno* (doc. 228, Ciudad de México, 1747), *doctrina* (doc. 198, Hidalgo, 1739; 204, Hidalgo, 1739; 221, Estado de México, 1745; 234, Puebla, 1750; 277, Hidalgo, 1799), *enguacar* (doc. 207, Puebla, 1741), *enojado* (doc. 226, Ciudad de México, 1747; 261, Ciudad de México, 1797), *enojo* (doc. 226, Ciudad de México, 1747; 245, Jalisco, 1772), *español* (doc. 180, Estado de México, 1731; 214, Ciudad de México, 1744; 266, Ciudad de México, 1798; 277, Hidalgo, 1799), *fierro* (doc. 227, Ciudad de México, 1747; 253, Guerrero, 1787), *fistol* (doc. 233, Puebla, 1750), *frezada* (doc. 260, Oaxaca, 1796; 308, Guanajuato/San Luis Potosí/Hidalgo, 1810), *gachupín* (doc. 215, Ciudad de México, 1744; 230, Ciudad de México, 1748), *garnatada* (doc. 319, Ciudad de México, 1816), *gretado* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *hacienda* (doc. 203, Puebla, 1740; 278, Ciudad de México, c. 1800; 307, Estado de México, 1809), *huepil* (doc. 206, Puebla, 1741), *indianilla* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *indio* (docs. 179, Estado de México, 1731; 193, Michoacán, 1733; 206, Puebla, 1741; 264, Estado de México, 1797; 310, Hidalgo, 1811), *ixtle* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *jicalpestle* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *lagarto* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *lobo* (doc. 198, Hidalgo, 1739), *maguery* (doc. 242, Ciudad de México, 1771; 315, Hidalgo, 1813), *magueryal* (doc. 272, Estado de México, 1799), *magueryera* (doc. 274, Estado de México, 1799), *maíz* (doc. 206, Puebla, 1741; 242, Ciudad de México, 1771; 272, Estado de México, 1799), *malacate* (doc. 227, Ciudad de México, 1747), *mantención* (doc. 294, Hidalgo, 1806), *mascada* (doc. 273, Estado de México, 1799), *mayordomo* (doc. 207, Puebla, 1741), *mecate* (doc. 284, Ciudad de México, 1803), *melado*

(doc. 230, Ciudad de México, 1748), *mescal* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *milpa* (doc. 242, Ciudad de México, 1771; 311, Estado de México, 1812), *moquete* (doc. 315, Hidalgo, 1813), *mulada* (doc. 183, Estado de México, 1731), *mulato* (doc. 204, Hidalgo, 1739; 230, Ciudad de México, 1748; 246, Jalisco, 1773), *nagua* (doc. 206, Puebla, 1741; 233, Puebla, 1750), *nana* (doc. 226, Ciudad de México, 1747), *natural* (doc. 192, Michoacán, 1733; 206 Puebla, 1741), *ocurso* (doc. 217, Ciudad de México, 1744), *paliacate* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *panela* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *panle* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *pararse* (doc. 275, Estado de México, 1799; 285, Estado de México, 1803), *parcialidad* (doc. 192, Michoacán, 1733; 276, Estado de México, 1799), *pena* (doc. 226, Ciudad de México, 1747), *pescadera* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *petaca* (doc. 213, s.l., 1743; 219, Estado de México, 1744), *petate* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *pieza* (doc. 203, Puebla, 1740; 315, Hidalgo, 1813), *pípila* (doc. 284, Ciudad de México, 1803), *piquete* ‘golpe o herida de poca importancia hecha con un instrumento agudo o punzante’ (doc. 305, Hidalgo, 1808), *platicar* ‘hablar, charlar’ (docs. 222, Oaxaca, 1746; 268, Puebla, 1798), *polvero* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *popote* (doc. 245, Jalisco, 1772), *prieto* ‘negro’ (doc. 187, Michoacán, 1733; 244, Jalisco, 1772), *pulque* (doc. 192, Michoacán, 1733; 230, Ciudad de México, 1748; 309, Hidalgo, 1811), *pulquería* (doc. 181, Estado de México, 1731; 316, Hidalgo, 1813), *pulquero* (doc. 270, Estado de México, 1799; 317, Hidalgo, 1813), *punta* ‘pequeña porción de ganado que se separa del hato’ (doc. 186, Estado de México, 1731), *puntal* (doc. 190, Michoacán, 1733), *quina* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *rancho* (doc. 183, Estado de México, 1731; 204, Hidalgo, 1739; 234, Puebla, 1750), *real (de minas)* (doc. 305, Hidalgo, 1808); *recámara* ‘habitación’ (doc. 200, Puebla, 1740; 292, Ciudad de México, 1805), *recaudo* (doc. 186, Estado de México, 1731; 284, Ciudad de México, 1803), *refleja* ‘reflexión’ (doc. 222, Oaxaca, 1746; 229, Ciudad de México, 1748), *repostada* (doc. 226, Ciudad de México, 1747), *retobado* (doc. 265, Estado de México, 1797), *revoltijo* (doc. 230, Ciudad de México, 1748), *rosillo* (doc. 181, Estado de México, 1731), *suapile* (doc. 233, Puebla, 1750), *taco* (doc. 214, Ciudad de México, 1744), *tactar* (doc. 236, Puebla, 1752), *tapanco* (doc. 244, Jalisco, 1772),

tata (doc. 261, Ciudad de México, 1797), *temascal* (doc. 242, Ciudad de México, 1771), *tenate* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *tepetate* (doc. 314, Hidalgo, 1813), *tepoxteca* (doc. 233, Puebla, 1750), *tilma* (doc. 206, Puebla, 1741), *tinajera* (doc. 245, Jalisco, 1772), *tlaquehual* (doc. 206, Puebla, 1741), *toalla de Castilla* (doc. 260, Oaxaca, 1796), *tomado* (doc. 315, Hidalgo, 1813), *tomar* (doc. 316, Hidalgo, 1813), *tontera* (doc. 234, Puebla, 1750), *topil* (doc. 239, Estado de México, 1768; 311, Estado de México, 1812), *tornachile* (doc. 284, Ciudad de México, 1803), *traste* (docs. 225, Ciudad de México, 1747; doc. 256, Guerrero?, 1787), *trepidar* (doc. 229, Ciudad de México, 1748), *túnico* (doc. 261, Ciudad de México, 1797).

BIENVENIDA A JOSÉ LUIS RAMÍREZ LUENGO, COMO MIEMBRO CORRESPONDIENTE EN MADRID*

Concepción Company Company **

Es un grato deber y un honor representar a la Academia Mexicana de la Lengua en este acto para dar la bienvenida a don José Luis Ramírez Luengo como miembro correspondiente en Madrid. Es asimismo un placer y un honor en lo personal contestar su discurso de ingreso por varios motivos: porque conozco a don José Luis Ramírez Luengo desde hace muchos años, algunos ya, cuando en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), allá en el año 2001, hizo una estancia predoctoral de tres meses bajo mi tutoría, porque conozco la calidad de su investigación y de sus publicaciones y porque ha sido un generoso y constante colaborador para autorizar textos y documentos para el corpus histórico electrónico de acceso abierto, el *Corpus diacrónico y diatópico del español en América*, CORDIAM, radicado en esta Academia. Bienvenido a esta corporación, querido José Luis, que es ya tu casa académica.

La Academia Mexicana de la Lengua se enriquece ahora con un magnífico miembro correspondiente, filólogo y lingüista, y es necesario subrayar la palabra *lingüista*, porque aunque la mayoría de las Academias ostenta el título *de la Lengua*, el oficio de lingüista, gramático o filólogo suele estar poco representado en estas corporaciones, muy poco en sus correspondencias, comparado con el oficio de creador literario. Por ello, tu incorporación, querido José Luis, es motivo de alegría, porque estoy segura de que continuarán lazos y colaboraciones lingüísticas y filológicas, aún más estrechas, si cabe.

* Respuesta al discurso de ingreso de don José Luis Ramírez Luengo, leído en la sesión solemne del 4 de agosto de 2022 en la Capilla Alfonsina de Ciudad de México.

** Academia Mexicana de la Lengua.

La elección de don José Luis Ramírez Luengo como académico correspondiente y el perfil profesional que él representa atienden cabalmente a lo establecido en el artículo 1 de los *Estatutos* de nuestra Academia, que a la letra dice: “La Academia Mexicana de la Lengua tiene por objeto el estudio de la lengua española y en especial cuanto se refiera a los modos peculiares de hablarla y escribirla en México”.

De los modos peculiares de hablar y escribir el español en México, y por extensión en América, abordados siempre en perspectiva histórica, trata la mayor parte de la extensa obra de nuestro flamante nuevo miembro correspondiente. Los méritos curriculares de don José Luis Ramírez Luengo son muchos y sólo ellos lo trajeron a esta casa.

José Luis Ramírez Luengo se doctoró en la Universidad de Deusto, en Bilbao, España, en 2005. Fue profesor en la Universidad de Alcalá de Henares por algunos años, sus intereses académicos y vitales lo trajeron a México, donde fue profesor en la Universidad de Querétaro por seis años, de 2014 a 2020, fecha a partir de la cual regresó a su país natal, España, y donde actualmente es profesor en la Universidad Complutense de Madrid. Es autor de seis libros, coordinador de 13, ha publicado más de 100 artículos y capítulos de libros en revistas y editoriales arbitradas, ha participado en decenas de congresos especializados, ha impartido docencia en varias universidades americanas, es, además, un incansable divulgador del conocimiento científico en forma de charlas y conferencias, y ha dirigido numerosas tesis de grado y de posgrado en las universidades en que ha ejercido la docencia; es maestro en el sentido más pleno de la palabra.

Su relación vital con este continente, con Hispanoamérica en específico, definen, creo yo, su vida y quehacer académicos. Permítanme leer algunos títulos de libros de su autoría porque ellos nos darán mejor idea de este estrecho vínculo afectivo y profesional con América: *Breve historia del español de América*, en 2007 (ya en su cuarta edición en 2019); *La lengua que hablaron los próceres. El español de América en la época de las Independencias*, en 2011, ya en su segunda edición; *Una imagen de la Chiquitania y del Mato Grosso en 1783*, de 2017; *Textos para la historia del español. Honduras y El Salvador (1650-1819)*, y *Documentos lingüísticos de la Gua-*

temala dieciochesca, ambos de 2017, o *Léxico histórico del español de Centroamérica. Honduras*, de 2019.

José Luis Ramírez Luengo es un gran especialista en historia del español de América y es, sin duda, *el* especialista en el español de Centroamérica, un ámbito geográfico dialectal, o mejor, varios ámbitos dialectales, hasta hace poco prácticamente desconocidos en lo que a sus modos de hablar y escribir se refiere. Gracias a nuestro nuevo correspondiente, el español centroamericano se está incorporando progresivamente al caudal general de un mejor conocimiento de la lengua española en América.

Sus disciplinas son fundamentalmente tres: la fonética, el léxico y la ecdótica de textos americanos, aunque ha incursionado con frecuencia en la morfosintaxis. Es uno de los mejores conocedores de los fondos documentales americanistas, un fino filólogo, de gran olfato y conocimiento para acercarnos a la vida cotidiana y a la proximidad comunicativa de nuestros antepasados americanos. Es, asimismo, un incansable creador de infraestructura para la investigación en forma de corpus, que son rigurosas ediciones críticas de documentación colonial americana, tarea científica imprescindible, como más adelante señalaré. Es, además, hay que decirlo, un hombre generoso, un generoso especialista, que, como dije, ha autorizado constantemente documentos para el *CORDIAM*, programa de nuestra Academia, y ha autorizado para otros grupos de investigación. A medida que avanza en sus investigaciones, autoriza la subida de textos. Es, asimismo un académico que sabe trabajar en equipos en colaboración, cosa digna de ser resaltada porque las humanidades suelen basarse, las más de las veces, en trabajos individuales y bastante solitarios.

Su interesante discurso versa sobre historia conceptual americana, sobre cómo el léxico del siglo XVIII refleja la identidad lingüística de los habitantes novohispanos del Altiplano central del actual México y sobre cuáles fueron los procesos históricos que dan cuenta de una progresiva identidad diferenciadora del léxico novohispano. Nos presenta una estricta metodología, que es, por una parte, continuación y corroboración de la propuesta que hice para la sintaxis dieciochesca de México, en un

diálogo de la historia interna con la externa, realizada en 2007, y que es, por otra parte y a la vez, un acercamiento y planteamiento metodológicos novedosos para estudiar los numerosos americanismos léxicos que construyen la personalidad de buena parte de los textos novohispanos.

Por *americanismo* entiende nuestro correspondiente la suma de voces procedentes del español —voces endohispánicas modificadas en su significado o activadas en su frecuencia de empleo— más los préstamos de lenguas amerindias que cuyo empleo se mantiene dentro del territorio americano —voces como *chocolate*, *cacao* o *aguacate* hace tiempo que dejaron de ser americanismos—. Las voces endohispánicas son americanismos porque adquirieron otro significado respecto de su empleo en España, esto es, se resignificaron o resemantizaron, tal es el caso de *hacienda*, *lagarto*, *mascada*, *pararse*, *pena* o *rancho*, por citar unas pocas voces bien conocidas de miles de vocablos resemantizados. Realiza don José Luis Ramírez Luengo una estricta comparación de americanismos endohispánicos y de americanismos que son indigenismos, para estructurarlos en campos léxicos, atendiendo a cuatro procesos diacrónicos. Su discurso es un exitoso “ensayo de método”, como él mismo nos dice.

El conjunto de los datos y análisis que expone don José Luis Ramírez Luengo muestran que la realidad de nuestro país es plural y muy compleja, en lo lingüístico, en lo cultural y, por ende, en las visiones subyacentes del mundo de los mexicanos. Tal complejidad estaba ya presente en el siglo XVIII; era con toda seguridad una sociedad altamente compleja desde antes y lo es hasta el día de hoy.

Datos y análisis en el discurso de don José Luis Ramírez Luengo dejan ver que para el español de México, las lenguas indígenas son, junto con la española que arribó a este continente a inicios del siglo XVI, lenguas patrimoniales del español mexicano actual, *patrimonial* en el sentido técnico con que se emplea esta palabra en la lingüística histórica —una herencia directa de una lengua madre—, y también, desde luego, en su sentido cultural más amplio, de patrimonio esencial e inherente de los seres humanos. Los textos dieciochescos analizados por nuestro correspondiente en Madrid están llenos de indigenismos de la más variada naturaleza conceptual y procedencia genética.

El discurso que nos acaba de leer don José Luis Ramírez Luengo es importante por varios aspectos, tres son de destacar: la perspectiva cognitiva filosófica desde la que aborda los datos léxicos; los fenómenos de contacto y variación plasmados en esos datos; y, la generación de infraestructura para la investigación y respeto a los corpus reflejados en su análisis.

El primer aspecto, el ámbito cognitivo filosófico de su discurso, remite a la necesidad de nombrar para darle existencia al mundo que nos rodea. Es decir, la realidad existe porque tenemos capacidad de nombrarla y hablar de ella. Dar nombre es un hecho filosófico cognitivo esencial de los seres humanos y con él inicia el discurso de don José Luis Ramírez Luengo. Este hecho esencial de la necesidad de dar nombre está presente en muchas cosmovisiones. Así, en la tradición judeocristiana, se dice al inicio del *Génesis* (1:1) “Dijo Dios: ‘haya luz’. Y hubo luz”, o también en el *Evangelio de san Juan* se nos dice en el primer versículo, “En el principio fue el verbo” (1:1), esto es, gracias a la palabra existe el mundo, y fue la palabra, la capacidad de nombrar, lo único que nos hace humanos. Igualmente, hace poco más de ochocientos años, en 1270, el rey de Castilla y León, Alfonso X el Sabio, en su magna *Estoria de España* para historiar el mito de Babel nos dice lo siguiente: “E non tan sola mientre fueron departidos en los lenguajes —es decir, se separaron en las lenguas— más aun en las uoluntades, de manera que non quisieron morar unos con otros” (*CORDE*), esto es, hablar distintas lenguas es tener distintas visiones de mundo, distintas voluntades y distintos afectos también. Y algo muy similar se dice en la tradición maya-quiché: “Tierra —dijeron— y al instante fue hecha” (*Popol Vuh*). En suma, la lengua es el soporte de nuestra visión de mundo y de nuestra identidad, o, en otras palabras, somos como somos porque hablamos una determinada lengua, que en el discurso de nuestro correspondiente es el español novohispano dieciochesco. El discurso de José Luis Ramírez Luengo pone en el centro de nuestra atención y demuestra con ejemplos claros y bien seleccionados ese casi invisible pero poderoso vínculo entre lengua, pensamiento, cultura y visión de mundo.

El segundo aspecto que toca el discurso de nuestro correspondiente en Madrid es que la lengua española hablada y escrita en el último siglo del virreinato de la Nueva España es, como toda lengua, como cualquier lengua, un crisol de rasgos lingüísticos de procedencia y origen muy diverso. El estado natural de los seres humanos es el contacto, y, cosa sabida, el contacto puede, y suele, devenir en recíproco enriquecimiento lingüístico y conceptual de las personas que viven en contacto. Cosa sabida también es que la reacción natural ante muchos préstamos, que son siempre resultado del contacto cultural, es de una inicial extrañeza y, por lo regular, de rechazo. Las convergencias y trasvases culturales y comunicativos resultantes del contacto introducen nuevas realidades y conceptos en los grupos humanos, de manera que en las respectivas lenguas y sociedades que entran en contacto se produce un enriquecimiento, sea porque se incorporan nuevas voces para nombrar la nueva realidad o renombrar realidades parecidas, en forma de préstamos y de calcos léxicos, sea porque se suscitan, aunque con menor frecuencia, modificaciones morfosintácticas en las lenguas en contacto, sea porque, con muchísima frecuencia, se generan nuevos hábitos de pronunciación, sea porque, por lo general, se abre la puerta a nuevos modos de entender el mundo, ya que el contacto obliga a un mejor entendimiento de la otredad y resulta en una mayor tolerancia del otro y para con el otro.

Los datos que acaba de exponernos José Luis Ramírez Luengo contienen préstamos numerosos en forma de indigenismos, no sólo del náhuatl, lengua mayoritaria como fuente de préstamos en el español —porque, como sabemos, fue lengua general y prestigiada en el virreinato— sino también voces de las lenguas originarias antillanas, así como del maya, del otomí —ñahñú o ñohñó, en su autodenominación—, del quechua, del mapuche —o mapundungu—, entre otras. Una procedencia plurilingüe en el corpus empleado por don José Luis Ramírez que es indicio de intensa movilidad poblacional y de migraciones en el virreinato de la Nueva España.

El tercer y último aspecto que quiero resaltar de su discurso, que no está explícito pero sí recorre de manera subyacente su análisis, es la necesidad del historiador de la lengua, del filólogo o de cualquier especia-

lista que se acerque a la historia, de trabajar con corpus lingüísticos y de hacerlo con un estricto apego y respeto a los datos que de estos emergen. Hacer corpus es una especialidad importante, tanto por las dificultades metodológicas que entraña, como por la importancia cultural y antropológica que tiene para una sociedad contar con corpus disponibles, con grandes bases de datos, más si son de libre acceso y tienen disponibilidad total.

Hago énfasis en este punto de crear corpus porque algunos creadores, no pocos debo decir, y no pocos lingüistas que no han hecho filología suelen pensar que hacer un corpus es simplemente un acto técnico de entrar a un archivo y juntar textos, que ahí están los documentos, los expedientes con total transparencia y disponibilidad. Dista de ser así. Hacer corpus extensos, con rigor metodológico y amplias bases empíricas, como los realizados por don José Luis Ramírez Luengo para varios países de Centroamérica, no es simplemente juntar textos y ponerlos en el disco duro de una computadora. No. Generar corpus requiere no sólo de mucha investigación para concebirlos con sistematicidad y hacerlos mejores y más sencillos en su consulta, sino que requiere, además, de un diálogo y trabajo trans, inter y multidisciplinario, de enorme complejidad las más de las veces. Crear corpus y ponerlos al servicio de la comunidad de estudiosos y de la sociedad toda es crear infraestructura para la investigación, creación de infraestructura que hace posible conocer con finura y rigor cuáles son los ejes identitarios que nos otorgan una historicidad e identidad específicas. La del siglo XVIII del Altiplano central del actual México en el discurso de hoy. En suma, crear corpus es hacer disponibles las trayectorias históricas de un pueblo ocultas en los fondos documentales.

Sólo me queda, para terminar, darte las gracias, querido José Luis, en nombre de todos mis compañeros académicos por tan jugoso discurso y en nombre de la Academia Mexicana de la Lengua darte nuestra más cordial acogida a ésta que es ya tu casa.

HORACIO ENRIQUE NANSEN: CENTRO Y PERIFERIA*

Gabriel Trujillo Muñoz

Don Gonzalo Celorio, director de la Academia Mexicana de la Lengua:
Estimados académicos. Amigas y amigos:

Agradezco, en todo lo que vale, el que se me haya invitado a formar parte de esta noble institución que da lustre a nuestro idioma y es garante de su vitalidad y fortaleza. Soy gente de frontera, mexicalense, mexicano del norte, y estoy aquí, ante ustedes, para ofrecer mi discurso de ingreso, que trata sobre Horacio Enrique Nansen, un poeta igualmente fronterizo.

La literatura bajacaliforniana ha tenido, a lo largo de los siglos, protagonistas de altura, poetas, narradores y ensayistas que han dado, según sus respectivas época y circunstancias de vida, una lección común: no importan las vicisitudes de vivir en la periferia del país, de habitar las lejanías fronterizas del norte mexicano, mientras se pueda hacer de la escritura una fuente de conocimientos e identidades el espíritu literario perdura. Desde que se fundaron los poblados de Ensenada, Mexicali, Tijuana o Tecate, siempre hubo practicantes entusiastas de la poesía, el cuento o la novela, hombres y mujeres dispuestos a soñar despiertos mientras sus pueblos se iban convirtiendo en prósperas ciudades, mientras la literatura que creaban se presentaba de viva voz en tertulias sociales, en centros escolares, en ceremonias cívicas. En estas soledades, donde la cultura anglosajona y la latinoamericana se mezclaban, donde la creación literaria parecía llegar ineludiblemente de fuera, nuestros escri-

* Discurso de ingreso como académico correspondiente en Mexicali, Baja California, leído vía remota en la sesión solemne del 17 de noviembre de 2022.

tores tuvieron que lidiar con un clima social difícil para el ejercicio de las artes, para el reconocimiento de sus textos entre su propia comunidad.

Durante la primera mitad del siglo xx, estos esfuerzos terminaron en las páginas de periódicos y revistas de vida efímera, ya que pocos de nuestros escritores lograron publicar libros que reunieran su producción literaria. Las excepciones son *El negrito poeta mexicano* (1918) de Héctor González, *Palos de ciego* (1923) de Facundo Bernal y *Helicónidas* (1928) de Florentino Pereira Ocejo. Con la transformación del Territorio Norte de la Baja California en estado libre y soberano de Baja California en 1952, el cambio también repercutió en la creación artística y especialmente en la imaginación literaria. Nuevas generaciones se suman a la estirpe de los literatos de la entidad y así van apareciendo y agrupándose autores de la talla de Fernando Sánchez Máys, Pedro F. Pérez y Ramírez, Miguel Ángel Millán Peraza, Rubén Vizcaíno Valencia, Valdemar Jiménez Solís y Jesús Sansón Flores, entre otros.

Este cambio se gesta en las postrimerías del gobierno del presidente Miguel Alemán Valdés, cuando éste tuvo a bien pedirle al Congreso de la Unión la creación del estado 29 de la federación mexicana: el estado libre y soberano de Baja California, que fue instituido el 16 de enero de 1952. Este parteaguas en la vida política de la entidad se tradujo en una transformación impetuosa e irreversible. No fue sólo el cambio de un territorio a un estado, sino el inicio de la fundación de instituciones básicas, de carácter local, que pusieron en marcha una serie de procesos sociales y culturales como no se habían dado antes en tal cantidad y con tal envergadura.

Por vez primera, Baja California dejaba de ser una entidad controlada directamente desde el despacho presidencial y el gabinete en turno, y comenzaba su largo proceso de autonomía y democratización que la haría un ejemplo a seguir en las décadas siguientes. En la página editorial de la revista *Siempre!* (12 de septiembre de 1953), en un texto sin firma titulado “Nuestra herencia a Baja California”, se decía que su evolución era, sin duda, “un esfuerzo heroico de lucha permanente contra la inclemencia del medio y la voracidad extranjera. Generaciones a quienes el preocupado país olvidó casi siempre y abandonó con frecuencia, persis-

tieron en un mexicanismo admirable y lograron, a veces con las armas en la mano, conservar para la patria esa porción de su territorio”.

Y es aquí, en estos primeros años del estado libre y soberano de Baja California, que ubicamos la vida y obra del poeta Horacio Enrique Nansen Bustamante, nacido en Empalme, Sonora, en 1938. La familia de Nansen emigró a Mexicali cuando él era niño, siendo en esta población donde hizo sus primeros estudios, y donde empezó a escribir y a publicar, antes de trasladarse a principios de los años sesenta a Guadalajara, donde murió en 1963. Horacio Enrique fue un creador que en sus escasos 24 años de vida estuvo a la vanguardia del quehacer poético regional. Hay que empezar diciendo que Nansen, en Mexicali, vio la luz primera: no la del nacimiento sino la de la conciencia. El núcleo de su niñez y adolescencia en pleno desierto lo hicieron un defensor empecinado de esta ciudad que había adoptado como suya. En su poema “Grito de sal: la epopeya de Mexicali” (1962), texto fundacional de una poesía que es crítica y exhorto a la vez, visión descarnada de la identidad mexicana en su raigambre periférica, Horacio le canta a una ciudad en crisis: el Mexicali fronterizo, la urbe agrícola que está sufriendo la salinización de las tierras de cultivo por causa de la sal que le envían, por las aguas del río Colorado, los estadounidenses. Este conflicto local se vuelve internacional y Nansen decide tomar cartas en el asunto por medio de una poesía contestataria y reclamante.

Pero para entender el filo de sus versos, el grito de sus palabras, hay que ofrecer el mínimo contexto de su escritura. Estamos a principios de los años sesenta, donde un poeta fronterizo como Nansen debe probarse como joven promesa de las letras, en una época signada por la carrera espacial, el muro de Berlín y la Revolución cubana, cuando Latinoamérica era un hervidero de ideas en pugna y protestas sociales al alza. Un mundo que cada vez suscitaba más su atención, porque ya entonces nuestro autor era un escritor ávido de novedades, presto a tomar bando por la justicia en el horizonte de sus días. Un joven que no perdía ninguna oportunidad de crecer como poeta, de absorber las experiencias de los demás para madurar más de prisa, con los ojos bien abiertos, con la lucidez del que tiene hecho ya su propio juicio sobre todo y sobre todos.

Nansen comenzó a incursionar en el periodismo, primero en el *ABC*, bajo la tutela del poeta michoacano Jesús Sansón Flores, y más tarde en *El Mexicano*, con el apoyo del narrador colimense Rubén Vizcaíno Valencia. En ambos diarios habría de publicar sus artículos de opinión y poemas. En aquellos tiempos, cada joven literato bajacaliforniano debía buscar su espacio de realización en el estado o salir a encontrarlo en las ciudades del interior del país. Los destinos obvios eran Monterrey, Guadalajara y Ciudad de México. Nansen escogió Guadalajara, la Perla tapatía, la metrópoli que conservaba mucho de pueblerina, de provinciana en sus modos sociales, pero que contaba con una vida cultural mucho más intensa que la de Baja California. Por eso la decisión de partir fue fácil para él. El futuro estaba en horizontes artísticos más amplios y más desafiantes.

Cuando Enrique Nansen llegó a Guadalajara, gran parte de los autores más reconocidos no vivían en la capital de Jalisco: muchos de ellos se habían trasladado a Ciudad de México a trabajar en la burocracia mexicana, a ser editores o impartir talleres y cursos para sobrevivir. Tanto Agustín Yáñez como Juan Rulfo, Juan José Arreola y Antonio Alatorre seguían manteniendo fuertes vínculos familiares con su tierra natal, pero su trayectoria literaria se daba en la capital del país. Eso no significa que no hubiera, a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta del siglo pasado, un núcleo de poetas, narradores y ensayistas que se habían mantenido fieles a la Perla tapatía.

En los tiempos en que nuestro autor hizo su residencia de Guadalajara había escritores como Arturo Rivas, Elías Nandino, Ernesto Flores, Amelia Guerra, Artemio González, Guillermo García Oropeza, Felipe Garrido y Patricia Medina, entre muchos otros, que estaban poniendo su grano de arena para que la cultura jalisciense estuviera a la altura de la mejor de México. En esa causa, Nansen también contribuyó con sus cantos de vida y sus artículos culturales. Para él, su estancia allí era un paso hacia horizontes más amplios, una etapa de preparación hacia cimas mayores en la literatura nacional. Mientras estuvo en Guadalajara, nuestro poeta fue cofundador, junto con Edmundo Domínguez Aragonés,

de *Opinión cultural*, un suplemento dedicado a difundir la cultura en la Perla tapatía por parte del periódico *Opinión*.

Frente a la prensa tradicional del Jalisco de aquel entonces, la labor de Nansen en *Opinión cultural* fue una apertura a otras formas de escribir poesía y pensar la literatura y el arte, más acordes con los tiempos que se vivían, en un México de revueltas campesinas, huelgas reprimidas por elementos policiacos y una juventud que iba pasando del rebelde sin causa a los movimientos contraculturales, a la toma de conciencia política ante la necesidad impostergable de democratizar al país. En este ambiente, Horacio Enrique ya avizoraba el salto a Ciudad de México. Pero su misteriosa caída de un edificio de departamentos de la avenida López Cotilla, en el centro de Guadalajara, trunció sus planes de irse a vivir a la capital del país. A la fecha, todavía se sigue especulando si su muerte fue suicidio, accidente o asesinato.

Para acercarse a la obra literaria de Horacio Enrique hay que empezar con “Grito de sal: la epopeya de Mexicali”, escrito un año antes de su muerte y del que aún se discute si fue escrito en esta ciudad fronteriza o en la Perla tapatía. Este poema es, sin duda, el más conocido de su producción poética. Texto épico, de largo aliento, que puede ser considerado, a simple vista, un texto circunstancial, basado en un hecho histórico de índole regional que poco dice a las generaciones actuales. Pero su importancia es otra: estamos aquí ante uno de los primeros poemas que manifestaba, en forma estentórea, el conflicto entre centro y periferia que tan poco se ha estudiado en la literatura nacional y que, sin embargo, latía en la obra de nuestro poeta como el eje de su idea del mundo, como el centro de su visión entre lo dominante y lo olvidado, entre lo privilegiado y lo injusto. No es el poema de Nansen una simple loa a la provincia mexicana, sino la revelación de un problema que no se quería resolver en el centro del país, en los círculos del poder. Un poema que protestaba ante el centralismo de nuestra nación y que señalaba, como la revista *Siempre!* lo había recalcado en 1953, que la frontera bajacaliforniana, mexicalense, era una región que “el preocupado país olvidó casi

siempre y abandonó con frecuencia”. Desde tal perspectiva, este poema es un reclamo, un exhorto, una reivindicación de lo mexicano desde la frontera norte. Y el interlocutor no es otro que el espíritu nacional, que el país en su totalidad, pero cuyo corazón es la capital de la República, a 3 500 kilómetros de distancia:

¡México!
 Escucha...
 En algún punto cardinal del mapa,
 aprisionado por la geografía
 en la desolación de tus fronteras,
 a la intemperie de cincuenta grados
 de un calor que florece algodones,
 cerca del Yanqui que le corta el agua,
 lejos de tu interés y de tus Sanborns
 y tu Torre Latinoamericana,
 hay un pueblo que vive, que labora
 y envía los impuestos de tus lujos
 aun haciéndole falta a su agonía
 el agua que te sobra de la lluvia.

Es un pueblo profundo, pueblo angustia
 sudor de Kino y voz de Salvatierra;
 pueblo que está luchando todo el tiempo
 contra un cielo que nunca tiene nubes,
 contra la arena que se bebe el agua,
 contra la piedra que destruye arados,
 contra el calor y el frío, contra el tiempo,
 contra el odioso “dumping” neoyorkino,
 contra la protección de los bastardos
 que le impones como gobernantes
 y le hunden más y más en la miseria,
 contra el olvido en que le tienes siempre;
 pueblo que lucha y te recuerda lejos

desde el límite mismo del oprobio,
que siembra el alma en el desierto estéril
¡para poder decir: “soy mexicano”!

Como el famoso poema “Epílogo” (1926), del poeta afroamericano Langston Hughes, donde sobresale su verso final: “Yo también soy América”, en el poema de Nansen se repite la misma situación espiritual: la voz poética habla desde la frontera distante, pero no sólo para quejarse de la situación vivida, experimentada, sino para avisar que esta región es, por más mitos negativos que sobre ella pesen, mexicana en su integridad, mexicana en su querencia. Yo también soy México, era lo que su poema manifestaba desde la lejanía geográfica, desde la cercanía cultural. Tal vez por eso, “Grito de sal” es una obra lírica que, con los años y el cambio de siglo, ha devenido en un poema comunitario, que ha sido adoptado como parte de aquellos textos que inspiran y que crean un sentimiento compartido, un ánimo de lucha, una protesta a viva voz. Y en ese sentido, al leerlo con cuidado, aparece una influencia visible en su escritura: la poesía del sevillano Antonio Machado. Y sobre todo, el poemario que lo dio a conocer entre sus compatriotas: *Campos de Castilla* (1912). En esta obra, Machado, como un hombre que ama a su tierra, lo demuestra exponiendo la situación real por la que pasando esta provincia española a principios del siglo xx: es una visión descarnada de un mundo pobre, de una tierra que ya no puede ofrecer los frutos de antaño.

Y lo mismo puede decirse de la postura radical de Horacio Enrique Nansen en “Grito de sal”, cuyo tono crítico pocas veces había sido escuchado en la literatura bajacaliforniana de su tiempo y cuyo tema primordial es describir el deterioro del campo fronterizo, de las tierras antes fértiles y luego estériles del valle de Mexicali, una región agrícola afectada por la salinidad de las aguas del río Colorado. El poema de Nansen es una visión igualmente desconsoladora, que muestra la misma rabia contenida, el mismo gesto de dolor que el del poeta castellano. El centro del poema es, como en el caso de *Campos de Castilla*, una exigencia mo-

ral por parte del poeta, quien se erige en la conciencia de su provincia, en el portavoz de su comunidad en pleno desastre.

Cincuenta años después de que don Antonio escribiera su manifiesto sobre la situación de Castilla, Horacio Enrique toma este discurso y lo adapta a su propio campo de vida y de trabajo: el valle de Mexicali, que de ser un emporio agrícola se había vuelto una sombra de lo que antes era: una tierra enferma, herida, salitrosa, por lo que el poeta decide defenderla de la única manera que tiene en sus manos: con la palabra escrita, con versos que son alabanza de su aldea y crítica de la corte. Un texto que sigue siendo, entonces como ahora, tan pertinente, tan actual, tan dolorosamente veraz en lo que dice de nuestra situación en el mundo, tan incisivamente lúcido acerca de lo que es vivir en la frontera norte de México. La lección de don Antonio Machado fue puesta en práctica por un poeta bajacaliforniano que compartía con el bardo español su sed de justicia, su hambre de dignidad provinciana, sus ganas de decir las cosas por su nombre. “Grito de sal” es, por ello, una piedra miliar en la poesía de la frontera desde la frontera misma, un momento de agresiva meditación entre el centro lejano y sus muchas periferias, la prueba de que la influencia literaria española siempre ha sido parte integral de nuestra literatura, de nuestra cultura, de nuestro ser aquí en el mundo.

Como poeta que alza su voz en época de crisis, en tiempos de penuria, Nansen exhibe la salinidad del valle de Mexicali como el síntoma de una enfermedad mayor, la de la explotación sin limitaciones de los recursos naturales; de tal forma que el agua que antes daba vida y sustento ahora intoxica, envenena, mata lo vivo sin dejar en su lugar más que una tierra baldía. Frente a estos hechos, el poeta asume el papel de vocero de la comunidad a la que pertenece por derecho de verso, por reclamo de justicia, por destino libremente elegido.

Hay otro lazo literario que debe ser explorado con mayor profundidad que en estas pocas páginas puedo dedicarle: el de la relación de la poesía de Horacio Enrique Nansen con los poetas mexicanos de su misma generación, específicamente con los poetas de la Espiga Amotinada (1959-1965), quienes publicaron dos libros colectivos en la capital

del país. Este grupo estuvo constituido por cinco jóvenes mayoritariamente venidos del interior de México, provincianos, como entonces se decía: los chiapanecos Eraclio Zepeda, Óscar Oliva y Juan Bañuelos, el sinaloense Jaime Labastida y el único capitalino: Jaime Augusto Shelley.

Hoy podemos ver que Nansen y los Espigos estaban unidos en su proclamación de una poesía que uniera el impulso de vanguardia con la raíz nacionalista, cuyo antecedente directo podemos encontrarlo en la poesía de Ramón López Velarde y Carlos Pellicer. Recordemos aquí que esta nueva poesía mexicana (la que aparece a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta del siglo pasado) era una poesía que, a la sombra de Efraín Huerta y Agustí Bartra, expresaba al unísono sus impulsos literarios y su visión política. Tanto en aquellos como en Enrique, México era visto como un problema y, a la vez, como un ideal. Tal vez por eso, Horacio Enrique contemplaba a nuestro país como una promesa incumplida, como una nación inconclusa a la que aún le faltaban muchas promesas por realizar, muchos proyectos sociales, políticos, económicos y culturales por llevar a cabo. País en perpetua explotación y en constante resistencia.

Sin embargo, para un poeta que se había hecho en un pueblo fronterizo como Mexicali, en una comunidad que para 1963 apenas cumplía 60 años de existencia, el pasado no tenía el peso abrumador tal y como era percibido en otras regiones del país. A lo más era el trampolín para saltar hacia el futuro, hacia ese horizonte en llamas que había que conquistar con otra forma de vivir y de pensar antes de que fuera demasiado tarde. Por eso puede decirse que nuestro poeta es un claro antecedente de la poesía que emergería a partir de 1968 en nuestro país: una poesía más libre y confrontativa, más dispuesta a decir las cosas por su nombre.

En una época en que la poesía ya no es una torre de marfil, la obra poética de Nansen nos conmina a decir lo que pensamos de la situación del mundo, exige nuestra atención y entendimiento. En una era en que la poesía se ha vuelto un ágora donde cualquiera toma la palabra, ejerce su derecho de expresión, dice lo que siente, cree o piensa sin tapujos, la obra de Horacio Enrique permanece como un faro de luz ante las tormentas del tiempo que nos ha tocado lidiar, como un refugio para quie-

nes experimentan las vicisitudes de la vida y las turbulencias colectivas sin dar marcha atrás a sus anhelos de cambio y equidad, de democracia y respeto. En un siglo de comunicaciones instantáneas, de comentarios virtuales, de pandemias que nos hacen volver a los encierros medievales, de violencias desatadas en tono de masacre, la poesía de Nansen sigue viva y saludable, alerta y pertinente, lista para señalar nuestros errores y aciertos, para exhibir nuestros tropiezos y cegueras, para valorar la palabra como espacio para conocernos mejor unos a otros.

No es poca cosa para un joven que sólo tuvo 24 años para cantar lo que veía, para desafiar lo que le parecía injusto, para decir lo que pensaba desde su impaciente verdad, desde su inquieta vehemencia. Porque como el mismo Horacio Enrique lo afirmara, él era “un volcán que arrulla el terremoto”. De ahí que el verso perentorio fue el atributo que le dio identidad como poeta. De ahí que sus palabras sirvieron para apuntar hacia el norte de sus querencias, hacia la periferia desolada donde, incluso en la peor de las crisis, la utopía fronteriza mantuvo su quimera luminosa, la fuerza ejemplar de su espejismo. Porque en la tierra baldía de nuestra época, un poema como “Grito de sal” continúa siendo bálsamo y relámpago, lluvia y verdor. Agua vital que no deja de llamarnos a su encuentro.

Cuando empecé mi trayecto como escritor en Mexicali, lo primero que hice fue averiguar qué literatos me habían antecedido en esta región de México. Eran los años ochenta del siglo xx y entre los poetas que descubrí estaba Horacio Enrique Nansen, fallecido 20 años atrás. Lo que me interesó de su poesía era que hablaba de temas regionales, pero su anhelo era ser escuchado por el resto del país, que sus palabras resonaran más allá de Mexicali y fueran parte del diálogo nacional, que sus versos se integraran al corpus de la literatura que entre todos creamos. Ese anhelo también fue el mío e hizo que desde entonces buscara, en mi trayectoria como poeta, narrador y ensayista, hacer de la palabra un puente y de la literatura, un espacio donde las diferencias de norte y el sur, del centro y la periferia, se resolvieran de viva voz, de común acuerdo, sin más jerarquías que las del gozo compartido y la fraterna convivencia. Como debe ser. Como siempre ha sido.

Quiero terminar diciendo que el valor del español está en sus hablantes, en sus escritores, en sus investigadores, en sus poetas. Está en todos aquellos que han hecho de nuestro idioma fuente de vida, diálogo, trabajo, amistad. Si hay una institución abierta a todos los rumbos de nuestra patria, hecha para unir lo extremo y lo central, lo propio y lo ajeno, esa es la Academia Mexicana de la Lengua, mesa redonda del saber, casa de la justa palabra. Por eso es un honor acudir a su llamado, ser parte suya, contribuir en lo que modestamente pueda a su noble tarea de limpiar, fijar y dar esplendor a nuestra lengua. Sin duda es una tarea eterna y, por eso mismo, ejemplar.

A todos los que hoy me escuchan, a todos los que han atendido este discurso, un fronterizo como yo, un mexicalense como yo, se los agradece.

Muchas gracias.

GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ, EL MÁS PERIFÉRICO DE LOS ACADÉMICOS

Felipe Garrido

Don Gonzalo Celorio, director de la Academia Mexicana de la Lengua; doña Concepción Company Company, directora adjunta. Académicas y académicos numerarios y correspondientes:

Agradezco con regocijo que sea mío el honor de responder al brillante discurso de ingreso a nuestra corporación que acaba de pronunciar don Gabriel Trujillo Muñoz.

Recién emigrado a Guadalajara desde su Mexicali natal, Horacio Enrique Nansen —acaba de decírnoslo Trujillo Muñoz— escribió, en 1962, su poema “Grito de sal. La epopeya de Mexicali”. Murió al año siguiente cuando cumplía 24. Eran días de prodigios y amenazas; de la carrera espacial y del Muro de Berlín; en ese año se publicaron *La muerte de Artemio Cruz*, *Los funerales de la Mamá Grande*, *El Siglo de las Luces...* y se afianzó en Cuba la revolución de Castro. Eran días en que Mexicali recibía las aguas del río Colorado intencionalmente saladas en los Estados Unidos.

El poema de Nansen denuncia el abandono en que México, la capital, tiene a los estados, mayor mientras estén más distantes; el conflicto que ha siempre existido entre el centro y la periferia. Con su habla particular, con su vida dividida entre dos naciones, con sus modos de vestir y de pensar, la frontera es mexicana. Lo que Nansen y Trujillo Muñoz dicen, con energía y con razón es: “También nosotros somos México”. Estoy con ellos. Yo también lo digo.

* Respuesta al discurso de ingreso de don Gabriel Trujillo Muñoz. Texto leído vía remota en la sesión solemne del 17 de noviembre de 2022.

** Académico de número y tesorero de la Academia Mexicana de la Lengua.

Fui engendrado en las navidades de 1941, en Torreón, que de alguna manera, en las desoladas tierras de Coahuila ya comienza a ser frontera. Allí habían emigrado los abuelos. Los paternos, desde el territorio vasco, de España. Los maternos desde Durango y Monterrey. Nací, según se acostumbra, nueve meses después, en Guadalajara, a donde la carrera laboral de mi padre, en ascenso, lo había llevado. Un par de años después aprendí a caminar, en las terrazas del Castillo de Chapultepec y en la Plaza Río de Janeiro, en la colonia Roma. Mi padre había vuelto a ser promovido; estábamos en México: en la capital.

Crecí, pues, en el centro. Y crecí habitado por la aguda conciencia de que mientras mi madre me había dado a luz se escuchaban, en aquel 10 de septiembre, a tres cuadras de distancia, las campanas de la catedral, que marcaban las doce de la noche en Guadalajara. Una ciudad que volvían terriblemente visible el tequila, los frescos de Orozco, los marichis, las Chivas Rayadas, las faenas de Manuel Capetillo y el cine nacional. Cada año, además, al llegar las vacaciones de invierno, mi madre, mis hermanas y yo nos instalábamos en Torreón durante un mes, mes y medio, y pasábamos las fiestas sumados a la tribu familiar. De México a Torreón viajábamos en tren: una noche y un día y otra noche. En el larguísimo trayecto, que seguíamos en un mapa, veíamos cómo cambiaban el paisaje, los pueblos, la comida, las voces, la gente. El mutilado territorio de la patria era vastísimo y muy diverso; la periferia se extendía en todas direcciones.

Por fortuna ese asombro nunca se me ha acabado. Viajé mucho, como reportero, en las revistas *Mañana* y *Contenido*, en mis primeros años de trabajo. En algún aniversario de *Mañana* la revista publicó dos reportajes sobre las fronteras del país. Massart y Guevara fueron al norte; Ramírez y Garrido fueron al sur. Dos semanas de viaje: carretera, tren, ríos... a Bonampak tuvimos que llegar en avioneta.

En la Dirección de Literatura de Bellas Artes, al frente de los programas de Rincones de Lectura y de Salas de Lectura en la Secretaría de Educación Pública, en Publicaciones del Conaculta organizar actividades con los estados fue siempre una obsesión. Durante los 15 años que siguieron a mi renuncia en Conaculta seguí trabajando por mi cuenta con las ins-

tituciones educativas y culturales de los estados, sobre todo en la formación de lectores capaces de entender lo que leen y de escribir con claridad y corrección. Luego llegó la 4T y suprimió todos los presupuestos que hacían esto posible.

En uno de esos viajes, no recuerdo cuándo, pero estoy seguro de que fue en Mexicali, conocí a don Gabriel Trujillo Muñoz. Estoy consciente de que ahora le estamos dando la bienvenida; sin embargo, hay algo más que debo decir sobre el centro y la periferia.

Cuando ingresé a la Academia, en 2005, vi que ese esquema se repetía también aquí. Había un centro, los académicos de número, radicados todos en la capital del país, y una periferia, los académicos correspondientes. Esos académicos dispersos en otras ciudades han acumulado siempre un rico caudal de saberes y experiencia que estaba fuera del alcance de la Academia. Con el propósito de aquellos años llegamos a establecer una Comisión de Enlace, con el propósito de incorporar a los trabajos de la Academia a los académicos correspondientes. No era fácil, en ese momento, comunicarse y menos aún reunirse. Organizamos dos o tres reuniones regionales, y después hubo que suprimir aquella comisión.

La situación es hoy diferente. Hemos aprendido a trabajar a distancia y tenemos la tecnología que hace falta para lograrlo. En estos meses, la Mesa Directiva de la Academia, encabezada por don Gonzalo Celorio y doña Concepción Company Company, ha retomado el tema y se están proponiendo y probando otras formas de incorporar a nuestros trabajos cotidianos las aportaciones que es dable esperar de los académicos correspondientes. Esta ceremonia forma parte de nuestro aprendizaje.

Me alegra mucho que celebre el ingreso a la Academia de don Gabriel Trujillo Muñoz, en especial porque nadie en nuestra corporación es más periférico que él. Nadie está más lejos de nuestra sede. Y porque la manera en que don Gabriel ha llevado su carrera ha sido fanáticamente periférica.

Don Ángel Gabriel Trujillo Muñoz nació en Mexicali, en 1958. Estudió medicina en la Universidad de Guadalajara, recibió su título de la Universidad Nacional Autónoma de México. Lo primero que hizo, en-

seguida, fue hacer a un lado la medicina y todos los demás posibles estorbos y ha dedicado cada día de su existencia a escribir, a editar libros y revistas y a dar clases, sobre todo en la Universidad Autónoma de Baja California.

Bajo el sello de su *Alma Mater*, en 1981 publicó su primer libro, sobriamente titulado *Poemas*. Diecinueve años después llegó a su libro número 50, *Testigos de cargo. La literatura policiaca mexicana*, publicado por el Centro Cultural Tijuana en 2000. (Abro un paréntesis para destacar que Trujillo Muñoz se ha dedicado con gusto especial a estudiar, historiar, antologar y enriquecer con su obra dos géneros que marcan nuestro tiempo: el policiaco y la ciencia ficción.) Si completar 50 libros le llevó 19 años, llegar a la centena, con 50 libros más, fue tarea de sólo otros nueve años. El número 100 apareció en 2009; se titula *Civilización* y lo publicó el Instituto Cultural de Baja California.

El fértil vientre del cosmos. La pintura bajacaliforniana como albergue creativo, el libro 150 de don Gabriel fue publicado por la Universidad Autónoma de Baja California en 2014, y este año, en 2022, apareció *El país de las hormigas rojas*, bajo el sello de Lectorum, su libro número 188. Podrían ser más antes de que acabe el año porque Trujillo Muñoz tiene cinco libros “de próxima aparición”, en cinco casas editoriales: 1) el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2) Ilesa Ediciones, 3) Bonilla Artiga Editores y el Imperial Valley College, 4) Libros del Fresno, y 5) la Universidad Autónoma Metropolitana.

Al lado de esos 190 títulos de los que es autor —y no destaco tanto el número como el nivel, la calidad de lo escrito—, Gabriel Trujillo Muñoz ha sido compilador, presentador, coordinador de otras 53 obras históricas y literarias. Y en esta categoría hay otros tres títulos de “próxima aparición”: los tomos II, III y IV de la colección Clásicos de la Historia de Mexicali, con Ilesa Ediciones.

Esta enorme cantidad de obras ha sido publicada por editoriales de México, Estados Unidos, España, Francia y Alemania. Nuestro autor está antologado en 107 memorias y libros infantiles, y está presente en 80 anuarios, revistas y otras publicaciones periódicas. El año próximo

Machote Producciones comenzará a grabar una película en video animación, *Cachorra*, basada en un cuento suyo.

La Academia Mexicana de la Lengua recibe con beneplácito a este cachanilla de una pieza y de cuerpo entero, Gabriel Trujillo Muñoz, que ha sido ya festejado con medio centenar de reconocimientos en México y más allá de nuestras fronteras. Un autor que admiramos y que hay que leer. De su ingente producción voy a leer muy breves trozos de únicamente tres títulos; tres grandes libros de Gabriel Trujillo Muñoz que pueden ser tres caminos de iniciación en el universo de su obra:

El primero está tomado de una novela policiaca, *El rastro del crimen*, publicada en 2021 por Editorial Artificios, de Mexicali, y la University of Colorado, en Colorado Springs. Leo la primera página del capítulo titulado “La lámpara maravillosa”. Y adelanto que *Miguel Ángel* es Miguel Ángel Morgado, el protagonista de las novelas negras de Trujillo Muñoz; no un policía ni un detective, sino el abogado defensor de los Derechos Humanos en la frontera norte:

Ya en su automóvil, Miguel Ángel se fijó en la hora: eran pasadas las 7 de la noche.

No supo qué hacer a continuación.

Sonó su celular antes de que tomara una decisión.

—¿Me recuerdas, licenciado?

—Linda. Por supuesto. Te iba a llamar, pero, como sabes, ando metido en líos mayores.

—Espero que no por mi culpa, querido. ¿Estás bien?

—Estoy, que ya es ganancia. Pero gracias por preguntar. ¿Y tú?

—Ahora estoy en la Unidad de Criminalística Avanzada y tengo algo para ti.

—¿Algo para mí?

—La doctora Aidé Zapata. A ella no se le pasa nada de lo que sucede y supo que tú y yo tenemos quereres, así que me dio unos papeles *only for your eyes*.

—Bien por ella.

—Y yo tengo una memoria para ti. Contiene información de la investigación policiaca en proceso, la de la balacera en que participaste, querido. ¿La quieres?

—La quiero.

—Te va a costar.

Miguel Ángel le siguió el juego.

—¿Cuánto?

—Búscame en le habitación 116 del motel La Lámpara Maravillosa

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, *Darling*.

...

El segundo es *Retratos personales desde la frontera*, publicado en 2019 por el Instituto de Cultura de Baja California y la Secretaría de Cultura. Los retratos están dispuestos en orden alfabético y son de juguetes, lugares, *funnies*, “Libros y países imaginarios”, autores de todos los géneros, tiempos y niveles, lo mismo los más ampliamente conocidos, como Carlos Fuentes, Elmer Mendoza o José Agustín, que radicalmente locales, como Esalí, cuya semblanza leo en la página 141:

ESALÍ

Lo sublime. Lo divino. Lo trascendente. La fe como literatura *New Age*. A Esalí, a Estela Alicia López Lomas, la escritora fronteriza, la recuerdo envuelta en la blancura de sus vestidos, vaporosa y cálida, con la mirada puesta en el infinito, en los mundos más allá del mundo. Sus lecturas públicas eran una mezcla de ceremonia religiosa y arrebató místico, de rito sagrado con sus dosis asfixiantes de veladoras e incienso. Cada vez que hablaba con ella, en la última década del siglo xx, se quejaba amargamente de críticos como Humberto Félix Berumen, que había desmenuzado su obra sin valorar sus aportaciones poéticas y narrativas a la literatura bajacaliforniana, que no le había dado el lugar que ella creía merecer. Un día, cansada de ir a contracorriente, desapareció de Tijuana para retornar a su

natal Jalisco. De ella me queda el sudario de sus palabras, la corona de espinas de su viacrucis personal.

El tercero es un libro de poesía intensamente autobiográfico, *Sin orden y concierto. Poesía vivida (2008-2016)*, un largo homenaje a Mexicali y al desierto. De ahí tomo tres lecturas, al tiempo que le reitero a Gabriel, que festejamos con entusiasmo su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua.

EL RÍO REVUELTO

A veces sólo es un cauce seco, una tierra blanda entre los confines llenos de matorrales. A veces sólo es un charco al fondo, una sinfonía de ranas en plan de fiesta nocturna. A veces sólo es un recuerdo, un rumor que nos acompaña cuando andamos en sus antiguas riberas.

Sin embargo, de pronto, el río regresa por sus fueros. Vuelve, impetuoso, gris, turbio como nunca antes. Río revuelto con su vozarrón de dios inmisericorde. Criatura que no acepta nada que le impida el paso. Ahora derruye, arrasa, cambia los contornos del paisaje. De nuevo es el rey de todo cuanto abarca la mirada.

CIERTA HERMOSURA

A veces,
casi por accidente,
las palabras albergan cierta hermosura.

Un atisbo de belleza
entre la podedumbre.

Una luz ostensible
que nadie puede arrebatarles.

A veces,
casi por azar,
las palabras nos limpian, nos sanan, nos curan.

Purgan el veneno
que llevamos dentro.

Dan fe
del dolor
que causamos a otros.

LA AMIGA FIEL

Me conoces mejor que nadie,
Poesía, a ti
no puedo mentirte.

Dondequiera que ande
siempre atiando tu llamado,
siempre escucho lo que vas a decirme.

En tus palabras vivo.
En tu solaz renazco.

Si tengo una amiga fiel,
ésa eres tú,
Poesía.

A ti no puedo mentirte.

HOMENAJES

HE

HOMENAJE A DON HUGO HIRIART POR SUS 80 AÑOS DE VIDA

El 28 de abril de 2022, la Academia Mexicana de la Lengua celebró los 80 años de vida de don Hugo Hirart, dramaturgo, narrador, ensayista y miembro numerario de la institución. La conmemoración fue coordinada por don Vicente Quirarte, y participaron, además de don Vicente, don Adolfo Castañón, doña Liliana Weinberg, don Diego Valadés, don Rodrigo Martínez Baracs y doña Silvia Molina, quienes dieron testimonio de la vida y obra de don Hugo, y subrayaron el origen de su nombre; su gusto por los títeres y por la estética; su gran parecido con Rembrandt; su acercamiento a la historia y su amor por el cine, por el teatro y por las palabras. Como agradecimiento, don Hugo hizo un recuento de sí mismo y de su andar por el mundo. El homenaje fue transmitido a través de la página de Facebook y del canal de YouTube de la corporación.

* Reseña del homenaje a don Hugo Hiriart por sus 80 años de vida. Celebrado el 28 de abril de 2022.

HOMENAJE A DON CARLOS FUENTES A 10 AÑOS DE SU FALLECIMIENTO

El 15 de mayo de 2022, la Academia Mexicana de la Lengua rindió homenaje a don Carlos Fuentes, narrador imprescindible de las letras hispanoamericanas y otrora académico honorario de la institución, que supo conjugar la universalidad con lo estrictamente nacional y se adentró, además, en las profundidades de la historia, la política, el cine, el teatro, la música y la vida misma. Don Gonzalo Celorio, doña Margo Glantz, don Vicente Quirarte, doña Liliana Weinberg, don Javier Garcíadiego, doña Rosa Beltrán y don Fernando Serrano Migallón realizaron un retrato hablado del autor de *La región más transparente*, en el que dieron cuenta de sus relaciones literarias y personales con la vida cultural y política americana y europea; de su cercanía con Alfonso Reyes, y de su obra narrativa y ensayística, reconocida con el Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes.

* Reseña del homenaje a don Carlos Fuentes a 10 años de su fallecimiento. Celebrado el 15 de mayo de 2022.

HOMENAJE PÓSTUMO A DON EDUARDO LIZALDE

El 30 de junio de 2022, la Academia Mexicana de la Lengua rindió un homenaje póstumo al poeta y humanista Eduardo Lizalde, quien fuera miembro de número de la institución, y uno de los escritores más significativos del orbe hispanoamericano. En la conmemoración participaron don Vicente Quirarte, don Adolfo Castañón, don Jaime Labastida, don Roger Bartra y don Eduardo Matos Moctezuma. Don Eduardo ocupó la silla XIV de la Academia. Ingresó a la institución en 2006, luego de leer su discurso *La poesía mexicana, esplendor e infortunios*, que fue respondido por don Ernesto de la Peña.

En el acto, don Vicente Quirarte destacó la musicalidad, la precisión conceptual y la contundencia de las metáforas de Lizalde; don Jaime Labastida, don Adolfo Castañón y don Roger Bartra dieron testimonio de algunos de los poemarios más importantes del homenajeado, como *Cada cosa es Babel*, *El tigre en la casa*, *La zorra enferma* y *Tercera Tenochtitlan*; don Roger Bartra dio énfasis al poeticismo y la maestría con la que abordó la ciudad de México desde la poesía, y don Eduardo Matos Moctezuma describió la pasión del poeta por la ópera.

* Reseña del homenaje póstumo a don Eduardo Lizalde. Celebrado el 30 de junio de 2022.

HOMENAJE A DON ANTONIO ALATATORRE EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

El 25 de julio de 2022, la Academia Mexicana de la Lengua celebró el centenario del natalicio de don Antonio Alatorre, quien fuera académico honorario de la institución, crítico literario, traductor, ensayista y hábil divulgador e investigador que puso de manifiesto el esplendor del español.

Don Aurelio González Pérez, don Adolfo Castañón, doña Liliana Weinberg, doña Angelina Muñiz-Huberman, don Javier Garciadiego y don Carlos Prieto dieron testimonio de la vida y obra de don Antonio, autor, entre otros ensayos, de *Los 1001 años de la lengua española*. Coinciden los participantes en que Alatorre, quien también fue profesor e investigador de El Colegio de México y miembro de El Colegio Nacional, se distinguió por ser un estudioso estricto, serio, puntual, ejemplar y generoso; preocupado más por el lector común que por el especialista exigente; atento a la lengua y a la literatura como fenómenos humanos, y a la importancia del diálogo y la lectura; enemigo del burocratismo y las solemnidades; historiador, melómano, narrador y un hombre sincero, directo, erudito.

* Reseña del homenaje a don Antonio Alatorre en el centenario de su nacimiento. Celebrado el 25 de julio de 2022.

HOMENAJE A DON FELIPE GARRIDO POR SUS 80 AÑOS DE VIDA

El 10 de septiembre de 2022, la Academia Mexicana de la Lengua rindió homenaje a don Felipe Garrido por sus 80 años de vida. Participaron don Adolfo Castañón, coordinador, don Vicente Quirarte, doña Sara Poot Herrera, don José María Murià y el propio don Felipe.

Autor de una bibliografía caudalosa y consistente; profesor desde temprana edad, editor de Juan Rulfo y de Juan José Arreola, entre otros autores fundamentales de la literatura mexicana, Felipe Garrido —afirmó don Adolfo Castañón— “es un hombre de espíritu aventurero, comprometido con la historia y la geografía literaria de este país, un pilar de la educación nacional y un destacado cuentista, ensayista, cronista y académico”. Don Vicente Quirarte destacó que el autor de *Conjuros* (Premio Xavier Villaurrutia 2011) cumple con lo que Edgar Allan Poe buscaba en la literatura: “brevedad, intensidad y efecto”. Doña Sara Poot Herrera, subrayó que don Felipe “es amigo de amigos, en cuya mirada se advierte la ilusión de la lectura”; un jalisciense, comentó don José María Murià, “que hace gala de su provincia, a la que siempre regresa, un autor que nunca se hace del rogar, un ser cuya estela de valor es extraordinaria, pues sabe dónde dejó enterrado su ombligo”.

* Reseña del homenaje a don Felipe Garrido por sus 80 años de vida. Celebrado el 10 de septiembre de 2022.

HOMENAJE A DOÑA YOLANDA LASTRA POR SUS 90 AÑOS DE VIDA

El 13 de septiembre de 2022, la Academia Mexicana de la Lengua celebró el cumpleaños 90 de doña Yolanda Lastra, miembro de número de la institución, lingüista e investigadora emérita del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. En la conmemoración participaron don Pedro Martín Butragueño, coordinador, doña Concepción Company Company, doña Ascensión Hernández Triviño y don Fernando Nava López, quienes hablaron de la vida y obra de doña Yolanda, especialista en lingüística descriptiva de lenguas indígenas. Doña Concepción Company Company contó cómo conoció personal y profesionalmente a doña Yolanda Lastra, a quien calificó como “lingüista incansable y de gran curiosidad intelectual”, que ha centrado sus investigaciones en el análisis del náhuatl y del otomí, y en la reflexión, pensamiento y propuesta de cómo acercarse al contacto de las lenguas indígenas con el español. Doña Ascensión Hernández Triviño destacó la labor docente de Yolanda Lastra y su sostenida y profunda exploración de diversas lenguas; “una investigadora, afirmó, que a sus 90 años no pierde el interés por el conocimiento, no suelta la pluma y asiste a todas las sesiones académicas”. Don Fernando Nava mencionó algunos de los más significativos estudios de campo de Lastra, “mujer incansable”; investigadora minuciosa de documentación lingüística, filológica, léxica y gramatical de diversas lenguas indígenas; estudiosa de tradición oral, de etnohistoria y de entidades religiosas veneradas por diversos pueblos.

* Reseña del homenaje a doña Yolanda Lastra por sus 90 años de vida. Celebrado el 13 de septiembre de 2022.

HOMENAJE A DON ROGER BARTRA POR SUS 80 AÑOS DE VIDA

El 7 de noviembre de 2022, la Academia Mexicana de la Lengua conmemoró los 80 años de vida de don Roger Bartra. Participaron don José Luis Díaz Gómez, coordinador, don Adolfo Castañón, don Fernando Serrano Migallón, don Jesús Silva-Herzog Márquez, don Jorge Ruiz Dueñas, doña Angelina Muñiz-Huberman y el propio don Roger, quienes dieron cuenta del papel y la trayectoria de los padres del festejado; de sus maestros y mentores intelectuales; del exilio catalán que lo volvió un “intelectual atípico, luminoso e inquietante”, un “audaz navegante del conocimiento, congruente y honesto”; de su postura acerca de la legitimidad del poder político, basado en el imaginario social; de la melancolía, del temor, de la añoranza del salvaje, de la simbología del número ochenta, de la otredad y varios temas más explorados por el autor de *Chamanes y robots*. Bartra —subrayaron los participantes— ha penetrado en buena parte de los territorios de las disciplinas sociales y culturales, y de la neurociencia, en la que ha sustentado la hipótesis de que el funcionamiento del cerebro humano no se puede entender cabalmente sin examinar también su estrecha conexión con un conjunto de prótesis culturales, a las que ha definido como exocerebro.

* Reseña del homenaje a don Roger Bartra por sus 80 años de vida. Celebrado el 7 de noviembre de 2022.

LECTURAS ESTATUTARIAS



DANTE, SEGÚN LAS LECTURAS DE VASCONCELOS Y REYES*

Javier Garciadiego

*Para Adolfo Castañón,
el mayor reyista de nuestra generación.*

I

Dante Alighieri fue un escritor y pensador muy apreciado por José Vasconcelos y Alfonso Reyes. Sin embargo, sus lecturas, posturas y reflexiones sobre él fueron muy diferentes; tales diferencias se remontan a sus orígenes: Vasconcelos nació en una familia católica y fue un joven muy religioso, mientras que Reyes era de estirpe liberal y fue siempre un librepensador agnóstico. Asimismo, Reyes era hijo de un militar y político, como lo había sido Dante.¹ Ambos conocieron el dolor de vivir exiliados, también como Dante,² aunque Reyes había tenido que salir del país por afrentas ajenas de un par de familiares cercanos; en cambio, Vasconcelos fue un exiliado recurrente; mientras Dante padeció un solo exilio, pero prolongado y vitalicio.³ Como Dante, Vasconcelos padeció

* Texto leído en la sesión remota ordinaria del 13 de enero de 2022.

¹ Recuérdese que participó en el asedio de Caprona, contra los pisanos; y en la batalla de Campaldino, en 1289, en la guerra contra la ciudad de Arezzo.

² Por los graves conflictos políticos que dividían a Florencia entre güelfos y gibelinos, Dante fue expulsado de su ciudad natal en 1302. Viviría entonces en Verona, Padua, Rimini y Lucca, para finalmente morir en Ravena en 1321. Nótese que Florencia aún reclama sus restos, y sigue vacío el cenotafio que construyó en 1830 el escultor Stefano Ricci en la basílica de la Santa Croce.

³ Tres exilios fueron los más importantes en su biografía: entre 1915 y 1920, durante el periodo carrancista, luego de la derrota del gobierno Convencionista de Eulalio Gutiérrez; de 1924 a 1928, entre su renuncia a la Secretaría de Educación Pública y su regreso al país para participar en las elecciones de 1929 como candidato opositor, y durante casi todo el decenio de los años treinta, luego de su derrota electoral.

constantemente de una “cólera civil”,⁴ y como él, sabía apostrofar a sus enemigos y a todos aquellos que consideraba viles, nocivos y nefastos. Reyes, por su parte, se negó siempre a enjuiciar y sentenciar a sus contemporáneos. Vasconcelos practicaba a diario la diatriba; Reyes no. En la primera parte de *La divina comedia*, “El Infierno”, Dante fue un implacable “juez de ultratumba”.⁵

El contacto de ambos con la obra de Dante comenzó desde temprano. Reyes contó varias veces que de niño gustaba “hojear”⁶ las grandes ediciones de algunas obras “clásicas” existentes en la biblioteca paterna. Entre otras recordaba el *Quijote* y *Orlando furioso*, así como *La divina comedia*.⁷ De ésta, humilde y sensato, reconocía que “más bien” buscaba “comprender las estampas”, lo que nos permite suponer que se trataba de una edición con las célebres láminas —más de cien—⁸ de Gustave

⁴ Así definió su amigo Alfonso Reyes la actitud de Vasconcelos, la que consideraba dañina al país y autodestructiva.

⁵ Antonio Gómez Robledo, *Dante Alighieri*, 2 vols., Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1975, vol. I, p. 32.

⁶ ¿A qué se refiere este término: a pasar las hojas de un libro sin leerlo o a dirigir los ojos a sus páginas —ojear—, también sin leerlo?

⁷ Como se sabe, el título original era *La comedia*, y el atributo de *Divina* se le agregó a partir de una edición veneciana de 1555, seguramente con base en el elogio que le hizo Boccaccio cuando comentó el poema desde el púlpito de la iglesia de San Esteban a petición de la Señoría de Florencia. Véase en Giovanni Boccaccio, *Dante Alighieri, su vida y sus obras*, Archivos Vola, Madrid, 2021. El título original de esta obra era reflejo de su objetivo: *Trattatello in laude di Dante*, y fue escrita entre 1351 y 1366. Jorge Luis Borges, gran conocedor de Dante, nos recuerda que más que un hiperbólico adjetivo laudatorio, el término “Divino” se refiere al contenido de la obra, pues “Divino” también significa “teológico”, como se usa en el idioma inglés. Así, la obra de Dante podría ser vista como un poema teológico, aunque para “escándalo de muchos”, Benedetto Croce dijo que la traducción literal *Divina comedia* sería “novela teológica”. Véase el “Prólogo” de Borges a la edición de Dante en la famosa colección de los Clásicos Jackson, muchas veces reimpressa.

⁸ Por razones obvias, *La divina comedia* se acompañó pronto de magníficas ilustraciones que buscaban recrear la descripción física que hizo Dante del Cielo, el Purgatorio y el Infierno. También se buscó ilustrar las imágenes de Dante, Beatriz y Virgilio, y las de las bestias, monstruos y condenados que los acosaron. Un hermoso catálogo de las primeras ilustraciones de *La divina comedia*, en *Dantesque Images of the Comedia (14th-16th Centuries)*, Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia, 2015.

Doré, el grabador francés que ilustró *La divina comedia* en 1861, a sus 28 años, siendo la primera de muchas obras “clásicas” que preparó.⁹

Según Alfonso Reyes, su paso de precoz lector a escritor adolescente fue muy rápido. En efecto, comenzó a escribir sus primeras poesías cuando tenía 11 años. Ilustrativamente, las escribió en sus cuadernos escolares, todavía con el membrete del Colegio Civil de Monterrey. En un texto en prosa, titulado “En el teatro”, fechado el 29 de mayo de 1904,¹⁰ Reyes hizo una clara alusión al poeta florentino, al decir que “más impresionable que el Dante”, él se había enamorado por primera vez a los siete años, y no a los nueve. ¿Leyó entonces *La vida nueva*, de donde procede dicha afirmación?¹¹ No hay duda, Reyes leyó a Dante desde la adolescencia. Dos pruebas, cuando menos, tenemos al respecto. Una es una poesía titulada “Símbolo”, fechada en marzo de 1906, a sus 17 años, en la que Reyes demuestra un fluido trato con *La divina comedia*. Cito en extenso:

Soy Beatriz y te aguardo; llega presto
y Dante el inmortal, hosco y silente
a través del Infierno, su funesto
camino emprenderá. Más el vidente
no será presa de terror insano:
que lo lleva Virgilio de la mano
y la voz de Beatriz lo hace potente.

Antes había escrito un poema que era casi una paráfrasis de *La divina comedia*. Reyes, con total honestidad, reconocía que tales versos no habían surgido de su imaginación. Por otro lado, queda claro que la lectura

⁹ Reyes luego precisó que la versión que “hojeaba” era la traducción en verso de Juan de la Pezuela, mejor conocido como el conde de Cheste, publicada en 1879. En el catálogo de la biblioteca de Alfonso Reyes se consigna que éste poseía las siguientes ediciones: *El convivio*, *Il canzoniere de Dante Aligheri*, *La divina comedia*, *O 25° canto do Inferno de Dante*, *Opera omnia*, *The Comedy of Dante Aligheri the Florentine*, y *Vita nuova*. Para los datos bibliográficos precisos véase *Capilla Alfonsina. La biblioteca de Alfonso Reyes. Catálogo bibliográfico*, Fondo de Cultura Económica / Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2011, pp. 258-259.

¹⁰ Véase Alfonso Reyes [en adelante AR], *Cuadernos*, vol. I, El Colegio Nacional, México, 2013, p. 165.

¹¹ Reyes se refiere a Adelina Olvera: “Ensueño de mi infancia, nunca te olvidaré”.

de Dante no le había sido fácil, pues confesó que le había costado “penas y labores”.¹²

Aún así, no queda clara su relación con Dante durante los siguientes años. Cuando mucho hizo de él un par de menciones. Más aún, se sabe que tenía un ejemplar de *Vita nuova*, pero no debe haber sido grande su aprecio por él, pues lo obsequió, junto con muchos otros libros, al partir hacia Europa en 1913.¹³ Obviamente, luego Reyes adquirió otro ejemplar de *Vita nuova*, obra que le parecía precursora de toda la modernidad literaria, pues era “una yuxtaposición de prosa y verso”.¹⁴

El caso de Vasconcelos fue diametralmente opuesto. Primero, por ser un cristiano y un hombre creyente en las entidades trascendentales. Segundo, porque siempre tuvo una idea más instrumental y utilitaria que estética y lúdica de la lectura. Le gustaban los autores formativos, por lo que sus libros favoritos eran aquellos que conjuntaban forma y contenido, profundidad de pensamiento y calidad literaria.

El concepto utilitario e instrumental de la lectura lo heredó Vasconcelos de sus padres, uno empleado federal en el ramo aduanero y hacendario; la otra, católica y provinciana, de cultura superior a la de la mayoría de las mujeres de entonces. Para conocer sobre los cambiantes sitios geográficos a los que estuvieron sucesivamente destinados, y para que tuvieran orgullo de la grandeza del país cuando vivieron en la fronteriza Ciudad Porfirio Díaz —hoy Piedras Negras—, el padre adquirió para uso familiar el *México a través de los siglos*, dirigido por Vicente Riva Palacio, y el *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República Mexicana*, de Antonio García Cubas.¹⁵ A la madre la guiaba otra preocupación: que sus hijos adquirieran rápido una sólida formación cristiana, por si llega-

¹² AR, *Cuaderno 0*, pp. 13-27; *Cuaderno 4*, p. 179; *Cuaderno 5*, p. 347.

¹³ Carta de AR a Pedro Henríquez Ureña, 29 de junio de 1914, en *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 375.

¹⁴ AR, *Apuntes para la teoría literaria* [1940], en *Obras Completas* (en adelante OC), t. XV, p. 451.

¹⁵ Antonio García Cubas fue un geógrafo e historiador nacido en 1832 y muerto en 1912. Sus obras más populares fueron el *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República Mexicana*, de 1859; el *Atlas histórico y pintoresco de los Estados Unidos Mexicanos*, de 1885, y *El libro de mis recuerdos*, de 1904.

ran a ser secuestrados por algún grupo de “apaches”, o para que no cayeran bajo las influencias protestante o positivista, primero cuando sus hijos estudiaron algunos años de primaria en Eagle Pass y luego cuando su hijo José estudió en las escuelas Preparatoria y de Jurisprudencia. Esto es, lecturas bien escogidas en términos religiosos; los libros como escudos. Vasconcelos siempre recordaría esas primeras lecturas serias con su madre, quien lo hizo un adolescente lector “elevado y asiduo”. Gracias a ella leyó *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand, que fue “el acontecimiento libresco de todo aquel periodo de mi vida”;¹⁶ también *El criterio*, de Jaime Balmes, por entonces muy apreciado.¹⁷

Vasconcelos leyó a Dante ya de joven estudiante en Ciudad de México. El impacto fue inmediato y contundente. Siempre conservó el recuerdo de cómo adquirió el ejemplar. Fue en un cobertizo de libros “de lance” que se instalaba en el jardín “de las Cadenas”, a un costado de la Catedral. El dilema fue grande: en su “raída” bolsa del pantalón le quedaba una última moneda, y gastarla lo obligaría a “saltar comidas” hasta que le llegara “el giro” familiar; por otra parte, fue grande la atracción de una *Divina comedia* de “cantos de oro y percalina roja”, con “el perfil conmovedor del vidente insigne en un medallón dorado” en la portada:¹⁸ “Con los dedos dentro de la bolsa alisaba mi último peso..., por fin, en un arranque de audacia, lo alargué al librero a la par que ponía el precioso volumen debajo del brazo”. Jamás hizo Vasconcelos un gasto tan útil y bien empleado. Desde su inmediata lectura, Dante fue uno de los escritores que más lo influyeron.

No sé por qué había retardado tanto tan notoria lectura —se lamentó—. Conocedor bastante prolijo de Shakespeare y de la *Odisea*, de Goethe y aun de Milton —dice el presuntuoso Vasconcelos—, el conocimiento directo de Dante

¹⁶ Véase el primer tomo de sus Memorias, el *Ulises Criollo*, capítulos “La lectura” y “El Instituto Campechano”

¹⁷ Jaime Balmes fue un filósofo, teólogo y apologista español, nacido en 1810 y fallecido prematuramente en 1848. Sacerdote preocupado por los problemas sociales, tuvo gran influencia doctrinal y política.

¹⁸ Vidente, en su tercera acepción del *Diccionario de la Real Academia Española*, significa “persona que tiene visiones sobrenaturales”.

se me había ido quedando aplazado. Es claro que no está al alcance de párvulos, pero mi ambición desmedida me había llevado anteriormente a lecturas más complicadas. Discípulo infantil de *La ciudad de Dios* y *Las confesiones* —ambas de san Agustín—, no me explico por qué mi madre no usó también a Dante de libro de cabecera. De todas maneras, era lo que más podía haberle gustado y, leyéndolo, imaginaba que lo hacía también por ella.¹⁹

Nos cuenta el propio Vasconcelos que conforme avanzaba en “la sin par lectura” mejoraba su “abatido ánimo”, aún dolido por la reciente muerte de su madre, al grado de volverse “dichoso de haber nacido a una vida que ha producido también un Dante”, para luego exclamar, pletórico de “su llama”: “Cuán pequeños se veían los contemporáneos al lado de esta alma tan espléndida”, la que equipara con las de Homero y Esquilo. Lo único que cuestiona a Dante es que haya asumido como guía y maestro a Virgilio, a quien apostrofa como “poeta servil que alabó a Augusto”. Siempre hiperbólico, Vasconcelos concluye que Dante “no sólo no tenía par en toda la literatura”, sino que su obra “era más que literatura”. Según él, en Milton “se advierte el artificio” y al leer a Shakespeare “cansa la vena patética de ambición”, para concluir que “únicamente Dante en cada verso plasma una porción de realidad eterna”, aunque siempre “humanizada”.²⁰

El joven Vasconcelos estaba molesto por tener que dividir las horas entre Dante y sus textos de derecho o con los de filósofos positivistas. Lo expresó claramente: “el Derecho Romano y la Ley Civil eran círculos infernales que debía atravesar sin Virgilio y sin Beatrices”, dijo lamentándose. Para el oaxaqueño resultaba evidente que el mensaje de Dante “no es tesis que se discute y se prueba, ni es resumen de hechos conocidos que sirven para formular una ley”. Desde un principio supo de su valor: “la doctrina dantista es una música que penetra y fortalece, dejándonos ricos para siempre”. En efecto, su lectura lo dejaba “exaltado..., poseído de un delirio ideológico”. Es más, Vasconcelos se apoyaba en

¹⁹ José Vasconcelos [en adelante JV], *Ulises Criollo*, capítulo “Chorro de claridad”. Es de señalarse que su madre, doña Carmen Calderón, había fallecido recientemente.

²⁰ *Idem*.

frases de Dante para justificar sus ambiciones —“Ea, levántate. ¿Qué importa la aflicción si tenemos que subir todavía más alto?”—. Sobre todo, gracias a Dante asumió la ética con que enfrentaría sus dilemas y retos futuros: “Dispuesto estoy a correr todos los azares de la fortuna con tal de que mi conciencia no me haga reproche”.²¹

II

El impacto de Dante en Alfonso Reyes no fue ni remotamente parecido. Tampoco su actitud y su disposición. Por ejemplo, siendo líder de la Sociedad de Alumnos de la Preparatoria, a principios de 1907, Reyes dio un discurso dirigido a sus condiscípulos, como él, entre adolescentes y jóvenes.²² En dicho discurso se refirió a “los ideales” que deben ser mantenidos y alimentados por todos a lo largo de nuestras vidas, “sin objeto material preconcebido”, pues son “el secreto de toda humana energía” y “la razón de toda lucha”. Buscando motivar a sus compañeros, Reyes les recordó que “para vivir hace falta un ideal”. Su ejemplo fue literario, refiriéndose a que por un ideal Dante “recorre los nueve círculos del Infierno para acudir al llamamiento de Beatriz, a quien amó en silencio”. De hecho, el amor de Dante —no correspondido por Beatriz— fue un tema recurrente en la obra de Reyes. En *Calendario*, uno de los últimos libros de su periodo español, Reyes confesó que lo hacía desdichado que una mujer pasara “de largo”, sin mirarlo ni sonreírle, “como Dante con su Beatriz, junto al puente aquel donde ella no quiso devolverle el saludo”.²³

Acaso la diferencia radique en que Reyes veía en Dante a un escritor y a un sabio, pero no a un hombre desgarrado pero entero, de cabal dignidad. Reyes gustaba de la poesía de Dante; Vasconcelos buscaba su ejemplo.

²¹ *Idem.*

²² AR, “Alocución en el aniversario de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria”, en OC, t. I, pp. 315-316. Reyes precisa que son páginas “remotísimas” y que las rescataba editorialmente porque eran “el punto de arranque de mi prosa”.

²³ AR, *Calendario* [1924], en OC, t. II, p. 355.

No hay duda: ambos leían a Dante pero desde diferentes perspectivas. Por ejemplo, Reyes hizo referencia a él en su primer libro, *Cuestiones estéticas*, cuando criticó a los escritores solemnes, los que “en fuerza de parecer exquisitos” rechazaban “todo lo popular”, con una actitud que Reyes calificó de “filisteísmo literario”. La postura de Dante era comprensible: luchaba porque se dejara de escribir en latín, por cierto ya en un latín deteriorado, y en cambio proponía hacerlo en italiano,²⁴ que era el lenguaje que usaba la gente común. Junto a Dante, Reyes menciona a Cervantes, Quevedo, Erasmo “y muchos más”, todos defensores de la literatura popular, “profunda y humanísima”.²⁵ Este texto de Reyes está fechado a mediados de 1910, casi al mismo tiempo que cuando tenían lugar las lecturas colectivas en voz alta, teatralizadas, de un grupo reducido de miembros del Ateneo de la Juventud. Ambos, Reyes y Vasconcelos, eran parte de él, y este último recuerda que discutían hasta consumirse “acerca de los caracteres del hombre grande: ‘Mis compañeros eran goethianos’” pero “yo no le perdonaba” al alemán —dice Vasconcelos— su servilismo con los poderosos, “y proclamaba a Dante y a Platón como prototipos de la grandeza humana”.²⁶

Las diferentes percepciones que Vasconcelos y Reyes tuvieron de Dante se prolongaron para siempre. Sus posturas trascendían lo literario y se basaban en sus diferentes visiones de la persona y su entorno. Reyes siempre tuvo preferencias por ciertas culturas y países; en concreto, por España y por Francia. En cambio, su relación con Italia, su cultura y su arte fue marginal. En los 10 largos años que vivió en Europa, solo visitó Italia dos veces, y ambas brevemente.²⁷ En 1921 fue a Turín en represen-

²⁴ Obviamente, aún no existía Italia como país, y tampoco el italiano como idioma común. Se hablaban diversas lenguas regionales, una de ellas el toscano, que era la que se utilizaba en Florencia y sus alrededores.

²⁵ AR, “De los proverbios y sentencias vulgares”, en *Cuestiones estéticas* [1911], en OC, t. I, p. 164. Treinta años después Reyes volvió a enaltecer el interés —y uso— de Dante por los proverbios. Cf. *Apuntes para la teoría literaria* [1940], en OC, t. XV, p. 437.

²⁶ JV, *Ulises criollo*, capítulo “El intelectual”.

²⁷ Gabriel Rosenzweig cuidó admirablemente la correspondencia cruzada entre Reyes y sus corresponsales italianos, pero es difícil encontrar contenidos relevantes en sus casi 100 cartas. Véase *Alfonso Reyes y sus corresponsales italianos (1918-1959)*: Guido Mazzoni, Achille Pellizzari, Mario Puccini, Dario Puccini, Elena Croce y Aldo Croce, El Colegio de México, México, 2013.

tación de la Universidad Nacional de México a un Congreso Internacional de Sociología. Reyes aprovechó ese viaje oficial para conocer Florencia, pero sus testimonios y recuerdos son más bien parcos. Por lo que aquí interesa, 30 años después recordaría haber comido en una *trattoria* “no lejos de la casa de Dante”.²⁸ Sobre todo, expresó su gusto por la ciudad en un poema escrito al tiempo de su visita y titulado escuetamente “Florencia”. En él Reyes apenas alude a Dante, y en cambio menciona expresamente a Giotto, Savonarola y Miguel Ángel.²⁹ Luego pasaría las vacaciones navideñas y de año nuevo —1925— en Roma. Sin duda apreció la vieja ciudad; de hecho, se sintió “deslumbrado”, y “con la esperanza de regresar algún día, cumpliendo el rito popular”, arrojó unas moneditas a la Fontana di Trevi, a pesar de lo cual nunca volvió. Por cierto, le tocó ver los primeros “camisas negras” por las calles, con sus gritos y aspavientos, ante los que prefirió “cerrar los ojos”. Estaba comenzando el fascismo.³⁰

Curiosamente, por la misma época viajó Vasconcelos por Italia. Había renunciado a la Secretaría de Educación Pública, luego de lo cual emprendió un viaje larguísimo, mitad reposo y mitad exilio. Empezó por España y Francia, y luego entró a Italia. Primero fue a Génova, luego a Pisa, finalmente a Florencia. Su reflexión fue contundente: “la primera impresión” del que llega a la Toscana “es la de la propia ignorancia”, pues “se sentirá disminuido, rápidamente convertido a la convicción de que se es bárbaro... en aquella tierra madre de todo lo que es cultura”. Para Vasconcelos, Italia, y en particular Florencia, fueron un parteaguas: no fui el mismo antes que después del viaje a la Toscana, reconoció años después; sí, a Italia la consideraría desde entonces la “madre patria del alma”; y Florencia, a la que “pronto se ama”, sería para él “la patria del espíritu”.³¹

Como filósofo y como político, su fascinación no se redujo al arte, aunque haya quedado deslumbrado por Giotto, Fra Angélico, Brune-

²⁸ AR, *Memorias de cocina y bodega* [1953], en OC, t. XXV, p. 375.

²⁹ AR, OC, t. X, p. 92.

³⁰ AR, *Historia documental de mis libros* [cap. xvii, 1959] en OC, t. XXIV, pp. 348-351.

³¹ JV, *El desastre*, capítulos “Florencia” y “La Santa Croce”.

lleschi, Ghiberti, Donatelo y Miguel Ángel, “constelación sin par”. En rigor, fueron Galileo, Maquiavelo y Dante, a quienes llegó a llamar “nuestro Señor Dante”, los que lo hicieron caminar por Florencia con “el ánimo lista para entonar el himno de la reverencia y la alabanza”. Sobre todos, Dante, a quien consideró un “filósofo que habla como poeta” y cuya visión “crea la más profunda y la más completa visión del destino en sus diversos avatares”. Para Vasconcelos, Dante consumó “el primer triunfo del esfuerzo humano por juntar tierra y cielo”.

No pasó desapercibida para Vasconcelos la tensa relación habida entre Dante y su ciudad natal,³² que por razones políticas lo acusó de traición, incautó sus bienes y lo condenó a muerte, pena conmutada por la del exilio. Así, reconoce que se le “saltaron las lágrimas” al leer una humilde inscripción en una calle: “En este sitio estuvo la sala en que sonó la voz de Dante como diputado del pueblo”. Leerla lo conmovió “hasta la última fibra de la sensibilidad”. Mayor fue su impresión al entrar a la iglesia de la Santa Croce, auténtico Panteón de los Hombres Ilustres de la ciudad, todos “figuras preclaras para la humanidad”. Para oprobio de los florentinos del siglo XIV, el sepulcro de Dante está vacío:

[...] a falta de su cadáver, la ciudad natal le ha dedicado un monumento funerario, como para que no olvide el viajero a quien pertenece hijo tan preclaro. Los despojos de Dante se han quedado en Rávena, en acatamiento de la célebre sentencia del propio Dante: “Ingrata Patria, no poseerás mis restos”. La Florencia contemporánea, tardíamente arrepentida, ha puesto sobre el túmulo vacío que lleva su nombre la inscripción: “¡Onore al Altísimo Poeta!”.³³

No hay duda alguna: Vasconcelos se identificó rápida y cabalmente con Dante, por la religiosidad de ambos, por ser los dos escritores y filósofos,³⁴ y por sus fracasos políticos. La relación de Reyes con Dante

³² Otra identificación: recuérdese que Vasconcelos acababa de perder las elecciones, en 1924, por la gubernatura de su estado.

³³ Para conocer el significado político y cultural de que permanezcan sus restos en Ravena, véase Guy Raffa, *Dante's Bones*, Harvard University Press, Cambridge, 2020.

³⁴ Según Vasconcelos, Dante era el mayor de los poetas del mundo porque su poesía era teológica, “la más alta de las formas de la poesía”.

fue estrictamente literaria; pero nunca ni decisiva ni prioritaria. Como bien se ha dicho, fue un “trasfondo permanente”,³⁵ como también lo era Shakespeare, nada comparable a sus autores favoritos: Homero, Góngora, Goethe y Mallarmé. En efecto, Reyes cita a Dante desde joven hasta la víspera de su muerte,³⁶ y varias veces reconoce que era uno de los mayores poetas de la historia. En una ocasión aseguró que era uno de los más grandes autores entre los que ya escribieron “en idiomas modernos”, junto a Cervantes, Shakespeare y Goethe.³⁷ Cinco años antes de morir Reyes escribió que en la historia de la poesía moderna había tres pilares: Dante, Shakespeare y Goethe, quienes en rigor marcan “tres etapas” en la progresión de la poesía; la que correspondía a Dante la caracterizó con la vinculación entre poesía y “fe religiosa”.³⁸ De hecho, llegó a considerar a Dante como el mayor poeta del mundo porque su poesía era teológica, “la más alta de las formas de la poesía”.³⁹

III

Varios fueron los temas de la obra de Dante que motivaron a Reyes. Al llamado “helenista mexicano” —aunque él rechazaba el término— le gustaba comparar a Dante con la Grecia clásica: en ambos se asociaba “lo subterráneo con lo infernal” y la muerte parecía un retorno “al seno de la tierra”, donde las deidades funerarias asumían siempre “un aspecto siniestro”. Reyes señalaba también que los griegos consideraban que había una compensación para “las penalidades terrestres”; más aún, que para quienes las arrostraban y enfrentaban como “los héroes”, habría “inmor-

³⁵ José Luis Martínez, *Introducción* a AR, OC, t. XXVI, p. 7.

³⁶ Lo menciona en una “brizna”, fechada a finales de julio de 1959, cinco meses antes de morir.

³⁷ Dante escribió varias obras “en italiano”, y otras aún en latín. Reyes nos recuerda que, según Anatole France —*La isla de los pingüinos*—, Virgilio estaba molesto con Dante por la “espantosa jerga” en la que le habló, “un latín echado a perder, o sea el italiano”. Cf. AR, *Las burlas veras*, en OC, t. XXII, p. 526.

³⁸ Véase *Rumbo a Goethe* [1954], en OC, t. XXVI, p. 155. La exclusión de Cervantes se debe a su carácter de prosista.

³⁹ Según Reyes, Dante tenía “sueños teologales”, en OC, t. XXI, p. 464.

talidad” en su futuro, semejante a “la salvación” de los santos, tan celebrados en la Italia de la Edad Media. Al paso de los siglos, la mitología fue reemplazada por la religión, con el cielo y el infierno que Dante describió en forma geométrica y a la vez literaria. Reyes nos previene de identificarlos con “los lugares míticos de los griegos”, pero ciertamente reconoce algunas similitudes entre ambas escatologías.⁴⁰ Por ejemplo, la imposibilidad de salir del Infierno de los cristianos se asemeja a la dificultad para salir del Laberinto.⁴¹ En cambio, una obvia diferencia radica en que mientras el cielo de los griegos era un monte vedado a los mortales, para el cristianismo medieval era “el firmamento la morada eterna de los purificados”. No en balde Dante aseguraba que el alma, no el cuerpo, como lo creían los griegos, si era pura y justa estaba “pronta para subir a las estrellas”.⁴²

Otra diferencia mayor, en la que el pensamiento religioso se vuelve a distanciar del mitológico, radica en que, como creían Dante y Milton, la bifurcación futura “de las almas de los justos y los malvados depende de sus merecimientos: no ya del azar ni del favor de Zeus”.⁴³ También había claras diferencias en sus respectivas teogonías: en la Edad Media no había simpatía alguna por los pleitos y “los enredos novelescos” de las divinidades. Esto es, el politeísmo pagano fue duramente rechazado por el monoteísmo cristiano. Una expresión literaria de esta diferencia es que durante varios siglos se dejó de leer a Homero y a los demás autores griegos,⁴⁴ aunque Dante era un atentísimo lector de Aristóteles. No fue la misma suerte la de los autores latinos, en especial la de Virgilio,⁴⁵ de obvia influencia en Dante. A este respecto llama la atención —ya se dijo— que Vasconcelos admirara sin remilgo alguno a Dante, pero repudiara sin ningún matiz a Virgilio.

⁴⁰ Véase AR, *Mitología griega*, en OC, t. XVI, p. 424.

⁴¹ AR, *El triángulo egeo* [1957], en OC, T. XVIII, p. 250

⁴² AR, *Junta de sombras* [1949], en OC, t. XVII, pp. 532-533.

⁴³ AR, *Religión griega*, en OC, t. XVI, pp. 122-123.

⁴⁴ AR, *Mitología griega: los héroes*, en OC, t. XVII, p. 157

⁴⁵ Puede ser que su buena fama dependiera de su interés por la fundación de Roma, acción que atribuye a Eneas.

Desde otra óptica, en ocasiones Reyes asoció a Dante con otros autores clásicos además de Virgilio. En una ocasión lo identificó con “el admirable Longino”,⁴⁶ uno de los primeros críticos literarios; en otra, con Plotino, por cierto uno de los filósofos de la Antigüedad más apreciado por Vasconcelos, y en una más con Plutarco, a quien Dante sigue, al referirse a los condenados en el Infierno, convencido de “que el recuerdo de la felicidad” es incapaz de aliviarnos “cuando estamos en la desgracia”.⁴⁷ Insisto en Longino: en defensa de uno de sus oficios, el de la crítica literaria, Reyes alegaba que el permanente buen juicio literario de Dante era producto de su genio: “la alta facultad interpretativa de Dante no se adquiere con ningún cambio, no se vende ni se compra”.⁴⁸

Por lo que respecta al Dante poeta, Reyes seguramente disintió de la gran importancia que daba a la inspiración, aunque para Dante, fiel creyente del Medievo tardío, se trataba de una inspiración atribuible a la divinidad. En efecto, lo dijo prístinamente al asegurar que la *Vita nuova* “creció de una simiente caída por azar del cielo”. En cambio, como buen agnóstico Reyes insistía en que la supuesta “inspiración” poética procede “de estímulos positivos —o sea reales, no trascendentales— que lo mismo pueden venir de la vida que de los libros, de la emoción como de la reflexión, del trato humano o de la rumia solitaria”.⁴⁹ De hecho, en *Al yunque* cuestionó la relevancia de la “inspiración”, antes que la del oficio, asegurando que “la literatura no surge de la nada, no cae de repente en la cabeza del hombre a modo de fecundación cósmica”; personificando su queja, volvió a cuestionar que Dante creyera que así “le cayó encima —del cielo— la inspiración de la *Vita nuova*”.⁵⁰

⁴⁶ AR, *La crítica en la edad ateniense* [1941], en OC, t. XIII, p. 30. Longino fue un filósofo y retórico natural de Palmira, autor del *Tratado acerca de lo sublime*.

⁴⁷ AR, *La filosofía helenista* [1959], en OC, t. XX, pp. 275-345.

⁴⁸ AR, *La experiencia literaria* [1941], en OC, t. XIV, p. 113. Reyes aprovechó para hacer un breve inventario de los grandes críticos literarios, empezando por Longino, seguido de Saint-Beuve, De Sanctis, Arnold, Pater, Menéndez Pelayo y Croce.

⁴⁹ AR, *Tres puntos de exegética literaria*, [1941], en OC, t. XIV, p. 268.

⁵⁰ AR, *Al yunque* [1958], en OC, t. XXI, p. 289. Reyes era contrario al concepto “inspiración”, pues así pretendían excusar los poetas mediocres “la falta de arte —o sea de oficio— en la ejecución del poema”.

Reyes enfáticamente reconoció varios méritos en la poesía del florentino, como su elusiva y elegante forma de definir, de aludir sin nombrar, mediante ese “procedimiento” por el que “se esconden los vocablos”, buscando y encontrando —que es lo que lo engrandece— la “denominación original”.⁵¹ También reconoce que Dante, en tanto cercano al Renacimiento, tenía una visión más corporal y menos pétrea del ser humano, lo que le permitió asegurar que los sentimientos se guardaban y desarrollaban “en el corazón”. Aunque el hombre moderno sabe perfectamente que de este órgano no depende nuestro ánimo, Reyes nos advierte que Dante escribió, con auténtico “encanto poético”, que el corazón es un lago en el que hay “tormentas y calmas”.⁵² Sobre todo, Reyes asegura que Dante, despidiéndose ya del Medievo, trajo una nueva interpretación de la mujer, la *donna angelicata*, inmensa aportación a la poesía mundial: “lo femenino eterno”.⁵³

A muchos podría llamar la atención el gran interés de Reyes por los asombrosos conocimientos científicos de Dante, los que vierte plenamente en la *Divina comedia*, donde combina poesía, teología, astronomía y cosmografía. Contra la creencia general, al humanista regiomontano siempre le interesó la ciencia.⁵⁴ Así, en 1932, durante su embajada en Brasil, se prometió algún día “estudiar humildemente la geometría en Dante”⁵⁵, y también la cosmografía de su tiempo”. A este respecto Reyes señaló en una ocasión que Dante fue uno de los pocos italianos de su época, junto con Petrarca y Tomás de Aquino⁵⁶, que aceptó la esfericidad de la tierra, teoría que era rechazada por los Padres de la Iglesia, “por creerla

⁵¹ AR, *Mallarmé entre nosotros* [1930], en OC, t. XX, p. 203–204.

⁵² AR, *Andrenio, perfiles del hombre* [1944], en OC, t. XX, p. 444.

⁵³ AR, *Capítulos de literatura española, Primera serie* [1939], en OC, t. VI, p. 70; *Tres puntos de exegética literaria*, op. cit., t. XIV, p. 263.

⁵⁴ Una de las más recientes publicaciones póstumas de él son unas notas que escribió sobre Einstein. Los manuscritos originales pueden consultarse en la Capilla Alfonsina, Fondo Manuscritos y Mecanuscritos, caja 193, exps. 10408 y 10409. Véase también Alfonso Reyes, *Einstein. Notas de lectura*, Carlos Chimal (prol.), Fondo de Cultura Económica, México, 2009.

⁵⁵ Esta afirmación se encuentra en una de las notas a su poema *Romance del Río de Enero*, en OC, t. X, p. 401.

⁵⁶ Dante, desde joven, fue muy cercano a la orden de los dominicos.

incompatible con la interpretación de la Biblia”.⁵⁷ En rigor, Dante fue especialmente apreciado por los dominicos. La simpatía surgió en el convento de Santa María Novella y luego se propagó “de claustro en claustro, provocando entusiasmos”, pues alegaban que “en Dante estaba, como llevada a su forma sublime, toda la doctrina de Tomas”.⁵⁸

Reyes vinculó las ideas científicas de Dante con su obra literaria. Por ejemplo, en una ocasión que analizaba la capacidad descriptiva de los poetas, puso como primer ejemplo a Dante, pues pintó los círculos del Infierno “con la precisión de un topógrafo”, si bien usó palabras “en vez de líneas”⁵⁹. Aunque Reyes nunca dejó de considerar que Dante era un poeta interesado en todos los saberes, siempre insistió en que era sobre todo un poeta, cuya obra literaria no requiere de “las andaderas de la razón”, pues está más cerca de los “sueños teologales”, producto en todo caso de una “inteligencia angélica”.⁶⁰ “la verdad poética no debe confundirse con la verdad intelectual. Sólo puede apreciársela por su valor estético. Hoy admiramos algún verso imperecedero de Dante, aunque refleje una noción astronómica ya rectificada”.⁶¹

IV

¿Cuáles fueron las aportaciones que hicieron Reyes y Vasconcelos al conocimiento de la obra de Dante, a su difusión? En lo que respecta al

⁵⁷ AR, *Última tula*, en OC, t. XI, p. 27.

⁵⁸ El mayor gesto que por Dante hicieron los frailes dominicos consistió en que los religiosos de Santa María Novella pidieran a Orcagna que representara la *Comedia* en los muros de la capilla Strozzi. Cf. AR, “Dante y los dominicos”, nota publicada el 29 de mayo de 1918 en *El Sol* de Madrid, y luego recuperada en *Entre Libros*. Véase OC, t. VII, p. 360.

⁵⁹ AR, *El Deslinde* [1944], en OC, t. XV, p. 26. Reyes señaló que varios científicos de la época se interesaron en “levantar los planos” del Infierno dantesco, pero nunca coincidieron en sus conclusiones, acaso por provenir de fuentes literarias. El más famoso de ellos fue Galileo Galilei, en *El infierno de Dante, figura, lugar y tamaño*, Archivos Vola, Madrid, 2019, originalmente dos lecciones impartidas en 1588 en la Academia Florentina.

⁶⁰ AR, OC, T. XV, p. 400; y t. XXI, p. 400.

⁶¹ AR, *La crítica en la edad ateniense* [1941], en OC, t. XIII, p. 301.

primero, prácticamente nada. A pesar de que conocía bien su biografía⁶² y que lo ubicaba entre los grandes escritores de la humanidad, de los muy pocos —con Homero, Shakespeare y Cervantes— que estaban “encima de las modas”,⁶³ y a pesar de que era un muy prolífico crítico literario, Reyes nunca escribió un ensayo sobre Dante. Lo más que hizo fue impartir una conferencia sobre él en Montevideo, cuando estuvo como embajador en Argentina.⁶⁴ Lo grave es que no la consideró un compromiso importante. Ni siquiera la menciona en su *Diario*, y no hizo el menor intento por publicarla. Apenas se tomó el cuidado de conservar una copia del manuscrito en su archivo.⁶⁵ Lo que hoy sabemos es que en 1965, para celebrar los 700 años del nacimiento de Dante, en Montevideo se publicó un folleto con dicha conferencia. El responsable fue el profesor Hugo Rodríguez Urruti, a quien don Alfonso seguramente había dejado el texto leído. El folleto fue ubicado por José Luis Martínez y publicado en el penúltimo tomo de las *Obras completas* de Reyes, con el título de “Dante y la ciencia de su época”.⁶⁶

Este breve texto está dividido en tres partes: cosmografía, historia y psicología. Reyes sintetiza así el pensamiento cosmográfico de Dante: el universo está compuesto por un sistema de esferas concéntricas que giran en los cielos, con uno, el Empíreo, que envuelve a los demás y que es la “morada de Dios y paraíso de las almas humanas”. La tierra se encuentra en el centro y es “un globo fijo”. Su geografía también depende de sus creencias religiosas: la forma de la tierra procede de “la caída de

⁶² En una síntesis inmejorable, dibujaba a Dante como un hombre producto “de los odios civiles de Italia” y de “la visión eclesiástica del mundo”, Cf. AR, OC, t. XIV, p. 366.

⁶³ AR, OC, t. XIV, p. 351.

⁶⁴ También era representante “concurrente” ante la República Oriental del Uruguay. Dado que fue dos veces embajador en Argentina, no queda claro cuándo impartió su conferencia, si durante su primera gestión (1927-1930) o en la segunda (1936-1937). Nunca lo aclaró; nunca se refirió a ella.

⁶⁵ Reyes hizo mecanografiar su conferencia, pues se conservan ambos ejemplares, el manuscrito original y la versión mecanografiada, en la Capilla Alfonsina. Cf. Capilla Alfonsina, Fondo Manuscritos y Mecanuscritos, caja 64, exp. 03303 y 03304.

⁶⁶ Se publicó en el tomo XXV, en el que se incluyen algunos textos sobre Mallarmé y Góngora. Cf. pp. 465-476. En la nota introductoria se aclara que el folleto fue publicado por el Instituto Francisco Bauzá, de Montevideo, en mayo de 1965.

Satanás”, ángel soberbio, pues unas tierras espantadas se ocultaron y hundieron formando los océanos, y otras se alejaron y juntaron dando origen a las montañas. En algún lugar remoto de la superficie terrestre se encuentra la entrada a los Infiernos, embudo por el que se desciende a través de nueve círculos. El fondo es, al mismo tiempo, el centro de la esfera terrestre y es también donde se encuentra “el cuerpo gélido de Satanás”, congelado a pesar de las llamas eternas.

Su “viaje poético” del Infierno al Paraíso lo hace a través de un camino subterráneo y misterioso que desemboca al pie de una montaña, “formada de la masa terrestre —nos recuerda Reyes— que retrocedió para no ser tocada por Satanás, en su caída”. Esta admirable montaña, cabalmente limpia, “sirve de purgatorio a las almas” y en su cima está el Paraíso terrestre, desde el que Dante pasó al Paraíso celestial, a través de las esferas concéntricas, ya guiado por Beatriz, *donna angelicata*, pues Virgilio, en tanto pagano, estaba impedido de acceder a él.

Para Reyes, comprensiblemente, en Dante predomina el poeta. Sus descripciones astronómicas y geográficas buscan más bien avenirse a sus fines literarios. Aseguró haber visto desde la playa de la isla montañosa donde se inicia el ascenso al Purgatorio, cuatro estrellas enormes y desconocidas. Sus panegiristas aseguraron que había “previsto” la Cruz del Sur, siendo que sólo se trataba de su gran imaginación poética. Asimismo, Reyes nos recuerda que Dante buscó medir el tamaño de Lucifer, y que luego Galileo intentó precisar sus dimensiones, con ingenuidad literaria y con su obsesión por las mediciones. Lo que realmente le importó fue que Dante motivó la imaginación de sus lectores acerca de la figura de Satanás, porque era “ante todo poeta”, aunque en él hubiera, además, un filósofo, un científico y un político.

Luego Reyes se dedicó a analizar el concepto que Dante tenía de la Historia, aunque también se refiere a su visión de la política, con sus posturas sobre el “Emperador”, autoridad temporal, y sobre el “Papa”, autoridad espiritual, quienes debían limitarse a su respectivo ámbito. También nos dice que según Dante, convenía a Florencia acercarse al Emperador en política y al Papa en asuntos religiosos. Aunque en ese

entonces la gente se identificaba más con una ciudad que con un país, Dante, diplomático durante varios años de su vida⁶⁷ y luego exiliado itinerante, soñaba con “ver crearse una república única”, que abarcara el mundo entero, por lo que llegó a creer, para regocijo de Reyes, quien desearía lo mismo para sí mismo seis siglos después, que era “un ciudadano del mundo”.

Como convencido creyente, Dante concebía al proceso histórico como la suma infinita de todos los hechos humanos, siempre dictados por la divinidad, y acumulados en etapas que cumplían el “Plan supremo”. Siendo más preciso, para Dante el tiempo no era reversible ni el proceso histórico cíclico. Siempre fiel a su religión, Dante estaba convencido de que Dios gobernaba la historia y que Jesucristo era su único protagonista:

Hay un pasado y un porvenir, un “reino” anunciado y prometido por el Antiguo Testamento, y dado en el Nuevo. El hecho principal no está ni al principio ni al fin de la trayectoria de los tiempos, sino en el medio, y es el advenimiento de Cristo a la tierra. Los acontecimientos que gravitan en torno a este centro conservan su consistencia propia, pero la historia se parte en dos: Antes y Después.⁶⁸

Según Reyes, Dante tenía una visión optimista de la historia. A mí me parece más bien teleológica. Como sea, también era una visión poética. Reyes no tenía duda: Dante veía “mucho más hondo y mucho más lejos que los hombres de su época en el enigma de la historia”. Paradójicamente, a Reyes le admiraba la visión de la historia que tenía Dante, pero no le satisfacía su labor como historiador. Contrario a las “idealiza-

⁶⁷ Como diplomático, Dante fue parte de una comitiva ante el papa Bonifacio VIII en 1301, y dos años después fue embajador ante la ciudad de Verona.

⁶⁸ Para ejemplificar este argumento, Reyes cita a Dante respecto a la importancia de Jesucristo: “De la última noche hasta el primero de los días, jamás habrá de cumplirse otro acto más eminente” (*Paraíso*, VII).

ciones del pasado”, a Reyes siempre le pareció que Dante tenía una versión sublimada del pasado de Florencia.⁶⁹

También le llamó la atención que Dante se ocupara, adelantándose varios siglos, de una disciplina “anónima todavía en sus tiempos”: la psicología, cuyos enigmas “baña con su claridad”. En efecto, según Reyes Dante creó un mundo “de representaciones fundadas en conocimientos o intuiciones de orden psicológico”. Dígalo si no su recurrencia a los sueños, su uso de la memoria, su puntilloso análisis de los sentimientos, tema prioritario en *La divina comedia*, y su destreza para elaborar con la imaginación, al mismo tiempo, “un arte pletórico de poéticas razones y de saberes amplios y diversos”.⁷⁰

V

En cambio, la promoción que hizo Vasconcelos de Dante fue sobresaliente. Cuando fue rector y luego secretario de Educación Pública, se empeñó en convertir ambas instituciones en grandes entidades editoriales. Uno de sus mayores proyectos y logros fue la entrañable pero polémica “Colección de clásicos”, mejor conocida como la “Colección verde”. Como era previsible, reunió a varios clásicos griegos, a los *Evangelios* de Jesucristo, a Goethe y a Tolstói; entre otros pocos apareció *La divina comedia*, único libro perteneciente a la Edad Media. No publicó ni *El cantar de Mio Cid*, ni *La canción de Roldán*; tampoco *Los nibelungos* ni los *Cuentos de Canterbury*. Sólo Dante, ni uno más.

No hay comparación: fue inmensa la auténtica fascinación que Dante causó siempre en Vasconcelos. Era tal su admiración por la *Divina comedia*, que hizo posible que ésta se leyera en el México posrevolucionario, tan poco afecto a las culturas ajenas. Significativamente, *La divina comedia* apareció en 1921, durante su periodo rectoral, lo que

⁶⁹ Reyes se refiere a los cantos xv y xvi del “Paraíso”, en los que *Cacciaguیدا*, tatarabuelo de Dante, le describe en forma exultante como era la antigua Florencia. Cf. AR, “No hay tal lugar”, en OC, t. XI, p. 344.

⁷⁰ AR, *Dante y la ciencia de su época*, op. cit., en OC, t. XXV, pp. 465-476.

confirma que Dante estaba entre sus primeras preferencias para la “Colección verde”. Desgraciadamente, el prólogo con el que apareció no fue de Vasconcelos, si bien es del mayor dantólogo decimonónico, sino del por entonces célebre Francesco de Sanctis.⁷¹ Como en casi toda la serie, no se consigna la autoría del traductor, pero se trata de la versión en prosa hecha por don Cayetano Rosell,⁷² con muy pocas notas explicativas y afortunadamente completa, con sus tres partes y sus 100 cantos, ambas cifras cabalísticas. Sigue siendo la traducción de *La divina comedia* que más se lee todavía en México, pues es la que utiliza la colección Sepan Cuantos...⁷³

Afortunadamente, sabemos que Vasconcelos decidió incluir a Dante en tan selecto grupo de autores,⁷⁴ porque consideraba que su poesía era un auténtico “mensaje celeste”. Resulta muy ilustrativo de su gusto por el florentino, que cuando Vasconcelos fue director de la Biblioteca de México, una veintena de años después, instalara en ella un busto de Dante.⁷⁵ Más aún, unos años antes de morir Vasconcelos se atrevió a publicar un listado de “los cien libros que es preciso leer para darse cuenta de lo que es la sabiduría” y para adquirir “la esencia del saber de todos los tiempos”.

⁷¹ En rigor, no era un prólogo escrito como tal, sino un capítulo extraído del primer tomo de la *Storia della letteratura italiana* de De Sanctis, quien había nacido en Nápoles en 1817. Liberal y patriota, también fue secretario de Educación en su país, como Vasconcelos.

⁷² Cayetano Rosell fue un archivista y bibliotecario español que llegó a dirigir la Biblioteca Nacional de España de 1880 a 1883, año de su fallecimiento. Dramaturgo y autor de zarzuelas, tradujo a Molière y a Milton además de a Dante (para la editorial catalana Montaner y Simón). Dirigió la célebre colección Biblioteca de Autores Españoles y editó por primera vez, en 1863-1864, las *Obras completas* de Cervantes.

⁷³ Siguen siendo muy pocas las versiones de Dante editadas por mexicanos. La principal es *La divina comedia* de la editorial Porrúa, de 1962, que a la fecha lleva casi 40 reimpresiones, con prólogo del admirable sacerdote Francisco Montes de Oca. En 1965 la UNAM publicó una edición bilingüe de la *Vida nueva*, aprovechando la traducción del español Francisco Almela y Vives, tomada de la editorial Aguilar. Tiene un prólogo también del padre Montes de Oca. En el 2000 la UNAM reimprimió sólo la versión en castellano en su colección Nuestros Clásicos.

⁷⁴ Dichos autores son: Homero, Esquilo, Eurípides, Platón, Plutarco, Tolstói, Romain Rolland y Rabindranath Tagore, además de *Los Evangelios*. Cf. JV, *El desastre*, capítulo “Las bibliotecas”.

⁷⁵ Los otros bustos instalados eran de Homero, Esquilo, Eurípides, Sócrates, Platón, Aristóteles, Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Shakespeare y Goethe, a los que consideró “los pilares” de la cultura occidental.

Dante también estaba en esta tercera lista de sus preferencias: el suyo fue un amor sin cortapisas.⁷⁶

No deja de ser paradójico —insisto— que Vasconcelos estimara tanto a Dante y despreciara con particular encono a su maestro Virgilio, a quien apostrofó por “servil” y a quien rechazó porque —según él— su mayor obra —*La Eneida*— se basa en un tema “prestado”, escrito en una lengua “antilírica”. Previsiblemente, Virgilio no tuvo cabida en su Colección verde.⁷⁷ Así era Vasconcelos, vehemente. No fue así Reyes, siempre conciliador y consecuente. Por eso su relación con Dante fue diametralmente distinta: Vasconcelos se identificaba con él por sus ideales, afanes, derrotas y rencores políticos; la mutua “colera civil” los hermanaba, al igual que la soberbia y el trato hosco. También lo admiraba por ser un escritor “con llama”, por tener un “alma espléndida”. Ambos gustaban de actuar como jueces definitivos, inapelables: Dante condenó a determinados círculos del Infierno a quienes consideraba malos hombres y peores ciudadanos de Florencia y de otras ciudades vecinas. Vasconcelos también solía condenar, excluyéndolos de los altares patrios, a los políticos que consideraba corruptos, ignorantes y violentos. En cambio, a Reyes le gustaba Dante por la amplitud de sus intereses intelectuales, por su esmero en ser, a la vez, poeta y sabio. Esto es, pudo ser, en parte, su arquetipo.

Los escritores “clásicos” son clásicos por ser siempre actuales. Los grandes escritores modernos lo son porque hacen de los “clásicos” sus —y nuestros— contemporáneos. Por ejemplo, Reyes hizo de Dante un escritor ecologista. En efecto, gustaba de citar una estrofa en la que un árbol se quejaba, con palabras, de que alguien lo hubiera lastimado cortándole una rama,⁷⁸ y usó dicha estrofa en la lección XI de su

⁷⁶ Véase mi ensayo “Vasconcelos y los libros”, en *Autores, editoriales, instituciones y libros*, El Colegio de México, México, 2015.

⁷⁷ JV, *Ulises Criollo*, capítulo “Chorro de claridad”.

⁷⁸ En *El deslinde*, por ejemplo, Reyes dice que “por prosopopeya el poeta concede voz humana a los animales y las cosas: los árboles gritan en Ovidio y en Dante”, OC, t. XV, p. 93. También hace referencia a esto en *Andrenio, perfiles del hombre*, en OC, t. XX, p. 409.

Cartilla moral, en la que nos señala el respeto que debemos tener a la naturaleza.⁷⁹

Concluyo, Vasconcelos y Reyes fueron dos de nuestros mayores escritores modernos porque siempre dialogaron con los “clásicos”; porque siempre estuvieron “montados en los hombros de gigantes”, como Dante,⁸⁰ cuyo verdadero nombre bautismal fue “Durante”, “el que dura”.

⁷⁹ AR, *Cartilla moral* [1944], en OC, t. XX, pp. 481-509. “Dante supone que, al romper la rama de un árbol el tronco le reclama y le grita “¿Por qué me rompes?”. “Este símbolo —dice Reyes— nos ayuda a entender cómo el hombre de conciencia moral plenamente cultivada siente horror por las mutilaciones y los destrozos”, p. 503.

⁸⁰ Otros mexicanos que escribieron sobre Dante fueron, además del ya mencionado Montes de Oca, Jesús Guiza y Acevedo, Agustín Yáñez y Antonio Gómez Robledo —nuestro mayor dantólogo—, los cuatro, católicos orgullosos. Cf. Jesús Guiza y Acevedo, *Dante también es mexicano*, Polis, México, 1965 (año del séptimo centenario del nacimiento del florentino); Agustín Yáñez, *Dante, concepción integral del hombre y de la historia*, también de 1965; Antonio Gómez Robledo, *Dante Alighieri*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1975, reimpresa al menos en tres ocasiones por El Colegio Nacional. El estudio introductorio para *La divina comedia* de Montes de Oca data de 1962, y tres años después —otra vez 1965— fechó el que hizo para la edición de *La vida nueva*, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

MOLIÈRE Y EL ESTADO ABSOLUTO*

Diego Valadés

*A la memoria de mi querido y admirado maestro
Martín Quirarte, con quien hace más de sesenta años
leí Tartufo por primera vez.*

I. CUATROCIENTOS AÑOS DE MOLIÈRE

Conforme al acta bautismal Jean-Baptiste Poquelin nació el 15 de enero de 1622 y, según un contrato de trabajo, Molière surgió el 22 de junio de 1644.¹ Al igual que otros de su talla, fue éste el nombre con el que ingresó a la historia. Marco Tulio se immortalizó con su apodo: Cicerón; Durante Alighieri con su hipocorístico: Dante; Poquelin y Aruet lo hicieron con sus seudónimos, Molière y Voltaire. Al primero la posteridad agregó el acento grave, que él nunca utilizó. El uso del seudónimo era habitual entre los actores de su época y si bien se han intentado atribuciones en cuanto al que adoptó, ninguna pista es conclusiva. Tomemos el nombre Molière, pues, como una expresión más de creatividad. Él fue un feraz inventor de situaciones, de palabras y nombres; no tenía por qué exceptuarse a sí mismo.²

* Texto leído en la sesión remota ordinaria del 27 de enero de 2022.

¹ Georges Bordonove, *Molière*, Pygmalion, París, 1967, p. 70. Un estudio erudito acerca del nombre es el realizado por Denis Boissier, “L’origine et la signification du nom Molière”. Véase en línea: <https://corneilleavecmoniere.net/Corneille_avec_Moliere/Origine_du_nom_%22Moliere%22.html>, consultado el 1º de enero de 2022.

² Ténganse presentes las obras de M. Ch. Livet, *Lexique de la langue de Molière comparée à celle des écrivains de son temps*, 3 vols., Imprimerie Nationale, París, 1895 (reimpresa por Wentworth Press, Sidney, 2016); y F. Génin, *Lexique comparé de la langue de Molière*, Firmin Didot, París, 1846.

Molière vivió con una intensidad excepcional. Autor, actor, director, escenógrafo, vestuarista, empresario, también intervino en las coreografías y en la música para los entreactos; los compositores fueron nada menos que Jean-Baptiste Lully, primero, y Marc Antoine Charpentier, en la fase final. El prolífico e infatigable dramaturgo escribió 34 obras, incluyendo dos atribuidas, en las que figuraron casi tres centenares de personajes, algunos en más de una pieza. Sganarelle, por ejemplo, debutó como el protagonista cornudo imaginario en 1660 y figuró con otros papeles en años sucesivos, hasta su escena final en 1666. Varios de sus personajes cobraron vida propia y se convirtieron en emblema de conductas o estilos: Alceste, Argán, Harpagón, Tartufo, todos son parte de una nómina gloriosa.

2. ALGUNAS BIOGRAFÍAS

La extensa bibliografía sobre Molière hace honor a su grandeza. En cierta forma es inabarcable para quien no sea un molierista profesional. Por eso es conveniente, incluso inevitable, ajustar la perspectiva a las predilecciones personales. En mi caso, de entre la vasta producción sobre la vida del poeta y dramaturgo, disfruto de manera especial con las obras de Grimarest, Voltaire y Bulgákov. Una biografía amena es la de León Thoorens, traducida de manera magistral por Margarita Nelken. En este caso el escritor reconstruye la vida del personaje de una manera ágil, novelada, apoyado en una buena información que sin embargo no cita.

Grimarest

Al morir Molière, su primer biógrafo, Jean le Gallois de Grimarest, tenía 14 años. Poco más de tres décadas después del fallecimiento del artista, en 1705, publicó *La vie de Mr de Molière*. El biógrafo hurgó en opúsculos y archivos, y recogió testimonios entre coetáneos del dramaturgo. Recuperó así numerosas anécdotas. Grimarest, un auténtico polígrafo, escribió con autoridad sobre historia, gramática, comercio, y estrategia y

fortificaciones militares. Sus únicos ensayos biográficos fueron cuatro volúmenes sobre Carlos XII, y uno breve y ágil sobre nuestro autor. Grimarest evitó el tono hagiográfico y procuró cierto equilibrio, aunque sin conseguirlo siempre. Más que lo certero o equivocado de sus juicios es relevante la cercanía en el tiempo con su biografiado, en quien distinguió entre el autor y el actor. De éste subrayó la suprema aptitud oratoria que le facilitaba armonizar gesto, acento y texto.³

La obra de Grimarest generó una polémica ácida, habitual en la época. Un aspecto del debate tuvo que ver con el clasismo imperante entonces, y con frecuencia también ahora. Se criticó por ejemplo el tratamiento de *Monsieur* que daba a su biografiado, pues ese trato de distinción no era aplicable a un cómico y sólo se admitía que sus sirvientes se lo dieran a Molière.⁴ Ser una gloria de las letras no equivalía a tener un espacio entre los pudientes.

Voltaire

En orden cronológico el siguiente gran ensayo corresponde a Voltaire, cuya obra dramática quedó opacada por la filosófica e incluso por la narrativa. Empero, gustaba del teatro a tal punto que además de escribirlo, lo actuaba. De Molière, en especial, prefería interpretar a Pourceaugnac.⁵

En 1739 Voltaire publicó un breve ensayo sobre la vida de Molière, acompañado por lo que llamó “sumarios” de sus obras.⁶ Aun cuando fue más afecto al drama que a la comedia, Voltaire admiraba la pluma y el talento de Molière. Como es explicable, Voltaire también oteó el pensamiento filosófico en Molière, a quien las enseñanzas de Pierre Gassendi, su maestro, condujeron al epicureísmo que lo inspiraría en su vida y en su obra. Esta observación de Voltaire se confirma por la utilización pun-

³ Jean de Grimarest, *La vie de Mr de Molière*, Liseux, París, 1877, p. 224.

⁴ *Ibid.*, pp. 174 y 204.

⁵ Emilie P. Kostoroski-Kadish, “Molière and Voltaire”, en Roger Johnson, Editha Neumann y Guy Trail, *Molière and the Commonwealth of Letters: Patrimony and Posterity*, University of Mississippi, Jackson, 1975, p. 90.

⁶ Voltaire, *Vie de Molière avec de petits sommaires de ses pièces*, en *Obras completas*, Garnier, París, 1879.

zante de la comedia para acometer contra la hipocresía y los excesos. También tiene que ver en la relación de Molière con el poder. Epicuro rechazaba la política, pero admitía que “en la ocasión se puede servir al monarca”,⁷ sin perder con esto la convicción de que “el más grande fruto de la autosuficiencia es la libertad”.⁸ Molière demostró que la proximidad con el Rey Sol no menguó su libertad. Más aún, Voltaire reconocía que la desenvoltura del poeta ante el rey le granjeó la simpatía del monarca y que el soporte regio lo protegió de incontables intrigas palaciegas.⁹

El filósofo se rindió ante el dramaturgo aunque no sin condiciones. Grimarest y Voltaire se complementan. El primero se ocupó de la vida y Voltaire se concentró en la obra completa. En cada pieza *molieriana*¹⁰ examinada fue al detalle: argumento, estilo, impacto. Describió, analizó, explicó y valoró cada pieza del dramaturgo. Para algunas tuvo observaciones y objeciones, pero a las más les tributó su aplauso entusiasta.

Voltaire encontraba descuidado el estilo de *Aturdido*, primera obra escenificada en París, inspirada por el gusto del teatro español e italiano. En cambio, lo cautivaron Lucila y Erasto en *El despecho amoroso*; también *Las preciosas ridículas*, escrita con galantería e ingenio, tan equilibrada que en ningún momento se desliza a la afectación. Subrayaba que en *El cornudo imaginario*, que alcanzó 40 representaciones sucesivas, Molière perfeccionó su estilo; en contraste *Don García de Navarra o el príncipe celoso*, se tradujo en

⁷ Epicuro, *Filosofía de la felicidad (Acerca del sabio)*, trad. de Carlos García Gual, Errata Naturae, Madrid, 2016, p. 138.

⁸ *Ibid.*, *Exhortaciones*, núm. 77.

⁹ Voltaire, *op. cit.*, pp. 9 y 12.

¹⁰ Los sufijos -ano, -ana sirven para derivar adjetivos de nombres y topónimos. Cf. David Pharies, *Diccionario etimológico de los sufijos españoles*, Gredos, Madrid, 2002. En francés *Le grand Robert* consigna: *molieresque* (1687), “relativo a las obras o al arte de Moilère”, y *molierist* (1875) “experto o especialista en el estudio del autor”. Salvatore Battaglia, en su portentoso *Grande dizionario della lingua italiana*, incluye *molieriana*, además de los adjetivos aceptados en francés, ampliando *molieresco* en el sentido de lo que se inspira, recuerda o corresponde a la mentalidad de Molière [primera cita: Benedetto Croce, 1929], y agrega *molieriano* [primera cita: Giosuè Carducci, 1865] como voz referida a lo que es propio de ese autor o de su ambiente. En inglés no se registra ningún adjetivo equivalente, pero sí abundan relacionados con la terminación *er*, como los siguientes: Chaucer, chucerian (1660); Mahler, mahlerian (1939); Popper, popperian (1958); en español Bécquer ha dado becqueriano (1885), por ejemplo.

un fracaso injusto que lastimó al autor. *La escuela de maridos*, que a juicio del filósofo superaba a *Los hermanos (Adelphes)* de Terencio, fue calificada como obra “fina, interesante y cómica” que “consolidó para siempre el prestigio de Molière”. A tal punto entusiasmaba a Voltaire que la declaró una de las mejores. También apuntó que *Los importunos* produjo en Luis XIV “un placer extremo”; lamentó la mala recepción de *La escuela de mujeres*, a pesar de su gran arte, y aplaudió *La crítica de la escuela de mujeres*, primera en su género, por satirizar a sus censores.¹¹ Así pasó revista a cada texto de Molière señalando que Europa entera reconocía en *El misántropo* una obra maestra, más hecha para ser leída que representada; “más para el espíritu que para la multitud”, es la “obra de un sabio escrita para los espíritus esclarecidos”. A su vez *Tartufo* se convirtió en una “lección de moral” por encomiar la virtud y satirizar la hipocresía.¹²

Voltaire advirtió en cambio cierta pesadez en *Psiquis* y le disgustó el plagio de algunos fragmentos del *Pedante engañado*, de Cyrano de Bergerac, en las *Trapacerías de Scapin*. Empero, reconoció que la obra de Bergerac era muy deficiente y que las mismas escenas en la pluma de Molière adquirieron un nivel farsesco excepcional.¹³

Bulgákov

El escritor ruso se apega a los hechos, si bien opta por un estilo libre, creativo y sin fuentes de referencia. Esto le permite recrear a su manera situaciones y diálogos que realzan los aspectos que más le interesan en cada etapa de la biografía que relata. El resultado es un Molière vivo, próximo al lector; es posible sentirlo, escucharlo, casi tocarlo.

La biografía abre con un simpático intercambio de comentarios entre Bulgákov y la comadrona que asiste el parto de Jean-Baptiste, y cierra con las visiones y el delirio del enfermo imaginario moribundo; un Molière capaz de sobreponerse al aturdimiento del final presencia su propio

¹¹ Voltaire, *op. cit.*, pp. 17-29.

¹² *Ibid.*, pp. 36, 38 y 47.

¹³ *Ibid.*, pp. 54-55 y 57.

deceso como una actuación más, regida por el decoro y la dignidad. La charla imaginada con la partera es deleitosa:

—“¡Señora! —le dice Bulgákov a la distancia de los siglos— ¡trate al bebé con más cuidado, no olvide que ha nacido antes de la hora! La muerte de esta criatura significaría una pérdida penosísima para su país.

—Por Dios, pero ¿qué dice usted? ¡La señora Poquelin bien puede parir otro!

—La señora Poquelin nunca alumbrará otro hijo como éste, ni en varios siglos ninguna otra señora.¹⁴

La escena final también es propia de un narrador excepcional. Refiere que el día de su fallecimiento Molière no se sentía bien y ni siquiera tuvo fuerzas para afeitarse. Armande, su esposa, había dado albergue a un grupo de monjas del monasterio de Saint-Claire. Molière se incomodó. Por la tarde asistió con gran esfuerzo a la función de *El enfermo imaginario* para no dejar sin su ingreso a la compañía. El resto ya se conoce, pero el biógrafo nos sitúa junto al lecho de Molière agónico y nos ofrece un desenlace digno del dramaturgo. En la escena imaginada por Bulgákov a Molière lo hacen presa visiones extrañas, absurdas, y de inmediato se dice a sí mismo: “lo que pasa es que me estoy muriendo”. Luego, “tuvo tiempo de pensar con curiosidad: ‘¿qué aspecto tendrá la muerte?’ y la vio al instante. Entró corriendo por la habitación cubierta de un hábito monjil, y sin dilación, con gesto amplio, santiguó a Molière. Éste, atraído por una extrema curiosidad, quiso observarla con atención, pero ya no vio nada más”.¹⁵

Esa biografía fue compuesta a la par de *El maestro y Margarita* durante el tiempo en el que Stalin ejercía el poder con fiereza. También estaba en curso la gran hambruna, iniciada en Ucrania, donde Bulgákov había nacido, que era ocultada al mundo por un aparato opresivo que causó mucho dolor. Así como Bulgákov penetró en la mente de su biografiado para ver la muerte, lo hizo para disfrutar la libertad. Ya que no podía

¹⁴ Mijaíl Bulgákov, *Vida del señor De Molière*, Montesinos, Barcelona, 1985, p. 7.

¹⁵ *Ibid*, p. 247.

eludir el rigor de la tiranía al menos consiguió imaginar la libertad. Lo hizo bajo el signo de Molière.

¿Qué tienen en común los tres biógrafos?

Grimarest nació y murió en el reinado de Luis XIV; Voltaire vivió entre los Luises XIV, y XVI y Bulgákov sólo conoció dictaduras crueles: comenzó con la zarista y concluyó en la estalinista. Por las materias de su actividad intelectual, Grimarest valoraba la libertad de investigación en un espacio de sumisión generalizada, pero no tuvo motivos de conflicto con el orden imperante; Voltaire sufrió la cárcel y el exilio, aunque también accedió a los salones, poseyó el propio y disfrutó la amistad de monarcas absolutos como Catalina y Federico, una y otro llamados Grandes, sin dejar de proclamar los principios de la libertad y de ejercerla a plenitud. Bulgákov la tuvo más difícil. En su Rusia más de 20 millones de personas fueron silenciadas por disentir. Su biografía de Molière fue una expresión clamorosa por la libertad en tiempos sórdidos; el biógrafo se contempló en el biografiado, como bien lo apunta el dramaturgo escocés John Hodge en su amena *Collaborators* (*Colaboradores*).¹⁶

Los tres biógrafos fueron creadores que se identificaron con el biografiado, porque a ellos mismos las estrecheces de sus tiempos no les impidieron desplegar la palabra libre.

Rousseau

En este escenario también figura otro protagonista de las libertades: Jean-Jacques Rousseau, que no biografió al dramaturgo pero sí lo estudió y encomió. Poco antes de publicar *El contrato social*, Rousseau dirigió una extensa carta a Jean D'Alembert, argumentado en contra del artículo

¹⁶ John Hodge, *Collaborators*, Faber and Faber, Londres, 2011. La trama de la obra consiste en que Stalin desea comprobar en Bulgákov su poder para destruir la libertad y la inteligencia, y lo presiona para escribir la biografía del dictador a cambio de permitir que la de Molière fuera editada en la Unión Soviética. Como se sabe, el autor falleció en 1940 y la primera edición rusa de su *Molière* apareció en 1966.

sobre “Ginebra” que el matemático había incluido en la *Enciclopedia*, en el que proponía establecer un teatro con su respectiva compañía permanente en esa ciudad. La propuesta incomodó a Rousseau, quien pasaba por un momento a tal punto depresivo que en el prefacio de la misiva decía: “lector, si recibes esta última obra con indulgencia, acogerás mi sombra pues, para mí, ya no existo”.¹⁷ Por fortuna el malhumor pasó y todavía vivió otros 20 años.

La *Carta* incluyó observaciones poco afortunadas; dejaba ver un estado de tensión emocional. Según Rousseau una compañía permanente perturbaría la paz ginebrina. De paso, arremetió contra las mujeres actrices pues, a su decir, actuar era asumir otra personalidad a cambio de una paga; era una renunciación a la integridad. Esta desmesura marca un contraste llamativo con sus ideas sobre la igualdad como las que sustentó en el resto de su obra, en particular en su *Nueva Eloísa*. A pesar de su acerba crítica hacia la expansión del teatro, se rendía ante la magnitud de Molière a quien calificaba como “el más perfecto autor cómico de cuantos conocemos” y “de cuyos talentos soy más admirador que nadie”.¹⁸ A continuación analizó la que estimaba su obra maestra: *El misántropo*. Rousseau concluía que Alceste era un hombre recto, con quien él se identificaba pues no sucumbió ante la complacencia; lejos de ser un odiador de la humanidad, Alceste rechazaba la impostura, la maldad y la hipocresía, pues amaba a sus semejantes y practicaba la rectitud moral de la verdad. Para el ginebrino, Molière se reflejaba en ese su personaje y no hay que descartar que él mismo se identificaba con quien era movido por “un odio violento al vicio, nacido de un amor ardiente por la virtud”.¹⁹

3. TEXTOS Y CONTEXTOS

Luis XIV escogió al Sol por emblema. Era uno de los cuerpos celestes elegidos como deidad del imperio egipcio; la estrella en torno a la cual

¹⁷ Jean-Jacques Rousseau, *Carta a M. D’Alambert*, Tecnos, Madrid, 2009, p. 9.

¹⁸ *Ibid.*, p. 42.

¹⁹ *Ibid.*, p. 49.

giraba todo un sistema de satélites según se había demostrado apenas un siglo antes; el astro que irradiaba la luz. Y luz fue la identificación de un siglo crucial de la humanidad, si bien los conceptos *Ilustración* y *Siglo de las Luces* fueron acuñados mucho tiempo después.

En 1662, con motivo de una fastuosa exhibición ecuestre en la que participaron más de ochocientos jinetes aderezados con tanto lujo como sus cabalgaduras, Luis presidió ataviado a la usanza de los emperadores romanos y por vez primera hizo público al Sol como símbolo de su persona.²⁰ Poco antes Molière había estrenado *Los importunos* durante la ruidosa fiesta que Fouquet ofreció al monarca en Vaux, y a la que siguió el encarcelamiento vitalicio del ambicioso superintendente de finanzas; después se escenificó *La escuela de las mujeres*. El poeta estaba en uno de sus mejores momentos. En 1663 se le concedió una pensión real y desde entonces su relación con el Rey Sol iría en un ascenso que nunca cesó.

Para mostrar la disposición natural del monarca a la generosidad, a la merced regia respondió con versos agradecidos diciendo:

Los príncipes no gustan, sin embargo,
de cumplidos tediosos y prolijos,
...
ni los mueven incienso ni alabanzas.²¹

¿Fue Molière un abyecto? De ninguna manera. Era un pragmático. Para decir lo que pensaba del clero y de la nobleza necesitaba un aliado por encima de aquellos a quienes asaeteaba; un aliado que sólo podía ser el rey, pues entre sus oponentes se encontraba la mismísima reina madre. También supo poner de su lado al ministro más cercano del rey: Jean-Baptiste Colbert, de quien decía: “Colbert [...] este cerebro fuerte, asiduo en el trabajo, cuya vasta prudencia toda labor abarca y que, por su

²⁰ Philip Mansel, *The Life of Louis XIV. King of the World*, The University of Chicago Press, Chicago, 2019, p. 131.

²¹ Molière, “En acción de gracias al rey”, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1987, p. 1357. Utilizo la elegante y pulcra traducción de Julio Gómez de la Serna.

alto mérito, tiene en nombre del rey el supremo gobierno del comercio y las artes”. Enseguida le dirigió otras palabras en las que se retrataba a sí mismo:

Colbert, los grandes hombres son malos cortesanos;
poco aptos para cumplir deberes lisonjeros,
se adentran por entero en sus meditaciones.
El estudio y el mundo son esferas distintas:
quien se entrega a la Corte se aparta de su arte.²²

Molière se desenvolvió en medio de condiciones muy adversas. Europa acaba de vivir una guerra religiosa durante 30 años, y Francia fue el ámbito político en el que emergió un nuevo estilo de concentración del poder fiscal, castrense y político por parte de una sola persona. Luis XIV nunca pronunció las palabras “el Estado soy yo”, y si las dijo no quedó registro ni testimonio alguno que lo demuestre; pero tampoco hacía falta que lo afirmara porque para eso estaban los cortesanos. El esplendor solar del monarca se expresó al concentrar el poder como no se había hecho nunca y al ostentar la grandeza en todas sus formas. La sola exhibición de su poderío intimidaba lo suficiente a sus súbditos como para ahorrarle muchas acciones coercitivas. Por eso podía ser magnánimo cuando le convenía.

En cuanto al arte, su interés era genuino; no una impostura. Si el genio de Molière es reconocido y venerado a cuatro siglos de distancia, en una inteligencia tan aguda como la de Luis debió producir una impresión profundísima. Su relación fue de seducción mutua. Leyendo diversos estudios biográficos, testimonios y correspondencia de la época no queda la impresión de que Molière hubiera actuado ante el rey con la hipocresía que condenaba en los demás, ni que haya incurrido en actos de bajeza a trueque de una posición. De haberlo hecho, un rey como Luis no habría tenido con el súbdito los miramientos que le dispensó en vida y en muerte.

²² *Ibid.*, pp. 1370-1371.

4. MOLIERE, ¿ABOGADO?

Molière llevó a cabo una inteligente y eficaz defensa de su *Tartufo*, que desde el principio enfrentó resistencias feroces. Tantas, que la edición príncipe de la obra fue costeadada por el propio autor pues ningún editor se atrevió a publicarla.²³

En los meses siguientes a su estreno más de 20 libelos se enderezaron contra *Tartufo*.²⁴ La defensa de su obra fue una pieza literaria magistral y una hazaña política de primer orden. Un alegato estructurado en pro de las libertades de creación y expresión, del pluralismo cultural y del laicismo. La querella implicó asimismo un conocimiento profundo de la personalidad de Luis XIV, pues cada escrito fue dirigido al monarca en el momento más propicio, cuando se encontraba ausente de París y por ende sustraído a la intriga cotidiana; en el triunfo de sus armas, por lo tanto en la euforia del poder. El dramaturgo fue un escudriñador atento de la psique; sus personajes son prototipos magnificados para exhibir comportamientos nocivos. Por este inquirir constante descifró la mente del monarca y supo en qué momento y con qué argumentos abordarlo.

Además, Molière era un polemista natural. Esta característica de su talante nutre sus obras. En la vivacidad de sus diálogos está presente un discurso dialéctico, al que no es ajeno su estudio gustoso y productivo del derecho, se haya o no graduado como abogado, tema aún discutido. Entre los biógrafos de Molière no hay coincidencia en cuanto a que hubiera estudiado derecho. Empero, la opinión dominante es que entre 1642 y 1645 cursó esa carrera, como era frecuente en su tiempo y en su clase social, en Orleans. Grimarest fue de esta opinión. La elección del lugar era comprensible: en la época, la Universidad de París daba prioridad al derecho canónico en tanto que la de Orleans la confería al civil.²⁵ Le Boulanger de Chalussay, contemporáneo de Molière, escribió una

²³ Génin, *op. cit.*, p. ix.

²⁴ Voltaire, *op. cit.*, p. 49.

²⁵ Cf. Eugène Paringault, "La langue du droit dans le théâtre de Molière", *Revue historique de droit français et étranger* (1855-1869), vol. 7 (1861), p. 311. Paringault fue un conocido abogado, procurador imperial en Beauvais en la época de Napoleón III.

“comedia de poca monta” para escarnecerlo, titulada *Elomire hypocondre* (“Elomire” es el anagrama de Molière). Ahí puso en boca del escritor haberse graduado como abogado en Orleans. Paringault acudió a otros testimonios de la época que confirmaban la versión de esos estudios jurídicos, aunque sin asegurar que los concluyera.²⁶

Barde no afirma, tampoco niega, que Molière haya sido abogado. Sin rotundidad deja sólo la conjetura: “al parecer no recibió el título de abogado”. Argumenta que utilizó con acierto el lenguaje jurídico, como ocurre en voz del notario que aparece en *Escuela de mujeres*. Allí, elocuentes versos sintetizan, con precisión, las reglas y prácticas relacionadas con el régimen de mancomunidad de bienes, las donaciones entre cónyuges y los contratos matrimoniales. En *El enfermo imaginario* el notario Bonnefoi (repárese en el ingenioso juego de palabras que refleja el nombre: “buena fe”) hace un poderoso alegato diferenciando las reglas escritas y las consuetudinarias, y los requisitos para aplicar estas últimas. Su discurso coincide con los artículos 280 y 282 de la *Coutume de Paris*, basada a su vez en el *Corpus Juris Civilis* de Justiniano.²⁷ Bonnefoi también muestra un amplio repertorio de triquiñuelas para que Argan trasmita sus bienes²⁸ a su esposa eludiendo las restricciones legales en vigor. Hacer el recuento de estas pequeñas trampas, que incluían fideicomisos, requería familiaridad con el derecho de las obligaciones.²⁹

Más importante que la exactitud técnica de lo dicho por el notario es la relevancia que el poeta confiere a la norma como parte del argumento dramático. En *El señor de Pourceaugnac* nuestro dramaturgo presenta un diálogo chispeante: el protagonista muestra un manejo sobresaliente del derecho penal. Alude a la contumacia, a la vía extraordinaria de acción, al conflicto de jurisdicción y a los medios de nulidad; su interlocutor (Sbrigani) asombrado, le dice: “señor, usted es del oficio” (abogado), a lo que Pourceaugnac responde: “De ninguna manera; yo soy un gentil-

²⁶ *Ibid.*, p. 313.

²⁷ La *Costumbre de París* era la compilación de derecho consuetudinario, de origen medieval, que regulaba los contratos de matrimonio, de compraventa y las sucesiones.

²⁸ Stanis Pérez, *La santé de Louis XIV*, Perrin, París, 2010.

²⁹ Louis Barde, *Le droit et les hommes de loi dans les oeuvres de Molière*, Duverdiere et Cie., Burdeos, 1878, pp. 14 y ss.

hombre”. Varias expresiones más de la comedia coinciden con el contenido de ordenanzas vigentes en Francia a partir del siglo xvi.³⁰

Si bien las fuentes no son concluyentes y su graduación como abogado se trata de una conjetura fundada pero no confirmada, el hecho es que Molière sí estudió derecho y tuvo un manejo puntual de los términos jurídicos, lo que tampoco tiene que considerarse excepcional en un conocedor tan profundo de la lengua. En general los abogados no fueron objeto de los dardos de Molière, si bien aquí y allá deslizó contra ellos críticas más bien ligeras, orientadas a la risa, no a la repulsa. A diferencia de los médicos, con quienes se ensañó, los abogados eran bien vistos en la Francia de Luis XIV. En el *Enfermo imaginario* (acto III, escena III). Argan y Béralde dialogan acerca de los abogados; este último aclara que, a diferencia de la medicina, la profesión de abogado no afecta la individualidad de quienes la ejercen. En todo caso Molière lanzó su arsenal de críticas en contra de los médicos y para los abogados apenas reservó rasponazos certeros y simpáticos, que mostraban su conocimiento de los procedimientos y de la jerga profesional.

El caso mejor logrado de artilugios legales figura en *Las trapacerías de Scapin*, donde en un par de párrafos magistrales el simpático e ingenioso truhán disuade a su amo de emprender una acción judicial. Lo convenció de que al pleitear es necesario dinero para notificaciones, comparecencias, consultas, informes, copias, asientos, apuntamientos y registros, como consecuencia de apelaciones y grados de jurisdicción en que habría que contar con escribanos, procuradores, notificadores, relatores, oficiales diversos y, por supuesto, jueces y magistrados. “No hay ni uno solo de esos individuos que no sea capaz de burlarse del mejor derecho del mundo por una futesa”, lo que ocasionaría omisión de pruebas, entendimientos subrepticios, sustracción de actuaciones, alteración de expedientes, “el infierno”, concluye.³¹ Más allá de ingenio, éste era un retrato vivo y crítico de la ausencia de justicia, puesto al alcance del público y dicho sin ambages ante el monarca y su corte.

³⁰ Paringault, *op. cit.*, p. 334.

³¹ *Trapacerías*, en *Obras*, edición de Aguilar, *op. cit.*, p. 1149.

Aunque Molière solía documentarse para abordar temas específicos, en especial los de salud, la gracia con que hilvanaba los términos y procedimientos judiciales denotaba algo más que una información circunstancial: conocimiento y, tal vez, alguna experiencia. En varias obras Molière dejó sentir su reprobación por las *chicanas*.³² En su siglo xvii se hizo común aludir a los abogados y a los funcionarios judiciales como *gens de chicane*. El dramaturgo fue un crítico de las malas prácticas judiciales y lo hizo ante quienes tenían a su alcance corregir los desvíos que él exhibía.

5. EL REY, LA CORTE Y MOLIERE

Molière movilizaba a los parisinos y a la corte en plena era de Mazarino. El estadista italiano fue ungido cardenal en 1641, poco antes de que fallecieran Richelieu y Luis XIII. Había nacido 20 años antes que el poeta y gobernó Francia a partir de 1643, cuando Luis XIV apenas llegaba a su primer lustro de vida. El año de su muerte (1661) todavía no era conocido su *Breviario de los políticos*, publicado en Colonia en 1684.³³ No hay unanimidad acerca de la autoría de esta obra, pero la atribución fue aceptada de manera pacífica por sus coetáneos. Lo singular del *Breviario* consiste en reflejar la mentalidad dominante en la Francia barroca: el premio a la astucia, la exaltación de la hipocresía, el culto a la apariencia y el rito del engaño como factores de éxito en una corte que exigía un estado perpetuo de alerta y que llevaba a oscilar entre la sumisión y la altivez, según el interlocutor.

Las palabras de Mazarino, o del compilador que le atribuyó el texto, iban dirigidas a quien buscara el poder. Recomendaba combinar astucia, prudencia, engaño y espionaje. En cierto sentido sus comentarios con-

³² El *Dictionnaire historique de la langue française* indica que la voz *chicaner* es de etimología desconocida. En su origen significaba “demandar justicia”, pero a partir del siglo xvi se le dio un sentido peyorativo por alusión a procedimientos judiciales tortuosos, exceso de formalidades procesales y artimañas abogadiles.

³³ Mazarino, *Breviario de los políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

trastan con los de Luis XIV, en su *Memorias*, destinadas a quien habría de sucederlo en el poder, cuyo ejercicio debía hacerse con cautela, serenidad, firmeza e información. Uno y otro textos son el anverso y el reverso en los procesos del mando político, aunque en ellos hay una constante: la propensión al psicologismo. Para Mazarino el político debía cuidar que nadie advirtiera sus flaquezas interiores y en cambio conocer las de sus interlocutores; para Luis en el arte de gobernar “nada es tan peligroso como la debilidad.”³⁴ Las correspondencias son múltiples y perfilan el gran escenario de la política real en el que Molière instalaba el pequeño escenario de su fantasía literaria.

¿En qué ambiente se abrió paso Molière? En uno dominado por la figura central del monarca absoluto por antonomasia. Ahora bien, al rey Luis XIV también hay que entenderlo en su entorno: a la sazón Francia era la potencia dominante de Europa. Ungido siendo un niño, le regatearon el poder su madre, su familia, sus ministros, la nobleza y por añadidura los demás monarcas del continente. Los terratenientes, con atrevimientos como el de Nicolás Fouquet, le competían en dinero, tierras, palacios, colecciones de arte, mobiliario y joyas. En un proceso expansivo de la economía y del poder sobre Europa era explicable que el mejor posicionado se hiciera también de un poder mayor que, por una nueva inercia centralizadora y antifeudal, acabaría siendo absoluto.

Un príncipe absoluto imponía una relación de vasallaje incondicional. Luis mostró desde temprano un talante subyugador, pero no tiránico. Sus maneras eran duras más no atropelladas. Aunque, como ya se dijo, nunca se ha documentado la expresión que se le atribuye, “el Estado soy yo”, su posición de soberano hacía imposible que alguien, ni siquiera en su círculo familiar íntimo, pudiera mantener con él una relación simétrica. Molière tampoco lo intentaría, pero sabía en cambio que el monarca se valdría del ingenio, el desenfado y los principios éticos del gran poeta para incomodar a los cortesanos.

La relación del escritor con el poder, ¿qué propósito tenía? ¿Halagar sin criticar? ¿Escribir para solaz personal o para divertimento ajeno?

³⁴ Luis XIV, *Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 212.

¿Orientar? En mi concepto Molière fue un gran estratega de la libertad de expresión y entendió que su tarea literaria encajaba en el proceso para consolidar el poder de un gobernante que construía una Francia imperial, como no pudieron hacer Francisco I ni Enrique IV. Recuperar un poder disperso requería una estrategia amplia que incidía en decisiones de todo orden y calibre. Por ejemplo, al hacer navegable el territorio francés, construyendo canales que unieran los ríos, Luis conseguía el desplazamiento rápido de tropas e impulsaba los movimientos comerciales, ofreciendo acceso al mar a la Francia interior. Con esto multiplicaba la base tributaria, aupaba su posibilidad recaudatoria y multiplicaba su capacidad estratégica.

La concentración del poder fue una de las claves para el surgimiento del Estado moderno, frente a la dispersión característica del Medievo. Para alcanzar tal objetivo las acciones fueron múltiples, pero la base fueron nuevos esquemas tributarios. Fisco, policía y ejército se implicaban de manera recíproca, porque recaudar más requería una mayor fuerza coactiva y el Estado no tendría instrumentos eficaces de coerción sin recursos suficientes para sufragarla. Por otra parte, sólo habría una captación fiscal creciente si la economía se expandía. En este proceso hubo un personaje medular: Jean-Baptiste Colbert.

En el ejército profesional los oficiales eran nobles, en su mayoría abusivos, corruptos e indisciplinados.³⁵ La reforma castrense adoptada por el ministro François le Tellier, marqués de Louvois los obligó a obedecer a sus superiores, con lo que se estableció un sistema de mando escalonado sobre una clase que había alcanzado la soberanía al derruirse el poder imperial romano. La profesionalización del ejército fue un fenómeno típico del siglo xvii cuya trascendencia se advierte si se tiene en cuenta que durante esa centuria sólo hubo siete años sin guerra en el continente (1610, 1669-1671, 1680-1682), de los que Molière sólo conoció dos (falleció en 1673). El ejército profesional confirió un enorme poder europeo al monarca sueco Gustavo Adolfo; Luis entendió la importancia de adoptar una

³⁵ W. H. Lewis, *The Splendid Century. Life in the France of Louis XIV*, Waveland Press, Long Grove, 1997, pp. 126 y ss.

línea de acción análoga. Su gran reformador de la milicia fue el infatigable ministro Louvois. Hubo recursos. La nobleza tuvo que refrendar sus títulos y pagar por ello. En 1660 la Corona recibía 36 millones de libras por impuestos; cinco años más tarde la cifra ascendía a 63 millones.³⁶ El rey era también legislador y juez. Apretó. En 1666 hubo 23 ejecuciones de muerte incluyendo las de seis nobles que no alcanzaron a escapar.³⁷

Entre los mecanismos para controlar a su corte tomó el ejemplo que Felipe II dio con El Escorial, y construyó Versalles. Para esta monumental construcción contó con la imaginación y la determinación de Colbert, financista excepcional. Este hábil ministro sin duda tuvo en cuenta el efecto disuasorio de la riqueza sobre el ánimo de otras potencias europeas: la ostentación de tanta riqueza haría suponer la existencia de recursos sobrados para la guerra.

La influencia política del teatro, crucial en la cultura grecolatina, adquirió una dimensión especial en el reinado de Luis. La formidable presencia literaria de Molière y Corneille se convirtió en un látigo para los cortesanos. El monarca advirtió que una forma de subordinarlos era reír a sus expensas. Ya no emplearía el viejo recurso del bufón, antes tan extendido por el mundo y cuyo uso en su época era ajeno a la simpatía del rey.³⁸ ¿Molière conocía el arte de la bufonería? Por supuesto; en su época todavía se practicaba. Este tema lo incluyó en *Los amantes magníficos*. El asunto se lo sugirió el rey y en la obra de Molière el bufón “dejó de ser una figura ridícula para convertirse en un portador de la palabra libre”.³⁹

Entre Molière y Luis XIV parecía haber otro punto de afinidad: sus reservas con relación a los médicos, que en el caso del dramaturgo se traducían en aversión. Al monarca valetudinario el poeta le “recetaba” (en el sentido del mexicanismo, “le propinaba”) una poción hilarante insuperable. El rey padeció numerosas patologías, documentadas por su equipo de médicos. El historiador Stanis Pérez hizo una indagación excep-

³⁶ Mansel, *op. cit.*, p. 114.

³⁷ *Ibid.*, p. 117.

³⁸ Beatrice K. Otto, *Fools Are Everywhere. The Court Jester Around the World*, The University of Chicago Press, Chicago, 2001, p. 77.

³⁹ Voltaire, *Vie de Molière*, *op. cit.*, p. 51.

cional para identificar los padecimientos y tratamientos del rey. En su época no eran un secreto, pero la necesidad de mostrar a un gobernante invencible llevó a una peculiar estrategia informativa relacionada con las enfermedades: en lugar de dar a conocer que el rey se encontraba enfermo, se notificaba que ya estaba recuperado. De esta manera se sabía del padecimiento cuando ya había cesado y así se evitaban conjeturas, rumores e incluso conspiraciones, nacionales o extranjeras.⁴⁰

Molière debió estar consciente de lo que significaba la enfermedad para el monarca y la convirtió en objeto chusco. No le fue impedido porque, como un genial conocedor de las emociones, el dramaturgo sabía que, en el fondo, a Luis le halagaba que su corte admirara, como lo hacía, la entereza del soberano ante el dolor. Las dolencias reales comenzaron temprano. El rey tenía apenas un año cuando fue sometido a la primera sangría; a los 15 le comenzaron las jaquecas; poco después padeció hemorragia, luego tifoidea, adelante disentería, epistaxis frecuentes, extracciones dentales, gota, artritis y fiebres palúdicas. Sus diversos médicos lo sangraban y purgaban, y en ocasiones le daban quinina para la fiebre y opiáceos para el dolor, en especial con motivo de las operaciones odontológicas.⁴¹ Sabía, por su propia experiencia, que el repertorio médico era limitado y no siempre eficaz. Su mayor problema de salud fue una fístula rectal que lo obligó a someterse a la que se conoce como Gran Operación, realizada cuando Molière ya había muerto.⁴²

6. *TARTUFO* Y LA LIBERTAD

La obra

Tartufo fue un caso ilustrativo de la defensa de las libertades por parte de Molière. Los memoriales dirigidos por el dramaturgo al monarca son

⁴⁰ Pérez, *op. cit.*, pp. 362 y ss.

⁴¹ *Ibid.*, p. 91.

⁴² Un relato detallado de esta operación puede consultarse en Pérez, *op. cit.*, pp. 93 y ss., y 365 y ss.

argumentos en pro de la libertad de expresión; son también el espejo de un momento en el que frivolidad, fullería y promiscuidad alimentaban la comedia. Molière topó con algo inesperado: los cortesanos admitían la burla pública de sus desórdenes, pero se resintieron ante la exhibición de la impostura. Las representaciones de *Tartufo* fueron suspendidas y sólo la decisión del monarca permitió su reanudación. El comediógrafo tocó un filamento muy sensible; tanto que el nombre propio Tartufo pronto se convirtió en adjetivo.

La obra misma es más conocida como *El tartufo*. En español y portugués ha sido una voz escueta. En francés generó al menos dos voces: *tartufferie*, *tartuffarde*,⁴³ en tanto que en italiano ha sido muy productiva: *tartuferia*, hipocresía; *tartufescamente*, hecho o dicho de manera insincera; *tartufesco*, falso; *tartufismo*, actitud fingida.⁴⁴ En inglés se alcanza un elenco aún más extenso: *tartufery* (tartufería), *tartuffian* (tartufiano), *tartufism* (tartufismo), *tartuffish* (tartúfico), *tartuffishly* (tartufístico), *tartuffily* (tartufical).⁴⁵ El propio Molière acuñó el verbo *tartuffier*,⁴⁶ que en su contexto presentó con un par de acepciones: actuar con impostura, seducir, cautivar (*¿tartufear?*) y padecer los actos de un falsario (*¿tartuficar?*).

Tartufo y *Psiquis* son dos de las obras en las que Molière acentuó los atributos justicieros de Luis XIV. La primera fue escrita en 1667; la segunda, de 1671, fue hecha a pedido del monarca. En *Tartufo* la felicidad del desenlace es atribuida al “signo de un monarca enemigo del fraude” que “observa siempre las cosas con una recta mirada” y que empleó su “soberano poder” para romper “los lazos del contrato” mediante el cual Orgón había cedido la totalidad de sus bienes al impostor. En este punto nuestro autor no dudó en situar al monarca por encima del ordenamiento, con lo que aplicó la máxima de Ulpiano, el magno jurista romano del siglo II: “*princeps legibus solutus est*” (“el príncipe no está sujeto

⁴³ Voces citadas por *Le Grand Robert*.

⁴⁴ Voces citadas por Battaglia, *op. cit.*

⁴⁵ Voces citadas por *Oxford English Dictionary*.

⁴⁶ Voz citada por Paul-Émile Littré, *Dictionnaire de la langue française*, reed. de la *Encyclopaedia Britannica France*, Versailles, 1994.

a la ley”). Molière consiguió volcar al público contra el impostor para al final, con un golpe escénico certero, entregar el aplauso al monarca.

En *Psiquis* va aún más allá pues Molière, sin reparo, deifica al monarca. El drama se resuelve gracias a que Júpiter, mediante el que evoca a Luis, es portador de concordia, orden, justicia y paz. La alusión encajaba en el contexto: en 1670 el retratista Jean Nocret pintó al monarca con su familia representándolos como dioses olímpicos. En el cuadro, ahora en Versalles, Luis aparece como Júpiter. La imagen debía ser tan sugerente para el monarca que años después, en 1678, Charles Le Brun lo pintó también como Júpiter en las alturas de la Galería de los Espejos.

Argumentos en defensa de la obra

Un par de años antes de *Tartufo*, *Don Juan* había generado duras acusaciones contra el poeta: impío, libertino y ateo (que entonces se consideraba peyorativo) fueron algunos de los epítetos que le dirigieron.⁴⁷ El rey, entre tanto, cumplía invariable sus ritos religiosos y con ello mitigaba el apoyo que daba a la compañía teatral. El día que siguió al estreno de *Tartufo*, el arzobispo de París, Hardouin de Péréfix, emitió un interdicto prohibiendo representarla e incluso leerla u oírla, en público o en privado, “bajo pena de excomunión”.⁴⁸ Ésta no era una cuestión de poca monta; Péréfix, muy vinculado a Richelieu, había sido el preceptor y confesor de Luis XIV y se mantuvo en su cercanía hasta su fallecimiento, un año antes que el poeta. No era, por ende, un enemigo menor.

En ausencia del rey, la autoridad parisina cedió ante la presión eclesial y la prohibió. *Tartufo* salió de la escena. El dramaturgo esperó un tiempo y cuando vio la oportunidad dirigió tres memoriales al monarca,⁴⁹ por entonces en los campos de batalla de Países Bajos. Le dijo que era deber de la comedia “corregir a los hombres, divirtiéndolos”, por lo que su obra

⁴⁷ Thoorens, p. 269.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 286.

⁴⁹ Pueden consultarse en Molière, *Obras completas*, op. cit., pp. 702 y ss.

atacaba los vicios de su siglo, de los cuales la hipocresía era “uno de los más en uso”.

Molière estaba consciente de la tensión entre Luis y el papado. Era una cuestión añeja que se remontaba a la relación entre Felipe IV y el papado en los albores del siglo xiv.⁵⁰ El monarca intentaba establecer un dominio pleno e indisputado en su territorio, para lo cual contaba con una interpretación extensiva del principio *cuius regio eius religio* incorporado en los tratados de Westfalia. Aunque el monarca era católico, consideraba su derecho aplicar la normativa nacional francesa en las relaciones con el papado. Por otra parte, su estilo diplomático, de aproximaciones sucesivas, sugería la conveniencia de aplazar la escenificación de la obra de Molière, recibida por el clero como un ataque en un momento de tensión entre el monarca y la curia francesa.

Molière endulzó sus argumentos hablando de las virtudes incomparables de Luis, pero en medio de las muchas loas que le tributaba dejó caer con elegancia una amenaza categórica: “no habré de pensar nunca más en escribir comedias si los tartufos triunfan”. No dejaba opción al monarca: el silencio de Molière significaría que por encima del soberano habrían prevalecido los vetos de la corte y del clero. El triunfo de los tartufos no habría sido sobre Molière sino sobre el rey. Con esa frase sencilla, directa, supo sin duda que tocaba la fibra más sensible de un soberano que aspiraba a la absolutidad. Fue un golpe de genio. Se apoyó en el poder supremo para hacerlo escudo de su libertad. Un movimiento ágil, inteligente, preciso del poeta pudo más que los intereses, las intrigas e incluso las reservas que tenía el propio monarca. Mostró lo que vale la palabra de un poeta.

⁵⁰ El rey Felipe IV, también llamado “El Hermoso”, como siglos después también sería conocido el consorte de Juana I, sostuvo un fuerte diferendo con varios papas sucesivos reclamando la exclusividad de la potestad tributaria en el territorio de su reino, en medio de la pugna entre el poder temporal y el espiritual, que se extendió a lo largo de varias centurias. En la época de Luis XIV el tema fiscal ya estaba resuelto en favor de la monarquía francesa, pero en torno a la Guerra de Treinta Años se acentuaron los conflictos de carácter religioso, en especial por el apoyo real al galicanismo.

7. FINAL

Al examinar el siglo de Luis XIV, Voltaire hizo una afirmación de gran alcance: “Molière fue el legislador de las conveniencias del mundo”. Aclaraba que se refería a “los servicios que prestó a su siglo” cuyos méritos “son sobrado conocidos”. Al monarca le incomodaban la altivez y la vanidad de sus cortesanos; al parecer tomó a Molière como un aliado para combatir esas actitudes, pues obra tras obra las atacó, “consiguiendo hacerlas desaparecer poco a poco, así como el pedantismo [...] y el latín del que abusaban los médicos”.⁵¹ No es un reconocimiento menor. Revela, entre otras cosas, el importante papel del teatro en la educación social y en la cultura política.

La *Enciclopedia* francesa abunda en referencias a Molière. Al menos una decena de voces lo incluyen, siempre en términos encomiásticos. Así lo hacen Denis Diderot, Louis de Jaucourt, Edme Mallet, François de Marmontel y Georg Sulzer, por ejemplo. Durante el siglo XVIII las obras más representadas de Molière en Francia fueron *El misántropo* y *Tartufo*.⁵² Esto explica también la relevancia que se le otorgó durante la Revolución. Ahí estuvieron presentes los personajes molierianos. Por ejemplo, Fabre D’Eglantine, escritor influyente, muy cercano a Danton y autor del calendario republicano, retomó a Filinto y Alceste para acomodar *El misántropo* a su tiempo. En 1790 la trama no consistió en debatir acerca de la calidad de un poema sino sobre la tenencia de una propiedad. El enfoque cambió también el talante de los personajes y un misántropo trágico tomó el lugar del cómico.⁵³ Robespierre se identificaba con Alceste,⁵⁴ aunque estaba muy lejos de expresar cualquier

⁵¹ Voltaire, *Siglo de Luis XVI*, en *Obras completas*, t. II, M. Senet, Valencia, 1893, p. 239.

⁵² Marco Menin, “An Enlightenment Misanthrophology: Rousseau and Marmotel, Readers of Molière”, *The Eighteenth Century*, vol. 58, núm. 2 (verano de 2017), p. 158.

⁵³ Francis L. Lawrence, “Le Misanthrope Reprised: Four Versions of Molière Theme”, en Johnson et al., *Molière and the Commonwealth of Letters*, op. cit., p. 82.

⁵⁴ Susan Maslan, *Revolutionary Acts. Theater, Democracy and the French Revolution*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2005, p. 121.

tipo de coincidencia con Fabre, a quien acusó de traición por razones políticas.⁵⁵

Esa afinidad generalizada con el teatro hizo que ni siquiera el periodo del Terror interrumpiera su actividad. En esa difícil época se escenificaron más de doscientas cincuenta obras de ciento cuarenta autores.⁵⁶ Tiempo después Benjamin Constant, un personaje clave en el diseño conservador del poder constitucional además de escritor ilustre, dijo que Molière merecía sólo un calificativo: “hombre divino”.⁵⁷ Había, por lo tanto, un reconocimiento amplio para el poeta genial que no afectaban las disputas personales ni las discrepancias ideológicas.

Fue tan poderosa la obra escrita de Molière que dejó en la penumbra otras expresiones de su propia creatividad. Una de éstas fue la compañía teatral de la que fue director de escena, productor y escenógrafo. La historia teatral francesa registra los nombres de actores forjados bajo su conducción: los Bèjart (Madelèine, Joseph, Louis, Armanda), los Du Parc, De Brie, Jodolet, Du Croisi, La Thorellièrre, Brècourt, Beauval, Michel Baron, dieron vida a personajes cenitales del teatro universal.⁵⁸ Molière reformó el teatro de su época y preludió algo de la nuestra. Por ejemplo, *El improntu de Versailles* inspiraría el *Improntu de l'Alma* de Ionesco, con motivaciones similares,⁵⁹ y puede considerarse una anticipación del *metateatro*.

En vida Molière recibió más halagos que críticas, pero éstas fueron muy severas; en su mayoría producto de los sentimientos que afectó y de

⁵⁵ El último discurso de Robespierre pronunciado ante la Convención es reiterativo en sus ataques a Danton y a Fabre. Cf. vv. AA., *Choix de rapports, opinions et discours prononcés à la tribune Nationale depuis 1789*, Alexis Eymery, París, 1821, pp. 266 y ss. Ahí también declara que la opinión pública, a cuya conformación contribuía el teatro, “tiene efectos naturales en el desarrollo del espíritu público de un pueblo esclarecido”.

⁵⁶ Jean Tulard, Jean-François Fayard y Alfred Fierro, *Historia y diccionario de la Revolución francesa*, Cátedra, Madrid, 1989, p. 985.

⁵⁷ Benjamin Constant, *Journaux intimes*, en *Oeuvres*, Pléiade, París, 1957, p. 430

⁵⁸ Juan Miguel de Mora, *Actores que hicieron historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, pp. 57 y ss.

⁵⁹ Sidney L. Pellissier, “Ionesco and Molière”, en Johnson, Roger *et al.*, *op. cit.*, p. 145. La influencia del *improntu* también se advierte en la ópera teatral de Luigi Pirandello, *Questa sera si recita a soggetto* (Esta noche se improvisa) Cf. A. Richard Sogluizzo, “Theater of the Theater: Molière and Pirandello”, en Johnson, Roger *et al.*, *op. cit.*, p. 183.

rivalidades profesionales. Lejos de mellar su ánimo afilaron su pluma. La posteridad le ha deparado muchos más reconocimientos y sólo algunos ataques. Entre éstos, el de August Wilhelm von Schlegel dio lugar a que Goethe le replicara llamándolo “personalidad exigua”, y le sugirió que si señalaba errores al gran poeta francés, “debería hacerlo de rodillas”. Por su parte, el autor de *Fausto* decía: “ningún año dejo de leer a Molière”, por ser “lo mejor que se ha hecho en el teatro”. De su personalidad subrayaba un “temperamento lleno de cordialidad... elevada cultura espiritual...[y] sentido de la decencia”. *El misántropo*, confiaba a Eckermann, “es una de las obras de teatro que más admiro”.⁶⁰

La fascinante obra de Molière está tejida con la riqueza de la palabra, el poder de la inteligencia, los recursos de la sagacidad y el ímpetu del creador; de un creador infatigable. Manejó la sabiduría del humor y trasformó la ira en ironía. Vivió a horcajadas entre la realidad palaciega y la escénica. Muchos de sus personajes son la caricatura de su propio público. El universo de la abyección llevó a los cortesanos a extremos en los que Molière alcanzó una maestría insuperable: hizo que las personalidades de la vida palaciega aplaudieran su ridiculización y rieran a sus mismísimas costillas.

El dramaturgo se apoyó en la monarquía para flagelar la aristocracia. Sin saberlo, pero con toda probabilidad intuyéndolo, contribuyó a sepultar los rescoldos de la hegemonía señorial, a aupar el absolutismo y a preparar la arribada de un nuevo modelo de Estado.

Molière contempló y entendió la realidad; hizo de la comedia prosaica de su entorno el teatro poético de su creación; de la crudeza social, una fantasía literaria; de la urdimbre falaz en los salones, una panoplia ingeniosa en medio de las bambalinas; del discurso sesgado entre cortesanos, un diálogo fluido entre actores; de las mentiras increíbles extrajo ficciones verosímiles, y sobre lo infecundo, salaz y frívolo de su época construyó una obra perdurable, crítica y hermosa.

¿Dónde se situaban los disfrazados? ¿En el escenario, representando papeles imaginados, o en las butacas, representando papeles engañosos? Para aquel autor de realidades paralelas todos simulaban a su manera. Su

⁶⁰ Johann Peter Eckermann, *Conversaciones con Goethe*, Porrúa, México, 2007, pp. 461 y ss.

otro público, el mayoritario, el burgués, encontró en la escena momentos de catarsis necesaria; los lectores pudieron expresar la sabiduría de una literatura prodigiosa en la que veían reflejada su repulsa por la hipocresía, la avaricia, la pusilanimidad, la impostura y la beatería. La condena de los vicios morales tenía el efecto público de reafirmar la necesidad de una buena educación social.

La historia de la humanidad da cuenta de la presencia de dos fuerzas supremas y antagónicas: la desigualadora que resulta del poder y la igualadora que se debe a la palabra. El poder, como capacidad de imponer decisiones y conductas, tiene enfrente a la palabra, como expresión, discurso o norma que aglutina, protege e incluso insurrecciona. Luis y Molière encarnaron cada una de esas potestades.

No podemos calibrar qué tanto contribuyó el escritor genial a temperar al monarca absoluto, pero sí es posible conjeturar que sin la potencia de su palabra el rey mismo habría corrido el riesgo de un desbordamiento sin contrapesos que habría deslustrado su reinado y su siglo. Para que se produzca una conjunción tan afortunada son necesarios muchos factores que no dependen sólo de los actores principales. Por eso en la era de Bulgákov, por ejemplo, la palabra no fue suficiente para que Stalin atenuara su desenfreno.

He dedicado mis estudios a conocer el poder, un fenómeno a la par terrífico y fascinante. Nadie penetra en él tan a fondo como los literatos porque lo desnudan y lo desmenuzan; hurgan en la mente del poderoso y ponen al descubierto su psique. Al poder hay que conocerlo y comprenderlo para controlarlo. Su domesticación es una labor de Sísifo porque el poder no cesa de mutar, como los virus, y obliga a una alerta perpetua. Por eso es necesario volver la mirada a quienes, como Molière, fueron y son los batalladores infatigables que blanden el arma más eficaz contra los excesos y por las libertades: la palabra.

Personaje de sí mismo, Molière cumple 400 años de vida lozana y prometedora; las criaturas de su pluma siguen poblando los escenarios del mundo e iluminando horas de lectura. Autor y actor supremo, Molière fue un vocero de las libertades y ayudó a contener la arbitrariedad cuando el sol abrasador del poder se encontraba en el cenit.

LAS FUERTES PARADOJAS CATEDRALICIAS DE CELORIO*

Tarsicio Herrera Zapién

I. TIEMPO Y ESPACIO SACRO Y PROFANO

Ha descubierto el narrador Gonzalo Celorio que el tiempo que corre por espacios profanos, no deja otra huella que la destrucción. En cambio, los espacios sagrados conservan viva la memoria de los siglos y guardan para sí la energía que los hace transcurrir. Ese tiempo los fecunda de recuerdos imborrables. Reconstruyámoslos. Los espacios profanos son efímeros por vocación propia y dispuestos al olvido. Los espacios sagrados, en cambio, no pierden el tiempo. Lo mantienen cautivo en sus propios recintos. En ellos habita y alarga y fortalece su presencia, cada vez más vasta y densa con su propio transcurso.

Todo espacio sagrado es almacén del tiempo, a la vez presente y sucesivo. Como espacio sagrado, la Catedral es la sede del tiempo detenido que transforma cuanto toca, sin herirlo. Veamos sus mayores paradojas.

2. COYOLXAUHQUI Y EL *TEOCALLI*

El profesor Juan Miguel Barrientos, quien le enseña a Gonzalo historia de la literatura mexicana en la UNAM, también gusta de llevarlo por las calles penumbrosas que rodean el Zócalo. Y tras un revelador preámbulo, pasa el autor al ensayo “Tiempo cautivo. La Catedral de México”. Bajo

* Texto leído en la sesión remota ordinaria del 10 de febrero de 2022.

los abismos del *teocalli* yace Coyolxauhqui, la que se pinta de cascabeles las mejillas, con sus brazos y piernas esparcidos como aspas de rehilete, en la luna cumplida a la cual tiene como lindero y como mortaja, con la cabeza dislocada y el cuello roto. No con la vista sino con el rostro, Coyolxauhqui, como luna menguante, mira al nuevo sol. Está Huitzilopochtli, su hermano y verdugo, escalando la cúspide del templo. Los crótalos innúmeros que le anudan codos y rodillas y el cráneo que le cierra la cintura, son la herencia de su madre Coatlicue, la que viste falda de serpientes.

Por cierto, su estatura gigantesca deja suspendidos a todos los que la miran. Tras la madre de Coyolxauhqui y de los Centzon Huitznahua —las 400 estrellas del país azul— barría el templo y descubrió un copo de plumas suspendido en el aire. Lo guardó en su seno y el vuelo del colibrí desapareció tras fecundarla. Apenas advirtió Coyolxauhqui la suspendida gravidez de su madre, incrédula de la fecundidad de aquellas plumas, decidió castigar su deshonor.

Acudieron tras ella dichos Centzon Huitznahua —sus citados cuatrocientos hermanos—. Pero resulta que, armado de serpiente de fuego y escudo luciente, nació Huitzilopochtli del vientre de Coatlicue, y al punto arremetió contra los agresores de su madre. Echó abajo de lo alto de la sierra a su hermana Coyolxauhqui, y desbarrancó a sus 400 hermanos del sur, hasta Huitztlampa, o sea Huitztlapan, donde los hizo morder el polvo de la tierra.

Decapitada Coyolxauhqui y apagados los Centzon Huitznahua, amanece Huitzilopochtli, el joven guerrero, el que obra arriba y va andando su camino.

Chimalpopoca, asoma a la contaminación del aire por las espaldas del que fuera un tiempo el Templo Mayor de Tenochtitlan. Desde los vestigios de la última de las pirámides superpuestas de que se tenga testimonio de piedra, asiste con terror al desenlace de la tragedia: Coyolxauhqui descuartizada y el sol pasa rozando y rozando la piedra caliza, la toba volcánica que imprimió su precipitación, desgarrando misterios y miembros. Ya no queda ayuda protectora del enigma, y la visión es agobiante a pleno sol. La luna está muerta, abiertos todos sus secretos.

La piedra me apedrea, me aplasta, me sofoca. Ante Coyolxauhqui muerta, sólo encuentro redención y escape en la belleza. Pero su cuerpo desbaratado no ha muerto del todo, sino porque no ha muerto para siempre. Vendrá la noche, y la luna descifrá el misterio descifrado y yo, acaso quedaré con la respiración perdida.

3. SECRETOS DEVELADOS

De pie sobre las ruinas del templo de Tláloc y de Huitzilopochtli —hoy sólo cimientos concéntricos de pirámide sobre pirámide— veo la Catedral y el Sagrario Metropolitano. Aquí, al pensador Celorio se le ocurre lo que él llama una metáfora amañada: la Catedral no es sino lo que le falta al gran *teocalli*. Yo, por mi parte, considero esa metáfora como una genialidad del autor.

En efecto, nuestro pensador observa que de esos escombros fueron seleccionadas las piedras más grandes, acaso marcadas con estrías de serpientes emplumadas, y a golpe de cincel indígena fueron reducidas a la forma octagonal de las basas medievales que se volvieron cimiento de la que llamaron Iglesia Mayor, aquella primera y primitiva catedral que Hernán Cortés mandó edificar sobre el derruido Templo del Sol, como santo y seña de su poderío. De sur a norte, conforme los siglos retroceden, se va iluminando el costado de la Catedral que mira al Templo Mayor.

4. EL SAGRARIO METROPOLITANO

Estamos viendo hacia la región de la luz, el país del color rojo, portada lateral de ese sagrario de fachadas que Celorio califica bien como “sobreactuadas”, o sea “demasiado decoradas”. Él escribe que ha visto volar palomas en sus viajes seculares, que se desplazan unas veces desde el austero Renacimiento al florido Barroco y luego, irreverentes, hasta el Churrigueresco efervescente, que nos recuerda varias catedrales hispanas como la de Toledo. Por cierto que el Churrigueresco es un estilo arquitectó-



nico que contrasta las ultradecoradas fachadas del Sagrario con la majestad barroca de la fachada mayor de la Catedral de México. Con sus dos pétreas torres colosales, cuyas cúspides son una rotunda pareja de campanas de la misma roca, esas campanas han convocado un cortejo de más de una docena de elocuentes príncipes predicadores que portan báculo y mitra.

Aquí vemos presentarse el tezontle, cantera de color de sangre seca, la cual dobla la esquina del Sagrario, y la conecta con la fachada mayor de la Catedral, blanca por su orientación, blanca por sus raíces renacentistas, y blanca por la pureza del estilo herreriano de la portada de la sacristía.

En lo alto, entre las campanas de piedra, ve el narrador allá lejos, en las noches, la punta parpadeante de la hoy bien conocida Torre Latinoamericana. Sí, allí donde en nuestros días se saludan cordiales Francisco I. Madero y Lázaro Cárdenas.

5. CRUCEROS COLOSALES

Por esos ángulos se alcanza a adivinar que, allá en el subsuelo, el tiempo trazó la cruz latina de nuestra monumental Catedral sobre las ruinas del templo que los aztecas dedicaron al culto solar. Quizá por eso, tras describir los arquitectos de ayer la “Piedra del Sol”, que los conquistadores habían sepultado boca abajo, le encontraron el mejor acomodo en el vasto atrio, basamento de la torre del poniente, como objeto favorito de las pedradas de los muchachos callejeros que se apuntaban por turno casuales cronologías en ese exacto calendario.

Era la misma “Piedra del Sol” que ahora nos deslumbra como pétreo calendario en el actual Museo de Antropología, levantado en 1960, en el Bosque de Chapultepec.

El tiempo ha emprendido en la actual Catedral vastas labores de decoración, talló en piedra ricos vestíbulos del paraíso, cubrió de coruscan-tes retablos las capillas, las dotó de mágicas columnas, cinceló excelentes sillerías para los canónigos cantores, fundamentó imponentes torres y desplegó fantasiosas rejas de bronce orientales, y elevó no uno sino dos órganos magníficos, cuyas trompetas de estaño ya perdieron sus pulmones, pero siguen entonando los magnos cantos corales en las fogosas mejillas confiadas a cada trompeta de bronce.

6. SERIE DE NAVES MONUMENTALES

Celorio, inspirado, reclama ser citado concisamente. Nuestro más glorioso templo del Nuevo Mundo iba a tener siete naves, como la Catedral de Sevilla, pues se dice que es el más vasto recinto de la cristiandad, o por lo menos uno de los mayores. De las planeadas siete naves, luego se tuvo miedo a una eventual inundación, y se optó por dejar todo en cinco. O sea que, en vez de tener siete corredores, se redujo a cinco.

Empresa de tal envergadura, por principio, niega al constructor el derecho de ver concluidos los trabajos que él sólo inició. Han de pasar las generaciones para llegar al ilusorio final de tal sucesión de colosales desafíos.

Quienes cimentaron el edificio sobre un terreno casi flotante, desafiaron a los forjadores de sus muros... éstos, a los cerradores de sus bóvedas... éstos desafiarian a los creadores de sus paramentos y a los decoradores de sus fachadas.

En la principal de sus fachadas hubo quien bordó de uniformes balaustradas todas las cornisas y levantó luego entre las dos torres principales un magnífico reloj coronado por un asta bandera y por las tres virtudes teologales que parecen aludir a la Patria, al Arte y a la Ciencia.

Celorio cierra el párrafo con esta hipérbole: “Sostenerle la mirada a la Catedral exige un esfuerzo tan potente como haberla concluido”.

7. SUTILEZAS DE FUERTE ESTILISTA

Nuestro autor subraya sus juegos de brillo y penumbra con sutilezas de experto en artes visuales y literarias, como donde anota: “Los retablos tienen su propio sistema de iluminación y reflejos que imponen a la lectura del misterio, orden y medida”. E insiste: “Lamento de la luz eléctrica el incendio que provoca en los retablos que ilumina descubriendo, de golpe y sin pudor, la intimidad que habría de permanecer inviolada en la penumbra, y quebranta el goce del esfuerzo y la tardanza que precede al placer primordial de la revelación”.

Celorio culmina adecuadamente su ensayo sobre la Catedral de México con este relevante pasaje: “Quien con la sabiduría del iniciado y la tenacidad del peregrino llega a nuestra Catedral desde cualquier orientación es, por todo un breve y valioso tiempo, un creyente eterno”, un creyente en la ETERNIDAD.

SOBRE LOBAS Y CAPERUCITAS*

Roger Bartra

Una variante del mito del salvaje: se metamorfosea.
Larga duración: desde la antigüedad grecorromana hasta hoy.
Heródoto y Platón: los neuros en Escitia y Licaón en Arcadia.
Mito popular pagano en la Edad Media:
humano atrapado en el cuerpo de un lobo.
Renacimiento: el hombre lobo encarna
en personas en juicios contra la brujería.
Una enfermedad mental: melancolía lupina, licantropía.
Arraigado en el folclor europeo.
Resurge en los siglos xx y xxi: el cine.

Cómo pasa el mito del folclor a la cultura moderna en el xviii (fragmento).
“Perrault y el cuento de la caperucita roja”.

Podríamos pensar que los numerosos cuentos que han recogido los folcloristas europeos en los siglos xix y xx sobre los hombres lobo son algo así como los restos o las ruinas de antiguos edificios míticos que han ido decayendo. Pero esos cuentos no revelan su origen o sólo dan ligeros indicios de ello. También podrían provenir de esos estallidos que fueron los juicios contra la brujería que se extendieron a lo largo del siglo xvii, y que contaminaron con su espectacularidad las creencias populares. Estas narraciones folclóricas recogidas en los siglos xix y xx podrían ser como esquilas emanadas de los juicios, que quedaron incrustadas en la imaginación popular. Además, sean restos antiguos o fragmentos de las dogmáticas acusaciones de jueces e inquisidores, sin duda se mezclaron con otras leyendas y dieron lugar a relatos híbridos. La pedacería resul-

* Texto leído en la sesión remota ordinaria del 10 de marzo de 2022.

tante es un batiburrillo difícil de entender, especialmente si tomamos en cuenta que las leyendas migran y se difunden atravesando fronteras culturales.

La folclorista Merili Metsvahi ha hecho un interesante estudio sobre el hombre lobo en Estonia, aunque debería decir que ha sido sobre la mujer loba, pues en esa región han predominado las mujeres convertidas en lobas. Desde los juicios del siglo xvii se observa este predominio de las mujeres. Es el caso de Alit, quien en 1617 confesó en un juicio en Kiviloo haber sido una loba que junto con otras dos mujeres mataron a dos bueyes, dos caballos y otros animales, y se los comieron. Cuando en el juicio le preguntaron si sabía a quién pertenecían esos animales, contestó: “¿Acaso un lobo alguna vez pregunta a quién pertenecen los animales antes de ir a matarlos?”. Pero dijo que hervían la carne, para lo cual se quitaban antes la piel de lobo.

Según esta folclorista, tanto en los juicios de los siglos xvi y xvii como en los cuentos que encontró en los Archivos Estonios de Folklore, se topó con algo peculiar: la mayor parte de los casos se refieren a mujeres que se transformaban en licántropas. Lo explica por el hecho de que desde antes de la llegada del cristianismo a Estonia la posición de las mujeres era mucho más importante que en otras partes de Europa. Pone el ejemplo de un cuento recogido en 1873 en la isla de Saaremaa, que posiblemente llegó de Alemania y se adaptó a los hábitos estonios.

Es interesante observar que en Estonia Occidental predominan las leyendas en las que la persona se convierte en lobo por su propia voluntad. En contraste, en Estonia Oriental dominan las versiones en las cuales el hombre lobo sufre esta condición contra su voluntad. En las primeras domina la influencia del folclor escandinavo, mientras que en el este se percibe la influencia de las tradiciones eslavas. Si nos asomamos a las zonas eslavas occidentales el mito se vuelve borroso, pues los hombres lobo se confunden con los vampiros bajo un solo nombre. En serbio y en croata tanto unos como otros reciben el nombre de *vukodlak*. Variaciones del mismo término ocurren en búlgaro, lituano, rumano y griego para referirse tanto a vampiros como a hombres lobo. La palabra significa “pelo de lobo”. Pero en este caso no se trata de una metamorfosis de un

humano sino del cuerpo muerto de una persona que se levanta de la tumba, a veces en forma de lobo, para molestar a los vivos y en algunos casos chuparles la sangre. Al parecer, en el oeste eslavo la leyenda se mezcló con la del vampiro, que pertenece a otra familia mítica. Un estudio de Maja Pasarić sobre el folclor en regiones eslavas del sur muestra la misma mezcla de leyendas. Las diversas variantes del *vukodlak* en las lenguas eslavas se refieren a una persona muerta que a veces se convierte en lobo. Este estudio trata a los vampiros y los hombres lobo como sinónimos. Desde luego estos vampiros no tienen nada que ver con los inventados por la literatura gótica inglesa del siglo XIX, como el apuesto pero repugnante conde Drácula de la obra de Bram Stoker. Cuando no aparecen en forma de animal, tienen el aspecto de un extraño humano, húmedo y baboso, que camina descalzo arrastrando su mortaja. A veces son imaginados como cuerpos que consisten en una bota de piel sin huesos y rellena de sangre, muy altos y fríos. Cuando aparecen como bestias, es raro que sean salvajes, casi siempre son animales domésticos.

Más fructífera ha sido la búsqueda realizada por el antropólogo Willem de Blécourt en las provincias de Limburg en Bélgica y Holanda y en las regiones alemanas de norte del Rin y Westfalia. En esta área se han recogido cientos de leyendas de hombres lobo.

Con frecuencia estas leyendas mezclan elementos de otras creencias. Las del amante que se vuelve lobo suelen narrar un paseo por el bosque donde el hombre se esconde para defecar u orinar, se transforma en lobo, ataca a su mujer que se defiende con una pieza de su vestido. Al regresar en forma humana, ella descubre que su pareja lleva entre los dientes restos de su ropa. En ocasiones el hombre ha sentido una fuerza interior que lo impulsa y logra prevenir a su mujer de lo que debe hacer si aparece una bestia en su ausencia: defenderse con su vestido. En muchos casos el color de la ropa es rojo. En unos pocos casos es el padre quien ataca a su hija y no el marido. Es significativo que muchas de las narraciones sobre el amante o el marido lobo fueron contadas por mujeres.

En otro tipo de leyendas aparece la piel de lobo o el cinturón que usa para lograr la mutación un campesino hambriento que va por el campo o el bosque con sus compañeros. Se convierte en lobo y ataca al ganado.

Es necesario quemar el cinturón o la piel para librarse del conjuro maligno. En otros casos el hombre lobo es lastimado cuando amenaza a sus compañeros, pero cuando vuelve a la forma humana la herida lo delata.

Una leyenda muy extendida se refiere al hombre lobo que brinca sobre la espalda de una persona que va caminando. A diferencia de las anteriores versiones, la del lobo que va como jinete montado en la espalda de un hombre no tiene antecedentes en leyendas sobre licántropos. Es muy probable que se haya mezclado con otros cuentos donde un monstruo se trepa en un humano y lo ataca.

También fueron registrados cuentos en los que es muy evidente la agresión sexual del hombre lobo. Desde luego, en las acusaciones que hicieron los jueces en los procesos contra la brujería había de manera implícita la idea de que cuando el lobo atacaba a niñas y muchachas lo hacía con un propósito teñido de asalto sexual. Ese aspecto erótico del mito no había aparecido en forma tan clara como en este ejemplo tomado de lo que contó un granjero de Limburg y que se refería a una historia que le había contado su madre, aludiendo a algo que supuestamente ocurrió en 1885 y que seguramente contiene resonancias de creencias más antiguas:

En las tardes de otoño las muchachas ya maduras solían reunirse para hacer conserva de alubias, y en invierno para hilar juntas. Después, las muchachas bebían café y regresaban a casa. Los muchachos que las apreciaban se volvían sus protectores. Una vez cinco muchachas en su camino de retorno a casa habían sido molestadas por un hombre lobo y habían tenido que escapar rápidamente. Ahora eran acompañadas por unos muchachos que le enseñarían al hombre lobo a no atacar nunca más a las muchachas. Súbitamente apareció y trató de saltar sobre la espalda de alguien. Uno de los muchachos lo golpeó con fuerza en la cabeza con un palo de madera. El hombre lobo cayó al suelo y todo el grupo huyó con mucha inquietud. A la mañana siguiente fue encontrado más allá del borde del camino el cuerpo de un hombre que había pagado su aventura con la vida... Era un hombre casado. Según mi madre esto ocurrió en 1885.

Al parecer, a partir del siglo xvii el mito del hombre lobo en Europa fue adquiriendo visos eróticos y referencias a agresiones sexuales contra niñas y mujeres, aprovechando los elementos de antiguas creencias. El lobo como predador sexual pareciera una metáfora muy adecuada para alentar historias pensadas para prevenir a las niñas que crecían en sociedades llenas de toda clase de amenazas. En Francia ocurrió una de esas peculiares mutaciones del mito que resultan muy reveladoras. En la misma época en que en Europa se iba acabando la cacería de brujas, el mito del hombre lobo dio un salto de los cuentos populares a la refinada literatura burguesa francesa. En 1697 el escritor Charles Perrault publicó un cuento que se volvió una leyenda que se expandió por todo el mundo occidental: la historia de Caperucita Roja, la bella niña que es devorada por un hombre lobo. La influencia de este cuento fue enorme y sigue siendo hoy conocido y aprendido en todo el mundo, gracias a los hermanos Grimm, aunque a veces se olvida que ese lobo que ataca a Caperucita es en realidad un licántropo. Perrault tomó la historia de la tradición oral campesina del sureste de Francia. Todos podemos reconocer de inmediato el famoso diálogo del cuento de Perrault, cuando la niña se desnuda y se mete a la cama con el lobo creyendo que es su abuela:

—Abuelita, ¡qué brazos más grandes tiene!

—Son para abrazarte mejor, hija mía.

—Abuelita, ¡qué piernas más grandes tiene!

—Son para correr mejor, niña mía.

—Abuelita, ¡qué orejas más grandes tiene!

—Son para oírte mejor, mi niña.

—Abuelita, ¡qué ojos más grandes tiene!

—Son para verte mejor, niña mía.

—Abuelita, ¡qué dientes más grandes tiene!

—¡Son para comerte!

Y diciendo estas palabras, este malvado lobo se arrojó sobre la Caperucita Roja y se la comió.

Evidentemente, el lobo del cuento de Perrault es un humano que se ha transformado, pues puede hablar. Pero Perrault no usa el nombre popular *garou* o *bzou*, sino que se refiere a él simplemente como un lobo. El encanto del cuento es enorme y su autor le dio una dimensión literaria impactante al pulir las versiones originales que seguramente escuchó. Se han registrado varias versiones orales del cuento popular que dan una idea del punto de partida en el que se apoyó Perrault para el cuento que publicó. La versión oral recogida en 1885 en Nièvre es la más aceptada como un reflejo de lo que debió haber oído Perrault. En ella sí aparece el hombre lobo con el nombre popular típico *bzou*, que equivale al *garou* de otros cuentos:

Había una mujer que hizo pan. Ella le dijo a su hija:

—Llevarás un panecillo caliente y una botella de leche a tu abuela.

Y así, la niña partió. En el cruce de dos caminos se encontró al *bzou*, quien le dijo:

—¿A dónde vas?

—Llevo este panecillo caliente y una botella de leche a mi abuela.

—¿Qué camino tomas —le dijo el *bzou*—, el de las agujas o el de los alfileres?

—El de las agujas, dijo la niña pequeña.

—Bien, pues yo tomo el de los alfileres.

La pequeña niña se divirtió recogiendo agujas. Y el *bzou* llegó a la casa de la abuela, la mató y puso su carne en el armario y una botella de sangre en el estante. La pequeña niña llegó y tocó la puerta.

—Empuja la puerta —dijo el *bzou*. Está cerrada con una paja mojada.

—Buenos días, mi abuela, le traigo un panecillo caliente y una botella de leche.

—Mételos en el armario, mi niña. Toma la carne que está allí y una botella de vino del estante.

Después de que comió, había una gatita que le dijo:

—¡Fuchi! ¡Putá! Es la que come la carne y la sangre de su abuela.

Por supuesto, nada de esto aparece en el cuento de Perrault, donde la niña no es una campesina sino una hermosa burguesita que va con su coqueta capuchita (*chaperon*) roja caminando por el bosque. El canibalismo involuntario y la expresión de disgusto de la gatita que contempla la situación (que en otras versiones es un pájaro o una voz misteriosa) tampoco llegaron a la versión literaria. Y el hombre lobo también desapareció y quedó convertido en un lobo travestido. En la versión oral se asume que el *bzou*, cuando se encuentra con la niña, tiene todavía la forma humana, por lo cual ella no se asusta ni se extraña. Esta versión popular, con crudeza, cuenta la continuación de la historia:

—Desnúdate, mi niña —dice el *bzou*—, y ven a acostarte conmigo.

—¿Dónde pongo mi delantal?

—Tíralo al fuego, ya no lo necesitas.

Y para cada una de sus ropas, el corpiño, el vestido, las enaguas y los calzones, ella le preguntaba dónde ponerlos, y el lobo le respondía:

—Tíralas al fuego, mi niña, ya no las necesitas.

Después de esta escena erótica, un verdadero *striptease*, en el cuento oral aparece el famoso diálogo durante el cual la niña va descubriendo las extrañas peculiaridades del cuerpo del *bzou* y va preguntando sobre cada una de ellas: la piel peluda, las largas uñas, las grandes espaldas, las orejas largas, los orificios de la nariz y, al final, la enorme boca. Sobre las grandes fosas nasales, el *bzou* contesta que las tiene para mejor aspirar su rapé, un hábito nada lupino. Seguramente, quienes escuchaban en la voz de un viejo campesino francés este cuento, se imaginaban más preguntas, como por ejemplo: ¿Abuela, por qué tienes una verga tan grande? Para cogerte mejor, habría contestado el *bzou*. Es notable que, cuando la niña se va desnudando, en la conversación aparece la palabra “lobo” por primera y única vez. Es posible que fuese para dar a entender que el *bzou* ya había sufrido la metamorfosis en la casa de la abuela. En el cuento de Perrault, al final del diálogo, cuando el lobo responde a la pregunta sobre sus largos dientes, Caperucita es inmediatamente devorada y allí se termina la historia. Pero en la versión oral el final es completamente dife-

rente, pues cuando el *bzou* contesta que su gran boca es para poder comérsela mejor, la niña responde con astucia, pues ya sabe lo que le espera:

—¡Oh, mi abuela, tengo necesidad de ir afuera!

—Hazlo en la cama, mi niña.

—¡Oh no, mi abuela, quiero ir afuera!

—Bueno, pero no por mucho tiempo.

El *bzou* le ató una cuerda de lana en el pie y la dejó salir. Cuando la pequeña estuvo afuera, ató el cabo de la cuerda a un ciruelo del patio. El *bzou*, impaciente decía:

—¿Pues por qué tardas tanto en cagar? ¿Pues por qué tardas tanto en cagar? Cuando se dio cuenta de que nadie le contestaba, saltó de la cama y vio que la pequeña se había escapado. La persiguió, pero llegó a su casa justo en el momento en que ella entraba.

El cuento de Perrault, dedicado a servir como moraleja sobre los posibles acosos sexuales, tuvo un éxito extraordinario. Era una advertencia clara, como lo explica en los versos finales, “especialmente a las jóvenes muchachas, bellas, bien formadas y gentiles que hacen muy mal en escuchar a toda clase de gentes”, y señala que hay lobos amables que siguen a las señoritas hasta sus casas o por las calles: esos lobos zalameros son los peores de todos. No hay duda de que eran advertencias contra los hombres que como lobos acosaban sexualmente a las jovencitas, aunque Perrault limó la forma directa y áspera en que se hacía la misma exhortación en los cuentos orales. Así, de la mano de una bella niña el hombre lobo dio un gran salto y entró en los salones burgueses como una moraleja. Con el salto perdió la dimensión aterradora que lo había caracterizado.

ARREOLA (Y BORGES)

Gonzalo Celorio

A Felipe Garrido y Sara Poot Herrera

LA ESCRITURA COMO AJEDREZ Y LA ORALIDAD COMO PING-PONG

La voz de Juan José Arreola precedió a la imagen. Primero escuché el disco, grabado en 1961, de la colección Voz viva de México —así bautizada por él mismo—, en el que leía varios textos de su *Confabulario total*. Una voz actoral, ejercitada desde la infancia en el arte de la declamación, educada bajo la dirección de Fernando Wagner, impostada en las funciones de Poesía en Voz Alta de la Casa del Lago. La voz de Arreola no sólo decía lo que decía, sino decía que el buen decir era tan importante como aquello que se decía. Pronunciadas por él, las palabras adquirirían textura, peso, volumen, resonancia, sabrosura. No sólo se oían, también se paladeaban.

Después de la voz, sobrevino la imagen. Un hombre delgado, entre desastrado y elegante, de rostro afilado y pedigüeño, y manos ávidas. Era una rara mezcla de fragilidad y desplante. La que tengo de él es la imagen fija de un hombre que se mueve mucho. Un hiperquinético atrapado en un gesto transitorio. Como una fotografía que lo detuviera sin inmovilizarlo, sin apaciguarlo. ¡Cómo brillan sus ojos rotatorios en esa fotografía virtual que conservo de él en mi memoria! Una foto que no retrata un momento perdurable, sino precisamente la imposibilidad de retratar la permanencia de ese instante.

* Texto leído en la sesión plenaria remota ordinaria del 9 de junio de 2022.

Me referiré primero a la oralidad de Juan José Arreola y después a su escritura, dos facetas de su vocación verbal que se corresponden, en mi opinión, con dos de sus pasiones lúdicas: el ping-pong y el ajedrez. Por su rapidez, por su agilidad, por su capacidad de respuesta inmediata, la articulación verbal de Arreola, rayana en la incontinencia, se parecía al tenis de mesa, que el maestro practicó con juvenil espíritu. Su prosa, tan cercana al poema, si no es que poesía en sí misma, responde, en cambio, a una cuidadosa y sopesada selección verbal, equivalente al movimiento decisivo de una pieza en una partida de ajedrez.

Varios estudiosos de la obra de Arreola han destacado la capacidad del escritor para reproducir la expresión oral de sus personajes en algunos de sus cuentos o en ciertos segmentos de su única novela, *La feria*. Si se compara con el discurso literario de Juan Rulfo, como parece inevitable, la fidelidad dialectal de Arreola acaso pierda en creatividad lo que gana en exactitud. Pero no es a la oralidad en la escritura de Arreola a la que quiero darle relevancia ahora, sino a la condición literaria de su expresión oral. Se dice que Arreola hablaba como escribía, es decir que en su discurso el idioma fluía con una limpidez, una tersura y una elegancia más propias de la lengua escrita. Cierto: Arreola podía hablar horas y horas casi de cualquier tema, con una articulación perfecta, sin anacolutos, sin muletillas, sin pausas, como si estuviera leyendo un texto previamente escrito por él mismo y grabado en su prodigiosa memoria. En su oratoria, aunque desbordante y aun catártica, conservaba, milagrosamente, el rigor de su estilo, la adjetivación precisa, la imagería brillante.

Tuve el privilegio de escuchar a Juan José Arreola de viva voz en el aula. Fui su alumno en el taller de creación literaria que impartía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) durante los primeros años de los setenta.

El maestro se apersonaba en la facultad antes de las cinco de la tarde. Entre saludo y saludo, se demoraba hasta 20 minutos en trasladarse desde el busto de Dante Alighieri de la entrada hasta el salón 102 del primer piso, en el que daba su clase. Una vez se presentó con las manos manchadas de pintura verde porque había dedicado esa mañana a repintar su mesa de ping-pong; otra, llegó coronado con unos audífonos gigantes

que se conectaban a una grabadora de carrete que sujetaba con la mano izquierda, gracias a la cual escuchaba sus lecciones para aprender alemán, repitiendo en alta voz frases y palabras germánicas. No sé si lo estoy inventando, pero en algún rincón de la memoria guardo la imagen de Arreola en patines, deslizándose ágilmente por los larguísimos pasillos de la facultad que semejan pistas de aeropuerto. Aunque quizá este recuerdo sea una trasposición de la innovadora puesta en escena de la comedia de enredo *Don Gil de las calzas verdes* de Tirso de Molina, que en esos tiempos Héctor Mendoza presentó en el Frontón Universitario con la propuesta de que todos los personajes se desplazaran en patines.

Llegaba al salón. Sacaba de su maletín algún libro pretextual porque, si de citar se trataba, Arreola citaba de memoria y a veces, como dice Felipe Garrido, hasta mejoraba el poema del libro que abría sobre el escritorio. También extraía un frasquito misterioso con un líquido transparente, que hacía pasar por cierta medicina. De pie en la tarima, como si se tratara del proscenio de un teatro, demandaba con manos exhortatorias: ¡textos!, ¡textos! Entre temerosos y temerarios, sus alumnos le entregábamos de uno en uno nuestros pulidísimos cuentos que hacíamos pasar por borradores (como él por inocente medicina el contenido del frasquito) o nuestros escarceos poéticos, que a fuer de modernos resultaban incomprensibles. Él los leía en voz alta ante nuestro sonrojo. ¡Y también los mejoraba, como los versos que citaba de memoria! Les imprimía una cadencia y una gravedad que no estaban en los originales. Sólo se detenía, por deferencia a las damas, según declaraba, ante las malas palabras, que en ese entonces todavía puritano apenas se atrevían a pasar a la página completas, y no reducidas a sus iniciales. Era respetuoso y estimulante, pero no habría que tomar su respeto al texto ajeno como concesión o benevolencia. Poseía el rigor del editor y contaba con el ascendiente literario del gran estilista que fue.

Si se trataba de criticar, Arreola criticaba. Alguna vez, cuando la declamación no había terminado de proscribirse y considerarse como un pseudoarte digno de tertulias decimonónicas, un joven desconocido abordó al maestro antes de que entrara al salón para pedirle que le permitiera recitar en clase un poema de García Lorca, el *Llanto por Ignacio Sánchez*

Mejías. Acaso recordando el estreno de sus dotes literarias y teatrales cuando de niño se aprendió de oídas *El Cristo de Témaca* del padre Placencia y lo recitaba a la menor provocación o sin provocación ninguna, Arreola accedió. Los alumnos ocupamos nuestros pupitres y el declamador se trepó a la tarima. Curiosamente iba vestido de traje negro, camisa blanca y corbata carmesí, cuando ya el movimiento estudiantil del 68 había descartado semejantes formalidades en la universidad, aun entre los profesores. Arreola anunció su participación, sentado al escritorio. Y el joven empezó a declamar *A las cinco de la tarde*. / *Eran las cinco en punto de la tarde* con mucho dramatismo y una sobreactuación embarazosa, de las que causan pena ajena, como se dice. No bien había terminado el primero de los cuatro episodios del poema, cuando Arreola, antes de que la sangre se derramara por la tarima, lo paró en seco y le espetó: “¡Usted no es un declamador; usted es un terrorista!”, y lo echó del salón de clase. Mala tarde para el matador, diría la afición.

Pero no sólo escuché a Arreola como alumno suyo. También fui su mudo interlocutor bajo el quicio de la puerta de su departamento, donde se quedaba platicando horas enteras sin decidirse a entrar, acaso por temor de encontrarse con la migala de su soledad, o en prolongadas sobremesas en el restaurante Focolare de la Zona Rosa, muy de su gusto, en el que ejercitaba, con adjetivos tan precisos como sorprendentes, uno de sus últimos oficios, el de *sommelier*.

Alguna vez —¡quién lo diría!—, fui su hipotético jefe cuando ocupé fugazmente, por espacio de unos cuantos meses de 1979, el puesto de gerente cultural de Canal 13. En esa emisora del Estado, Arreola hablaba sin parar frente a las cámaras de televisión, a veces solo, a veces acompañado por Jorge Saldaña, Claudia Gómez Haro o Antonio Alatorre —con quien desmenuzaba verso a verso insospechados sonetos de la tradición lírica española—.

No puedo presumir, sin embargo, que haya sido amigo íntimo de Arreola. Nuestra relación no estuvo tocada ni por la asiduidad ni por la simetría; antes bien fue vertical y espasmódica, interrumpida por largos hiatos, sobre todo desde que decidió trasladar su domicilio a Guadalajara.

Lo que sí puedo decir es que todas las veces que me encontré con él sentí la bendición de su afecto y de su reconocimiento.

Estuve presente en la ceremonia en la que, tras la justa *laudatio* de José Luis Martínez, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara le otorgó a Arreola, en su segunda edición (1992), el Premio de Literatura que entonces ostentaba orgullosamente el nombre de Juan Rulfo. Cuando asumí la dirección del Fondo de Cultura Económica, me percaté de la importantísima labor que realizó en la editorial, en la que, gracias a la intercesión de Alatorre, trabajó varios años: bautizó la colección de textos de valía universal con el afortunado nombre de *Breviarios*, redactó esclarecedoras solapas, cuidó la edición de muchas obras ajenas y publicó sus primeras obras propias.

En noviembre de 2001, fui a despedirme de él a su casa de Guadalajara. Víctima de la hidrocefalia que lo conminó al silencio y sólo le permitió, según cuenta Felipe Garrido, retener en la memoria algunos versos de lo que había sido su vasto patrimonio poético, esperaba apaciblemente la muerte en su cama, bajo unas albísimas sábanas de encaje, atendido por su hija Claudia y por Sara, su esposa, que entonces hizo honor al palíndromo que le regaló su marido, *Sara más amarás*. Sentí que me identificaba cuando, al posar mi mano sobre la suya, entreabrió los ojos por un instante, pero quizá fue sólo una ilusión de mi parte. Salí de esa casa impoluta, en que reposaban sus libros encuadernados por él mismo, con la certidumbre de que no lo volvería a ver.

No había pasado un mes de mi visita, cuando supe de su muerte, ocurrida el 3 de diciembre del primer año del nuevo milenio. Hernán Lara Zavala, mi amigo y colaborador del Fondo de Cultura Económica, y yo nos desplazamos a Guadalajara para acudir a sus funerales, pero no pudimos darle el último adiós a sus restos porque el retraso del vuelo de Aero-méxico nos dejó con un vacío añadido al tan doloroso que nos dejó su fallecimiento. Orso Arreola, su hijo, me regaló entonces, como una triste herencia, la maravillosa carta mecanografiada que Julio Cortázar le dirigió a Arreola el 20 de septiembre de 1954, y el permiso de publicarla. Así lo hice. Se la di a Ignacio Solares para que la incluyera en el primer número de la nueva época de la *Revista de la Universidad de México*,

correspondiente al mes de marzo de 2004, dedicado precisamente a conmemorar los 20 años de la muerte del escritor argentino.

En ella, el enorme cronopio le manifiesta a Arreola su devota admiración, y establece, con base en la cuentística del mexicano, una nueva diferencia entre el cuento y la novela que viene a sumarse a aquella, ya clásica, tan de la afición pugilística de Cortázar, de que el cuento es siempre de *knockout*, mientras que la novela se valora por puntos en la decisión técnica del jurado. Califica como una “burrada sin perdón, creer que un cuento, que es el diamante puro, puede confundirse con la larga operación de encontrar diamantes, que eso es la novela”. Y vaya que los cuentos de Arreola, como “El prodigioso miligramo”, “De balística”, “El lay de Aristóteles” o “Sinesio de Rodas”, que elogia específicamente Cortázar en su carta, son diamantes minuciosamente pulidos: limpios, precisos, resplandecientes.

DOS ALFILES

En noviembre de 1978, Jorge Luis Borges vino a México, invitado por el Canal 13 de televisión. En la Capilla Alfonsina, Borges conversó con Octavio Paz, Ricardo Garibay, Miguel Capistrán y desde luego con Arreola, que le besó la mano y le impuso su sombrero cordobés. El pintor Felipe Ehrenberg y el fotógrafo Adrián del Ángel dieron testimonio gráfico de esos encuentros. El día 8 de ese mes, las cámaras de Canal 13 grabaron la larga conversación que el escritor argentino sostuvo con quien fue elegido, por muy buenas razones, como su anfitrión e interlocutor oficial, Juan José Arreola. El presunto diálogo se celebró en el mal llamado, por redundante, alcázar del castillo de Chapultepec.

Qué mejor sustento para la conversación de estos dos escritores tan devotos del ajedrez, que el piso cuadriculado de mosaicos blancos y negros de la soberbia terraza, donde se dispusieron dos sillas en diagonal para que se acomodaran, como dos alfiles, ambos escritores. Arreola, de capa salmantina con alamares de plata; Borges, con el bastón que en su poesía adopta el nombre de *báculo*, un “báculo indeciso” con el que exploraba las estanterías de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Arreola

tomó la palabra con su habitual vehemencia. Y no la soltó más que esporádicamente. Borges lo escuchó con estoicismo y al término del anunciado conversatorio —preguntada su opinión sobre la entrevista— confesó, irónico, que Arreola sólo le había permitido intercalar uno que otro silencio.

Cuando trabajé tan pasajera como accidentalmente en Canal 13, me encontré en el archivero de la gerencia cultural un sobre que contenía una docena de fotografías de Adrián del Ángel, según consta en el reverso de cada una de ellas, donde el autor estampó un sello con su nombre. Son las fotos que registran algunas escenas de la estadía de Borges en México entre el 5 y el 10 de noviembre de 1978. Supongo que esas fotografías le pertenecían a Canal 13, pero el caso es que yo las tengo sin que sean de mi propiedad. Salí tan intempestivamente del Canal cuando Margarita López Portillo, directora de Radio Televisión y Cinematografía y hermana del entonces presidente de la República, despidió al titular y a su equipo de colaboradores, que no tuve oportunidad de discriminar todos mis papeles personales de los de la televisora del Estado.

Tiempo después, ya en casa, me di cuenta del tesoro que involuntariamente había pasado de los archivos de aquella gerencia cultural a mi archivo personal. ¿Devolverlas? ¿Cómo? ¿A quién? El Canal se privatizó y pasó a ser propiedad de Televisión Azteca. Intenté comunicarme con Adrián del Ángel, a quien no conocía ni conozco todavía, al teléfono que figuraba bajo su nombre en el sello azul del reverso de las fotografías, pero fue en vano, hasta que esos valiosos testimonios gráficos se apoltronaron en su nuevo domicilio —mi archivo—, donde han habitado tranquilamente durante más de cuatro décadas.

Si cometí un delito al apropiarme de esas fotografías, espero que, tras 40 años, ya haya prescrito. Pero no puedo menos que hacer públicos ahora esos testimonios reveladores, con la esperanza de que aparezca Adrián del Ángel para reclamar sus derechos y recibir el reconocimiento autoral que le corresponde.

No en vano Borges ha salido a colación en estas páginas en principio dedicadas a Arreola. No creo que haya dos escritores más afines en la literatura hispanoamericana del siglo xx que Jorge Luis Borges y Juan José

Arreola. Quisiera concentrar mis comentarios finales, dedicados a la obra del escritor jalisciense, a mencionar brevemente algunas de las características que lo vinculan a Borges. Lo quiero hacer porque siempre me ha parecido paradójico que un escritor como Arreola, de pretensiones universalistas y formación cosmopolita, no haya trascendido significativamente las fronteras nacionales como Borges, mientras que su coetáneo y coterráneo, Juan Rulfo, de estricta referencialidad local, ha sido traducido a las más importantes lenguas del mundo y es conocido y reconocido, desde luego por muy buenas razones, en el ámbito internacional.

¿Qué tienen en común Borges y Arreola?

Ambos toman la literatura como referente primordial de su escritura, es decir que la cultura literaria, tan real o acaso más real que la vida misma, es el punto de partida, el motivo o el tema de muy buena parte de sus ficciones. Una obra como la de Kafka (por la que ambos profesan devoción), por ejemplo, no sólo alude a la realidad, sino que se ha erigido en parte de ella, tan viva y respirante como un árbol, un tigre o una metrópoli. Cortázar advirtió, en la carta que le dirigió a Arreola, la huella de Borges en un cuento como “Sinesio de Rodas”, un personaje que “dijo que los ángeles viven entre nosotros”. Son innumerables los cuentos de Borges que articulan, como éste y tantos otros de Arreola, su ficcionalidad a partir de un texto previo. Para poner un ejemplo que revele este paralelismo estructural también en el orden temático, hago notar que en “Otro poema de los dones”, Borges da gracias “Por Swedenborg, / que conversaba con los ángeles en las calles de Londres.” Los ejemplos son inagotables: lo mismo que Borges retoma las aporías de Zenón de Elea para decir que son tan irrefutables como baladíes, Arreola se empeña en la posibilidad científica de pasar un camello por el ojo de una aguja para la salvación de los patrocinadores de tal ejercicio científico en su cuento “En verdad os digo”. ¿Cómo no ver una simetría altamente significativa en esta constante referencialidad libresca, unas veces secreta, otras ficticia, pero libresca siempre al fin y al cabo?

Los dos escritores han transitado, de ida y vuelta, por sus respectivos ámbitos locales igual que por los temas clásicos del pensamiento universal: el argentino confiesa en su página metaliteraria titulada “Borges y

yo” que pasó “de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito”; esto es, de las milongas, el lunfardo, los cuentos de cu-chilleros y la literatura gauchesca a las especulaciones sobre la eternidad, el sueño o la muerte; el mexicano, por su parte, lo mismo habla de Zapotlán el Grande en el texto autobiográfico “Memoria y olvido” que abre su *Confabulario*, que de leyendas medievales, retórica antigua, textos clásicos, bíblicos o grecolatinos. No deja de ser interesante que el primer libro de Borges, *Fervor de Buenos Aires*, que pretende responder al espíritu de vanguardia del movimiento ultraísta en el que participó durante su estadía en España, se vuelque sobre los patios, las carnicerías, los barrios de su ciudad, y que la única novela de Arreola, *La feria*, adopte una fragmentación casi cubista para dar cuenta de la poliédrica realidad de su pueblo natal.

Pero más allá de la temática que los une, y que va de las conjeturas filosóficas al juego de ajedrez, de la literatura clásica a los bestiarios, de los sueños a la ficcionalización de las fuentes documentales; más allá del impulso lúdico de llevar al terreno de la realidad literaria postulados idealistas o alegorías del tránsito del hombre por este mundo, de “*Tlön Ukbar Orbis Tertius*” a “El guardagujas”, la mayor cercanía entre Borges y Arreola se da en la búsqueda de la perfección formal y la consecuente brevedad de su escritura.

Borges admiraba, no sin ironía, a aquellos novelistas que podían escribir cientos de páginas, sobre todo si tenían, como él, una debilidad visual. Alguna vez les confesó a unos periodistas franceses: “Sartre escribió siempre libros muy extensos; tenía entonces la necesidad de releerse, de corregir. Yo, con mis pequeñas narraciones, puedo pulir cada frase en el silencio de mi ceguera, y así, cuando la dicto, ya es perfecta”. Y Arreola justifica la brevedad —o la escasez— de su obra de esta conmovedora y apasionada manera: “No he tenido tiempo de ejercer la literatura. Pero he dedicado todas las horas posibles para amarla. Amo el lenguaje por sobre todas las cosas y venero a los que mediante la palabra han manifestado el espíritu, desde Isaías hasta Franz Kafka”. Ambos son rigurosos, selectivos, precisos en su ejercicio escritural; tanto el uno como el otro adoptan una actitud poética con independencia de que escriban en verso

o en prosa. Nada sobra en la economía de su escritura, porque en sus obras cada palabra es sustancial, imprescindible, y hasta los adjetivos, como ocurre en la alta poesía, son sustantivos.

Si he señalado estas simetrías, estos paralelismos, estas afinidades entre las obras de Borges y de Arreola, es porque con el paso de los años, que privilegia la relectura sobre la novedad, me percaté de que adopto frente a ambas la misma actitud. Disfruto cada palabra suya; me sigo sorprendiendo de lo que ya, por conocido, no debería sorprenderme; celebro cada imagen, y, con renovado ánimo juvenil de bisoño jugador de ping-pong, respondo con admiración rendida de antemano a cada jugada maestra del ajedrez de su escritura.

LAS “TRANSGRESIONES” DE LA CREACIÓN LITERARIA*

Concepción Company Company

Durante la sesión plenaria del 28 de abril de 2022, doña Concepción Company Company expuso ante el pleno de la corporación la investigación titulada “Las ‘transgresiones’ de la creación literaria”, en la que destacó la relación entre gramática y estilística. Doña Concepción subrayó que suele pensarse que la gramática y la estilística están divorciadas; que lingüistas y escritores se miran de lejos; que uno aplica la norma y el otro la transgrede, pero en realidad —destacó— no existe tal divorcio entre una y otra, y mencionó que la “estilística es la explotación máxima de los recursos gramaticales disponibles en una lengua”, y que las transgresiones de la literatura iluminan las posibilidades de la gramática.

A lo largo de su conferencia, doña Concepción Company Company analizó fragmentos de Cervantes, Borges, Cortázar, Vallejo, e indicó que las prohibiciones gramaticales no afectan a la gran literatura canónica, y que no hay nada al azar en la construcción gramatical ni en la creación literaria.

* Texto leído en la sesión solemne remota del 28 de abril de 2022 (Reseña a partir de un ppt.)

PENÉLOPE DE DUBLÍN*

Jorge Ruiz Dueñas

La creación de una novela tiende a orientarse por la biografía, o bien, por un mundo narrativo propio donde protagonistas y antagonistas cobran tal materialidad que el autor podría debatir con ellos. Esta opción no impide echar mano de mínimas anécdotas o rasgos de personalidad observados en otros, sin constituirse en punto de gravedad del discurso ficcional. Pero hay grandes narradores capaces de dejar de lado su memoria y la Historia misma, para formar una constelación a imagen y semejanza de la vida. Esto exige esfuerzos admirables de conocimiento de la condición humana y una imaginación fértil para poblar las páginas de entes posibles y creíbles. En poesía no hay mayor ni mejor ejemplo de ese ejercicio que la creación de heterónimos de Fernando Pessoa, con los que el lusitano solía polemizar e incluso traducir como en el caso de su Alexander Search, casualmente heterónimo de otro heterónimo. Jerónimo Pizarro y Patricio Ferrari se dieron a la tarea de desvelar hasta 136 de ellos.¹ Quizá, tanto en la narrativa como en la lírica, se trate de lo que Álvaro Mutis consideraba la construcción de un destino personal incumplido. En todo caso, la experiencia como bártulos del narrador, incluso su vida misma con la máscara de un protagonista, es tan antigua como la literatura. Por ello, nunca es ocioso recordar el epígrafe de Fernando del Paso en *Palinuro de México*: “La razón por la cual algunos [...] personajes podrían parecerse a personas de la vida real, es la misma por la cual algunas personas de la vida real parecen personajes de novela”. En todo caso, atribuir esta característica a la novela realista como lo afirma Harry Levin²

* Texto leído en la sesión solemne remota del 12 de mayo de 2022.

¹ Véase Jerónimo Pizarro y Patricio Ferrari, *Eu sou uma antologia: 136 autores fictícios*, Tinta da China, Lisboa, 2013.

² Harry Levin, *James Joyce*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 46.

parece una innecesaria reducción, pues aún el surrealismo suele nutrirse del preconscious positivo dispuesto siempre a las autorrevelaciones.

Cuando el estudioso Levin escribió que: “Sólo la lógica perversa de André Gide pudo presentarnos en su *Diario de monederos falsos* [*Les Faux-monnayeurs*, publicada en 1925 en la *Nouvelle Revue Française*] el diario de un novelista que escribe una novela sobre un novelista que lleva un diario sobre la novela que está escribiendo”,³ no podía saber de los retorcimientos por venir del nobel J. M. Coetze en su obra *Elizabeth Costello* (2003). En ella, la supuesta autora australiana del imaginario libro *The House on Eccles Street* —el célebre hogar del matrimonio Bloom—, expone sus dilemas morales al escribir sobre el mal después de la lectura de alguno de los numerosos títulos de Paul West, perseguida por la sombra de su famoso y ficticio volumen. Éste, narrado desde la perspectiva de *madam* Marion Tweedy, la cantante hija del mayor Brian Cooper y de Lunita Loredó: la omnipresente Molly de quien todos sabemos sus recónditos pensamientos merced al capítulo 18 del *Ulysses* de James Augustine Aloysius Joyce (Dublín, 2 de febrero de 1882–Zúrich, 13 de enero de 1941).

Ceñidas a las cúspides narrativas del escritor irlandés vistas como tres etapas superpuestas, se encuentran *A Portrait of the Artist as a Young Man* —de carácter naturalista, aunque más vigorosa que la simple reproducción de la realidad hasta tocar los límites del impresionismo—; *Ulysses* —realista y simbolista a la vez—; y *Finnegans Wake* —una atrevida experiencia vanguardista que rebasa al simbolismo—, final de un prolongado proceso para llegar a lo que Arqueles Vela calificó de “babelbalbuceísmo”. Una liberación del lenguaje del confinamiento verbal, inusitada para su tiempo, que resumió como “[...] la creación de neologismos que comienzan por onomatopeyas sin sentido claro y terminan en fonemas precisos”.⁴ Pero en todos los casos sin el favor de la multitud, con diferentes hechuras denostadas y alabadas, la tendencia al uso de la biografía y la reconstrucción de experiencias personales. Nada impidió a Joyce

³ *Loc. cit.*

⁴ Arqueles Vela, “James Joyce: babelbalbuceísmo”, *Diorama de la Cultura en Excelsior*, s/f. Este artículo fue entregado para su publicación por el autor poco antes de su muerte el 25 de septiembre de 1977.

esbozar involuntarios retratos sociales, reivindicar el recuerdo, amoldarlo a las necesidades del relato, darle continuidad en personajes que compartían esencias y gestos, atormentarse con ellos y hacerlos salir de la oscuridad de una existencia mediocre. Lo virtuoso fue hacer también del lenguaje un protagonista central de cada obra. En un ensayo del entonces joven explorador de las palabras, ya había expresado su convicción de que el estudio de la lengua requería el mismo rigor que las matemáticas, incluso leyó de nuevo a Arthur Rimbaud sobre el valor de las letras a sugerencia de su profesor de francés Edouard Cadic, tal como lo había hecho antes con William Blake.⁵ Los conceptos de Stéphane Mallarmé, la poesía pura y la virtualidad de las palabras, le acompañaron en su formación académica.⁶ La celebración centenaria de la publicación completa del *Ulysses* —1 000 ejemplares de una novela en inglés con un itinerario homérico, escrita durante siete años y concebida durante media vida del dublinés errante, con un sello parisino bajo el amparo de una librería estadounidense— justo en el cuadragésimo cumpleaños del autor, auspicia reflexiones en torno a la obra y su emblemático monólogo final. Por otra parte, para decirlo con un lema del disenso contemporáneo, Joyce no otorgaba perdón ni olvido. Muchos pasajes reproducen hechos propios y ajenos y, a la manera del “padre Dante” como daba en llamar al florentino, emuló también la expatriación más allá de la muerte y hundió en los infiernos de la vulgaridad a sus detractores.⁷ El andamiaje familiar, los

⁵ Francesca Romana Paci, *James Joyce. Vida y obra*, Península, Barcelona, 1970, pp. 49, 52-53.

⁶ Para una amplia exposición de estos conceptos del gran poeta francés, véase Violeta Percia, “Stéphane Mallarmé: experiencia pura y poesía”, *Anclajes*, vol. 22, núm. 2, 2018, pp. 69-82, en: <<https://www.redalyc.org/journal/224/22455769005/html/>>, consultado el 16 de marzo de 2022.

⁷ Los sentimientos encontrados de Joyce sobre su patria y el papel del inglés en su creación literaria —tema también abordado por Borges desde la perspectiva del conquistado— los resume de manera atinada la académica y novelista Milagros Mata Gil: “El concepto de patria en Joyce es siempre el de un territorio en la memoria más que de un espacio geográfico. La patria es el hogar, la historia, la música y, sobre todo, la lengua. Como en todo país conquistado, y conquistado a sangre y fuego, la lengua es la de los conquistadores: ajena, por lo tanto. Es algo que debe ser minuciosamente rodeado, algo para apropiarse. Como lo fue para los modernistas latinoamericanos como lo fue para Darío, lo fue para Joyce (y antes para Yeats) un irlandés que asumió el habla de la rechazada, odiada, metrópoli”. Véase: <<https://www.crearensalamanca.com/las-epi>

frecuentes cambios de domicilio como signo de la decadencia, la coprolalia, las inusitadas citas, los lapsus y los sueños fuera del invernadero de Sigmund Freud, el tedio de las parejas, la intimidad más grosera del re-trete y los uriniales que el director Paul Morrissey retoma en *Trash* (1970), o el onanismo recreado, entre otros, por Ingmar Bergman en *Gritos y susurros* (*Viskningar och rop*, 1972) —porque Joyce se adelantó varias décadas al cine—, todo eso y más sucede para así abrir esclusas a la literatura del siglo xx. En suma, un día de la vida de unos seres comunes que ocurre en Dublín el 16 de junio de 1904, relatado con un vocabulario de 29 899 palabras diferentes, según la primera edición poblada de al menos dos millares de erratas y después elevadas por el ojo inquisidor de la tecnología digital hasta cerca de 5 000 omisiones o errores, y un “salto” que ocupó a investigadores pertrechados con su arsenal computacional en busca del texto definitivo.⁸

De acuerdo con la crónica ese día no pasa nada singular en Dublín, pero coincide con el inicio del cortejo de James a Nora Barnacle, la joven de Galway con quien hizo su azarosa vida. Todo principia a las ocho de la mañana y concluye la madrugada siguiente alrededor de las tres horas,

cleti-epiclesis-de-james-joyce-o-la-pasion-por-la-letra-comentario-de-milagros-mata-gil/>, consultado el 11 de enero de 2022.

⁸ Las pruebas de la edición original fueron enriquecidas por su autor con alrededor de 100 000 añadidos y enmiendas transcritas con letra poco legible, enviadas a 26 impresores franceses comandados por Maurice Darantiere, todos desconocedores del inglés y establecidos en Dijon. Por ello, Sylvia Beach en su papel de editora hizo la siguiente aclaración: “El editor ruega a los lectores disculpen los errores tipográficos, inevitables en unas circunstancias tan excepcionales”. Otras ediciones posteriores intentaron subsanar erratas y agregaron nuevas. Garland Publishing, una editorial neoyorquina publicó entre 1977 y 1979 *The James Joyce Archive* en 63 volúmenes. Esto hizo posible a un equipo de la Universidad de Múnich coordinado por Hans Walter Gabler, comparando pruebas y correcciones directas del autor, trabajar siete años y editar un *Ulysses* de tres volúmenes con 1919 páginas lanzado por la misma editorial. Esta información puntual apareció en *The New York Times*, Nueva York, el 7 junio de 1984 bajo la firma de Edwin McDowell, y fue publicada también en *El País*. La restauración que ahora es posible conocer, permite aclarar un pasaje posterior de una escena del capítulo de “Circe” cuando Stephen cree ver el espectro de su madre y dice: “Dime la palabra, madre, si ya la sabes ahora. La palabra que todos los hombres conocen”. La respuesta omitida desde el pasaje de la Biblioteca Nacional era: *Do you know what you are talking about? Love, yes. Word known to all men.* Amor vero aliquid alicui bonum vult unde et ea quae concupiscimus ... [“¿Sabes lo que estás diciendo?, cariño, sí. La palabra sabida por todos los hombres. Amor vero aliquid alicui bonum vult unde et ea quae concupiscimus...”]. Joyce toma un préstamo y junta expresiones de Tomás de Aquino (*Summa contra gentiles*).

después de vagabundear por las calles de la ciudad y hacer así posible la reconstrucción urbana de su pasado en un entramado de alusiones al periplo de Odiseo que Joyce usó durante la escritura de los capítulos y no conservó en la publicación. El manuscrito, además de unos bosquejos pedagógicos del autor, permitió a sus glosadores encontrar ganchos para la comprensión de los segmentos escritos con estilos diversos e híbridos. En numerosas páginas pone Joyce sus incursiones en la dramaturgia y la poesía al servicio del relato, su visión de la historia en sintonía con Giambattista Vico, el don de lenguas, su sentido cinético y espacial de la ficción, los aspectos lingüísticos y fonéticos en camino al transgresor de los arquetipos literarios —*Finnegans Wake*—, su concepto de la estética construida desde la posición tomista de un hombre sin fe religiosa, la innata orientación musical, cierto *horror vacui* literario, y la obsesión de ser traicionado.

En la obra estructurada con tres personajes centrales, mucho se deduce de los antecedentes a manera de pistas distribuidas en el proceso literario. Nada es explícito: Stephen Dedalus, un joven intelectualmente dotado y arrogante. Leopold Bloom, antes Virag, de ascendencia hebrea húngara —un Ulises vinculado con la superada tesis del helenista Victor Berárd sobre el origen semita de la *Odisea*, o simplemente por la invariable empatía de Joyce con el pueblo de Abraham—, publicista, hostilizado por razones étnicas y las infidelidades de su esposa. Además, Molly Bloom, la consorte y cantante de 33 años nostálgica de Gibraltar, aunque entregada a menos brazos que lo imaginado por Leopold esa tarde lo haría, al menos en cuerpo, tal como sospechaba su marido. Los paralelismos legendarios hacen de Dedalus un Telémaco y de Bloom un Ulises, con la carga alegórica de las relaciones entre padre e hijo que transita de lo personal a lo épico, como señala Levin.⁹ Irónicamente, Molly representa una versión extravagante de Penélope. Su intervención en la novela es el trasfondo, siempre estimulante y significativa. Cierra así con un célebre texto prácticamente no puntuado donde surgen los pensamientos desbocados de una mujer consciente de sus circunstancias.

⁹ Levin, *op. cit.*, p. 49.

La novela dividida de acuerdo con los esquemas preparados por Joyce para sus amigos Carlo Linati y Stuart Gilbert, corresponden a: la Telemaquía, la Odisea, y el Nostos. La sección inicial se enfoca en Stephen y da intratextualidad con *A Portrait of the Artist as a Young Man*. Algunos rasgos presentes de manera episódica en la vida y obra de Joyce destacan en estos capítulos. En “Telémaco” la necesidad de vengar agravios se enfila hacia Malachi Buck Mulligan, un personaje ordinario, *alter ego* de Oliver Saint-John Gogarty —como el propio autor, estudiante de medicina y escritor— quien hizo un comentario perturbador en la torre Martello donde se albergaban —“brutalmente muerta”, así lo dijo— sobre la madre de Stephen, es decir, del propio James, dado que el incidente se remonta al remordimiento por negarse a orar de hinojos ante su lecho de muerte. Pero más grave aún, en uno de los pocos retornos previos a su decisión de no volver a Irlanda (1909), el pretenso amigo puso en duda en compañía de Vincent Cosgrave la fidelidad de Nora y la paternidad de su primogénito. Esto llevó a Joyce a una crisis y al ritornelo de la infidelidad.

“La historia es una pesadilla [...] de la que estoy tratando de despertar”, comentó el joven Dedalus en “Néstor”, y exhibió así los comentarios antisemitas que corrían por la Europa previa al nazismo de la Segunda Guerra Mundial, en este caso en la voz del señor Deasy, director de la escuela donde enseñaba la materia. Joyce era extremadamente antipolítico, sin embargo, durante la conflagración no dudó en responder que se trataba de un prejuicio secular, pero a él le gustaban los hebreos.¹⁰ Antes, en el capítulo previo, un invitado de Mulligan también manifestó antisemitismo. El primer monólogo interior, pero puntuado, es “Proteo” y en rigor no corresponde al *stream of consciousness* como el de Molly. Se trata de un deambular por Sandymount donde hacen memoria, autor y personaje, de su periodo de estudio en París y el doloroso retorno ante la agonía de su progenitora.

La segunda parte se abre a más cotidianidades del hombre maduro y del joven. Vuelve la acción a las ocho de la mañana (en “Calipso”) cuando Bloom prepara el desayuno para su esposa y lee una carta de su hija Milly,

¹⁰ Paci, *op. cit.*, p. 318.

sin obviar una visita al retrete. Los siguientes cuatro capítulos también se centran en él. En consecuencia, “Los comedores de lotos” desvela la relación epistolar clandestina con una supuesta Martha Clifford; piensa en qué sucede al interior de una iglesia católica, y entre otras actividades se dirige a una casa de baños. Se da más tarde el funeral de Paddy Dignam (“Hades”) donde coincide con Simón Dedalus, padre de Stephen, y las conversaciones y meditaciones sobre la muerte le llevan a recordar a Rudy, su hijo muerto a los 11 días de nacido, lo que destruyó su matrimonio. Cuando Bloom pretende poner un anuncio en un periódico (“Eolo”), Stephen acude al mismo sitio, pero no se cruzan. Este apartado tiene la singularidad de dividirse con titulares periodísticos amén de otros efectos para el lector. Al llegar la hora del almuerzo (“Los lestrigones”), Bloom decide ir al restaurante del hotel Burton y le resulta nauseabundo el espectáculo de los hombres comiendo, por ello, decide tomar una copa de vino y queso en una tienda de licores donde reflexiona sobre su fracasado matrimonio, antes de partir hacia el Museo Nacional. Allí sorprende en la acera contraria al amante de su esposa, Hugh *Blazes* Boylan, y entra precipitadamente en el edificio.

Posteriormente, en “Escila y Caribdis” se refleja la obcecación del autor con la infidelidad. Así, cuando Stephen diserta sobre la obra de Shakespeare y a partir de *Hamlet* afirma que Anne Hathaway lo engañó. Sólo en el capítulo x (“Las rocas errantes”) no aparecen los protagonistas principales, y tienen lugar 19 postales de personajes merodeando por las calles de Dublín. Posteriormente en “Las sirenas”, Bloom se encuentra para cenar con Richie Goulding en el hotel Ormond en un ambiente de canciones y meseras, mientras Boylan lleva a cabo su encuentro clandestino. El tema del antisemitismo surge, una vez más, en el capítulo xii, “Cíclopes”: Bloom es atacado en una taberna por un personaje identificado como el Ciudadano. Luego, en “Nausícaa” —la que quema barcos, de acuerdo con su etimología—, una joven alza su vestido y se exhibe en la orilla del mar mientras es observada por un distante y excitado Bloom que se masturba. El rengueo de la chica es advertido cuando ella se retira. Como en muchas ocasiones, se trata de la recuperación de un encuentro efímero de Joyce con Marthe Fleischman en Zúrich, casi una epifanía, de quien

cree estar enamorado como Dante al ver a la niña Beatrice Portinari. En los “Bueyes del Sol”, Bloom acude a la maternidad de la ciudad para informarse del estado de Mina Purefoy y después coincide con Stephen y sus amigos estudiantes de medicina quienes están bebiendo y deciden continuar la farra en otro sitio. El texto está poblado de juegos de palabras y frases en latín, italiano y francés, hasta mezclar una difícil jerigonza. Después, “Circe” resulta ser un capítulo escrito como pieza teatral que suele compararse con la “Noche de Walpurgis” (*walpurgnatch*) del *Fausto* de Goethe¹¹. En éste, Stephen y Lynch deciden trasladarse a la zona de burdeles en Nighttown donde Bloom los encuentra y coinciden en el prostíbulo de Bella Cohen. Allí, Stephen tienen la visión del cadáver de su madre. Bloom al percatarse del dispendio del joven decide guardarle su dinero, además de pagar por sus estropicios al romper una lámpara tras una terrorífica alucinación y salir despavorido. Bloom le sigue y encuentra mientras discute con un soldado inglés quien lo golpea por insultar al rey, la policía dispersa a los curiosos y es entonces el turno del publicista para creer ver a su hijo muerto y a su padre suicida.

Concluida la segunda sección tiene lugar el Nostos —retorno de los héroes al hogar (νόστος)—, integrado por tres capítulos. En “Eumeo”, Bloom —representación del padre—, refugia a Stephen para volverlo a la lucidez en el sitio de un cochero donde se encuentran con un marinero ebrio. Stephen canta una partitura de Johannes Jeep, organista y compositor alemán del siglo xvii. Ambos personajes abundan en comentarios misóginos en páginas confusas que revelan la condición psicológica de los personajes y las brumas del alcohol. Sigue “Ítaca”, capítulo preferido de Joyce, escrito como un cuestionario de mayéutica socrática o catequística, con tal enciclopedismo temático y científico que provocó a George Bernard Shaw, inicialmente hostil, a recomendar con cierta vehemencia la lectura de este libro. Bloom lleva a Stephen a su casa de Eccles Street y le ofrece dormir allí. Mientras orinan en el jardín Stephen se rehúsa, para luego disolverse en la noche. Después, Leopold Bloom

¹¹ Véase la referencia de John Middleton Murry, citado por Levin, *op. cit.*, p. 105.

entra a su hogar en la marea de las sábanas conyugales donde ha sido burlado.

Hasta antes del último capítulo, “Penélope”, donde Molly escenifica un potente monólogo que resume las objeciones de la moralina y censura a la que fue sometida la obra, es posible confirmar que cualquier síntesis de *Ulysses* es fútil porque los procesos vanguardistas de Joyce, renovados y a la vez extenuados, no están urdidos para construir taxonomías y pasan por la constelación de ideas puestas al servicio del léxico de un día de antihéroes: las mujeres y hombres de la vida diaria. Joyce se veía compelido a poner la memoria al centro de sus causas estilísticas en busca de la universalidad. Pero más allá del anecdotario personal, pleno de rencores, el uso de porciones de la realidad conlleva símbolos sin descifrar para mantener a los críticos ocupados en desliar las madejas oníricas de la realidad. Una hermenéutica destinada a burlarlos a través de los años. Lo que sigue, los pensamientos deslizados en el lecho con que se cierra el *nostos* sin heroicidad, confirman la imposibilidad de resumir sin caer en graves vacíos y, además, requiere aclaraciones sobre la terminología de las estructuras teóricas empleadas en las recensiones.

Algunos nombran soliloquio al capítulo final, pero esta figura se ajusta más a condiciones en que la voz se corresponde con la soledad del personaje y, por lo general, su sintaxis parece acorde con la intención de pronunciar el parlamento ante un auditorio como en diversos pasajes de Shakespeare, *La voz humana* (*La voix humaine*, 1930) pieza en un acto de Jean Cocteau, o la versión teatral del cuento *Diario de un loco* de Nikolái Gógol, por mencionar algunos ejemplos. También es verdad que grandes obras han expresado las torturas del pensamiento, pero el monólogo interior, como lo conocemos, lo encontró Joyce en la novela de Édouard Dujardin, *Les Lauries sont coupés* (1887-1949) e incluso recomendó con entusiasmo su lectura a Valery Larbaud, mismo que designó esta técnica narrativa como *monologue intérieur*, aunque Joyce —quien la perfeccionó— la llamó “palabra interior”.¹² Esta forma de expresar los

¹² Harry Levin cita la definición de Dujardin: “El monólogo interior es en el orden poético, ese lenguaje no oído y no pronunciado, por medio del cual un personaje expresa sus pensamientos más íntimos (los que están cerca de la subconciencia) anteriores a toda organización lógica,

pensamientos a la manera de un discurso mental trascendió a la escritura de muchos autores. La idea de que Stanislaus Joyce escribió unos textos similares y fue criticado por su hermano, sugiriendo que James lo tomó de él, no es congruente con la aceptación y entusiasmo que reconoció y transmitió sobre Dujardin.¹³ En sentido estricto el monólogo interior tiende a ser puntuado —como el capítulo III del *Ulysses*—, responde a cierta lógica verbal. Por otro lado, la *stream of consciousness* —corriente de la conciencia— es un concepto atribuido al psicólogo William James, hermano de Henry,¹⁴ un paso previo que como el monólogo representa asociación de pensamientos, pero ésta fluye de manera intempestiva, superpuesta y casi subliminal, sin secuencia lógica ni responder a patrones gramaticales por la libertad de sus marejadas verbales. El personaje, en ambos casos, prescinde de intermediación y “habla” consigo mismo, pero en el flujo narrativo los conectores discursivos son escasos y frecuentes las frases truncas, las apócopeas, las onomatopeyas. Diríase que para tener el monólogo interior literario se requiere una corriente de pensamiento.¹⁵ Probablemente estemos ante una representación, una imitación o metáfora de la vida de las ideas, sin ser una escritura automática como buscaba André Breton para hacer presente el inconsciente. Pero esta asociación aún parece ser lo más cercano al proceso mental que nos invade al formular nuestros pensamientos y exponer el recuerdo.

es decir, en su estado original, por medio de frases directas reducidas a un mínimo sintáctico y de manera que den la impresión de reproducir los pensamientos conforme van llegando a la mente”. Véase *ibid.*, p. 87.

¹³ Stuart Gilbert, *El “Ulises” de James Joyce*, Siglo XXI de España, Bilbao, 1971, p. 41. Gilbert cita el prefacio de Valéry Larbaud a *Les Lauriers sont coupés* de Edouard Dujardin, en el que alude al conocimiento del libro por consejo de Joyce y el método empleado.

¹⁴ Levin lo ve como un término de la metafísica alemana, el *Strom des Bewusstseins*, *op. cit.*, p. 87.

¹⁵ Véase para mayor precisión de los términos a Anil Awad, “Difference between Stream of Consciousness, Interior Monologue, Soliloquy and Aside”, en: <<http://anilawad.blogspot.com/2016/01/difference-between-stream-of.html>>. Asimismo, respecto de estas estructuras teóricas y una comparación entre el discurso narrativo de James Joyce y el de Virginia Woolf, a Vanessa Palomo Berjaga, *Análisis comparativo del monólogo interior de dos fragmentos modernistas*, Universitat Pompeu Fabra, Facultat de Traducció i Interpretació, Barcelona, 2009, en: <https://repositori.upf.edu/bitstream/handle/10230/5334/Trabajo_Woolf-Joyce.pdf?sequence=1>, consultado el 11 de enero de 2022.

Quizá más alerta que somnolienta, en el capítulo final del *Ulysses*, Molly compendia la visión joyceana sobre la mujer y el autor la emplea como un ventrílocuo que ha asimilado la alteridad del sexo opuesto. Entreveradas con prácticas domésticas, nostalgias de una florida juventud en Gibraltar, la reflexión sobre su adulterio, un juicio maternal de los hombres, fantasías eróticas y conciencia alerta, Molly Bloom —de padre irlandés y madre española de ascendencia hebrea—, muestra la rutina en toda su complejidad humana y diaria. Leopold vuelve al lecho terminada su jornada gris, al lado de una esposa que lo ama a su manera. Porque Molly representa la lealtad no la fidelidad, y acoge a su hombre en el regazo terrenal y el movimiento perpetuo de una Penélope más creíble.

En ocho largas parrafadas aliñadas con procacidad, Molly responde al *nostos* cuando medita también en las infidelidades de Bloom, le compara con Boylan y rememora a pretendientes y amantes; enjuicia la genitalidad primitiva de los hombres y el abandono; rememora al confesor y el cuestionario puntual sobre sus pecados carnales; evoca el placer de las caricias, los abrazos ocultos, y esas consecuencias funestas del incómodo embarazo; añora las prendas costosas que no puede tener; piensa en la anatomía femenina, en sus orgasmos, en la carta de amor del teniente Mulvey y su beso en el Peñón; no teme a estar preñada pues inicia su periodo y usa el bacín; piensa en las mudanzas que trae el infortunio, en Stephen, en la posible organización matriarcal del mundo mientras los trenes silban a la distancia; piensa en las muertes del recién nacido y de su propia madre; en confesar su desliz a Bloom y decir que es culpa de él; piensa en los días cuando se enviaba cartas a sí misma; piensa en flores, en el día que Bloom le propuso matrimonio en la colina de Howth y sus senderos, cuando ella dijo sí y era una flor de la montaña, y en el beso bajo la pared morisca y en el perfume de sus senos, los fragantes pechos de ella con la rosa ensortijada en su cabello y entonces dijo sí; piensa lo que dijo, y sí, en su corazón galopante ella dijo: quiero, sí.

La palabra inicial del capítulo la termina, pero no se encontraba en el manuscrito en inglés. Valery Larbaud fue un gran entusiasta de la obra, leyó algunos capítulos hasta entonces publicados en la *Little Review* y la copia que le proporcionó Joyce de los “Bueyes del Sol” a finales de

1920. El siguiente año Larbaud se empeñó en escribir sobre el libro y su autor, así como en dar una conferencia el 7 de diciembre de 1921 anunciando la inminente publicación del *Ulysses*. Para ello, se consideró necesario la lectura de fragmentos de la novela en francés. Esto urgió a Joyce a concluir el capítulo final que consideraba vital. Dado los apremios, Sylvia Beach —editora primigenia— y Adrienne Monnier —otra reconocida librera en cuyo sitio tuvo lugar la conferencia de Larbaud—, se ocuparon de la traducción que fue confiada a un brillante y muy joven Jacques Benoist-Méchin, futuro político de derechas y escritor. Al traducir la última frase, *I Will* como *je veux bien*, le pareció necesario añadir *oui*.¹⁶ Joyce, inicialmente perplejo, lo consideró adecuado e incluyó entonces la palabra en la versión original. Así coronó la tensión del texto con un lirismo contrastante y simbólico. Más que en ningún otro capítulo, los recursos poéticos de Joyce exaltan el vertiginoso río del pensamiento y una representación turbulenta del orbe femenino. Se rompen las líneas de cualquier resistencia y “sí” es la afirmación de la vida, lo órfico y la verdad más íntima.

El prolífico Arnold Bennett —tan fustigado por Virginia Wolf—, a pesar de ser partidario de la literatura accesible, expresó después de concluir el capítulo de “Penélope”: “No he leído nunca nada que lo supere y dudo haber leído algo que lo iguale”.¹⁷ La literatura escrita desde entonces y su efecto en las siguientes generaciones, quizá permita aún sostener que Joyce está más cerca del cine,¹⁸ porque el guion y su expresión visual parecen reafirmar con plenitud la insuficiencia de la palabra. Pero los parlamentos no escritos son una conversación sin cesura con nosotros mismos, y eso sugiere la comunicación interior de una persona al indagar en sí misma las pulsiones de su mente. Acaso a propósito de la potencia de esa expresión silente y, sin embargo, plena de ideas, ha de coincidirse con Archibald Henry Sayce en que “sin lenguaje no hay pensamiento”

¹⁶ Paci, *op. cit.*, p. 250. Sin embargo, la traducción no era satisfactoria como lo hizo notar Stuart Gilbert, quien casualmente la vio expuesta en la librería Shakespeare & Company y así lo advirtió a Sylvia Beach, su propietaria. Este fue el inicio de una larga amistad con Joyce.

¹⁷ Gilbert, *op. cit.*, pp. 37-38 y 399.

¹⁸ En 1909, durante su penúltimo retorno a Dublín, se involucró en la instalación del cine Volta, pero meses más tarde la sala fue vendida por sus socios.

(tal vez, no sin reparos de los neurocientíficos).¹⁹ A partir de la primera exégesis la búsqueda de las identidades llevadas a lo homérico por ser un creador ceñido a la biografía, ha pasado de Nora Barnacle —la compañera refractaria al talento del esposo y por ello dueña de la escena— a Amalia Popper, la alumna de ascendencia hebrea a quien en su imaginación corteja en Trieste en los párrafos secretos de *Giacomo Joyce* —memoria suplantada, se dice, de Giacomo Casanova—. ²⁰ En verdad, esa sutil lujuria era producto de la imaginación atizada por los enigmáticos rasgos físicos y sensualidad de aquella belleza de raíces levantinas. La temperamental Marion Bloom toma prestado de ella el porte físico, su fragancia erótica y mirada inaudita. Lo cierto es que Joyce arrebatava todo vestigio de la vida y lo transformaba en entelequias. Y, aunque poco se repara en ello, en los registros del célebre monólogo, además de Dujardin, también están presentes la transcripción a hurtadillas de los sueños de Nora registrados por Joyce en cierta época y las cartas desaforadas de esa mujer, eludiendo mayúsculas, sin puntuación o signos y con la irrupción de tramas sin enlaces gramaticales, propio de su escasa escolaridad. Pero en el fondo sobrevive, como en casi todos sus empeños y de manera sustancial en el personaje de Molly, la primera intriga, la duda inoculada respecto de la conducta de la amada por dos jóvenes recordados dada su decisión de herir con la incertidumbre. La suposición de simultáneos galanteos de Nora con el joven James y un amigo de éste —Vincent Cosgrave, según Richard Ellmann— la expuso el narrador en su carta del 6 de agosto de 1909 desde Dublín.²¹ Ese espasmo emocional, ese recelo característico de su inseguridad mediante retrospecciones y epifanías, está presente también de forma intertextual e intratextual en su conocido relato “The Dead” —incluido en *Dubliners* (1914)— mediante sus

¹⁹ Véase la reedición de la obra publicada por primera vez en 1900 de Archibald Henry Sayce, *Introduction to the Science of Language*, Routledge, Londres, 2020, citada por Gilbert, *ibid.*, p. 43, nota 5. Octavio Paz coincidió con exactitud: “No hay pensamiento sin lenguaje [...]”, en *Obras completas*, t.1, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 58.

²⁰ Paci, *op. cit.*, p. 203

²¹ James Joyce, *Cartas de amor a Nora Barnacle*, Premià, México, 1979, pp. 44-45. Cosgrave y Michael Bodkin, también son mencionados por Ellmann en relación con la carta del 3 de diciembre de 1909.

personajes Gabriel Conroy y Gretta, así como en *Exiles* (1918) con Richard Rowan y Bertha. No es ocioso recordar que el último fue su único trabajo teatral a imagen y semejanza de la obra menos exitosa y más breve de Henrik Ibsen —muy apreciado desde la adolescencia de James—, *Al despertar de nuestra muerte* (*Når vi døde vågner*, 1899), y de la que hizo una reseña (*Fortnightly Review*, 1900) que agradó mucho al célebre autor y dio lugar a una reverente carta del joven al cumplir 73 años aquel. Tal era su admiración juvenil que aprendió noruego para leer directamente al dramaturgo y, alguna vez, también influyó en su vida conyugal que parecía reproducir los últimos e insatisfactorios años matrimoniales del maestro escandinavo.

Acaso toda obsesión existe en razón directa del odio que es la medida de la capacidad amorosa. Joyce fue un amante desbordado, posesivo, lo plasmó así en su creación y parece resumirlo una frase de su Penélope: “[...] *you sometimes love to wildly when you feel that way so nice all over you you cant help yourself* [...]”. Lo admirable es que la revolución de la expresión escrita y el desprendimiento de su temperamento y carácter se decantase por la musicalidad de las palabras en el río de la conciencia que, sin dejar de serlo, fluye en el río de Heráclito de Éfeso. Joyce se enajena en el bosque de las palabras, mientras Pessoa lo hace en el bosque de las voces que pronuncian el discurso. En todo caso, el cauce fluvial permanece y diluye las pequeñas historias de la humanidad. Por ello, Joyce todo lo compensa con la musicalidad, la cadencia melódica y el canto de los idiomas. A temprana edad se graduó en lenguas modernas —Bachelor of Arts in Modern Languages, University College, 1902 (inglés, francés e italiano)— y siguió su aprendizaje de idiomas a lo largo de su vida, pero su oído estaba genéticamente predispuesto a cualquier expresión musical.²² Su madre tocaba el piano mientras él cantaba, y al padre se le recuerda en un momento de regocijo y reconciliación con el hijo pródigo (1909) al cantar de improviso, acompañándose al piano, el aria del padre de Alfredo de *La traviata*.²³ Joyce tocaba la guitarra o el piano

²² Joyce mostró gran afinidad con el italiano. Los nombres de sus hijos —Giorgio y Lucia— lo demuestra, y ésta era precisamente la lengua de casa.

²³ Louise Gillet citado por Paci, *op. cit.*, p. 191, nota 44.

para esos efectos y su voz de tenor le sacó de apuros en París, acuciado por la pobreza cuando estudiaba medicina, e incluso fue conminado por la soprano Charlotte Sauermann de la Ópera de Zúrich a volverse cantante profesional.²⁴ Así, el fino oído del escritor escuchaba notas musicales en los fonemas y en el monólogo de Molly logró una orfebrería gratísima, apreciable en toda su extensión cuando es leída por una actriz y el enigma del pensamiento se revela en pleno virtuosismo sonoro.²⁵ Esa musicalidad venía desde sus primeros poemas, justamente tal atributo fue señalado por Ezra Pound en su reseña de *Chamber Music* y destaca en el poema XXXVI, mejor conocido como “I hear an army”:

*I hear an army charging upon the land,
And the thunder of horses plunging, foam about their knees:
Arrogant, in black armour, behind them stand,
Disdaining the reins, with fluttering whips, the charioteers.*

Si bien, su poesía fue calificada por algunos estudiosos como “menor”, William Butler Yeats sugirió solicitar la autorización de Joyce para incorporar este poema en una antología, pues lo consideraba “una obra maestra de técnica y de sensibilidad”.²⁶ El futuro Premio Nobel recordó algunos poemas de Joyce en Stone Cottage, Sussex, el invierno de 1913 cuando Ezra Pound, quien fungía a la sazón como su secretario, preparaba un volumen de poetas imaginistas.²⁷ La edición reunió a 11 poetas: Richard Aldington, H. D., F. S. Flint, Skipwith Cannell, Amy Lowell, William Carlos Williams, James Joyce, Ezra Pound, Ford Madox Hueffer

²⁴ *Ibid.*, p. 231.

²⁵ Para apreciar el vigor literario de las últimas líneas del monólogo puede oírse y verse la actuación de Sharon Nealon —entre otras— el Bloomsday de 2018 en Dalkey Castle, Dublín: Dalkey Castle & Heritage Centre, Bloomsday Molly Bloom Soliloquy 2018, en YouTube: <<https://www.youtube.com/watch?v=u5tsQMvyJF8>>, consultado el 20 de enero de 2022.

²⁶ Carta de Yeats al Royal Literary Fund del 29 de julio de 1915, citada por Paci, *Ibid.*, p. 214.

²⁷ *Des Imagistes: An Anthology*, Albert and Charles Boni, Nueva York, 1914. Véase: <https://nocategories.net/assets/pdf/des_imagistes.pdf>, consultado el 20 de enero de 2022. Esta antología del movimiento fue publicada previamente en febrero del mismo año en la revista *The Glebe*, por los mismos editores. En Londres el título salió casi simultáneamente con el sello de *The Poetry Bookshop* de Harol Monro.

(Ford), Allen Upward, John Cournos. El antologador envió una carta en la que pidió a Joyce autorización para incluirlo. Éste lo permitió y días más tarde envió también una copia mecanoscrita de *Dublineses* con un capítulo del *Retrato del artista adolescente*, más comentarios sobre su próxima obra de teatro.²⁸

Más aún, Ezra Pound, siempre entusiasta del trabajo de Joyce, además de Arthur W. Symons, escribió: “La calidad y claridad de los poemas [...] se debe principalmente al estricto entrenamiento musical de su autor [...] el motivo es tan leve que escasamente existe hasta que uno lo imagina con música [...]”.²⁹ Sobre los poemas penúltimo y final del libro en comento, también afirmó: “En ambos poemas tenemos una fuerza y fibrosidad de sonido tales, que casi prohíben la idea de que sean concebidos con otra música que no sea la propia”.³⁰ Incluso coincidió con las apreciaciones de Yeats quien lo había definido como “el nuevo talento más notable en la Irlanda de hoy”,³¹ y añadió en su carta al Royal Literary Fund (3 de agosto de 1915): “[...] considero a Joyce un buen poeta, y el mejor, sin excepción, de los jóvenes que escriben prosa”.³² El narcisismo de Joyce y de cualquier otro escritor, no podía ostentar mejores credenciales.

²⁸ Forrest Read, “Introducción”, en Ezra Pound, *Sobre Joyce*, Barral, Barcelona, 1971, p. 9.

²⁹ Citado por José Ma. Martín Triana en su prólogo a *Música de cámara*, Visor, Madrid, 1972, p. 12.

³⁰ *Ibid.*, p. 13.

³¹ Paci, *op. cit.*, p. 215.

³² *Loc. cit.* Sin embargo, la reacción inicial tras su primer acercamiento al *Ulysses* no fue favorable, sino hasta después de una siguiente lectura que le hace escribir a John Quinn: “Es algo completamente nuevo, ni lo que el ojo ve ni lo que el oído escucha, sino lo que la mente vagabunda piensa momento tras momento. Joyce ha superado en intensidad a cualquier otro novelista de nuestra época”, W. B. Yeats, *The Letters of W. B. Yeats*, Hart Davis, Londres, 1944, p. 651, citado por Paci en *op. cit.*, p. 257. Quinn fue un coleccionista y abogado que se opuso a la legislación de censura estadounidense, así como un benefactor literario, en particular de Ezra Pound y T. S. Eliot, por lo que este último le obsequió el manuscrito de *The Waste Land*, por años considerado desaparecido. Posteriormente fue editado con una reveladora introducción de la segunda esposa del poeta, Valery Eliot (T. S. Eliot, *The Waste Land: A Facsimile and Transcript of the Original Drafts Including the Annotations of Ezra Pound*, ed. Valerie Eliot, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1971.). En las anotaciones de Ezra Pound se localizan dos identificaciones o comentarios relacionados con James Joyce “The Burial of the Dead”, verso 18; y “A Game of Chess”, verso 50).

Además de la sinuosa modernidad que conllevaban sus métodos de redacción a contracorriente como una revolución de las alegorías del mundo, es posible que la ácida reacción de muchos escritores de su tiempo, y sobre todo de instituciones y agencias gubernamentales relacionadas con la censura al sitiar no sólo la distribución de sus tomos, sino la impresión misma, tuvieron que ver con su veta proclive a las palabras duras que le acarrearón cargos de pornografía, obscenidad y blasfemia.³³ Eran tiempo pacatos que no habían visto aún las páginas de Anaïs Nin, Henry Miller o las de la *Beat Generation*, por mencionar algunas de las figuras más conspicuas. Las paredes del lupanar y alguna terma de Pompeya todavía se mantenían cubiertas y, por supuesto, la figura de Molly Bloom pareció a muchas mujeres de su época un paradigma nada recomendable. En nuestro tiempo, probablemente se revalore su excitada representación y se asemeje más a una heroína insumisa y hedonista. Lo cierto es que las palabras son el rastro de la naturaleza humana y su sentido, a la manera de Lewis Carroll, significan lo que sea nuestra voluntad. No fue Joyce el primero en asumir la erotomanía y empleó las palabras con sentidos nada ajenos al uso de los vocablos sin restricciones. El marqués de Sade (1740-1814) ya había escandalizado a Francia y al mundo mismo una centuria antes que el irlandés, y la picardía de Aman-tine Aurore Lucile Dupin, baronesa de Duvevant, mejor conocida como la prolífica escritora George Sand (1804-1876), la llevó a solicitar los favores del joven poeta Alfred de Musset (1810-1857) mediante una

³³ Durante su vida literaria con desencuentros editoriales y críticos, como sucedió a su gran amigo el triestino Italo Svevo, también tuvo entusiastas notables. Otros cambiaron de opinión en el camino de manera favorable como George Bernard Shaw o la misma Virginia Wolf quien antes se negó a publicarlo y consideró el *Ulysses*, difuso, nauseabundo y pretencioso, aunque su reconocimiento final debe sopesarse a la luz del trastorno bipolar que la llevó al suicidio arrojándose al río Ouse con piedras en los bolsillos de su abrigo. Jorge Luis Borges alternó juicios elogiosos con adversos, según la ocasión y los interlocutores. Varios se afiliaron a *Ulysses*, pero no a *Finnegans Wake*; alguno más, como Ford Madox Ford, vaticinó el final de su método. D. H. Lawrence lo denostó, tanto como Jean Cocteau; y Marcel Proust aseguró no haber entendido nada del *Ulysses*, aunque, al igual que hizo Joyce, negó conocer su obra. Ambos asistieron a una reunión en el Hotel Majestic de París el 9 de mayo de 1922, con Ígor Stravinsky y Pablo Picasso. Después compartieron un taxi de regreso entre silencios y monosílabos, y el fumador Joyce hubo de extinguir su cigarrillo y cerrar la ventanilla del transporte ante los reclamos de Proust por su persistente asma. Sin embargo, Joyce acudió solidario al funeral del francés.

carta que ha de leerse omitiendo las líneas pares y que Joyce envidiaría. Un tímido poema de aceptación oculta en las primeras palabras de cada verso, fue la respuesta a tan encendida invitación al jardín de la lujuria. Quizá por ello, Borges cree que este fogoso romance fue “casi un espectáculo del París de la época romántica y lo es para nosotros, aún”.³⁴

Sin duda, el monólogo y otras páginas de Joyce están matizadas por su orientación al furor sexual y trasgresor. Pero ningún escritor ha sido más expuesto en su intimidad que él. Acechado por los valores católicos de una fe perdida en la vorágine del pecado y el eco de las disputas entre hijos y amantes, como su detractor D. H. Lawrence —estereotipado con los mismos cargos—, las cartas escritas a su esposa, objeto del deseo oscilante “entre la veneración a la pureza y el deseo de pervertirla”,³⁵ lo han desnudado a la manera de la estatua del matemático Niels Henrik Abel (*Abelhaugen*) tal como lo plasmó Gustav Vigeland. Hurgar en la vida de las personas exhibe sus flaquezas de manera humillante en favor de la interpretación de una obra. Sin duda, un costo alto en busca del canon literario. Pero retorciendo el célebre poema de Mallarmé, usualmente no es un tiro de dados, sino un cálculo estudiado que pretende suprimir el azar. Así, Nora “hermosa flor silvestre de los setos”, ya prefigura a Molly, la “flor de la montaña”, en una carta del 2 de diciembre de 1909 donde resultan pálidos los arrebatos lúbricos de la novela. Esto es así, porque como expone Joyce a su mujer en esa misma ocasión: “[...] dentro de este amor espiritual que siento por ti, hay también una bestia salvaje que

³⁴ Véase Alfred de Musset; George Sand, *Cartas*, prólogo de Jorge Luis Borges, Ediciones Ulises, Sevilla, 2015. Puede encontrarse otra traducción de Camilo Rodríguez en “Una carta erótica de George Sand y una respuesta versificada de Alfred de Musset”, *Círculo de poesía*, año 12, núm. 20, mayo de 2020, en: <<https://circulodepoesia.com/2017/11/una-carta-erotica-de-george-sand-y-una-respuesta-versificada-de-alfred-de-musset/>>, consultado el 20 de febrero de 2022.

³⁵ Sergio González Rodríguez, prólogo a James Joyce, *Cartas...*, *op. cit.*, p. 9. Esta colección —de las 64 misivas conocidas— es una versión no expurgada que incluye tanto los párrafos y dos piezas eliminadas en la primera edición de *Selected Joyce Letters* (1957-1966) que hizo Stuart Gilbert (vol. I) y completó Richard Ellman en dos tomos adicionales (1975). Las cartas expurgadas fueron traducidas por Bernardo Ruiz y las previas corresponden a versiones de Carlos Millet.

explora cada parte secreta y vergonzosa de él, cada uno de sus actos y olores”.³⁶

El caso de la correspondencia de Joyce, hoy resguardada en la Cornell University, no tiene paralelo con la publicación de la obra inédita de Franz Kafka y sus cartas a Felice Bauer, ordenada su destrucción a Max Brod en un momento de profunda depresión, que mereció el análisis de Elias Canetti. Las cartas de Joyce sólo alimentaron el escándalo y las sustras públicas, una morbosa relación no ajena al paradigma del mercado. Sin embargo, también muestran una veta para quienes estén interesados en la relación de los textos y el diván. Un destacado narrador mexicano, poco tiempo antes de su muerte, me insistió en que ningún pudor o concesión a terceros debía interponerse a la literatura, así ello humille honras y vínculos humanos.

Es probable que el tema continúe como asignatura pendiente de la ética personal, pero en 1969, cuando cumplí por primera vez con el rito del Bloomsday —juego de palabras típicamente irlandés que viene del *doomsday*, el día del juicio final, una conjunción sarcástica del catolicismo y el libertinaje— la celebración era más íntima y académica. Entonces, la edición de la correspondencia de Joyce que amplió Richard Ellmann parecía no importar tanto. Los días 10 a 16 de junio se llevó a cabo en Dublín el Second International James Joyce Symposium. Froylán López Narváez alertado de que el sábado 14 en el Trinity College, William Peden de la Universidad de Missouri daría una conferencia titulada “Joyce and Mexico”, caía en cuenta del sentido de la “parálisis” y la religión en el destino de Irlanda y nuestro país. En efecto, Peden estudió varios años la influencia en la literatura latinoamericana de elementos ajenos al tronco común español, en los que la presencia de Joyce fue significativa.³⁷ Diríase que el punto de fuga irlandés es un antecedente de la diáspora de nuestros escritores y artistas plásticos contemporáneos. Sin embargo, el asunto ha sido abordado con mayor suficiencia por Brian L.

³⁶ James Joyce, *Cartas...*, *op. cit.*, p. 127. Se pueden citar también, entre otras cartas lascivas, las del 3, 6, 8, 9, 13, 15, y 20 de diciembre de 1909, *ibid.*, pp. 130-148.

³⁷ Véase William Peden, “Joyce among the Latins”, *James Joyce Quarterly*, vol. 7, núm. 4 (verano de 1970), pp. 287-296.

Price quien cita a Ramón Xirau, Carlos Fuentes, Fernando del Paso y, sobre todo a Salvador Elizondo, entre los escritores mexicanos más relevantes con influjos de la teoría estética o el estilo joyceanos. Más aún, Price encuentra ahora en el autor de *Farabeuf o la crónica de un instante*, apoyado por los análisis de Sergio Gabriel Waisman y los ensayos de Alejandro Toledo,³⁸ ventajas de su versión correspondiente a la primera página del *Finnegans Wake*, sobre la última página del *Ulysses* de Jorge Luis Borges, quien —afirma el investigador— borró el paisaje dublinés y recargó la impronta porteña, en particular su voseo (adecuación para el lector argentino lo que, paradójicamente, tanto reprochó a León Felipe con motivo de Walt Whitman y los lectores de español).³⁹ Sin embargo —a mi juicio—, no puede ignorarse la cadencia y eufonía de la versión borgiana. Esto, mientras que Elizondo hizo su tarea con meticulosa fidelidad al texto. Según resalta Price, a 280 palabras traducidas correspondieron alrededor de 1900 palabras y 33 pies de página de observaciones.⁴⁰ Diez años después en un soleado sábado dublinés, Ricardo

³⁸ Véase Sergio Gabriel Waisman, *Borges Reads Joyce. The Role of Translation in the Creation of Texts*, en: <<https://www.borges.pitt.edu/sites/default/files/0903.pdf>>, consultado el 11 de enero de 2022; y Alejandro Toledo, “Lecturas paralelas de Salvador Elizondo y Ramón Xirau en el descubrimiento de James Joyce”, *Los márgenes de la palabra: conversaciones con escritores*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995.

³⁹ Esa breve y discutida traducción la publicó con el título de “James Joyce, ‘La última hoja del *Ulises*’”. Versión de Jorge Luis Borges en revista *Proa*, año segundo, núm. 6, enero, 1925, pp. 8-9. La página es precedida por una breve nota (pp. 3-6) donde afirma: “Confieso no haber desbrozado las setecientas páginas que lo integran, confieso haberlo practicado solamente a retazos y sin embargo sé lo que es, con esa aventurera y legítima certidumbre que hay en nosotros, al afirmar nuestro conocimiento de la ciudad, sin adjudicarnos por ello la intimidad de cuantas calles incluye ni aun de todos sus barrios”. En todo caso, la conferencia de Borges sobre Joyce en la Universidad Nacional de La Plata (1960), más allá de algunos comentarios contradictorios que suelen citarse, da constancia del conocimiento alcanzado sobre la naturaleza de la literatura joyceana: “Quiero decir que, si tuviera que perderse todo lo que se llama literatura moderna, y hubiera que salvar dos libros, y esos dos libros que hubiera que elegir, digamos en todo el mundo, serían, en primer término, el *Ulises*, y luego el *Finnegans Wake*, de Joyce”. Jorge Luis Borges, “Conferencia sobre James Joyce, Universidad Nacional de La Plata, 1960”, en: <<https://www.borges.pitt.edu/sites/default/files/Conferencia%20sobre%20James%20Joyce%2C1960.pdf>>, consultado el 17 de febrero de 2022.

⁴⁰ Brian L. Price, “A Portrait of the Mexican Artist: Elizondo and Joyce”, texto presentado en el North American James Joyce Conference, Buffalo (NY), 7 de julio 7 de 2009, en: <<https://>

Bada, ante las dificultades de cubrir el itinerario del día de Leopold Bloom se decantó por el capítulo VI, el entierro de Paddy Dignam que dio oportunidad de asomarnos al infierno y buscar la lápida en el Glasnevin Cemetery (el lote 101), donde el célebre muerto o algún otro, como dijo el propio Bada, yacía custodiado por una lápida en gaélico.⁴¹

Molly, la transfigurada Penélope más próxima a la carnalidad cotidiana, aún es la concebida hace una centuria con diversos aromas femeninos y el virtuosismo de un artífice. No obstante, la sociedad ha cambiado tanto como nuestra concepción del mundo y su epidermis. Pero si las aguas del río Liffey ya son otras, aún corren por el mismo canal en la ciudad mundana. Acaso imagino que puedo atravesarla a contraflujo por la orilla del Inns Quay, frente a los rastros de lo que era la posada de la Corte (Four Court), aquel mi inveterado alojamiento y su reducida taberna, donde entraban por una puerta aún más estrecha los letrados togados para negociar cautelosos algún escollo procesal lubricado con copas de *sherry* o perlas de espumantes Guinness. El Liffey fluye todavía sereno circundando el Phoenix Park y refleja los domos verdinos de la urbe antigua más allá del puente granítico de O'Connell, lóbrego como las aguas que, sin embargo, se entregan sin recelo al genésico abrigo de la bahía y al eco apasionado de Molly en el cercano pueblo de Howth y su colina, donde aún dice sí a la vida.

mexlit.wordpress.com/2009/07/07/a-portrait-of-the-mexican-artist-elizondo-and-joyce/#more-955>, consultado el 18 de febrero 2022.

⁴¹ El pasaje del entierro fue inspirado a Joyce por el de Matthew F. Kane, amigo de su padre John, quien murió ahogado en la bahía de Dublín. El funeral tuvo lugar el 13 de julio de 1904.

FILOSOFÍA EN MÉXICO. DISERTACIONES*

Jaime Labastida

Para entrar en materia:

¿Qué entendemos por este sintagma, *filosofía en México*? ¿Qué campo semántico cubre la palabra *filosofía*? ¿Qué, la voz *México*? ¿Por qué hablamos de filosofía *en México* y no de filosofía *de México*?

De entrada, sostenemos que la filosofía es un fenómeno de lenguaje, oral o escrito, es decir, una determinada forma de hacer expreso el pensamiento. La lengua en la que se haga filosofía determina, en buena medida, su carácter. El trabajo filosófico indica duda, rigor, método. Todos los hombres, de un modo u otro, piensan, pero no todos hacen filosofía. La filosofía exige un *análisis corrosivo de las palabras*, para citar al poeta Antonio Machado, quien las atribuye a Juan de Mairena.¹ Por consecuencia, la filosofía pone en duda todo aquello que venga de la autoridad; nada le es más ajeno que la voz de los ancianos, la sabiduría de los antiguos. En este preciso sentido, pues, *filosofía* se opone, de manera necesaria, a *sabiduría*.² Desde el ángulo que aquí asumo, no se trataría de *amar al saber*, propiamente hablando, sino de *amar a lo que se ignora*, es decir, dudar de

* Texto leído en la sesión remota ordinaria del 26 de mayo de 2022.

¹ Antonio Machado, *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1936, p. 299.

² *Sapientia* es un neologismo latino que se debe a Ennio. No es traducción de la voz helena *sophia*, sino una verdadera creación verbal. La voz griega se asocia al trabajo manual y a las habilidades de la mano (un carpintero que construye barcos puede ser un *sophós*; lo mismo que un buen herrero). La palabra latina, en cambio, procede del verbo *sapio*, *-is*, que significa saborear. En el caso griego, el verbo está vinculado a la mano; en otro caso, el latín, a la lengua (al mismo tiempo órgano de la fonación y del gusto). Véase, Pierre Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, Klincksieck, París, 1984, bajo la entrada *sophós*. Véase también A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, Klincksieck, París, 1979, bajo la entrada *sapio*, *-is*.

lo establecido, criticar, investigar, indagar por lo que aún no se sabe; buscar lo nuevo, lo desconocido, hacer añicos lo que se ha recibido del saber anterior. *Amor a la sabiduría* debiera entenderse, a mi juicio, por lo contrario de lo que etimológicamente indica la voz *filosofía*: no “amor a la sabiduría”, sino *amor a lo que no se sabe*, a la novedad (rigurosa).

La antigua palabra, que veneran los hombres de Mesoamérica y en la que se apoyan las sociedades homotaxialmente anteriores a la griega, posee la característica inversa: la de respetar lo que se recibe de los ancianos, la aceptación acrítica de lo que viene de lejos y que, por sólo eso, es verdadero.³ Insisto y preciso: *la antigua palabra* puede contener y de hecho contiene *saber*, *conocimiento empírico*, pero, en la medida misma en que viene de la tradición y por eso se respeta, se situaría en el polo opuesto de la función crítica que le corresponde a la filosofía.

Émile Durkheim ha puesto en relieve esa forma de respuesta cuando indaga por qué los miembros de los clanes australianos realizan determinadas ceremonias. “Así lo hacían los antepasados”, dicen siempre.⁴ La filosofía cobra vida precisamente cuando ofrece una respuesta distinta a lo que dicen los sacerdotes, el oráculo, las voces de los dioses o de los ancianos. *He buscado en mí mismo*, afirma, con no disimulada soberbia, Heráclito de Éfeso.⁵ Lo que sabe el filósofo jónico no viene de las señales que envía Apolo ni de las palabras de los sacerdotes ni del saber tradicional ni siquiera de lo que han dicho los poetas y los sabios que los helenos admiran (el filósofo de Éfeso desdeña a Homero, a Hesíodo, a Pitágoras).⁶

³ Huhuetlahtolli. *Testimonios de la antigua palabra*. Recogidos por fray Andrés de Olmos hacia 1535, edición y estudio introductorio de Miguel León-Portilla, transliteración del texto náhuatl y traducción al español de Librado Silva Galeana, Fondo de Cultura Económica, México, 2017. El concepto *homotaxial* procede de la biología, en donde lo acuñó Thomas Huxley; de ahí lo tomó el antropólogo Vere Gordon Childe: dos sociedades humanas pueden ser distantes en el tiempo y, sin embargo, *homotaxialmente* semejantes en su grado de desarrollo: Vere Gordon Childe, *Evolución social*, traducción de Daisy Learn y Elí de Gortari, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1964.

⁴ Émile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*, traducción de Ramón Ramos, Akal, Madrid, 1992, p. 346, entre otras.

⁵ Heráclito, fragmento 101, según Diels-Kranz: *Die Fragmente der Vorsokratiker*, t. I, Weidmann, Zürich, 2004.

⁶ Son múltiples los fragmentos en los que se expresa con profundo desdén tanto de *la masa* cuanto de los poetas que los helenos reverencian.

Lo que dice, a grandes voces, no es entendido por quienes lo escuchan; tampoco por los que aún no lo han hecho: viene de una entidad ficticia que de súbito aparece en la historia humana: la razón, el *lógos*, la estructura común del lenguaje (el lenguaje crítico, por supuesto; aquel que pone en duda el saber tradicional).⁷

Si entendemos así la filosofía, ¿dejaremos de lado en estas disertaciones todo lo que haya venido de la tradición mesoamericana? No, desde luego. Es necesario deslindar la filosofía propiamente dicha de aquella forma de pensamiento que, a partir de Miguel León-Portilla, ha sido llamada *filosofía náhuatl*, primero, y *pensamiento maya*, un poco después.⁸ Por tal motivo, hemos de examinar en qué consiste ese pensamiento y cuál es su carácter.

Por otro lado, ¿qué entendemos aquí por la palabra *México*? ¿El actual territorio que forma nuestro país? ¿A qué debemos ceñirnos? Lo que hoy llamamos *México* posee una historia y esa historia no es lineal: está llena de rupturas. Distintas sociedades han habitado este territorio: con lenguas, estructuras sociales y formas diferentes de pensamiento. Los pueblos que vivían en Mesoamérica y en Aridoamérica, ¿eran “mexicanos”? Si lo eran, ¿en qué sentido? ¿Podemos aceptar lo que de modo implícito nos propone la magna colección *México a través de los siglos*?⁹ México, ¿como si fuera una sola esencia, un ente definido (y definitivo) que es *el mismo* “a través de los siglos”? ¿Un México *antiguo*? ¿Otro México *novo-hispano*? Aquellos españoles (peninsulares y criollos) que vivían en Nueva España, ¿eran ya “mexicanos”? ¿Fueron los “primeros mexicanos”? Los nahuas y, aun más específicamente, los mexicas, ¿eran “mexicanos”, en el sentido que se entiende hoy? ¿Qué sucedía con el pueblo que habitaba

⁷ Fragmento 50, según Diels-Kranz. Véase mi libro *El edificio de la razón. El sujeto científico*, Siglo XXI, México, 2007, en especial pp. 27 ss.

⁸ Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1959; y *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1968.

⁹ Bajo la dirección de Vicente Riva Palacio, los cinco volúmenes se editaron entre 1884 y 1885, en México y Barcelona, por Ballezá. El primer volumen, *Historia antigua y de la conquista*, fue obra de Alfredo Chavero. Por el sustantivo *México*, Chavero entiende ya el conjunto del país como hoy se le conoce y por tal motivo se ocupa no sólo de los pueblos nahuas, sino también de casi todos los pueblos que han habitado o habitan el actual territorio de nuestro país.

en Nueva España, estrictamente dividido en castas? Los mestizos, ¿eran “mexicanos”? ¿Se utilizaba el gentilicio *mexicano* para designar a todos los habitantes del país? Por supuesto que no. Se me puede objetar que Carlos de Sigüenza y Góngora, hacia 1680, registra un buen número de “mexicanos” en su *Triunfo parténico*. Y así es. Por supuesto que todos ellos se refieren a los nacidos en Ciudad de México, no en Nueva España, en tanto que se registra con el gentilicio de “angelopolitano” al nacido en Puebla de los Ángeles (Juan Merlo de la Fuente) y con el “de Oaxaca” (no “oaxaqueño”) al nacido en esa ciudad (Nicolás del Puerto). Los nacidos en la península ibérica (Alonso de la Vera Cruz o Francisco Naranjo, por caso) carecen de gentilicio, en tanto que resulta obvio (son ibéricos, peninsulares).¹⁰

Entonces, ¿a qué se daba el nombre de México en Nueva España? A lo largo de la época virreinal, por “México” se entendía sólo la ciudad, la Muy Noble y Leal Ciudad de México.¹¹ En el curso del siglo xvi, “mexicano” era lo que hoy llamamos mexicana o, en un sentido un poco más amplio, el hablante de lengua náhuatl.¹² La gramática de Andrés de

¹⁰ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Triumpho parthenico que en glorias de María...*, Juan de Ribera, México, 1683, folios 87 vto., 88, 88 vto. 89 y 89 vto.

¹¹ Véase Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554. Tres diálogos latinos*, edición facsimilar, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2001. Introducción de Miguel León-Portilla; la traducción al español es obra de Joaquín García Icazbalceta. Existe una edición completa, *México en 1554 y Título Imperial*, con Prólogo y notas de Edundo O’Gorman (Porrúa, México, 1963). Allí se entiende por “México”, desde luego, Ciudad de México. Lo propio ocurre con el grandioso poema de Bernardo de Balbuena: *Grandeza mexicana*, publicado en 1604 (el adjetivo califica a Ciudad de México). Lo mismo sucede todavía por 1746, cuando Cayetano de Cabrera y Quintero edita *Escudo de armas de México*: no se refiere al país sino a la ciudad (edición facsimilar, Instituto Mexicano del Seguro Social, México, 1981). El mapa que ofrece Francisco Xavier Clavijero en su *Historia antigua de México* comprende la actual región central de nuestro país. Se apoya en la matrícula de tributos y confunde la tributación (*tequitl*) con el dominio y la soberanía territoriales. Por la voz *México*, Clavijero entiende el “Reino de México”, es decir, el señorío despótico-tributario de México-Tenochtitlan.

¹² En la *Relación de Michoacán*, por ejemplo, manuscrito hecho alrededor de 1540, obra de Jerónimo de Alcalá (que se dice tan sólo “intérprete”, y no autor, de la relación de las antigüedades que le hacen los ancianos purhépechas), se llama *mexicanos* a los hombres de lengua náhuatl o a los residentes de México-Tenochtitlan, aliados de los españoles (tanto de Cristóbal de Olid cuanto de Nuño de Guzmán), para diferenciarlos de los michoacanos (*Relación de las ceremonias y ritos y gobernación de los indios de la Provincia de Mechucán*, El Colegio de Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán, México, 2000).

Olmos se titula *Arte de la lengua mexicana* (y se refiere, de modo específico, a la lengua náhuatl).¹³ Nunca, en la época virreinal, se dio en llamar “mexicano” a un maya, a un zapoteca, a un yaqui o a un purhépecha. Tampoco a un español criollo, a un español peninsular o a un mestizo, aun menos a un negro, a un mulato o a un “saltapatrás”. Todos eran “vasallos de Su Majestad Católica”, desde luego. La gran aportación de Bartolomé de las Casas consistió en lograr que los indios fueran considerados súbditos de la Corona; por lo mismo, dependientes en forma directa del rey, a igual título que los españoles, criollos o peninsulares (de ahí se derivó la separación, en dos grandes segmentos, de la sociedad virreinal: la República de los Españoles, por un lado, y la República de los Indios, por otro). Ya en el siglo XVII, lo hemos visto, “mexicano” podía ser llamado el nacido en Ciudad de México, aun si era español criollo, como lo era el propio Sigüenza y Góngora.

Culminada la Independencia, los paradigmas políticos fueron otros. México nació, es decir, se convirtió en una *nación*: los habitantes del nuevo país dejaron de ser súbditos de un monarca, para adquirir la categoría de ciudadanos de una república.¹⁴ Por obra de esas palabras jurídicas, *todos* los habitantes del país fueron *mexicanos*. Subrayo que, en el momento de señalar por medio de la palabra a la nación emergente, se osciló mucho sobre su nombre (y, por lo tanto, sobre el gentilicio de sus ciudadanos).

¹³ Conozco dos ediciones de la obra de Andrés de Olmos. La primera, *Arte de la lengua mexicana*, fue realizada por Rémi Siméon, en París, 1875 (el facsímil de esta obra fue hecho por el editor Edmundo Aviña Levy, en Guadalajara, en 1972; lleva una introducción de Miguel León-Portilla; dice que se terminó en 1547). La segunda reproduce el manuscrito original de Olmos y fue realizada por Ascensión Hernández Triviño y Miguel León-Portilla, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2002. Queda claro que, por lengua *mexicana*, Olmos entiende el *náhuatl*. Todavía en 1885, Rémi Siméon considera equivalentes *náhuatl* y *mexicana*, pues así denomina a su *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana* (Imprimerie Nationale, París. Hay edición en español por Siglo XXI, México, con traducción de Josefina Oliva de Coll, 1ª edición en 1977).

¹⁴ Sobre el sentido estricto del concepto de *nación*, hay que recurrir al excelente trabajo de Marcel Mauss, “La Nation”, en *Oeuvres*, t. 3, *Cohésion sociale et divisions de la sociologie*, presentación de Victor Karady, Minuit, París, pp. 571 ss. Varias de las características que Mauss le atribuye a la *nación* no se hallan todavía en el México naciente.

Servando Teresa de Mier proponía llamarlo “Anáhuac”,¹⁵ por ejemplo. José María Morelos, por primera vez, hasta donde mis conocimientos alcanzan, designó al territorio que se buscaba hacer independiente con el sustantivo de *América* acompañado del adjetivo *mexicana*.¹⁶ *México*, pues, no era todavía el sustantivo con el que hoy designamos a nuestra nación: el sustantivo era *América*; el adjetivo, *mexicana*. Todavía en los Tratados de Córdoba, firmados el 24 de agosto de 1821 por Juan O’Donojú (en su carácter de capitán general y jefe superior político de la Nueva España) y Agustín de Iturbide (que se asume como jefe del Ejército Imperial Mexicano), se oscila entre la antigua nomenclatura y la nueva. Se dice, pongo por caso, mediante una expresión ambigua y en extremo barroca, que “se desatan sin romper los vínculos que unieron” a las dos Españas, para luego hablar del “Imperio Mexicano”.¹⁷ Quisiera hacer énfasis en el hecho de que el significante es significativo y que, por lo tanto, no es de ningún modo inocente: lleva como una larva su significado. Los insurgentes, a lo largo de la guerra, se autoidentificaban como *americanos* (no como *mexicanos*). Por esto hablo de filosofía *en México* y no de filosofía *de México* ni de filosofía mexicana (entidad cuya existencia me parece en extremo dudosa).

Debo advertir también que, desde la perspectiva que asumo y en tanto que he señalado que la filosofía es un fenómeno de lenguaje, no es en modo alguno inocente la lengua en la que se dicta una cátedra filosófica ni la lengua en la que se produce filosofía.

¿A partir de qué momento la filosofía cobró un rostro propio y se desarrolló con ímpetu en Europa? A lo largo de la Edad Media la filosofía se enseñó y se escribió en latín. El lenguaje de la ciencia también era el de esa *lingua franca*. La Edad Moderna indica una ruptura clara. René

¹⁵ Bajo el seudónimo de José Guerra, Servando Teresa de Mier publicó en Londres, en la imprenta de William Glindon el año de 1813, su *Historia de la Revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac*.

¹⁶ *Decreto constitucional para la libertad de la América Mexicana, sancionado en Apatzingán a 22 de octubre de 1814* (edición facsimilar y estudio introductorio de Héctor Fix-Zamudio, Siglo XXI, México, 2010).

¹⁷ Sigo la versión íntegra de los Tratados de Córdoba, según lo establece Julio Zárate en el vol. III de *México a través de los siglos* (op. cit., pp. 739, columna 2ª, y ss.).

Descartes osciló entre el latín y el francés. Galileo Galilei también osciló entre el latín y el toscano. Baruch Spinoza escribió en latín; lo mismo hizo Isaac Newton. Gottfried Wilhelm Leibniz prefirió el francés. Pero los empiristas ingleses fueron fieles a su lengua nativa, el inglés. Emmanuel Kant escribió en alemán y publicó la *Critik der Reinen Vernunft*, en la capital de Letonia, Riga, en tanto que vivía en la Prusia Oriental. A partir de entonces, la filosofía fue dictada y escrita en las lenguas nacionales. El uso de las lenguas vulgares le proporcionó a la filosofía una libertad antes desconocida; la liberó del yugo impuesto por el latín: le dio otros temas, le concedió nuevos términos.¹⁸

¿Qué sucedía en la Nueva España? ¿En qué lengua dictó sus lecciones Alonso de la Vera Cruz cuando fundó el Colegio de San Nicolás, en Tlaxi-cotlán? ¿En español? ¿En náhuatl? ¿En purhépecha? No, en latín: fue una traslación de sus preocupaciones cristianas y escolásticas, a la tierra de la que adoptó el nombre. En esa misma lengua dictó Alonso de la Vera Cruz sus cátedras filosóficas en la Real y Pontificia Universidad de México, desde que fue fundada. Se me dirá, no sin razón, que hubo una novedad filosófica y es cierto: la realidad americana, la terrible explotación del trabajo de los indios, la crueldad de la encomienda, obligó a los teólogos a preguntarse por las razones de lo que entonces recibía el nombre de “guerra justa” (*iusto bello*).¹⁹ Lo prueba, sin duda alguna, el valeroso, magnífico

¹⁸ Aduzco un solo caso. La escolástica tradujo los textos aristotélicos que tratan de los seres vivos (en *Física*) y los reunió bajo el nombre común *De anima*. Pero Aristóteles jamás habló en esos textos de *psiché*, sino de *zoón*, palabra que se forma con el verbo *záo*, “vivir”, y el participio del verbo *eimi* (ón), “ente” o “ser”: un *zoón* es un “ente vivo”, no un “alma”. *Psiché* indica “soplo”, “respiración”, “aliento”; poco a poco, derivó en “vida”, “aliento vital”. Algo semejante sucede con la voz latina *anima*, que en sus inicios indicó, igual que la griega, “soplo”, “respiración” o “aliento” para transformarse en “alma” en el curso de los siglos (véase los dos grandes diccionarios, ya citados, de Chantaine, para el griego, y de Ernout y Meillet, para el latín, bajo las entradas respectivas). El término latino *anima* por el que fueron traducidos los libros de Aristóteles produjo una serie de textos abstrusos a propósito de esas tres “almas” distintas en el ser humano, es decir, la “vegetativa”, la “sensitiva” y la “racional”.

¹⁹ Alonso de la Vera Cruz, *Investigación filosófico-natural. Los libros del alma*, traducción de Oswaldo Robles, Imprenta Universitaria, México, 1942. A su vez, *Libro de los elencos sofísticos* fue traducido por Mauricio Beuchot (Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989. Estos dos breves libros deben ser considerados como textos académicos, digo, para ser leídos y estudiados en las aulas universitarias). Antonio Gómez Robledo hizo un amplio estudio y publicó una antología de diversos textos de Alonso de la Veracruz en Porrúa (México, 1984), bajo el

y extraordinario texto de Alonso de la Vera Cruz sobre el dominio de los infieles y la guerra justa. Pero lo mismo que preocupó al fraile agustino en la Nueva España hizo reflexionar, en la vieja España, a pensadores de la talla de Francisco de Vitoria y Ginés de Sepúlveda (aunque de signos contrarios y enemigos).²⁰ El dominio sobre los así llamados infieles, el carácter legítimo (o no) de la donación papal de Alejandro VI a los reyes de Castilla y Portugal, la duda sobre la legitimidad (o no) de la soberanía del Emperador sobre el Nuevo Mundo, levantó las duras cuestiones de los filósofos.

Pese a todo, el origen jurídico de la soberanía y de la propiedad sobre las tierras recién descubiertas fue siempre puesto a salvo. Incluso Bartolomé de las Casas titula el más importante de sus libros de esta manera significativa: *Apologética Historia Sumaria quanto a las cualidades... cielo y suelo... destas Indias Occidentales y Meridionales cuyo imperio soberano pertenece a los Reyes de Castilla*.²¹ La donación del papa Alejandro VI nunca es impugnada. Por el contrario, se la estima como el origen jurídico de la *soberanía imperial*, de la necesidad de convertir a los infieles a la fe cristiana (razón suficiente de la guerra justa) y de todo dominio y toda propiedad en América, lo mismo de la privada (las mercedes reales otorgaban tierras y minas a los particulares) que de la pública (de las llamadas propiedades realengas derivan hoy las llamadas federales). Es verdad que Vitoria y Vera Cruz sostienen que los caciques y señores ejercían, a título legí-

título *El magisterio filosófico y jurídico de Alonso de la Veracruz*. Roberto Heredia Correa tradujo y publicó las dos primeras “Dudas” del manuscrito *De dominio infidelium et iusto bello* (Universidad Nacional Autónoma de México, 2000). Posteriormente, en 2007 el mismo Heredia Correa publicó, en una edición crítica y bilingüe, acompañada de abundantes notas, también por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) la traducción completa de ese texto mag-nífico.

²⁰ Véase, de Antonio Gómez Robledo, *Política de Vitoria* (Imprenta Universitaria, México, 1942) y de Juan Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

²¹ Bartolomé de Las Casas, *Apologética historia sumaria*, edición de Edmundo O’Gorman, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1967. O’Gorman señala en su “Estudio preliminar”, con toda razón, que “el lenguaje de Las Casas fue el del aristotelismo escolástico puesto al servicio de los intereses universalistas de la comunidad cristiana, mientras que el de Sepúlveda fue el del aristotelismo renacentista puesto al servicio de los intereses políticos del nacionalismo español” (t. I, p. lxxviii).

timo, el gobierno de sus pueblos y llegan a proponer la *restitución* de las tierras y las propiedades comunales a los naturales, pero esa acción jurídica jamás tuvo efectos prácticos. Además, sus tesis se refieren sólo a las tierras comunales de que habían sido despojados los pueblos, pero no a la soberanía del emperador sobre el Nuevo Mundo. La soberanía, a pesar de haberse producido por medio de la violencia y, por supuesto, de manera injusta, en un principio, era ya necesaria, justa e irreversible, en razón de que, gracias a ella, se propagaba el evangelio y se consolidaba la fe cristiana.

Por consecuencia, la filosofía *en México* adquiere un nuevo carácter y asume un rostro novedoso, a mi juicio, sólo a partir de Carlos de Sigüenza y Góngora, el primero que escribe un texto filosófico y científico, moderno, en lengua española, aunque plagado de citas en latín (no se me oculta, por lo mismo, que el español en el que escribe Sigüenza es, en tanto que barroco en extremo, en cierto sentido, un protoespañol mexicano: escribe las palabras de manera latinizante: *philosophica*, *trivmpho* y *parthenico*, por ejemplo). Sigüenza afirma que “no quier(e) latines en lo que pretend(e) vulgar”, lo que indica una fase de transición entre dos etapas lingüísticas. *Libra astronómica y filosófica* es el primer texto de filosofía escrito en lengua vulgar, oscilante entre dos lenguas, en el orbe entero de la lengua española, tanto en uno como en otro lado del Atlántico.²² Esto ocurre en el ocaso de la dinastía de los Austria. Se inaugura, así, la escritura de la filosofía en lengua española (lo mismo aquí, en América, que en España). Se trata de un giro total. Por lo tanto, a mi entender, una historia de la filosofía *en México* debería iniciarse con el examen de este texto revolucionario, escrito en la lengua (la lengua española) que luego sería aquella en la que se expondría, oralmente o por escrito, la filosofía en nuestro país, desde la segunda mitad del siglo XVIII, a todo lo largo del siglo XIX y hasta hoy.

²² Carlos de Sigüenza y Góngora, *Libra astronómica y filosófica*, presentación de José Gaos, edición de Bernabé Navarro, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1959 (la versión editorial de Bernabé Navarro moderniza ortografía y otros aspectos “externos” de la original). La primera edición fue hecha en México por los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón, en 1690. Sigüenza se ostenta como cosmógrafo y matemático regio en la Academia Mexicana.

Desde el momento mismo en que se instala en Nueva España el dominio político, jurídico y militar hispano, se produce una divergencia notable: la filosofía y la ciencia se expresan en latín; en cambio, la literatura, el teatro, las crónicas de frailes y de soldados se escriben en lengua vulgar. Hay dos circuitos, pues, que sólo ocasionalmente se tocan: el culto, que tiene acceso a las cátedras universitarias y a las imprentas (se escribe y se publica en latín) y el popular, que apenas si tiene acceso a las prensas y que se redacta en español. De ahí la importancia de la *Libra astronómica y filosófica*: presagia lo que acontecerá, ya de manera normal, bajo la dinastía de los Borbones y, en particular, bajo el reinado de Carlos III, el hecho de que la filosofía se enseñe y se escriba en español. Por consecuencia, la filosofía en México se inicia, estrictamente hablando, desde mi punto de vista, a partir de ese momento, el momento en que Carlos de Sigüenza y Góngora publica su *Libra astronómica y filosófica*. Así, pues, a mi entender, una historia de la filosofía en México debería iniciarse con el examen de este texto revolucionario en tantos sentidos (es moderno, científico, está escrito en español). Es el germen real de lo que luego sería una forma normal de exponer, oralmente o por escrito, la filosofía en nuestro país, desde la segunda mitad del siglo XVIII, a lo largo de los siglos XIX y XX y hasta el día de hoy.

Si adoptamos esta manera de examinar el desarrollo de la filosofía en nuestro país, la asumiremos como cualquier otro ente histórico. No hay una entidad metafísica llamada “México”, intacta a lo largo de los siglos, de la que “emanen” manifestaciones diversas: el “México antiguo”, el “México colonial”, el “México independiente”. “España” no realizó la “Conquista de México”; los “españoles” no “nos conquistaron”, puesto que ni España ni México habían cobrado existencia por aquella época. El lenguaje cotidiano y vulgar nos induce a error, pues se dice, por igual, “Conquista de México” tanto si se refiere a la caída del señorío despótico-tributario de México-Tenochitlan, cuanto “Conquista de México”, como si se tratara del México actual. Aquí estamos ante esa “falacia de equivocación” que propone Alonso de la Vera Cruz (confundir “can”, el animal, con “Can”, la constelación). No es lo mismo “México”, el señorío mexica, que “México”, la nación actual.

¿Por qué asumir el carácter de *víctimas*? ¿Por qué no aceptar que entramos a sangre y fuego en Tenochtitlan, con las hordas de Cortés? ¿Por qué no nos asumimos también como victimarios? Hablamos español, una lengua occidental (y universal). Sé que es difícil aceptar esta propuesta; que, por el contrario, es fácil asumirse como el débil, el que recibió el yugo y la violencia de las armas. Pero si consideramos que México es una sociedad en desarrollo; que no surgió desde el fondo de los tiempos como una entidad acabada; que *nosotros*, por consecuencia, nos movemos y nos desarrollamos al mismo tiempo que el país; si formamos parte de la mayoría nacional hispanohablante, admitiremos que una fue la sociedad fragmentaria, previa a los sucesivos procesos de conquista y colonización; otra, distinta, la que se formó a lo largo de los tres siglos del virreinato; otra más, distinta también, la que se otorgó mayoría de edad y se dio el título de nación y de república independiente y otra, diferente, la que nos proponemos edificar ahora, en medio de las turbulencias del siglo *xxi* y las exigencias de un mundo planetario.

México no es sólo su pasado; no es el país homogéneo que deseaban los españoles criollos en el momento de la Independencia; tampoco el que soñaron los liberales a lo largo del siglo *xix*; menos aún esa abstracción que forjaron los filósofos de “lo mexicano” en el siglo *xx*; es una nación heterogénea y plural, un conjunto plurilingüístico, pluriétnico y multicultural; es, por sobre todo, su futuro: la exigencia de edificar una nación moderna, abierta al universo, celosa de sus raíces, pero dispuesta a cambiar. México *no es*, sino que *está en proceso de ser*.

LA UNIFICACIÓN DE LA FÍSICA*

Julieta Fierro**

Una de las herramientas más poderosas que ha desarrollado la ciencia son las matemáticas: el lenguaje de la naturaleza y de la física para comprender las leyes que rigen al universo. En este texto se describirán algunos esfuerzos para poner en evidencia todas las fuerzas que ha descubierto la física en una sola expresión.

La física busca ser sintética, precisa y predictiva; desarrolla herramientas que puedan adelantarse a los acontecimientos con la mayor precisión posible. Las leyes que rigen a la naturaleza deben ser diáfanas puesto que ésta funciona sola; se forman galaxias con estrellas, planetas, personas, todo lo que observamos.

Existen ejemplos bien conocidos de física elegante, transparente, un ejemplo es la ecuación más famosa del mundo: $E = mc^2$. Lo que esta expresión nos indica es que si contamos con energía podemos transformarla en materia y si tenemos materia es posible convertirla en energía. En esta expresión E representa la cantidad de energía, m la de materia, y c^2 es una constante, no varía, puede ser igual a 1: un año luz en un año es igual a 1, al cuadrado también. Aplicaciones notables de esta ecuación son el inicio de la expansión del universo a partir del evento llamado *gran explosión*; la energía que liberó el vacío se transformó en materia, como los protones, neutrones y electrones. Posteriormente estas partículas se fusionaron para crear nuevos elementos. La transformación de materia en energía se pone en evidencia en las estrellas, mediante reacciones termonucleares generan radiación. La energía que produce el Sol de forma estable y prolongada favoreció la evolución de la vida en la Tierra.

* Texto leído en la sesión remota ordinaria del 24 de marzo de 2022.

** Academia Mexicana de la Lengua e Instituto de Astronomía de la UNAM.

La física no explica toda la complejidad, en particular la que surge de los fenómenos emergentes como las neuronas de nuestro cerebro, que se sincronizan y logran generar el pensamiento.

Otro ejemplo de la manera diáfana en que la física explica las observaciones es el modelo estándar de la gran explosión. Si se grafica en una escala logarítmica el cambio de la temperatura de la radiación del universo, respecto del tiempo, se obtiene una curva recta descendiente. Esta gráfica se lee de manera directa, sin complicaciones, nos señala que conforme han transcurrido los 13 800 millones de años de la expansión cósmica la temperatura ha disminuido. Durante los primeros milenios de la expansión la temperatura era tan alta que los átomos estaban ionizados, pasó el tiempo y disminuyó la temperatura, así que los protones pudieron atrapar a los electrones. Cuando la temperatura disminuyó más, se aglutinó el gas para formar estrellas. Más tarde se integraron los planetas y ahora estamos aquí, pensando, descubriendo, esforzándonos para entender los datos que nos arrojan las observaciones.

A continuación, describiremos algunos esfuerzos que han procurado unificar la física para describir el conjunto de las leyes de la naturaleza de manera sucinta.

La primera persona que unificó la física fue Newton. Él se dio cuenta que procesos como la fuerza de gravedad que sintetizó en la expresión: $F = GmM/r^2$, no sólo explican los fenómenos terrestres, sino también los cósmicos. La ecuación señala que la fuerza que ejerce la gravedad entre dos cuerpos depende de la cantidad de materia que contenga cada uno: m y M , y de que tan separados estén r^2 , la letra G es una constante. Newton descubrió que esta expresión no sólo explica la caída y las trayectorias de objetos en la Tierra, desde una manzana hasta la bala de un cañón, sino que también describe con precisión la órbita de la Luna en torno a la Tierra o la manera en que el Sol mantiene unido al sistema solar. Incluso señaló, empleando la misma ecuación, que cuerpos con suficiente materia se vuelen esféricos como la Tierra, la Luna, o el Sol, pues la gravedad es una fuerza central, la atracción se ejerce en dirección del centro de los astros masivos. Newton nos demostró que las leyes que norman los procesos terrestres son universales.

Le debemos la segunda gran unificación a Maxwell. Notó que la electricidad y el magnetismo, que estudió Faraday por separado, eran parte de lo mismo. Si fluye corriente eléctrica por un alambre genera un campo magnético, y si un imán se mueve cerca de un alambre, éste genera electricidad. Gracias a estos descubrimientos contamos con turbinas en las presas, la caída del agua pone en movimiento electroimanes, estos generan electricidad que se transmite mediante cables. Además Maxwell puso en claro que la luz y el resto de la radiación son ondas electromagnéticas que viajan por el vacío. Estudiando la radiación electromagnética que llega a la Tierra se pueden conocer las propiedades de los astros.

La tercera unificación surgió a partir del estudio de los átomos. Los átomos que forman los elementos de la tabla periódica; no se ha descubierto ningún otro elemento químico en el universo. En el mundo macroscópico podemos medir la temperatura y la presión de un gas; sabemos medir la presión de las llantas de un auto o la temperatura de una persona. El análisis del mundo microscópico logró medir la densidad y velocidad de los átomos; se descubrió que estas propiedades explicaban la presión y la temperatura del mundo macroscópico. Se lograron unificar propiedades macroscópicas: presión y temperatura, con las microscópicas: densidad y velocidad de las partículas atómicas.

Poco después del descubrimiento de los átomos Albert Einstein obtuvo otra unificación, la del espacio y el tiempo. Él tenía claro que si alguien mide la velocidad de un objeto ésta dependerá de la velocidad del observador. Usó como ejemplo los ferrocarriles. Una persona quieta mide cierta velocidad cuando observa el paso de un convoy en movimiento. Sin embargo, si la persona corre para subirse a un vagón que avanza y lo logra, la velocidad del corredor deberá ser igual a la del tren en ese momento; la velocidad relativa será cero. En cambio, si la persona va sobre un tren en movimiento y observa otro que pasa al lado en dirección contraria medirá una velocidad mayor a la de los ejemplos anteriores. Es decir, la velocidad depende del observador.

A diferencia de los trenes, Einstein sabía que la velocidad de la luz era constante. Por ejemplo, si se mide la velocidad de la luz que nos llega desde el Sol, ésta es siempre la misma; no importa si la Tierra se

desplaza hacia el Sol o si se aleja de él. Por definición la velocidad es la distancia recorrida en un tiempo determinado: $v = d/t$. Para que la velocidad de luz sea constante, $c = 300\,000$ km/s, es necesario que si se modifica d , debe cambiar t , es decir, para que c sea constante las dimensiones espaciales deben estar ligas a la temporal. Einstein descubrió el espacio-tiempo; unificó la estructura geométrica del espacio con el tiempo. Como si fuera poco, Einstein explicó que ecuaciones de Newton se deben a deformaciones del espacio-tiempo en presencia de objetos masivos; lo cual se ha comprobado en numerosos experimentos. Un ejemplo notable fue la estructura de la imagen de la materia que gira en torno del hoyo negro del centro de nuestra galaxia, Sagitario A*.

A pesar de estos cuatro logros de unificación: que las leyes de la física son universales, el electromagnetismo, las propiedades macroscópicas y microscópicas de los gases, la relatividad general, el panorama se complicó con el estudio de la mecánica cuántica.

El mundo macroscópico: los cúmulos de galaxias que conforman la telaraña cósmica, las cien mil millones de estrellas de las cien mil millones de galaxias, los planetas y satélites, nosotros, lo que percibimos en nuestro entorno —como la trayectoria de un balón— se rige a través de la mecánica clásica de Newton y de Einstein. Pero si se analiza el mundo subatómico, las leyes que lo rigen son distintas, son probabilísticas. Si lanzamos una moneda, mientras está en el aire no sabemos si caerá con la cara de águila o de sol; mientras gira es águila y es sol. El estado de una partícula no se puede predecir, no podemos medir con certeza sus condiciones físicas, ni conocer de manera simultánea su velocidad y posición. Tampoco sabemos cuando se desintegrará una partícula subatómica para formar otras distintas.

El mundo subatómico posee propiedades impensables para las leyes creadas por físicos como Einstein, donde uno de los fundamentos es que la velocidad de la luz es la mayor con la cual podemos transmitir o recibir información. Existen partículas subatómicas “enlazadas”, si las separamos tan lejos como queramos y una cambia de estado, instantáneamente la otra también lo hará. En el mundo macroscópico observamos a las galaxias como fueron hace millones de años, pues la radiación con la cual

las estudiamos llega a la velocidad de la luz y ésta tarda mucho tiempo en llegar; en cambio en el mundo microscópico las partículas enlazadas cambian de estado al mismo tiempo, no importa que tan alejadas estén.

La cosmología ofreció dos nuevos retos para la física en los años recientes; la posible existencia de la materia oscura y la expansión acelerada del universo. Esto implicaría que sólo 5% de lo que existe en el cosmos es materia común, los átomos; el 27% es materia oscura y 68% energía oscura.

La existencia de materia oscura se invocó para explicar el motivo por el cual se mantienen unidas las galaxias. Así como el Sol posee suficiente materia para que los planetas orbiten en torno de él; la suma total de la materia visible de las galaxias: estrellas, materia interestelar, no es suficiente para explicar cómo se mantienen en órbita los astros en torno del núcleo galáctico; deberían estarse dispersando. Sin materia oscura tampoco se explicaría la telaraña cósmica, la estructura de filamentos y paredes donde se ubican los cúmulos de galaxias. Así, se invocó la existencia de materia oscura, que no produciría luz ni la emitiría ni la absorbería, sólo se detecta por la gravedad que ejerce sobre los cuerpos visibles. Se han construido varios laboratorios en distintos países para descubrir alguna partícula de materia oscura, los esfuerzos no han tenido éxito. Incluso existe un grupo grande de científicos que consideran que la materia oscura no existe, que se podría explicar si la gravitación desarrollada por Newton no fuera universal.

Pasando al asunto de la energía oscura; si se mide la velocidad de las galaxias a diferentes distancias resulta que entre más lejos estén más rápido se alejan unas de otras. Es decir que vivimos en un universo en expansión acelerada. Para acelerar el universo se requiere energía, se desconoce de dónde proviene, de allí su nombre: energía oscura. Con nuestro conocimiento actual sólo podríamos conocer las propiedades del 5% del universo observable, el formado por átomos, el que emite radiación que ha tenido tiempo de llegar hasta la Tierra; pero ignoramos la estructura del resto.

Hasta el momento no se han podido unificar las ecuaciones físicas de las fuerzas del mundo macroscópico con las del microscópico. Una

de las propuestas para lograrlo es la teoría de cuerdas. Esta sugiere que las partículas elementales están formadas de entes llamados cuerdas, tanto abiertas, con extremos libres, como cerradas, sin extremos. Dependiendo como oscilen las cuerdas se manifiestan en forma de las distintas partículas elementales: cuarks, electrones, gravitones, muones, positrones, etc. Para fundamentar la teoría de cuerdas se requieren al menos otras seis dimensiones, además de las cuatro del mundo macroscópico: ancho, alto, largo, y, el tiempo.

La primera persona en incluir otra dimensión y calcular las fuerzas electromagnéticas a partir de la relatividad general fue Theodor Kaluza. Se le ocurrió agregar otra dimensión en las ecuaciones de Einstein y de allí deducir las ecuaciones de Maxwell, y ¡lo logró! En su momento la inclusión de otra dimensión en una ecuación se tomó como una manera matemática ingeniosa de resolver un problema complejo. Posteriormente Ozkar Klein y el propio Kaluza desarrollaron la teoría y las matemáticas para incluir un mayor número de dimensiones. Las nuevas dimensiones serían minúsculas, de dimensiones menores a las de las partículas elementales, además estarían “enrolladas, plegadas” en el microcosmos.

Para imaginar las múltiples dimensiones uno puede pensar en una hoja de papel que tiene dos dimensiones: ancho y largo. Si se enrolla para formar un tubo muy delgado, y se coloca a una distancia considerable parecerá una línea, aparentaría tener una sola dimensión. Incluso si se observara un extremo parecería un punto, cero dimensiones. Sin embargo, algunos insectos podrán circular por la superficie del tubo, para ellos será una superficie de dos dimensiones en un espacio de cuatro.

Así con la teoría de cuerdas y empleando al menos 10 dimensiones se podrían explicar las 20 propiedades fundamentales de lo que conocemos, las constantes de la naturaleza, valores como la masa y la carga de un protón, o la velocidad de la luz.

Cabe notar que nuestro universo está muy bien sincronizado para que exista como es. Si fuera ligeramente distinta la carga del electrón o la masa de un protón, el cosmos como lo conocemos no existiría, tampoco la vida.

Todavía no se han descubierto las cuerdas. Se tiene esperanza de que cuando esté renovado el gran colisionador de hadrones se puedan detectar.

La física moderna se desarrolló cuando Galileo comenzó a analizar la caída de los cuerpos. Desde entonces ha habido avances espectaculares tanto teóricos como experimentales. Los científicos son conscientes de que no existe una verdad absoluta; que siempre tendremos conocimientos parciales de la realidad, aprenderemos de nuestros errores. La ciencia pretende avanzar el conocimiento y satisfacer nuestra curiosidad. Siempre habrá preguntas que hacerle a la naturaleza y no necesariamente encontraremos formas de contestarlas ni las respuestas correctas.

PREFERIRÍA NO HACERLO

Vicente Quirarte

A la memoria de Dominique Kaliffa (1957-2020)

La frase que da título a este ensayo procede de uno de los relatos más hermosos y enigmáticos de Herman Melville. *“I would prefer no to”* es un manifiesto que deja la puerta abierta, la esperanza de un futuro. No es la negativa absoluta sino una elección hipotética. Más allá de la cortesía, es una manera de decir “quisiera quedarme, pero no puedo”. El tiempo condicional impone un retraso, una demora que finalmente conduce al escribiente Bartleby a la muerte por inanición. A un suicidio velado.

“Preferiría no hacerlo”. Supongamos que la expresión anterior es articulada en medio de una fiesta donde todos, menos el que quiere marcharse, se divierten. El que se va tiene la voluntad pero carece de la capacidad para quedarse. Quienes permanecen no imaginan que hacerlo es resistir, mantener a raya al enemigo que está esperando a su víctima en casa. La que sabe —le otorgamos nombre femenino— que la victoria final va a ser de la cuerda, el arma o el veneno. Sin embargo, quienes nos quedamos de este lado no imaginamos los sufrimientos del que se va. Nuestra alegría irresponsable, biofílica y natural, no puede comprender cabalmente esa conducta que nos parece excéntrica. Si no podemos comprenderlo plenamente, tampoco podremos respetarlo y al final nos quedaremos con una serie de preguntas sobre su último papel y su voluntaria decisión de abandonar el escenario.

Quien abre la puerta antes del tiempo que biológicamente le corresponde ocupar no es un cobarde sino un convencido. El lugar común y

* Texto leído en la sesión remota ordinaria del 23 de junio de 2022.

la nota roja la llaman “La puerta falsa”. El nombre, tan propio de canción ranchera, es equívoco y está lleno de trampas, pues quien decide abrir esa puerta es porque el dolor y el hastío la han convertido en la única posibilidad. Resplandeciente y esperanzadora. El que se va por voluntad propia experimenta en los últimos momentos un sentimiento de alegría, pues sabe que sus dolores están por terminar. Tal vez alegría no sea la palabra adecuada. Habría que decir alivio porque es lo que sobreviene al adelantar el curso natural de los hechos, trátase de una enfermedad, un desorden, una desarmonía. Todo suicida es un rebelde y merece nuestro respeto y nuestra comprensión. Cuando no nuestra admiración incondicional.

También la merece quien acepta permanecer de este lado, sufrir y gozar los desastres cotidianos del alma. Nombrar la desesperación es trascenderla, dijo Lautréamont, y la música que brota por la herida así lo demuestra. Es el turno de un sufridor profesional, un herido de tiempo completo, que supo reírse de la muerte y nos enseñó a reír con él. Su nombre es Rubén Bonifaz Nuño:

Algo se me ha quebrado esta mañana
de andar, de cara en cara, preguntando
por el que vive dentro.

Y habla y se queja y se me tuerce
hasta la lengua del zapato,
por tener que aguantar como los hombres
tanta pobreza, tanto oscuro
camino a la vejez; tantos remiendos,
nunca invisibles, en la piel del alma.

Yo no entiendo; yo quiero solamente,
y trabajo en mi oficio.
Yo pienso: hay que vivir; dificultosa
y todo, nuestra vida es nuestra.
Pero cuánta furia melancólica
hay en algunos días. Qué cansancio.

Cómo, entonces,
pensar en platos venturosos,
en cucharas colmadas, en ratones
de lujosísimos departamentos,
si entonces recordamos que los platos
aúllan de nostalgia, boquiabiertos,
y despiertan secas las cucharas,
y desfallecen de hambre los ratones
en humildes cocinas.

Y conste que no hablo
en símbolos; hablo llanamente
de meras cosas del espíritu.

Qué insufribles, a veces, las virtudes
de la buena memoria; yo me acuerdo
hasta dormido, y aunque jure y grite
que no quiero acordarme.

De andar buscando llego.
Nadie, que sepa yo, quedó esperándome.
Hoy no conozco a nadie, y sólo escribo
y pienso en esta vida que no es bella
ni mucho menos, como dicen
los que viven dichosos. Yo no entiendo.

Escribo amargo y fácil,
y en el día resollante y monótono
de no tener cabeza sobre el traje,
ni traje que no apriete,
ni mujer en que caerse muerto.

El texto pertenece a *Fuego de pobres* (1961), cuando el poeta no había llegado al año 50 de su edad, *la mitad del camino de la vida*, pues sobrevi-

viría hasta casi alcanzar los noventa años, siempre trabajando como si fuera el joven de siempre. Todo parece sonreírle en ese instante pero el sufrimiento que experimenta es verdadero. De otra manera la poesía sería puro ejercicio retórico. Toda obra de arte surge contra algo, a pesar de algo, en contra de algo. *Sólo la belleza nos ampara*, y sus visitas y alegrías son contadas y fugaces. El psicocrítico Didier Anzieu examina de qué manera Paul Valéry hubiera buscado la muerte voluntaria de no haber escrito *El cementerio marino*.

La primera expresión de gran parte de los suicidas que se salvan dice, más o menos: “Es que no me quería morir”. En otras palabras, “Preferiría no hacerlo”. El suicida, como verdadero rebelde, está haciendo una suprema llamada de atención. En realidad, es una llamada de atención a la vida que se le niega, al hábito que los otros ejercen, en apariencia sin problema, al otro a quien —inevitablemente— le está cediendo la responsabilidad de una existencia fracasada. La frase “No se culpe a nadie de mi muerte” implica culpar a todos, pero en realidad es culpar a la vida que se niega. Hay diferentes tipos de suicidas, como se ha encargado de clasificarlo Marc Etkind, autor del libro *Or not to be*, clara alusión al dilema planteado por el genio de Shakespeare.

Una de las preguntas más comunes que nos hacemos es cómo murió el suicida. Cómo eligió sus condiciones. Cuál fue su última escenografía. Quienes hemos atravesado por esos momentos lo sabemos. Mi padre se fue de entre los vivos a las tres de la tarde del 13 de marzo de 1990, mientras las jacarandas florecían en todo su esplendor. Mi hermano se quitó la vida un nueve de mayo de 1998. Iba rumbo al año 47 de su edad, yo, al número 44. La primera muerte en la familia significó un consuelo. La segunda estuvo llena de interrogantes y reproches. He tratado de explicar ambos hechos en páginas de mi libro *La Invencible*, nombre de una cantina en el viejo barrio de San Ángel, pero también sinónimo de la vida, la escritura, el amor, la belleza.

“Morir es duro. Mas no poder morir si todo muere es más duro quizá”. Luis Cernuda abre una posibilidad, con el adverbio último. Pero para el suicida están vacíos de sentido los adverbios temporales. El tiempo ha dejado de existir para él. El tiempo, ese enemigo abominado por Bau-

delaire, nos otorga un cuadrante y dicta la rutina que nos obliga a funcionar con el mecanismo de un reloj.

Admiro doblemente a mi hermano porque se colgó mediante el cable que lo unía en la vida a dos de sus más grandes pasiones: la música y su fiel reproducción. En un primer momento, cuando supe que ya no existía, de manera inmediata pensé que había acudido a un veneno. Lo afirmo sin decirlo en uno de los poemas que escribí para él, en la colección dedicada a sus alas y titulada *Zarabanda con perros amarillos*:

Un cable profesional de uso pesado
conecta mejor el alma
con el cuerpo tangible de la música
o soporta tu peso en el espacio.
Expertos en alta fidelidad
lo llaman Cable Monstruo.
Los iniciados saben
que sus piezas nucleares son de oro,
piedra filosofal, cordel, elíxir
para calmar la sed del Minotauro.

Un cinturón de piel negra y brillante
—víbora con traje de pantera,
sola prenda que ciñe una cintura—
hace de las caderas femeninas
un planeta sin límites
o mide la amargura en agujeros.
La sogá trenzada con fibras vegetales
rescata de la arena al desahuciado
o al del alma robada le permite
caminar en el aire
y ser otra vez la transparencia.

La prodigiosa lámpara
oculta en el mercado

del laberinto que guarda los secretos
 de la vieja ciudad,
 ahuyenta a los hijos de la noche
 o lacera la carne
 con su látigo limpio de pecado.
 El sobre que contiene
 la carta de adiós o la declaración de guerra
 puede cortar la lengua
 o desata en el cuerpo de la tina
 las arterias que el mármol
 envidia a los mortales.

Herramientas del hombre,
 tijeras de un Dios niño
 que se aburre de ser sin sus criaturas.

Hacer público el testimonio de un suicida es un espectáculo pornográfico, dice Etkind. Mas una palabra destaco de la carta donde mi hermano expone los motivos que tuvo para dejar el mundo: *el miedo*. Lo invadió por completo, de tal manera que no tuvo otro remedio que el de Roderick Usher en la historia de Poe: “No aborrezco el peligro, como no sea por su efecto absoluto: el terror. En este desaliento, en esta lamentable condición, siento que tarde o temprano llegará el periodo en que deba abandonar vida y razón a un tiempo, en alguna lucha con el torvo fantasma: *el miedo*”.

No es coquetería sino verdad absoluta. “Quien habla solo espera hablar con Dios un día”. “El que está solo está en mala compañía”. Las palabras de Antonio Machado y Paul Valéry no son antagónicas sino complementarias, propias del ser humano. Nacemos y morimos solos, pero buscamos la cercanía del prójimo para enfrentar juntos este inútil pero necesario combate. Wakefield, el personaje de Nathaniel Hawthorne que prefigura al Bartleby de Herman Melville, se separa del mundo de los vivos y vive en reclusión voluntaria. Vuelve a casa luego de 20 años de ausencia. Borges ha insistido en lo que su opinión constituye una defi-

ciencia de los cuentos de Hawthorne: la necesidad de contar dos o más veces la misma historia o de reiterar constantemente el símbolo de la narración. De hecho, toda la anécdota se cuenta en la noticia de periódico donde aparece la loca hazaña de Wakefield.

La tendencia a la alienación, a la separación tajante entre el sentido común, la sensatez por un lado, y la extravagancia y el derecho a la libre elección, es una constante de la narrativa de Hawthorne. Confróntese Wakefield con “El velo negro del ministro”. El pastor Hooper se aísla voluntariamente del mundo desde el momento en que un velo negro, material y tangible, cubre su rostro.

Al igual que Bartleby, monarca solitario en una oficina desierta de Wall Street, Hawthorne vivió por y para la literatura. Ante la imposibilidad de enfrentarse, o más bien adaptarse, a un mundo cada vez más irreal, negó, rechazó y se rebeló. El resultado es la obra narrativa que ahora llega hasta nosotros y que llevó a Melville a escribir: “He aquí la gran verdad sobre Nathaniel Hawthorne. Dice *no* bajo el trueno y ni el mismo demonio ha de arrancarle un *sí*. Pues todos los hombres que dicen *sí* mienten”.

Aprendamos a respetar al que se ha atrevido a decir “no”, y ha visto lo que otros han creído ver. Hubo un tiempo —que ahora observamos como lejano— en que la frase “extinción masiva” estaba lejos de nuestro presente gozoso, confortable y hedonista. La crisis actual, sin precedentes en los años que me ha tocado vivir, porque involucra a todo el planeta, ha provocado mayor ansiedad, angustia y depresión y ha aumentado por lo tanto la proclividad al suicidio. Quienes lo hemos experimentado en la mutilación por voluntad propia de seres más próximos a la tribu, hemos agotado la bibliografía que puede dar respuesta a las preguntas que nos planteamos para prevenir o no repetir esa conducta o para hallar los posibles motivos que condujeron a esa decisión. Uno de los libros que mejor confirma esta idea es *Morir antes de morir. El tiempo Alzheimer* de Arnoldo Kraus, que tiene un lugar de honor en mi librero. Acudo frecuentemente a él y otros libros que lo acompañan en el anaquel, como el *Atlas de la depresión* de Andrew Solomon o *Esa visible oscuridad* de William Styron. *Morir antes de morir* es una valerosa, dolorosa reconstrucción de la enfermedad paterna. Como sucede, o como debe suceder en todo auténtico

escritor, Kraus se vale de la experiencia personal para construir un libro que ayude a quienes pasan por dolores semejantes. Cierra el libro un extenso poema que desde su aparición se integró con ganada justicia a la selecta nómina de las mejores elegías que se han escrito sobre el padre. No se trata de una hipérbole amistosa: en una sesión de tutoría con los becarios de ensayo en la Fundación para las Letras Mexicanas, uno de los muchachos, a quien siempre le pedía que leyera en voz alta porque uno de sus trabajos anteriores consistió en leer para ciegos, dio lectura al poema de Arnoldo sin conocerlo antes. Lo hizo de manera contundente y sobria, como lo exige el texto. Al final hubo un silencio prolongado que ninguno se atrevía a romper. Recordé el cuento de Raymond Carver sobre la muerte de Anton Chéjov. Luego de que ésta ocurre, la esposa del escritor solicita quedarse un momento a solas con el cuerpo. Más tarde escribirá: “No había voces humanas, ni sonidos de todos los días. Había sólo belleza, paz, y la grandeza de la muerte”. Lo mismo puede afirmarse del lector que hace parte de sí, de manera profunda y verdadera, la escritura de Arnoldo Kraus. Como pocos, ha logrado aliar al mismo tiempo la verdad y la belleza que el clásico exigía del arte verdadero.

Pero es de la muerte y sus múltiples, indescifrables enigmas de lo que hablamos anteriormente. Regresemos y finalicemos este viaje con más referencias a la muerte por voluntad propia, de la que también he hablado largamente con Arnoldo, ya a través de la lectura de su ensayos, ya en la conversación informal y cotidiana. Uno de los grandes misterios del que se quita la vida, de quien asesina a su propio ser, o del ser que lo ha abandonado, es si se trata de una decisión meditada o si es fruto de un desorden mental que impide cualquier forma de retorno.

Un día más, decimos cuando asoma la luz detrás de las montañas y sabemos que su cima nos espera, desafiante y entera. Para poner a prueba nuestros cinco sentidos, la estructura que nos ha sido dada para honrarla y honrar así a la especie y nuestro mundo. Eso se decían también seguramente los prisioneros en Auschwitz, cuando la cerca electrificada que rodeaba el campo garantizaba una muerte instantánea y segura. Uno de ellos se llamaba Primo Levi y sobrevivió al horror, hasta quitarse la vida

en el año 67 de su edad, cuando sintió que se había ganado el derecho a suspender la resistencia.

Se muere como se ha vivido. La actriz Lupe Vélez, triunfadora en Hollywood, organizó una fiesta mexicana y se despidió de este mundo con una escenografía rigurosamente planeada. Hasta el final, se mantuvo fiel a su histrión. El director James Whale —llamado el padre de *Frankenstein*, porque a él se debe la versión más conocida de la novela, protagonizada por Boris Karloff— tras morir ahogado por voluntad propia en la alberca de su casa, dejó una nota ejemplar: “Mi vida ha sido maravillosa. El futuro está lleno únicamente de dolor y viejos recuerdos. Necesito estar en paz y éste es el único medio de lograrlo”.

Al que se queda cuando pierde a un ser próximo, se le pide o se le exige la palabra *resignación*. Hay que meditar en su significado profundo, pues significa firmar de nuevo, volver a establecer un pacto con la vida que parece estarnos siendo arrancada. Mientras no llega el momento de la nueva signatura, no podremos tener la paz que nos permita continuar desempeñado el papel que la vida nos otorga.

“La resistencia es mejor que la existencia”, escribí al final de mi libro *La Invencible*, comenzado mi año 56, la misma edad de mi padre cuando abandonó este mundo. Lo escribí entonces y lo sostengo ahora, una década más tarde. La cercanía de la muerte, por causas naturales o debida al enemigo silencioso que a todos nos hermana, no aumenta el apetito que por ella sentimos. Por el contrario: nuestro deber es resistir y apoyar en lo que podamos al prójimo. Llevar adelante la aventura vital que nos corresponde y encontrar los asideros que apuntalan cada uno de nuestros días. Sólo de esa manera aprenderemos a respetar plenamente la decisión del que quiere irse de la fiesta.

EL LINGÜISTA PABLO GONZÁLEZ CASANOVA Y *LA POBLACIÓN DEL VALLE DE TEOTIHUACAN*

Eduardo Matos Moctezuma

En este año cumple un siglo de vida el doctor Pablo González Casanova quien fuera rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. También cumple un siglo la publicación de la monumental obra de don Manuel Gamio *La población del valle de Teotihuacan*. Se preguntarán ustedes, y no sin razón, por qué la relación entre ambas efemérides. La respuesta es sencilla: en la obra mencionada colaboró el doctor Pablo González Casanova, padre del rector —quien se había formado en varios países europeos como lingüista y filólogo—, con el tema: “El mexicano de Teotihuacan”, es decir, la lengua náhuatl que hablaba la población del valle en cuestión. Cabe agregar que el padre se incorporó a la Academia Mexicana de la Lengua a partir de 1936 como miembro correspondiente, mismo año en que murió. No dudaría que, entre los diversos motivos que llevaron a su elección, estuvo el de haber colaborado con el tema señalado además de otras contribuciones en el campo de la lingüística. Por su parte, Pablo González Casanova, rector que fuera de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1970–1972, fue elegido miembro honorario de nuestra institución el 22 de marzo de 2012. Sirvan las siguientes palabras como un sencillo homenaje a los tres personajes señalados.

A manera de antecedente voy a referir algunos datos sobre don Manuel Gamio, coordinador de la obra mencionada. Se formó en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana que se había fundado a iniciativa de los gobiernos de Francia, Prusia, la Sociedad

* Texto leído en la sesión remota plenaria del 11 de agosto de 2022.

Hispánica de América y las universidades de Columbia, Harvard y Pensilvania y, claro está, el gobierno de México. Abrió sus puertas en 1911 y la inauguración estuvo a cargo de don Porfirio Díaz, siendo el primer director de la institución el doctor Eduard Seler, destacado mesoamericanista. En ella, y debido al interés del doctor Franz Boas, segundo director de la escuela, Gamio llevó a cabo la primera excavación estratigráfica efectuada en Azcapotzalco, con lo cual se aclaró la secuencia cultural del centro de México a través de una técnica que permitía el control adecuado de los materiales. En 1916 publicó su libro *Forjando patria*, en el que escribió diversos artículos sobre diferentes tópicos (Gamio, 1916). Uno de ellos fue su concepto de la *antropología*, del que señala: “La antropología suministra el conocimiento de los hombres y de los pueblos de tres maneras: 1) por el tipo físico; 2) por el idioma; 3) por su cultura o civilización”. Este concepto prevalece hasta nuestros días por medio de la antropología física, la lingüística, la etnología, la antropología social y la arqueología.

En 1917, Venustiano Carranza asumía el gobierno de la República y nombraba a Pastor Rouaix como secretario de Agricultura y Fomento. Este personaje había destacado en la defensa de los campesinos, había realizado repartición de tierras y formado los primeros ejidos, además de contribuir en la elaboración de los artículos 27 y 123 constitucionales en favor de los trabajadores. Se invitó a Manuel Gamio a colaborar con dicha secretaría en donde estableció la Dirección de Antropología, dependencia que tendría a su cargo llevar a cabo la investigación y posterior publicación de *La población del valle de Teotihuacan*, una de las primeras investigaciones de carácter integral y multidisciplinario del que formó parte el artículo “El mexicano de Teotihuacan”, pues la colaboración de González Casanova fue uno de los estudios pioneros en el campo de la lingüística en México. Para ello voy a remontarme a la manera en que surgió la idea de llevar a cabo el análisis de esta región y los principios de que partió Gamio para emprender el trabajo.

Gamio había dividido el país en 11 regiones, no tanto por su conformación política sino por sus características culturales. Para dar inicio a su investigación, escogió la región formada por los estados de México,

Puebla, Tlaxcala e Hidalgo, como representativa del centro de México. Con el fin de llevar a cabo su proyecto invitó a destacados especialistas de diferentes ramas del saber para que colaboraran en la obra. Partió de dos categorías fundamentales: *población y territorio*. La idea innovadora de estudiar una región determinada desde el pasado prehispánico, la presencia colonial y la población contemporánea analizando su medio ambiente, la economía, el tipo físico, las expresiones populares, el lenguaje y muchos otros factores, es lo que Gamio concebía como el estudio “integral”, mismo que inició en 1917 hasta la publicación de los resultados en tres tomos en 1922, donde se abordaba cada dimensión de las ya señaladas. Fue en el tercero y último de ellos, dedicado a la población contemporánea, en donde apareció el trabajo “El mexicano de Teotihuacan”, el cual cierra toda la obra junto con un estudio de José María Arreola denominado “Toponimia indígena”.

Pero, ¿cuáles eran los temas que en su ensayo incluía González Casanova? Veamos algunas noticias generales con las que inicia su escrito. Comienza por hacer ver diversos aspectos que hay que señalar en voz propia del autor. Así observa lo siguiente:

Debido a la fácil comunicación con la Capital, cada día cede más lugar a la española la lengua mexicana en la región de Teotihuacan, y apenas si la habla todavía la población mayor de treinta años, no sin mezclar un número nada reducido de vocablos españoles, aún en las conversaciones más triviales de la vida diaria. Esta marcada tendencia a desaparecer no obsta para que la mayoría de los que la acostumbran todavía, aunque sólo sea en sus relaciones familiares, encuentren en ella cierto carácter de su antigua nacionalidad que los mueve a considerarse como partes integrales de un mismo conjunto constituido por el grupo de habla mexicana (González Casanova, 1922).

Y continúa haciendo mención de la manera como los habitantes del lugar —hablantes de náhuatl— no confiesan que la practican:

... porque juzgándola culturalmente inferior a la española, aquellos que continúan expresándose en mexicano en sus relaciones familiares, se resisten a menudo a confesarlo, para no sufrir el desprecio con que la población de habla española (india o mestiza) señalan a aquella que continúa usando el modo de vestir y hablar indígenas.

Esta apreciación del autor nos recuerda lo que ocurre en muchas comunidades en donde aún hoy día se practican lenguas vernáculas. Otra aseveración interesante es aquella que considera que la lengua indígena conserva, en términos generales, las propiedades fonéticas y morfológicas del mexicano del siglo xvi, pero su léxico se modifica de manera radical por la constante adopción de palabras hispanas que, a juicio del autor, han aumentado en los dos últimos siglos, como parece corroborarlo el examen de su estructura fonética. En su estudio, González Casanova utiliza buena cantidad de ejemplos y analiza paso a paso lo que ocurre con las vocales y las consonantes. De las últimas presenta un cuadro con aquellas de carácter explosivo, nasales, laterales vibrantes y fricativas y explica cada una de ellas. Continúa con un análisis muy detallado de las características y propiedades de la lengua e incluye lo que denomina un texto fonético consistente en el relato de un cuento llamado “El tlacuache y el coyote”, del que da su original en náhuatl y la traducción al español del autor. Termina el estudio con un vocabulario mexicano-español de Teotihuacan.

Creo que sería importante que alguno de nuestros nahuatlatos se interesara en analizar el trabajo de Pablo González Casanova. Su colaboración en la obra señalada nos dice de la importancia de la lengua vernácula dentro de un contexto mayor e integral para comprender el todo social. Por otra parte, algunos de los planteamientos del autor nos recuerdan que lo que sucedía en Teotihuacan hace un siglo no es muy distinto a lo que ocurre actualmente en muchas regiones del país en las que, paulatinamente, las lenguas locales pierden terreno ante el avance del español.

CITAS

- Gamio, Manuel, *Forjando patria. Pro nacionalismo*, Porrúa, México, 2016.
Gamio, Manuel, *La población del valle de Teotihuacan*, 3 t., Secretaría de Agricultura y Fomento, México, 1922.

NUESTRO PATRIMONIO LINGÜÍSTICO^{*1}

Rodrigo Martínez Baracs

Al referirme a “Nuestro patrimonio lingüístico” utilizo la palabra “patrimonio” con el sentido de riqueza compartida, riqueza que debemos defender, conservar y conocer: sólo es nuestro lo que conocemos y cuidamos. Busco aproximarme a “Nuestro patrimonio lingüístico” desde el punto de vista de la historia de las lenguas (historia lingüística), de los estudios sobre ellas y sus fuentes (historiografía lingüística) y del lugar en el que confluyen hoy ambas, con el proceso de destrucción de nuestro patrimonio lingüístico (junto con el patrimonio cultural y natural todo) y nuestra responsabilidad como humanistas.

La riqueza del patrimonio lingüístico mexicano reside en primer lugar en la abundancia de las lenguas originarias, la Babel americana, como le llama Ascensión Hernández Triviño. Sin embargo, esta diversidad lingüística se presta al problema de los criterios de medición del número de lenguas y familias, que varía según los autores. Leonardo Manrique Castañeda (1934–2003) y Miguel León-Portilla (1926–2019) calcularon cerca de 60 lenguas y 100 dialectos agrupados en 13 familias lingüísticas. Pero el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, el Inali, da 11 familias, con 68 “agrupaciones lingüísticas” y 364 variantes.

Algunos científicos han visto una especificidad americana en el gran número de lenguas (pienso en J. Z. Young (1907–1997), *Introduction to*

* Texto leído en la sesión remota ordinaria del 22 de septiembre de 2022.

¹ Una primera versión de esta lectura fue presentada el martes 26 de agosto de 2022 en el X Coloquio Leonardo Manrique, sobre “Lingüística y sus relaciones con las diversas áreas de la antropología y la historia”, organizado en la Coordinación Nacional de Antropología y la Dirección de Lingüística del INAH por Susana Cuevas Suárez, Martha C. Muntzel y Francisco J. Perales Rabasa. Agradezco los comentarios de mis colegas de la Academia y las correcciones de Alma Rosa Martínez González.

the Study of Man, Oxford, 1971). De existir, la excepcional babelización americana podría estar relacionada con el alto grado de fragmentación geográfica interna y un bajo grado de intercomunicación, que limitó el intercambio tecnológico, según hipótesis del historiador Pierre Chaunu (1923-2009). También está vinculado con la funcionalidad de la escritura jeroglífica ideográfica, entendible por hablantes de lenguas diversas.

Ha sido objeto de discusión el número de familias en que se subdividen las lenguas originarias de lo que hoy es México. Francisco Barriga Puente se ha referido a la separación entre los lingüistas *lumpers*, que buscan reducir las a unas pocas familias, y los *splitters*, que tienden a multiplicarlas. Y los historiadores de las lenguas americanas, como Lyle Campbell, han mostrado prudencia ante el problema de la existencia de una especificidad lingüística americana, cuyas lenguas son en buena medida aglutinantes, y sí se pueden remontar a un origen común en el Viejo Mundo.

La cuestión de la especificidad lingüística americana plantea un problema del Encuentro Lingüístico de Dos Mundos. El paso de las lenguas originarias al español implicó ganancias y pérdidas. ¿Hay cosas que se dicen mejor en español que en náhuatl, y viceversa? Parece pensarlo don Miguel León-Portilla en su poema “Cuando muere una lengua”, *Ihcuac ce tlahtolli ye miqui*. Cada lengua entraña una visión del mundo.

El problema de la historia de las lenguas americanas reside en la falta de fuentes, debido a la ausencia de textos en escritura fonética, porque las fuentes arqueológicas son avaras de información lingüística. Su estudio debe realizarse con base en doctrinas, vocabularios y gramáticas escritas por frailes y sacerdotes a partir del siglo xvi, de las menciones en las crónicas y documentos españoles, de los documentos de los pueblos novohispanos escritos en lenguas indígenas con caracteres latinos, de los escasos registros del siglo xix y de los estudios lingüísticos y descripciones de lenguas, que se intensificaron a partir del siglo xx. Para salvar la brecha Mauricio Swadesh (1909-1967) desarrolló el recurso de la glotocronología, que ha suscitado el escepticismo crítico de la comunidad lingüística. Pero varios han sido los recursos desplegados sobre las fuentes coloniales y los registros contemporáneos que permiten hacer deducciones sobre los movimientos de las lenguas y sus cambios a lo largo del tiempo,

de los tiempos no tan remotos. Valiosos en este ámbito son los trabajos de Leopoldo Valiñas Coalla (1955–2022), Karen Dakin y Francisco Barriga Puente. Pero para tener una idea sobre las dificultades de la historia lingüística prehispánica, basta con recordar que no tenemos seguridad sobre qué lengua se hablaba en Teotihuacan.

La situación, sin embargo, cambió para el área oriental (maya) de Mesoamérica a partir de las últimas décadas del siglo xx, gracias a una doble revolución que se produjo en el campo del estudio de las lenguas mayenses: una revolución en la lectura de la escritura maya, el descubrimiento de su naturaleza logofonética (un núcleo logográfico y afijos gramaticales fonéticos); y la multiplicación de los textos antiguos escritos en lenguas mayenses, en diferentes soportes.

Por un lado, el soviético ucraniano Yuri Knorozov (1922–1999), antecedido por Joseph-Marius-Alexis Aubin (1802–1891), descubrió el carácter fonético de muchos de los glifos de la escritura maya, gracias a la lectura del silabario del franciscano fray Diego de Landa (1524–1579), obispo de Yucatán, que le permitió, avanzar en la lectura de los tres códices mayas entonces sobrevivientes y publicados, los de Dresde, Madrid y París, sin venir a México. Los mayistas de Estados Unidos se mantuvieron por un tiempo ajenos al descubrimiento de Knorozov, porque el gran maestro J. Eric S. Thompson (1898–1975), anticomunista macartista, no quería saber del soviético Knorozov. En México, por cierto, el filósofo marxista español transterrado Adolfo Sánchez Vázquez (1915–2011) tradujo el folleto *La escritura de los antiguos mayas* de Knorozov desde 1956, pero casi nadie se fijó. Pero tras la muerte de Thompson se desarrolló en los Estados Unidos, gracias al descubrimiento de Knorozov, un gran avance en la lectura de los glifos mayas, encabezada por Linda Schele (1942–1998), Tatiana Proskouriakoff (1909–1985), Michael D. Coe (1929–2019), y, en México, Maricela Ayala Falcón. Estas lecturas dieron una imagen nueva del mundo maya, centrada ya no en la religión, la astronomía, el calendario y la arquitectura, sino en el nacimiento y muerte de reyes, guerras, sacrificios y autosacrificios. En México dieron cuenta de esta revolución Octavio Paz (1914–1998) y Enrique Florescano. Y en el siglo xxi el campo de la epigrafía o lectura de la escritura logosilábica maya ha hecho

avances sustanciales en una historiografía que ya no es sólo estadounidense sino también europea y mexicana, con la destacada participación del fallecido Alfonso Lacadena García-Gallo (1964-2018), en Madrid, y de su discípulo Erik Velásquez García, en México, entre otros autores europeos y rusos.

Como vimos, al mismo tiempo que se dio una revolución en la lectura de la escritura maya, sucedió otra por el aumento del número de textos escritos en escritura maya disponibles al estudio. Porque más allá de los tres, y ahora tal vez cuatro (si agregamos el Grolier), códices mayas prehispánicos sobrevivientes de la destrucción española, los arqueólogos no han dejado de desenterrar textos escritos en lengua maya escritos en diferentes soportes: estelas, edificios, murales, cerámica y otros objetos. El inicio de este incremento exponencial del corpus lingüístico escrito maya disponible podría fecharse a partir de la publicación de obras como el *Corpus of Maya Hieroglyphic Inscriptions* de Ian Graham (1923-2017), comenzado a publicar en 1985, y *The Maya Vase Book*, de Michael D. Coe, de 1989.

El aumento del corpus lingüístico, con el descubrimiento de nuevos sitios arqueológicos y la excavación de edificios, ha dado lugar a una historiografía exigente, con cenáculos de genios capaces de enfrentar los problemas que presentan los textos mayas, con glifos complejos que remiten a lenguas difíciles y nociones diferentes a las nuestras, para no hablar de la noción maya de los tiempos, con el antipasivo de las lenguas ergativas. Para los epigrafistas cada zona arqueológica es un archivo, cada templo es un documento. Los avances han sido sustanciales en el conocimiento de la vida política, económica, religiosa, militar de los mayas, y de sus recursos expresivos orales y literarios, su poética, su visión del mundo, de sí mismos y del tiempo.

Ahora bien, hay un elemento en esta doble revolución de la escritura maya que la transformó en una fuente importante no sólo sobre la historia maya, sino también sobre la lengua maya, o más bien, las lenguas mayenses, en el espacio y el tiempo. El carácter logofonético de la escritura maya remite a lenguas mayenses verdaderas, que son lenguas regionales históricas, habladas o de prestigio, por lo que la escritura jeroglífica maya, en camino de ser descifrada y con un amplio corpus, se volvió una

fuentes de primera mano para la historia de las lenguas mayenses desde finales del Preclásico hasta la Conquista.

Asistimos a un capítulo exaltante del desarrollo de la lingüística y de la historia americana. Con todo, esta historia que nos presentan los textos en maya de los templos y estelas, murales y cerámica, es una historia de dioses y héroes, reyes y batallas, sacrificios y torturas, propia de la clase dominante maya, teocrática militarista y altamente sacrificial, en algo semejante a la serie *Game of Thrones*. Los indios comunes, los campesinos, los pobres, constructores y sostén de los templos y ciudades, como en el poema de Bertolt Brecht (1898–1956), “Preguntas de un obrero que lee”, casi no aparecen en estas historias jeroglíficas. La historia de la gente común la debemos buscar en la obra cada vez más científicamente ambiciosa de la arqueología —que muestra, por ejemplo, que los campesinos mayas eran más pequeños de estatura que los nobles y guerreros—, pero que, por desgracia, no nos restituye su voz.

Y, sin embargo, hay una manera en que la historia, la vida y la lengua de la gente común del México antiguo, de los macehuales, se hace oír, y es a través del estudio de la lengua misma. Así lo hizo con la lengua náhuatl el historiador Víctor Manuel Castillo Farreras (1932–2021), al interrogar la vida social de los nahuas prehispánicos a través no tanto de lo que dicen los documentos, sino de la lengua en que lo dicen, su léxico y su gramática, tal como los registraron los misioneros, como los franciscanos fray Andrés de Olmos y fray Alonso de Molina y los jesuitas Antonio del Rincón y Horacio Carocho, y los lingüistas contemporáneos. La investigación lingüística de Castillo Farreras nos revela un mundo mesoamericano comunitario, con los hombres y con la naturaleza, que existió aun subsumido en los estados sacrificiales, sobresalientes en las fuentes y la historiografía, y que se mantuvo también después de la Conquista, en los pueblos de indios novohispanos, y ha venido retrocediendo en los dos siglos mexicanos. La lengua náhuatl se muestra como parte fundamental de nuestro patrimonio cultural, testigo en clave de nuestra herencia comunitaria mesoamericana. Estudios semejantes a los de Castillo Farreras sobre la lengua náhuatl se podrían hacer sobre la lengua michoacana, la otomí, zapoteca, mixteca, maya, tzeltal y varias más.



La catástrofe poblacional que trajo el Encuentro de Dos Mundo, la más grave de la historia de la humanidad, del orden del 90%, bajó drásticamente el número de hablantes de las lenguas americanas y el número de lenguas. Las primeras epidemias tuvieron un efecto más devastador en las zonas costeras y bajas, y muchas lenguas desaparecieron sin dejar rastro, como había sucedido en las islas antillanas. Desde mediados del siglo xvii comenzó a crecer la población indígena del centro de México, con lo que aumentó el número de hablantes, y no sé si algunas lenguas extenuadas alcanzaron a salvarse. Y habrá que evaluar el posible efecto que tuvo la política borbónica contraria a las lenguas indígenas en el último tercio del siglo xviii, porque los documentos en lenguas indígenas se siguieron escribiendo en los pueblos hasta comienzos del siglo xix.

Al mismo tiempo que bajó el número de los indios en el siglo xvi, aumentó el de los españoles y otros europeos y de los africanos que vinieron con ellos y sus mezclas, todos con sus lenguas. James Lockhart (1933-2014) y Stuart B. Schwartz, en *Early Latin America*, de 1983, mostraron que la sociedad novohispana estaba claramente dividida en dos ámbitos: el “mundo indio”, el de los pueblos, los antiguos *altépetl*, con sus propias autoridades indígenas; y el “mundo español”, que incluía no sólo a españoles, criollos y peninsulares, sino también a africanos, a indios que vivían entre españoles, a mestizos y castizos, resultado de las mezclas de todos ellos, en contextos urbanos y productivos (haciendas, minas, obrajes, trapiches, caminos).

El mundo indio, el de los pueblos, tuvo un comportamiento lingüístico conservador, pues los indios mantuvieron sus lenguas, que no dejaron de sufrir transformaciones. En cambio, en el mundo español, particularmente en la ciudad de México, pero no sólo en ella, se dieron intercambios lingüísticos definidos por la convivencia entre españoles de diferentes regiones de España, algunos europeos, indios nahuas y de otras lenguas, africanos de varias lenguas, el latín de los frailes, entre otras.

La catástrofe demográfica indígena, por muy grave que haya sido, no fue total: de los hipotéticos 25 millones de la población del centro de

México sobrevivió algo menos de un millón, según Sherburne F. Cook (1896-1974) y Woodrow Borah (1912-1999), lo que es una población importante, que siempre fue mayor que la población española, africana y mezclada junta, y que en su mayor parte siguió viviendo en sus mismos señoríos antiguos, *altépetl* en náhuatl, después llamados pueblos de indios, conservando su organización sociopolítica, indígena con forma española (cabildos con gobernador, alcaldes, regidores, fiscales, escribanos), y también sus lenguas.

Desde su llegada en 1523, los frailes franciscanos tomaron la decisión de aprender náhuatl y otras lenguas para cristianizar a los indios en sus propios idiomas, que no abandonaron. Educaron sólo a una élite de jóvenes indios en la lengua y cultura española y cristiana, y estos jóvenes fueron también los maestros de los frailes, que aprendieron sus lenguas y escribieron con ellos artes, vocabularios, doctrinas e historias y crónicas en lenguas de indios. Fue una revolución tecnológica que maravilló a los indios, la posibilidad de transcribir con caracteres fonéticos sus discursos, registrando todas las modalidades del habla. Y también para los frailes, el estudio gramatical y lexicográfico de las lenguas americanas constituyó un acto científico de gran novedad, una revolución científica o cambio paradigmático kuhniano, pues apenas se estaba comenzando a hacer lo mismo con algunas lenguas europeas, comenzando por la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija (1444-1522) de 1492. Y más si se realizaba en la forma, también nueva y revolucionaria, del libro impreso.

Es peculiar que, a la destrucción lingüística, debida a la catástrofe demográfica, corresponda un esfuerzo tan grande de conocimiento de las lenguas amerindias como el que realizaron los frailes y sus colaboradores indígenas en el siglo *xvi* y adelante, que trajo un avance decisivo en el conocimiento de la humanidad. Este esfuerzo muestra una participación española en la Revolución científica del siglo *xvii*. Sus gramáticas, vocabularios, doctrinas e historias fueron aprovechados en el siglo *xviii* en Europa por lingüistas que buscaron explicaciones generales sobre los orígenes y la evolución de las lenguas, que llevaron a inferencias infundadas y fueron criticadas más tarde por los lingüistas profesionales, como lo mostró el lingüista Sylvain Aurox.

La primera gramática náhuatl conocida, de 1547, que no se imprimió, pero de la que existen copias manuscritas, y que expresa un conocimiento profundo de la lengua, es el *Arte para aprender la lengua mexicana* del franciscano fray Andrés de Olmos (1485-1571), quien, como lo advirtieron Ascensión Hernández Triviño y Miguel León-Portilla, llama la atención sobre el predominio en el náhuatl de la “composición” sobre la “sintaxis”, y desentraña de esta manera la peculiaridad del náhuatl y de las lenguas americanas, en su mayor parte aglutinantes. Los siguientes lingüistas misioneros del náhuatl y otras lenguas siguieron la misma idea. Por ello se ve que, si bien la gramática latina sirvió de referencia a los frailes, nunca fue una “camisa de fuerza”, como se ha dicho, para el conocimiento de las lenguas.

Para dotar a los pueblos de un cuerpo de gobierno reconocido por las autoridades y los jueces españoles, para poderse defender, los frailes les enseñaron a sus estudiantes a escribir documentos de naturaleza judicial española en las lenguas de sus pueblos. A ellos regresaron como autoridades y escribanos, para defenderlos, como entidades comunitarias autogobernadas, ante los tribunales españoles, que reconocían a los indios como vasallos de su majestad y su derecho de presentar peticiones en sus propias lenguas, traducidas en los tribunales por intérpretes, lenguas o *nahuatlato*s profesionales, elementos fundamentales en la articulación entre los mundos indio y español. Y no olvidemos que, como nos lo recordó Ascensión Hernández Triviño, el nahuatlismo “nahuatlato” se refería a intérpretes no únicamente de la lengua náhuatl, por ejemplo, había “nahuatlato de la lengua de Mechuacan”.

Estos escribanos formados por los frailes en las primeras generaciones y en las siguientes por sus padres o maestros escribanos producirían una gran cantidad de documentos judiciales cotidianos en los pueblos de indios escritos en sus lenguas (lamentablemente no de todas), que se interrumpieron tras la Independencia, cuando los tribunales mexicanos dejaron de aceptar documentos en lenguas indígenas, que tenían que ser presentados en español. Así comenzó la discriminación y marginalización de los indios y de sus lenguas, no en la Nueva España, sino en México.

Ahora bien, esta documentación jurídica de los pueblos de indios novohispanos en lenguas indígenas permaneció desconocida hasta 1976, cuando Miguel León-Portilla publicó en *Estudios de Cultura Náhuatl* un texto y algunos ejemplos de testamentos en náhuatl del pueblo de Colhuacan, de 1580, y cuando James Lockhart publicó dos libros fundamentales, *Beyond the Codices* y *Nahuatl in the Middle Years*, que abrieron al análisis el amplio cuerpo de documentos en náhuatl escritos en los pueblos novohispanos por escribanos indios. Lockhart los llamó documentos cotidianos: los más abundantes son los testamentos, pero también hay cartas de venta, pleitos, donaciones, actas de cabildo, contratos y textos históricos.

Hasta entonces, el campo de los estudios de textos en náhuatl estaba centrado en la obra de fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) y otros autores como don Hernando de Alvarado Tezozómoc (ca. 1525-ca. 1609) y don Domingo Chimalpahin (1579-ca. 1660), con el fin de estudiar al mundo prehispánico. Es el caso de las traducciones excelentes de Charles E. Dibble (1909-2002) y Arthur J. O. Anderson (1907-1996) en Estados Unidos, y en México del padre Ángel María Garibay K. (1892-1967) y Miguel León-Portilla, y toda su escuela, alrededor de la serie *Estudios de Cultura Náhuatl*. Es como si los años cincuenta, sesenta y setenta de estudio prepararan el conocimiento necesario de la lengua náhuatl para poder enfrentar y aprovechar el gran corpus de documentos novohispanos en lenguas de indios que se abrió en 1976.

El propio Lockhart escribió un manual del náhuatl de los documentos cotidianos de los pueblos, publicado en 2001 con el título de *Nahuatl as Written*, y que se acaba de publicar, con el título de *El náhuatl escrito*, en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), traducido por el propio Lockhart y sus discípulos John Sullivan, Andrea Martínez Baracs y su hermano Rodrigo.

A partir de 1976 se abrió el campo de los estudios históricos de los indios nahuas novohispanos, en diversos ámbitos de su existencia, en sus pueblos o *altépetl*, en sus barrios o *tlaxilacalli*, y en sus casas, o *calli*; y que pronto se extendió al estudio de los mayas, estudiados con documentos en maya; de los mixtecos, con documentos en mixteco; de los zapote-

cos, de los otomís, los purépechas,² entre otras lenguas. Se habla de una “nueva filología”. En todo caso, ya se ha vuelto una norma académica común en el mundo de los estudios bien o mal llamados “etnohistóricos” el conocimiento de una o varias lenguas indígenas.

Como puede verse, a partir de 1976 se produjo en el campo de la documentación lingüística novohispana en lenguas indígenas una revolución semejante a la que produjo la incorporación del corpus escrito en lenguas mayas prehispánicas, a partir de los años ochenta. Y al igual que el recién descubierto corpus escritural maya prehispánico resultó una fuente de primera mano para el estudio histórico de diversas lenguas mayenses, el recién descubierto corpus escritural novohispano en lenguas indígenas resultó ser una fuente de primera mano para el estudio de la evolución del náhuatl y otras lenguas a lo largo de los siglos XVI al XVIII.

Así lo fue desde el inicio de la investigación mexicanista de James Lockhart, porque en su citado libro de 1976 *Nahuatl in the Middle Years*, escrito con Frances Karttunen, encontró en la amplia documentación en náhuatl tres fases en relación con los préstamos lingüísticos del español. En la fase I, que va de la Conquista a mediados de siglo XVI, los préstamos se reducen a algunos nombres propios y los nahuas tratan de describir las nuevas realidades con sus propias palabras (al caballo le dicen venado, *mázatl* en náhuatl; *axuni* en purépecha, etc.). En la fase II, de mediados del siglo XVI a mediados del siglo XVII, los nahuas aceptan préstamos de nombres no sólo propios sino comunes (el hispanismo *cahuallo*, y palabras compuestas como *cauallocalco*, “En la casa del caballo”, establo, etc.). Y en la fase III, del siglo XVII en adelante, también se integran al náhuatl verbos y formas gramaticales españolas (*fírmátia*, “firmar”, la pluralización de sustantivos no animados, *altepeme* como plural de *altépetl*; el verbo *pía*, “cuidar”, se vuelve también “tener”, etc.). Y como lo mostró Lockhart en *The Nahuas after the Conquest*, de 1992, esta perio-

² Por alguna razón, hay pocos documentos novohispanos en lengua michoacana, tarasca o purépecha, lo cual es extraño dada la precocidad y abundancia de la producción lingüística misionera michoacana, con frailes como fray Jerónimo de Alcalá (ca. 1508-ca. 1545), fray Maturino Gilberti (ca. 1507-1585), fray Juan Baptista de Lagunas (?-ca. 1604) y el anónimo autor del *Diccionario grande*, estudiados por Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) y J. Benedict Warren (1930-2021).

dización está ligada a la intensidad de las relaciones entre indios y españoles, escasa en la fase I, época de la encomienda y la esclavitud indígenas, algo más intensa en la fase II, época del repartimiento de trabajo y los inicios del trabajo indio asalariado libre, y aún más intensa en la fase III, con el predominio del trabajo asalariado más o menos libre.

Este esquema temporal, propio de los pueblos nahuas del centro de México, se puede documentar en otras lenguas y regiones, atendiendo a una temporalidad diferente en función de las diferentes relaciones cuantitativas entre indios y españoles en cada región, tal como lo propone el propio Lockhart en su libro *Provinces of Early Mexico*, también publicado en ese *annus mirabilis* lockhartiano de 1976, con su esquema de Norte, Centro y Sur —Norte con pocos indios y muchos españoles, Centro con muchos indios y muchos españoles, y Sur, con muchos indios y pocos españoles—, que nos puede dar un esquema heurístico de lo que cabría esperar de la evolución de las diferentes lenguas según la fuerza de la interacción de indios y españoles en cada región. Supongo, por ejemplo, que los cambios llegarán más lentamente a las lenguas de una provincia aislada, como la de Chiapa, que a una provincia con fuerte presencia española, como la de Mechuacan.

No todas las lenguas novohispanas, sin embargo, tuvieron el privilegio de dar lugar a una literatura judicial en sus pueblos. Y en varias regiones, tanto del centro, del sur y del norte, las lenguas indias locales fueron desplazadas en la documentación por la lengua náhuatl que fungió como lengua franca.

Cabe resaltar los esfuerzos que se han hecho por reunir tanto en forma de libros como de sitios de internet una gran cantidad de documentos novohispanos en lenguas indígenas. Son importantes las traducciones realizadas por Lockhart y sus colaboradores y discípulos, las del padre Garibay, Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin (1936-2021), Luis Reyes García (1935-2004) y Rafael Tena Martínez en México, entre otros. Gramáticas, vocabularios, doctrinas e historias en lenguas indígenas ahora están disponibles en línea, lo cual hace poco era impensable. Y hay varios sitios con información sistematizada, como en náhuatl el CEN, que en náhuatl quiere decir “Juntamente”, y son las iniciales de Compendio

Enciclopédico del Náhuatl, preparado por Marc Thouvenot, con la participación de Carmen Herrera Meza y otros colegas del INAH, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y otras instituciones, con un cuerpo de diccionarios y de documentos transcritos y analizados, de primera utilidad para los estudiosos y curiosos. Y hay varios sitios de internet dedicados a la documentación escrita antigua y oral moderna sobre la presencia del náhuatl en varias regiones, aún fuera del centro de México. Y varios otros sitios con documentos en otras lenguas, como las de nuestros colegas oaxaqueños, en las que se conjuga la investigación sobre los documentos antiguos en lenguas, zapoteca, mixteca, chocho, con el trabajo con las propias comunidades, que descubren a través de la lengua lo que los separa y los acerca al mundo de sus antepasados.

En mis investigaciones ha sido decisivo consultar en internet el manuscrito de la primera transcripción y traducción, la más poética, del dominico fray Francisco Ximénez (1666-1722) del *Popol Vuh* (ca. 1555) en 1704, de la Biblioteca Newberry en Chicago; o darme cuenta de que hoy existen en internet no uno, sino cuatro o cinco ejemplares en línea del hasta hace poco inaccesible *Dialogo de doctrina christiana en la lengua de Mechuacan* del franciscano fray Maturino Gilberti (ca. 1507-1585), de 1559 —con la salvedad de que es importante recordar que todo lo que está en línea, mañana mismo puede ya no estarlo, por lo que es necesario tener copias físicas o resguardos. A propósito, debe advertirse que a pesar del Proyecto Gilberti de El Colegio de Michoacán y otros esfuerzos, no se ha logrado traducir su mencionado *Dialogo de doctrina christiana*, el libro más grande escrito en lengua indígena de la Nueva España, que suscitó un conflicto con el obispo Vasco de Quiroga (ca. 1470-1565), quien mandó traducir fragmentos a algunos de los sacerdotes formados en su Colegio de San Nicolás de la ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro. Por lo demás, tampoco han podido ser traducidos sus dos *Thesoro spiritual en lengua de Mechoacan*, de 1558 y de 1575, más breves. Y cuando la lingüista Cristina Monzón emprende, junto con Hans Roskamp, traducciones de documentos novohispanos en tarasco, juzga necesario hacerlo dividiendo el texto en varias líneas, para analizarlo debidamente, lo cual no se considera necesario hacer en las traducciones de textos nahuas, aunque sí con

la lectura de la escritura jeroglífica maya. Hay una dificultad propia de la lengua michoacana, o más bien de la lengua escrita michoacana, que no tiene la mexicana, que, sin embargo, ella misma tampoco es siempre transparente. De allí, la validez de las múltiples traducciones que se han hecho de algunos textos, como las de Sahagún y de Chimalpahin.

En cuanto al español novohispano hablado en el mundo español (españoles, africanos, indios, mezclas, en contextos urbanos y productivos), su estudio no recibió una atención sistemática, hasta que, bajo el influjo de la investigación lingüística documentalmente fundada del español contemporáneo de México iniciada por Juan M. Lope Blanch (1927-2002), la lingüista Concepción Company Company comenzó la recopilación de un corpus de *Documentos lingüísticos de la Nueva España*, transcritos con criterios paleográficos, publicado en 1994, que inició un conjunto de estudios y publicaciones cada vez más ambiciosos sobre el español novohispano y mexicano. Uno de sus productos más relevantes es el *Corpus diacrónico y diatópico del español de América (CORDIAM)*, que permite hacer fáciles búsquedas de palabras en un corpus de corpuses de textos americanos en español, siempre creciente conforme se enriquece la edición en línea, y con la transcripción diplomática de los textos en los que se localiza cada palabra encontrada. El *CORDIAM* es una gran fuente para lingüistas e historiadores por igual.

El *CORDIAM*, por ejemplo, me ayudó a confirmar que la palabra “soldado” no se usó en la época de la Conquista de México para referirse a los hombres de Cortés, sino hasta la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara (1511-1559), de 1552, y se hizo común con Bernal Díaz del Castillo (1496-1584) y Antonio de Herrera y Tordesillas (1549-1626). Antes, por cierto, en la década de 1540, se usó la palabra “soldado” en el Perú para referirse a los españoles sin encomienda o prebenda alguna, a diferencia de los “vecinos”, representados en el cabildo de la ciudad, como lo refiere Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), en los capítulos que agregó en 1849-1850 a su traducción de la *Historia de la conquista del Perú* de William H. Prescott (1796-1859). También pude confirmar en el *CORDIAM*, atendiendo a los *Documentos cortesianos* de mi padre, que a Hernán Cortés nunca se le llamó así, siempre Hernando o

Fernando Cortés, y eso que sí había personas llamadas Hernán, como Hernán Pérez de Bocanegra.

Estas compilaciones se agregan a la gran cantidad de textos novohispanos publicados, tal vez con criterios de transcripción menos rigurosos, pero con valor documental lingüístico. Y hay otros proyectos en camino, como el *Tesoro lexicográfico del español en América*, en formación, coordinado por Pedro Martín Butragueño, Luz Fernández Gordillo y Niktelol Palacios.

Otros aspectos han recibido menos atención, como los cambios fonéticos que se produjeron en el siglo xvi en el español de España y es de suponerse que también en el de Hispanoamérica, como la letra *x* que pasó del sonido /sh/ al sonido /j/. Con el paso de *Mexico* a México. Lo cual implica otro tema, poco estudiado, el traslado del acento tónico en los indigenismos introducidos al español novohispano (de Chapoltépec a Chapultepeque, Chapultepec; Tenochtitlan a Tenochtitlán; Mazatlan a Mazatlán, etc.) El paso de *Meeshiico* a México ha suscitado discusiones, comenzando por la etimología de *México* y su pronunciación, con sus sílabas largas y cortas y aun la ubicación del acento tónico, Meshíco o Méshico, según nuestro colega don Patrick Johansson —meritorio traductor al náhuatl de *En Attendant Godot* de Samuel Beckett (1906–1989)—.

Esta acumulación lingüística documental sobre el español en la América colonial ha permitido visiones cada vez mejor fundadas, como en el reciente libro de la propia Concepción Company Company que distinguió “dos extendidas etapas diacrónicas de la lengua española en América, [que] cambiaron los recursos lingüísticos para pasar de la extrañeza del contacto ante las lenguas indígenas a su integración y a la fusión de éstas con aquella”. Su libro, precisamente, se titula: *El español en América: de lengua de conquista a lengua patrimonial*. Tiene varias finas percepciones, como la de la influencia de los meses de estancia en Sevilla —que generalmente antecedían los viajes transatlánticos—, en los que los pasajeros de Indias, de varias regiones de España, se imbuían de una mezcla de lenguajes con rico sabor andaluz.

Y estudios como los de Rafael Lapesa (1908–2001), Antonio Alatorre (1922–2010), José G. Moreno de Alba (1940–2013) y Luis Fernando Lara,

y ensayos como el reciente del joven David Noria, integran los 500 años de desarrollo del español en América, con los 500 años previos del desarrollo del español en España y su expansión a Oriente con los sefaradíes. Y obras sonrientes como la de Carlos Prieto, *Cinco mil años de palabras*, nos ayudan a ver las lenguas americanas en el contexto de las del resto del mundo.

El estudio documentado sobre el español del México contemporáneo comenzó con bases firmes en la Academia Mexicana de la Lengua a partir de 1876, cuando inició, a petición de la Real Academia Española, la revisión de las fichas de mexicanismos para la nueva edición del *Diccionario de la lengua española*, con la participación destacada del historiador Joaquín García Icazbalceta, secretario primero y después presidente de la Academia Mexicana. Como lo mostró la lingüista e historiadora Bárbara Cifuentes, García Icazbalceta posteriormente emprendió por su cuenta la elaboración de un *Vocabulario de mexicanismos*, aprovechando el amplio corpus de documentos y libros novohispanos que reunió, estudió y editó, además de varias novelas y fuentes del siglo XIX, con el apoyo de su memoria privilegiada. Así pudo fundamentar con “autoridades” cada una de las voces que incluyó, hasta llegar a la letra G, antes de fallecer, haciendo uso, lo destacó Cifuentes, del “método nuclear” que le había aconsejado en 1866 en sus estudios bibliográficos su corresponsal estadounidense y francés Henry Harrisse (1829-1910). Así como García Icazbalceta, siguiendo a su maestro Lucas Alamán (1792-1853), consideraba al siglo XVI como el más importante de la historia de México, porque con él, al fundirse los mundos de los indios, españoles y africanos, se hizo México como realmente es, en lo económico, lo político, lo social, lo cultural, lo religioso, y en lo lingüístico, y ésta es la relevancia del estudio del español de México a través de sus mexicanismos, sustentado en una amplia base documental. Diccionarios posteriores de mexicanismos y de americanismos, como los de Francisco J. Santamaría (1886-1963), carecerán de la base documental de García Icazbalceta. Agreguemos que el estudio sistemático de los indigenismos incorporados al español de México, iniciado por García Icazbalceta, tiene su correlato en el estudio de los préstamos del

español progresivamente incluidos en el náhuatl novohispano, iniciado por James Lockhart.

El estudio del español del México contemporáneo cobró un fuerte impulso a mediados del siglo xx con el trabajo de Juan M. Lope Blanch, con quien comenzó la sustentación empírica seria del estudio del español en México, particularmente a partir de su libro sobre el *Léxico indígena en el español de México* [de la ciudad de México], originalmente publicado en 1969, con ediciones ampliadas de 1979 y 2019, y una edición enriquecida por un estudio y notas de Pedro Martín Butragueño.

Esta exigencia de documentación de la lengua hablada y escrita, establecida por Lope Blanch, permite dar respuestas precisas y afinar las preguntas, y se estableció como norma académica. Se percibe en los esfuerzos realizados tanto en El Colegio de México por Luis Fernando Lara en las sucesivas ediciones del *Diccionario del español hablado en México* y en su *Historia mínima de la lengua española*, entre otros trabajos, y en grandes síntesis como la *Historia sociolingüística de México*, coordinada por Rebeca Barriga Villanueva y Pedro Martín Butragueño, en cuatro volúmenes; como en la Academia Mexicana de la Lengua, con el *Diccionario de mexicanismos, propios y compartidos*, coordinado por Concepción Company Company, con un equipo de expertos lexicógrafos, y grandes sabios como Aurelio González Pérez (1947-2022) y Pedro Martín Butragueño. Al colaborar en la revisión del *Diccionario de mexicanismos*, en la Comisión de Lexicografía de la Academia, pude apreciar la ampliación extrema del cuerpo lingüístico disponible, tanto en los diversos diccionarios en papel y en línea, como en el acceso a materiales escritos y orales, así como el rigor en el manejo de la lexicografía y de los programas informáticos disponibles para la investigación lingüística y la labor lexicográfica.

Regresemos a los documentos en lenguas indígenas de los pueblos, que disminuyen drásticamente a partir de la Independencia, cuando los indios dejaron de ser reconocidos como tales, lo mismo que sus pueblos, y sus lenguas. Deja de haber documentos judiciales en lenguas indígenas, pero esto no quiere decir que las lenguas dejaran de hablarse en los pueblos, aunque sufrieron cruelmente los desórdenes y las guerras del heroico siglo xix y los ataques de los políticos liberales, que les negaron

su condición de corporación autogobernada con control sobre sus tierras, aguas y recursos. Sufrió la vitalidad de las lenguas indias en el siglo XIX, que halló solamente interés entre historiadores conservadores, como Joaquín García Icazbalceta, Francisco Pimentel (1832-1893) y Manuel Orozco y Berra (1816-1881), e intelectuales nahuas como Faustino Chimalpopoca Galicia (1805-1877), y precisamente en la época del emperador Maximiliano, que emitió decretos en lengua náhuatl, como buen *huey tlatoani* que aspiraba a ser, traducidos por don Miguel León-Portilla. Pero los pensadores y políticos liberales como Justo Sierra (1848-1912) siguieron viendo a los pueblos indios y sus lenguas como una rémora, un obstáculo para el progreso, suscitando la justa indignación de León-Portilla. La Revolución mexicana, en la que participaron tropas indígenas (y nuevamente cito a don Miguel), no les trajo beneficios a los pueblos. Poco a poco se ensayó una política indigenista que buscó la defensa y estudio de los pueblos indios y sus lenguas, pero poco pudo hacer contra la urbanización del país que entrañó un debilitamiento progresivo de las bases de existencia campesinas y artesanales de las comunidades indígenas y sus lenguas.

En el siglo XX los estudios sobre las lenguas indígenas no dejaron de aumentar. Desde comienzos de siglo, resaltan los trabajos de Pablo González Casanova (1889-1936), cuyo riguroso estudio sobre el náhuatl de San Juan Teotihuacan cumple este año un siglo, como lo señaló oportunamente Eduardo Matos Moctezuma en su lectura estatutaria en esta Academia, al hablar de *La población del valle de Teotithuacan*, la gran obra multidisciplinaria dirigida por el indigenista Manuel Gamio (1883-1960). Por esos años escribía e imprimía sus libros sobre las lenguas oaxaqueñas el licenciado Francisco Belmar (1859-1926), en pequeñas ediciones perdidas, que felizmente rescató Francisco Barriga Puente en bellas ediciones facsimilares, con el apoyo de la familia. Y a partir de la década de los años cuarenta el padre Garibay inició el interés por la traducción de poesía náhuatl, y Robert H. Barlow (1918-1951) y George T. Smisor (ca. 1907-?) fundaron la revista *Tlalocan*, dedicada a la publicación de documentos en lenguas indígenas mexicanas, continuada por Fernando

Horcasitas (1924-1980), Ignacio Bernal (1910-1992), Miguel León-Portilla y otros, que hasta la fecha existe.

Ya mencioné la amplia historiografía de estudios sobre las lenguas indígenas prehispánicas, y en el periodo novohispano y el independiente, que se ha extendido hasta la actualidad. La riqueza de las investigaciones lingüísticas sobre las lenguas indias y el español y otras en México se pueden apreciar y seguir en el sitio Lingmex, que lleva mi amiga Rebeca Barriga Villanueva en El Colegio de México. Yo mismo he tenido un mirador privilegiado sobre la rica variedad de investigaciones lingüísticas mexicanas a través de las conferencias, congresos y seminarios de la Sociedad Mexicana de Historiografía Lingüística, Somehil, y de mi trabajo en la Dirección de Estudios Históricos del INAH.



La riqueza actual de los estudios lingüísticos no nos debe hacer olvidar que vivimos una época de acelerada destrucción de los bienes culturales y naturales de la humanidad, entre ellos el patrimonio lingüístico, el número de lenguas indígenas y de sus dialectos, el número de hablantes. Frente a esta destrucción, los historiadores, lingüistas, antropólogos, escritores, formamos una especie de partido conservador, conservador de nuestro patrimonio cultural, natural y lingüístico. En su gran estudio sobre las *Lenguas originarias y pueblos indígenas de México*, publicado por la Academia Mexicana de la Lengua en 2020, con prólogo de Concepción Company Company, el lingüista Leopoldo Valiñas Coalla nos dejó, como si fuera su testamento, la “vitalidad lingüística” de cada una de las lenguas que registró y describió, según cada una es: una lengua en expansión, en equilibrio (vigorosa), en riesgo mediano, en extinción lenta, seriamente amenazada, y cerca de la extinción. La situación es alarmante, y un libro preciso y sistemático como el de Leopoldo Valiñas es un paso necesario para enfrentar la situación: conocerla con objetividad.

Por supuesto, el mantenimiento de las lenguas implica el mantenimiento de las comunidades de hablantes que están en riesgo. Hay mucho por hacer en su defensa, pero a sabiendas de que probablemente la

guerra la acabaremos perdiendo, y continuará la desaparición de lenguas, como la de las especies animales y los glaciares. Don Felipe Garrido mencionó las posiciones pesimistas, que auguran una pérdida de la mitad de las lenguas del mundo en el presente siglo, y las optimistas, que auguran una pérdida del 30%. Qué podemos hacer los estudiosos sino promover el estudio y rescate sistemático de las lenguas, en el pasado y en el presente, su enseñanza y su difusión, proponer políticas de vitalización y tratar de aumentar la consciencia lingüística de la población.

Se levanta la cuestión de si las lenguas que se encuentran en mayor peligro de desaparición pueden ser suficientemente descritas en gramáticas, vocabularios y estudios, y registradas en textos, grabaciones y videos, para que sea factible su reconstrucción tras su extinción. Se ha dado el caso de cierta lengua canadiense que fue revivida por los nietos de los últimos hablantes. ¿Será posible? Es de recordar que el propio fray Alonso de Molina (1513-1579) quien aprendió el náhuatl de niño jugando con los niños nahuas de Tezcoco, lamentaba no haber mamado la lengua mexicana con la leche de una madre mexicana, para deprender bien la “frasis” de la lengua. En todo caso, la desaparición de cada lengua es una pérdida demasiado grave para los mexicanos y la humanidad, para que no valga la pena hacer el esfuerzo de realizar un máximo de registros que permita una hipotética resurrección.

Como he mencionado, los materiales escritos y grabados disponibles, en lenguas indígenas y en español, son abundantes, pero se levanta el problema de su seguro y eficiente almacenamiento, más aún ahora que las instituciones culturales viven una agresión presupuestal grave. Más que nunca, como historiadores y lingüistas, estudiosos y escritores, nuestro compromiso se torna evidente en la urgencia de contribuir a la salvación, la conservación, protección, estudio, reproducción y difusión de nuestro patrimonio lingüístico amenazado.

AUTORRETRATO*

Hugo Hiriart

He resuelto volver a trazar este autorretrato, ya dibujado hace años, con dos propósitos, ponerlo al día enmendando algunas pinceladas y situarlo al alcance de la indiferencia de las nuevas generaciones. He aquí la lacónica acuarela.

Me gustan los trenes y los hoteles breves, ver desarrollarse el paisaje en los viajes por tierra y el arroz con chícharos en las fondas mexicanas.

Y el limpio y recién nacido olor del pasto recién cortado, y las grietas del pavimento que yo también evitaba de niño al caminar, el ejemplo de Kant del vuelo de la paloma y los popotes de papel.

Y el solo de flauta al comienzo del *Teniente Kijé* de Prokófiev, que me trae memoria de alegría infantil, y las puertas ocultas en libreros o chimeneas.

Me gustan la Diet Coke, el queso de Cotija, el vuelo de helicóptero del colibrí y los dibujos de las demostraciones geométricas.

Y los tonos de verde en las translúcidas hojas de plátano heridas por el sol y la *Vida del doctor Johnson* que a lo largo de la suya propia fue redactando el entusiasta Boswell y el rechinido de la madera de las carabelas en el silencio de la noche, sobre todo en las películas de piratas.

Me gusta sentir en la punta de los dedos la textura de los cuadros y ya he tenido problemas por eso en galerías y museos.

Y las obras de teatro donde aparecen submarinos y la capacidad de exagerar que exhibe la cultura china.

Y el sabor de la alcachofa y la trabajosa manera de engullir las hojas y su forma, que recuerda al pangolín, y decir que algo parece una alcachofa.

* Texto leído en la sesión solemne remota del 13 de octubre de 2022.

Y estimar que en una caja de zapatos se guardan hasta 150 metros cuadrados de seda fina.

Y me gustan las escenas con lluvia en los grabados en madera de Hokusai e Hiroshige y el modesto color de las bolsas de pan y el lugar donde se tocan la mandíbula, el cuello y el lóbulo de la oreja, sobre todo en las mujeres.

Y me gustan los anteojos que ven a través de las paredes y las manzanas que todo lo curan y que, una vez mordidas, se regeneran y vuelven a ser como antes eran y los caballos blancos que vuelan y los ríos que hablan y cuentan historias y las islas vivientes, siempre peligrosas, y los genios encerrados en botellas.

Me gustaría que hubiera llantas de colores, sin nada de ese municipal y espeso negro humo de las actuales, y osos enanos y que un iceberg flotara inexplicablemente en una alberca olímpica con trampolín de 10 metros y que una de la dramáticas y esforzadas figuras de un cuadro de Tintoretto saltara de la tela al suelo cantando una aria de ópera.

Me gustan los trompos y los giróscopos y los acueductos y las cucharas de madera, y me gusta pasear por malecones al atardecer, bajar las escaleras y la novela *El misterio del cuarto amarillo*.

Y también me gusta la timidez de los adolescentes, los trapecistas de circo, las ilustraciones donde aparecen pájaros dodo y las peleas de box que gana el que va perdiendo.

Y me gusta inventar silogismos, *todos los gordos tienen clorofila*, y la rosa de los vientos y los imanes y los diccionarios con entradas como: “*Andábatas*, gladiadores que en la antigua Roma peleaban con los ojos cerrados, celdas sin visera, juego de muchachos casi como el que ahora usan llamado de la gallina ciega”.

Me gustan las cestas, los quitasoles japoneses, los cántaros con agua fresca y la reticencia apasionada de Fauré, las torres con relojes redondos y los ojillos maliciosos de Charles Laughton, el gran bodoque gesticulante, mi actor predilecto, junto a Louis Jouvet.

Me gustan las jaulas pajareras, el color amarillo huevo, la trenza que usaban los chinos, los pericos, que un horrendo pistolero le diga a otro gángster antes de sacar su pistola *Hola, muñeco* en un cuento de Chandler.

Y la frase del severo y genial Mondrian “las curvas son demasiado emocionales” y los faros en la playas donde no hay nadie y los majestuosos ceniceros de pie, los clips de colores, las tijeras, la pimienta de grano grueso, el acero inoxidable.

Me gustan las cartas de baraja, sobre todo las antiguas, y me gusta una metáfora donde se use la palabra “escolopendra” y que se aviente arroz en las bodas y cómo se sacuden el agua los perros mojados e imaginar cómo podría ser la tierra si no fuera redonda.

Me gusta tomar complejo B y los caballos de carreras de patas finas y el timbre del violonchelo y Arturo de Córdoba en papel de loco y la manera de caminar de las palomas, moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás.

Me gusta la palabra “pingüino” tanto como el contoneante trozo de realidad que nombra.

RELECTURAS DEL AMADO ALONSO ENSAYISTA^{*1}

Pedro Martín Butragueño^{**}

Toda página envejece. Cuando apareció el magnífico estudio de Amado Alonso sobre “Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos”, publicado en primer término en *Volkstum und Kultur der Romanen* en 1935,² abrió muchas puertas para entender una categoría toscamente analizada hasta aquel momento, yendo mucho más allá de las perspectivas de tamaño propias de la clase morfológica. Hoy día, sin embargo, sabemos bastante más sobre el problema y hay investigaciones³ que han dado varias vueltas de tuerca a la cuestión desde la semántica y la pragmática. Leído el ensayo a los 18 o 19 años, el texto alonsino abre apetitos filológicos y despierta vocaciones lingüísticas; casi cuatro décadas después, aun venerando la primera lectura, pide cerrarse y dejarse con otras viejas que-rencias por el idioma.

Es probable que los ensayos sean mejores sobrevivientes que los textos más técnicos. Entre mediados de los años treinta y mediados de los cuarenta, Alonso publica tres libros particularmente relevantes para entender su visión de la lengua española y del lenguaje en sociedad. Se trata de *El problema de la lengua en América*, 1935; *Castellano, español, idioma nacional*. (*Historia espiritual de tres nombres*), 1938; y *La Argentina y la nivelación del idioma*, publicado en 1943. Me parece que hay dos formas de leer al Amado

* Texto leído en la sesión solemne remota del 27 de octubre de 2022.

** Academia Mexicana de la Lengua; El Colegio de México.

¹ Estas páginas formarán parte de un libro de ensayos cuyo título provisional es *Itinerario lingüístico por la variación, el contacto y la historia del español: ensayos y reflexiones*. Una versión preliminar de este texto se presentó como lectura estatutaria en la Academia Mexicana de la Lengua.

² Si bien consultado ahora por la edición de Alonso (2020).

³ Como las tesis doctorales de Reynoso (2001) y de Patiño (en preparación), además de otros trabajos (véanse algunas referencias en Martín Butragueño, 2021a).

Alonso de estos tres libros. Una, más local, inserta en el contexto argentino de su trabajo; otra, más hispánica, en el ámbito general de la lengua española. Publicados estos volúmenes entre sus 39 y 47 años, Alonso había llegado desde 1927 a Buenos Aires,⁴ para dirigir en su Universidad el Instituto de Filología.⁵

Miranda Lida aporta multitud de datos relevantes, fundamentalmente de orden biográfico y sociológico, en su libro de 2019 sobre Amado Alonso y el Instituto de Filología. Uno de los principales apuntes es la americanización de sus intereses —de forma más aditiva que sustitutiva, podría añadirse—⁶ y cierto cambio en su consideración del papel lingüístico de Argentina⁷ (Lida, 2019: 16-17, 132-133).⁸ Entre todas las pistas y polémicas encauzadas por Lida para interpretar el contexto en el que se mueve Alonso en su periodo argentino, una de la más relevantes y significativas es la que conduce a “El idioma de los argentinos” (Lida, 2019: 65-67),⁹ título tanto del libro publicado por Jorge Luis Borges en 1928 como del ensayo incluido al final de ese mismo libro.¹⁰

Quizá el nudo central del ensayo borgiano sea la tensión entre principios erróneos que dificultaban el surgimiento de una verdadera argentinidad lingüística viable. Por un lado, se asomaba el estereotipo arrabalero:

[...] No hay un dialecto general de nuestras clases pobres: el arrabalero no lo es. El criollo no lo usa, la mujer lo habla sin ninguna frecuencia, el propio

⁴ Cf. García Mouton (2007) para una perspectiva general sobre la extensión de la filología española en América y el español americano, incluida la labor del propio Amado Alonso.

⁵ Para más detalles sobre su biografía, véase Gómez Alonso (s. f.) y las referencias que menciona, así como Lida (2016, 2019). No está de más ver la síntesis de Reyes (1953), así como Bibliografía (1953) y Palomo Olmos (1995-1996).

⁶ Cf. Lida (2019: 73) para el cosmopolitismo de Alonso.

⁷ Sobre este aspecto, es preciso consultar Arnoux y Bein (1995-1996).

⁸ Es útil también leer la reseña de Valender (2022) al libro de Lida (2019).

⁹ Es relevante considerar en su conjunto las pp. 58-74 de Lida (2019) para una presentación general de los debates sobre la identidad lingüística argentina.

¹⁰ El libro de Borges se ha consultado ahora por la edición de 1998; el ensayo en cuestión se encuentra en las pp. 143-161. Es pertinente también revisar Bordelois y Di Tullio (2002), así como Arnoux y Bein (1995-1996: 184-185).

compadrito lo exhibe con evidente y descarada farolería, para gallear. El vocabulario es misérrimo: una veintena de representaciones lo informa y una viciosa turbamulta de sinónimos lo complica. Tan angosto es, que los saineteros que lo frecuentan tienen que inventarle palabras y han recurrido a la harto significativa viveza de invertir las de siempre. Esa indigencia es natural, ya que el arrabalero no es sino una decantación o divulgación del lunfardo, que es jerigonza ocultadiza de los ladrones. El lunfardo es un vocabulario gremial como tantos otros, es la tecnología de la furca y de la ganzúa. Imaginar que esa lengua técnica —lengua especializada en la infamia y sin palabras de intención general— puede arrinconar al castellano, es como trasonar que el dialecto de las matemáticas o de la cerrajería puede ascender a único idioma [...] (Borges, 1998: 146-147).

En el otro extremo de las elecciones estaría el español de diccionario, el de la Academia madrileña:

La riqueza del español es el otro nombre eufemístico de su muerte. Abre el patán y el que no es patán nuestro diccionario y se queda maravillado frente al sinfín de voces que están en él y que no están en ninguna boca. No hay un lector, por más lector de otras publicaciones que sea, que no resulte convencido de ignorancia frente a esas páginas. El criterio acumulativo que las dirige —el que sigue cargando sobre el léxico de la Academia los vocabularios enteros de germanía, de heráldica, de arcaísmos— ha reunido esas defunciones. El conjunto es un espectáculo necrológico deliberado y constituye *nuestro envidiado tesoro de voces pintorescas, felices y expresivas*, según en la *Gramática de la Academia* se puede leer. Pintorescas, felices y expresivas. Esa trinidad de seudopalabras —dichas sin mayor precisión y sólo justificables por el común ambiente vanaglorioso— es del más puro estilo indecisor de esos académicos (Borges, 1998: 150-151).

¿Dónde sugiere Borges mirar y apoyarse, entonces? Puestos en este hilo de razonamiento, ¿qué opciones quedan entre las baratijas callejeras y las necrologías? La prevalencia que va a dar y a la que prepara en el torniquete de sus páginas, al ir descartando otras opciones presentes en su

entorno, hace pensar en el principio clásico de equiparación entre palabra y cosa, entre realidad y representación, una especie de autenticidad lingüística de aire casi valdesiano:¹¹

Mejor lo hicieron nuestros mayores. El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano. Fueron argentinos con dignidad: su decirse criollos no fue una arrogancia orillera ni un malhumor. Escribieron el dialecto usual de sus días: ni recaer en españoles ni degenerar en malevos fue su apetencia [...] (Borges 1998, p. 155).

El contenido dado por Borges a las diferencias entre lo argentino y lo español reside, diríamos hoy, en el sentido identitario, en el significado social anclado en el lenguaje (Silverstein, 1976; Eckert, 2018), en la construcción del espacio lingüístico (Blommaert, 2010; Caravado, 2014; Martín Butragueño, en prensa), más que en cualquier otra cosa. No sé si sea imprudente decir que aquí el universal Borges se acoda en la lengua nacional, en la apropiación de la variedad argentina, pero no en la lengua patrimonial, en el adueñamiento de la lengua toda:

No pienso aquí en los algunos miles de palabras privativas que intercalamos y que los peninsulares no entienden. Pienso en el ambiente distinto de nuestra voz, en la valoración irónica o cariñosa que damos a determinadas palabras, en su temperatura no igual. No hemos variado el sentido intrínseco de las palabras, pero sí su connotación. Esa divergencia, nula en la prosa argumentativa o en la didáctica, es grande en lo que mira a las emociones. Nuestra discusión será hispana, pero nuestro verso, nuestro humorismo, ya son de aquí [...] (Borges, 1998: 156-157).

Al calce de este planteamiento, no es dato menor que Amado Alonso dedique su ensayo “El problema argentino de la lengua”, en el libro de

¹¹ Véase, en el mismo sentido, Arnoux y Bein (1995-1996: 185-186).

1935, precisamente al propio Borges.¹² Hay también en el texto del filólogo navarro mucho de reflexión sobre la gestión de la lengua literaria argentina, si bien parece claro que va más allá, al interpretar socialmente la efervescencia porteña. Leído en 2022, el texto tiene valor historiográfico, sin duda, pero no es tan evidente la vigencia de sus ideas.

“El problema argentino de la lengua” es el texto central de *El problema de la lengua en América*. Existe una edición moderna del ensayo, a cargo de Pablo Cavallero, publicada en 2018. Si cabe decir algo general, debería señalarse que es un escrito de “sociolingüística de masas”, abusando ahora de anacronismo, no exento, a lo que parece, de ciertas resonancias orteguianas, ya sea al hablar de los escritores, de los porteños o de la suma de individuos.¹³ A riesgo de simplificar algunos desarrollos conceptuales, el conflicto, más que argentino, es porteño,¹⁴ y se deriva del problema identitario y lingüístico surgido al recibir el área ingentes masas de inmigrantes, en especial a finales del siglo XIX y comienzos del XX.¹⁵ Cuando Amado Alonso escribe su ensayo en los años treinta, el surgimiento de un marco teórico que pueda dar cuenta adecuada del contacto lingüístico y del contacto dialectal queda todavía bastante lejos. Habrá que esperar a

¹² Pablo Cavallero, editor de la edición de 2018 del ensayo, aclara (n. 5, p. 39), que la dedicatoria a Borges no estaba en la publicación previa de este texto en la revista *Sur*. Sobre tal publicación, véase asimismo Lida (2019: 132-133).

¹³ Dice Alonso: “[...] Lo que hago aquí es tratar de llegar a las fallas genéricas de nuestros escritores que escriben mal, directamente para perseguir el conocimiento teórico del problema, en qué consiste ese mal escribir y a qué obedece, e indirectamente para un posible fin práctico: la propuesta de la solución del conflicto. Esas fallas que llamo genéricas alcanzan en distinto grado a unos y a otros; pero como son evidentes, permiten forjar un tipo ideal de escritor local defectuoso al cual nos vamos a referir. Ese tipo es el escritor-masa, como diría Ortega y Gasset, el que forma el medio y el ambiente donde los escritores de personalidad respiran y se mueven. Ese escritor-masa es no sólo el poeta mediocre y el oscuro cuentista y el periodista anónimo, sino también el médico que publica su monografía y el abogado sus panfletos y el político sus manifiestos [...]” (2018: 81-82). Para los porteños-masa, véase especialmente *ibid.*, pp. 137-139. En lo que toca a los individuos y a su agrupación en masa, considérese *ibid.*, pp. 149-150. Sobre la concepción alonsina de la norma y la influencia de Ortega y Gasset, véase Arnoux y Bein (1995-1996: 190; véase asimismo p. 185, en referencia al mismo pasaje de Alonso).

¹⁴ Véase, por ejemplo, Alonso (2018: 129). Cf. también Arnoux y Bein (1995-1996: 185) y Lida (2019: 70).

¹⁵ Aunque ciertamente las cuestiones demográficas superan los objetivos de este ensayo, es útil la consulta, por ejemplo, de Modolo (2016).

1953 para ver la publicación del célebre libro de Uriel Weinreich sobre el contacto de lenguas (*cf.* 1974), chispa para el inicio de una tradición sistemática de estudios para uno de los problemas más cotidianos y al mismo tiempo peor comprendidos por los hablantes y, a veces, también por los lingüistas. Y el volumen de Peter Trudgill sobre dialectos en contacto aparece hasta 1986, siendo que ahora es un tema recurrente, quizá uno de los principales en el ámbito de la dialectología y de la sociolingüística. Sobra decir que el contacto, entre lenguas o entre dialectos, encuentra uno de sus contextos más promisorios en situaciones migratorias. Todo este cuerpo conceptual, metodológico y factual, lógicamente, no existía en el momento en el que el filólogo navarro escribe; imposible sería que las migraciones se vieran en su tiempo como las vemos hoy, como una de las circunstancias sociales y demográficas más complejas y cruciales. Desde el punto de vista lingüístico, el contacto es una fuente inagotable de cambio y reestructuración, tanto de las lenguas como de sus funciones sociales.

La solución de Alonso, seguramente incitante en su momento, parece incluir ciertos ecos de *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset, libro originalmente aparecido en 1930.¹⁶ La idea “[...] del monstruoso crecimiento de la ciudad por aluvión [...]” (Alonso, 2018: 73), en referencia a Buenos Aires, es recurrente en el ensayo alonsino, en tono de lo que podría llamarse una acefalia lingüística que repercutiría, incluso, en el sentido y polémicas acerca de la lengua literaria, objeto de buen número de páginas en “El problema argentino...” (por ejemplo, en las pp. 76 y ss.).¹⁷ El argumento parece construirse así: la inmigración cruza el umbral de la catástrofe, cambia las condiciones previas sociales y lingüísticas, se pierde el sentido normativo —la ubicación de Argentina en el espacio lingüístico hispánico, podríamos decir, estirando un poco— y esto genera un conflicto en la lengua oral común, la lengua escrita general y la lengua escrita literaria:

¹⁶ Se consulta ahora por la edición de 2014.

¹⁷ Considérense asimismo las observaciones de Lida (2019: 158-159).

La falta de nuestro escritor-masa respecto a los literarismos consiste, pues, en una azarosa inseguridad de triple manifestación: pobreza, falsificación e imprecisión de sentido. De las tres, la última es la más grave y la más necesitada de remedio. Esa falta de precisión no se explica sólo por escasa familiaridad con la literatura, sino que tiene la raíz en la lengua oral de Buenos Aires, en la que con tanta desidia se encomienda al tuntún el sentido de las palabras y de las frases [...] (Alonso, 2018: 86-87).

Debe decirse que Alonso muestra en algunas de estas páginas cierta refracción a la vida oral de las comunidades de habla, sin atisbar esos grandes imanes urbanos que son las ciudades globales (*cf.* Lynch, 2020). La construcción de esas comunidades, el tejido conversacional hilvanado en cada interacción, el bordado de la identificación social suele ser más natural en el día a día de cualquier ciudad lingüística que la transmisión de un hipotético significado exacto. Sin duda, es injusto reprochárselo al filólogo, que escribe bastante antes, como se ha dicho, de otras perspectivas más afines al estudio de los contactos.

Habría para Alonso, en el Buenos Aires desde el que escribe, una mala calidad de la lengua oral, imposibilitada de dar sustento a la lengua literaria:

[...] [E]n esta ciudad de aluvión, la lengua que más se oye, no en los bajos fondos ni en personas de cultura excepcional, sino entre la mayoría de los profesionales, de los empleados, de los comerciantes y de sus familias, y hasta en profesores, es de una calidad demasiado baja y de una cantidad de elementos demasiado pobre. En el obligado injerto de la lengua escrita en la oral, la hablada por la masa de los porteños no está en condiciones de colaborar con dignidad en la literaria. El escritor que quiera serlo de verdad no tiene otro remedio que hacer suya la lengua de los cultos de éste y de los otros países hispánicos (Alonso, 2018: 97).

Llama la atención que se relacione abiertamente el aluvión inmigratorio con esta dura evaluación de las hablas porteñas; no es un comentario pasajero en este ensayo: se insiste en él en diversas ocasiones, y es que ese

Buenos Aires pequeño, constituido por varias decenas de miles de personas, había superado en cien años, ampliamente, los dos millones (Alonso, 2018: 128-129).¹⁸ Le Page (1978) delineaba hace ya bastante tiempo la existencia de periodos sociolingüísticos focalizados y difusos, según la cantidad de variación sociolingüística que exista en una sociedad. Una situación migratoria intensa, como la bonaerense con la que topa Alonso, provoca inevitablemente situaciones difusas, con gran cantidad de variación. No hay nada de excepcional en ello. Se ha visto en la ciudad de México y en el Madrid de mediados del siglo xx y en mil ciudades más de todo el mundo. Se vio en el periodo antillano del español en América, lo vemos hoy día en los grupos que atraviesan México de sur a norte. El porteño-masa del que habla Alonso (véase, por ejemplo las páginas 137-139 del ensayo comentado) es un concepto muy limitado para entender los procesos de adaptación migratoria, en el complejo juego de recreación identitaria que experimentan las comunidades y los individuos. El debate sobre la emergencia de una lengua literaria trivializa el interés y los problemas del ecosistema migratorio, reduciendo a un accidente lo que es un hecho constitutivo.

Dos secciones que parecen cruciales en “El problema argentino de la lengua” son la dedicada a “Norma, cultura” (pp. 109-114) y la exposición sobre “Normas locales y normas generales” (pp. 114-126). Es la dimensión social la que constituye la norma, no una eficiencia lingüística intrínseca:

El sentido de la norma consiste en un agudizado sentimiento de adhesión —y de responsabilidad, por lo tanto— al designio de intercomunicación que se ve como básico en el lenguaje. Esto acarrea un consiguiente extremamiento de la convención: las palabras precisan su significación, la sintaxis se consolida, se eliminan, menos una, las pronunciaciones concurrentes para una misma palabra, etc. El sentido de la norma implica una actitud de solidaridad y de disciplina social. El individuo no tiene más remedio que ver la norma fuera de sí mismo, como un valor social que presiona con igual intención sobre él y sobre sus conciudadanos [...] (Alonso, 2018: 109-110).

¹⁸ Véase asimismo Arnoux y Bein (1995-1996: 192) y Lida (2019: 69-70, 158-159).

Por otra parte, tras abordar los aspectos particulares de las hablas rio-platenses —no necesariamente generales en Argentina—, el filólogo señala ciertas cuestiones que, al menos en parte, ya resonaban en Borges (*supra*):¹⁹

¿Y no forma todo esto, unido al uso especial que hace el porteño de la lengua común, una base suficiente para que podamos hablar, no de un idioma independiente, que eso ya a nadie interesa, sino de un matiz propio, de un timbre peculiar, de un estilo? Sin duda ninguna. Pero si vemos claro en los conceptos lingüísticos de lo particular y lo general, nunca nos será posible dar a este hecho una interpretación belicosa. Montar sobre eso la idea de un “idioma nacional” (léase, la idea nacionalista del idioma) sería desquiciar el problema doblemente. Primero, porque decir estilo porteño no es decir estilo argentino, y segundo, porque también tienen su estilo Sevilla y Bilbao y Zaragoza y Salamanca, sin que eso entrañe que la lengua general se rompa en cada ciudad [...] (Alonso, 2018: 122).

La concepción de la norma como referencia social está presente en las discusiones finales del ensayo (véase en especial las pp. 149–164), cuando Alonso describe la tensión entre la voz individual y la voz del grupo, de la masa, para subrayar, a fin de cuentas, la importancia de la primera, que en su ejemplaridad se volvería elemento congregador y norma de referencia para los demás. Por ello mismo, Alonso piensa en los escritores como nortes reguladores:²⁰

He querido decirles esto: Para el poeta el problema de la lengua es cuestión de vida o muerte vocacional, pues sólo llega uno a hacer valer su estilo, inscribiendo lo personal en el sistema fijado de la lengua literaria; pero, en castellano como en todo idioma culto, la lengua literaria tiene sus propias normas y su propia tradición, y el escritor que las desconoce se comporta

¹⁹ Véanse los comentarios de Lida (2019: 70–71), en especial sobre Buenos Aires frente al país entero, sobre todo p. 71.

²⁰ Sobre *gringo* en la Argentina de esa época, consúltase Illesca (2002). Para una visión más completa, cf. Martínez Baracs (2001).

como advenedizo, como gringo en el medio idiomático en que se mueve, y su única posible salvación es desgringarse y no predicar el engringamiento general [...] (Alonso, 2018: 161-162).²¹

Es, por supuesto, muy tentador ver tales ideas desde el espacio mexicano, en el que también se han dado, y se dan, empujes nacionalistas a la dimensión nacional del español, valga la redundancia. No faltan ocasiones en que se otorga a estos hechos una interpretación antagonista, al calor de un conflicto latente, a veces patente.²² El trasfondo de la polémica, en cualquier caso, no es el sistema lingüístico, ni el universo léxico, ni el estilo o modo discursivo. Me parece, más bien, que lo que está en juego son los significados sociales (*supra*), la perspectiva en que se ancla cada hablante-ciudadano (cf. Martín Butragueño, 2022): nada sorprendente, dado el punto de partida, la dimensión social de la norma y de la lengua.

Al menos fuera de Argentina, el más famoso de los libros ensayísticos de este periodo es, sin duda, *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*,²³ aparecida su primera edición en 1938, coetánea, por lo tanto, de la Guerra Civil española.²⁴ Debo confesar que me interesó releerlo ahora precisamente por su discusión del concepto, o del término, de *idioma nacional*. Es una lectura interesada, hecha desde México, para entender mejor los hechos que aquí se suscitan. Los más de 80 años del ensayo no impiden que siga siendo una útil y gozosa lectura.

El plan de trabajo de *Español, castellano, idioma nacional* es, esencialmente, histórico, pues la revisión de las denominaciones de la lengua arranca de los periodos más antiguos y llega a la contemporaneidad del propio Alonso, deteniéndose particularmente en los siglos áureos y en el XVIII. Quizá las páginas más llamativas ahora sean las referidas al español americano y a la cuestión del idioma nacional y de la lengua propia. El subtítulo de

²¹ Viene al caso Lida (2019: 71-73) para ciertas polémicas.

²² Para una discusión sobre la dimensión nacional frente a la patrimonial del español, véase Martín Butragueño (2018). Sobre la plasmación lexicográfica del conflicto y del nacionalismo, es relevante Fajardo Aguirre (2021). Para una visión contrapuesta, considérese Zimmermann (2022).

²³ Sobre el espiritualismo en A. Alonso, véase Lodares (1995-1996).

²⁴ Pero consultado ahora por la edición de 2016.

Historia espiritual no es para nada gratuito, dada la mirada lingüístico-filosófica idealista que subyace a este trabajo y que fue particularmente grata al filólogo navarro. Señala Alonso, en el último párrafo del libro, que: “La historia espiritual de estos nombres no es nada más que la enredada historia de los sentimientos y de los anhelos, de la fantasía y de los impulsos activos, nuestros y de nuestros antepasados lingüísticos, con relación al idioma común” (Alonso, 2016: 121).

Aunque resulte anacrónico separar la exposición del ensayo de su marco conceptual (cf. Lodares, 1995–1996, especialmente pp. 388 y 396–397), difícilmente diríamos hoy que el nombre de la lengua es una cuestión de anhelos y fantasía. Es abiertamente una cuestión de perspectivismo lingüístico (cf. Martín Butragueño, 2022; y en prensa), es decir, de organización de la variación lingüística —referida a los nombres de la lengua, en este caso— según convenga a la comunidad a la que pertenezcamos y el significado que deseemos expresar. La alternativa resulta —en muchos casos— de un conflicto entre dimensiones poscoloniales, nacionales, patrimoniales, internacionales y trasnacionales. Más que en un plano espiritual de la elección entre *castellano* y *español*, entre otras denominaciones, podría pensarse en una formulación identitaria y política. Recordemos (cf. Martín Butragueño, 2018; y en prensa) que, en una dimensión poscolonial, el español hereda las condiciones coloniales de desplazamiento de lenguas originarias; con el acopio nacional, se da una apropiación de la variedad de un país, sin necesariamente alcanzarse la esfera patrimonial, es decir, la apropiación de toda la lengua. La dimensión trasnacional pondera la influencia y el peso de la variedad de un país sobre la de otros. En el espacio internacional, por fin, se alude a los usos lingüísticos vinculados a las relaciones comerciales, académicas, etc., de carácter multilateral.

Preciosas son algunas de las referencias a las que alude Alonso en *Castellano, español, idioma nacional*. Así ocurre con la lengua de Toledo observada por Melchior de Santa Cruz en 1574, pues no faltan en su exposición el papel de las ciudades difusoras, de la geografía y de la corte, de las tierras altas y bajas y aun del clima (Alonso, 2016: 52–53). Trasládesse tal visión a la ciudad de México —antigua o actual— y se verá la

coincidencia de opiniones por parte de muchos hablantes.²⁵ Igualmente llamativas son las páginas dedicadas a las concepciones de Herrera vistas desde la lingüística idealista (Alonso, 2016: 67–69). O las encaminadas al problema de lo regional, lo nacional y lo interregional en el capítulo brindado al siglo xvii (pp. 70–77), o la sociedad y el individuo (n. 48, p. 49). Es tentador —pero completamente especulativo— pensar que las secciones americanas finales y la cuestión del llamado *idioma nacional* hubieran desencadenado el libro, y que todo lo demás funcionase como contexto o prólogo. Lo cierto es, sin embargo, que el libro es bastante equilibrado en su reparto y que la tentación expresada puede tener más que ver con una lectura desde México.

Señala Alonso que *castellano* es más preferido en América (2016: 96–97). Así dice Bello en su *Gramática* (*ibid.*, p. 97). Precisa don Amado:

La expresión, repetida desde antiguo, “español, o más propiamente castellano”, y, sobre todo, el que durante doscientos años la Academia haya dado al idioma en los títulos de sus libros el nombre exclusivo de castellano ha llevado al ánimo de muchos profesores y gente de pluma la idea de que el uso de estos nombres se tiene que decidir desde los conceptos de lo correcto y lo incorrecto. Y no son pocos los que, alternando ambos nombres en la conversación, tienen el cuidado de escribir sólo castellano por más propio [...] (Alonso, 2016: p. 98).

Si bien México es hoy día una relativa, pero notable, excepción al preferirse por lo regular *español*, México sí va, o ha ido, con Argentina en la denominación de *idioma*, o *lengua*, *nacional* (para esto, cf. Alonso, 2016: 99). Como recuerda Morett Álvarez (ms., p. 13), en México el término de *lengua nacional* aparece en la *Ley de enseñanza obligatoria*, de 1888, y hay que esperar un siglo, exactamente hasta 1988 (*ibid.*, pp. 11–12), para un nuevo giro, pues la Secretaría de Educación Pública “[...] deja de aplicar la denominación de ‘lengua nacional’ para el español y la extiende a todas las lenguas originarias del país” (*ibid.*, p. 12). ¿Cómo entender un

²⁵ Considérese el detallado estudio de Morett Álvarez (2014).

cambio de este tipo? Una posibilidad, al hilo del texto de Morett, es este reconocimiento progresivo de la diversidad nacional —refrendado recientemente (cf. Martín Butragueño, 2021b)—; otra es la apuntada por Alonso (2016, especialmente la p. 99, y en general pp. 98 y ss.), cierta desconfianza nacionalista hacia las denominaciones foráneas; una tercera, claro, sería una combinación entre las dos anteriores, quizá con agregados diversos a lo largo de un siglo, que ciertamente da para mucho. Alonso se refiere especialmente a los casos de Argentina, Estados Unidos y Brasil;²⁶ México sólo se menciona de paso.²⁷ En Argentina, *idioma nacional* aparece en ámbitos educativos a mediados del xix y se afianza a finales de ese mismo siglo, noticias para las que sigue, en buena medida, el texto de Costa Álvarez reeditado en 1932 (Alonso, 2016: 99-102).²⁸ Como puede verse, las fechas iniciales no son muy disímiles de las mexicanas.

Muy interesante es la comparación que realiza el libro de Alonso, como se ha dicho, con otros países americanos. En Estados Unidos, no faltaron intentos independentistas por prescindir del inglés y emplear el hebreo o el griego (Alonso, 2016: 106), para derivar luego en la lengua americana de Webster a finales del siglo xviii (*ibid.*, p. 107), entre otros testimonios de denominaciones nacionalistas, varias de ellas surgidas en el ámbito de la política (*ibid.*, pp. 106-111, especialmente las pp. 110-111). Hay testimonios del *idioma brasileiro* y de la *lingua nacional* desde el primer cuarto del siglo xix y, hasta donde llega el recuento de Alonso, el asunto daba todavía de qué hablar más de un siglo después (*ibid.*, pp. 112-114).

Como puede verse, en la discusión e interpretación de *lingua nacional* pesa mucho la posibilidad de mirar hacia todos los lados. El conflicto americano es una de las caras del conflicto nacionalista por autonombrar la apropiación y diferenciarse de los demás; en esa diferenciación, sin embargo, no ha sido raro seguir una misma ruta.

²⁶ Lida (2019: 157-158) también lo comenta.

²⁷ Por ejemplo, en la p. 99 de Alonso (2016); véase también la n. 95 de la p. 101.

²⁸ Para la discusión sobre la lengua nacional en el siglo xx en Argentina, debe verse Glozman y Lauria (2012); no he podido consultar ahora este libro, pero sí las reseñas de Bonnin (2014) y Chapa Barrios (2019-2020). He revisado el libro de Costa Álvarez por la edición de 1922.

La lengua propia es para Alonso (2016: 115-117) la heredada, la ordinaria y la literaria (*ibid.*, p. 115), lo que en realidad me parece que alude a varias dimensiones bastante diferentes, en especial si se piensa en contextos migratorios: basta pensar en los millones de mexicanos en Estados Unidos. Para Alonso, sin embargo:

El mestizaje de algunas naciones americanas o el reciente aluvión inmigratorio de la Argentina no cambian las cosas. Pues la cadena de generaciones ascendentes se ha de entender como de connacionales, y no necesariamente en el sentido de genealogía familiar. Los inmigrantes que llegan de todos los rincones de Europa a engrosar la población argentina o la brasileña se incorporan a la generación de su tiempo y, si ellos adoptan la lengua de su nueva patria, ya sus hijos la hablan como su lengua propia y natural. Y en el mismo caso que los inmigrantes están los indios y mestizos que se incorporan, sin salirse de su suelo a[nces]tral, a la nueva índole cultural en que se ha plasmado la nación (Alonso, 2016: 116).

Aunque el hilo razonador de Alonso está centrado en explicar que la lengua propia de una nación no tiene por qué ser una lengua diferente a la de otras (*ibid.*, p. 116 y también la 117), el pasaje anterior encierra varias ideas sumamente discutibles, pues tanto el desplazamiento lingüístico como la realidad migratoria, en realidad, *sí cambian las cosas*, afectando al sentido de apropiación de la lengua, a su carácter patrimonial. Para un inmigrante que se encuentra por abajo en la escala laboral no es fácil incorporarse a otra comunidad, que muchas veces lo rechaza, al igual que a sus hijos, de forma que se generan identidades sociales en conflicto. Tan o más complejo es el caso de los pobladores indígenas: perder la herencia lingüística ancestral no otorga la integración automática a la sociedad dominante. Si establecer la dimensión nacional de una lengua, o de una variedad de una lengua, es un proceso largo y complejo, el estatus plenamente patrimonial requiere de algo más que de una simplificación argumentativa.

No es difícil sentir cierta continuidad en las discusiones de “El problema argentino de la lengua” y de *Español, castellano, idioma nacional*, en

el libro de 1943, *La Argentina y la nivelación del idioma*, en el que casi no me detengo ahora. Arnoux y Bein (1995-1996), que examinan algunas cuestiones muy semejantes a las que aquí se tratan, señalan, sin embargo, diferencias fundamentales entre las obras de 1935 y 1943, de forma que el pensamiento inicial, minusvalorador de las hablas porteñas, se reemplaza después por una visión que pondera el cometido argentino en la industria del libro, en las comunicaciones y en la terminología;²⁹ ven en ello, incluso, un predominio de la filosofía idealista, primero, y luego un alcance mayor de una perspectiva social.³⁰ No falta razón a tal planteamiento, y el propio Alonso escribe:

¿Cuáles son, pues, las nuevas circunstancias que nos ponen en las manos a la vez tan honrosa y tan grande responsabilidad? Todo está en este hecho: que Buenos Aires se ha convertido en unos pocos años en el primer centro editorial de habla española. México se ha revelado también como otro gran foco editorial, aunque todavía, especialmente en el lado comercial, Buenos Aires le supera. Y lo que digamos de Buenos Aires vale, en proporciones diferentes, también para México³¹ (Alonso, 1943: 23).

Sin embargo, hay, en mi opinión, de todas formas, una unidad rectora entre las obras examinadas, quizá fruto del tiempo transcurrido hasta la lectura actual: la lengua propia (Alonso, 1943: 20-21),³² el papel de la

²⁹ Para Aronux y Bein (1995-1996): “[...] en sus trabajos de 1940 Amado Alonso deja de lado la consideración de esta heterogeneidad del habla porteña y valoriza la diferenciación respecto de la lengua de Madrid, dado que la conservación de ‘mucho del fondo español que Madrid había perdido’, gracias a Buenos Aires ‘volverá a circular por todas partes’. Ya no plantea el problema de la norma desde la idealización del centro respecto de la periferia, sino que muestra la importancia que ésta tiene en el desarrollo de la lengua general” (p. 192). Considérese asimismo Lida (2019: 158-164).

³⁰ “[...] Si en el primer enfoque priva su filosofía del lenguaje, de corte idealista, en el segundo aparecen marcadamente los rasgos de la escuela lingüística española, preocupada por la historia, el contexto y las diversas prácticas sociales en las que la lengua circula” (Arnoux y Bein, 1995-1996: 194; considérese también la p. 188 de ese mismo trabajo, en un sentido análogo, así como otros pasajes, por ejemplo en las pp. 186-187).

³¹ Véase asimismo Lida (2019: 160-161).

³² Es útil aquí ver Lida (2019: 157) y, en general, todo el apartado incluido en las pp. 157-164.

Argentina, el positivismo frente al idealismo... son temas reiterados en más de uno de sus textos de esta época. Podría quizá pensarse, más que en contraposición, en complementariedad entre los diferentes libros de ensayos.

¿Cabe aplicar, *mutatis mutandis*, el mismo razonamiento editorial para aquel México y el actual? Si trasladamos las consideraciones alonsinas de 1943 a la contemporaneidad estricta, es posible que el tamaño editorial sea un buen indicador del peso lingüístico de México en el mundo hispánico. Sin embargo, es factible preguntarse si el reflejo de lo publicado es realmente la causa, y no más bien la consecuencia, de la influencia socioeconómica más general.

El ensayo central del libro de 1943 (pp. 17-83) lleva el mismo nombre que él, “La Argentina y la nivelación de la lengua” y, además del argumento editorial, entre otros, para la presencia argentina en la lengua general, incluye una excelente síntesis sobre las bases de la variación y el cambio lingüístico, en las que no falta una anticipación de lo que ahora se llama pluricentrismo (Alonso, 1943: 25-32), reflexiones acerca de lo que entendemos hoy día como líderes lingüísticos (*ibid.*, pp. 37-40, especialmente la n. 1, pp. 38-39), acerca del valor de la acomodación lingüística como mecanismo de difusión (*ibid.*, pp. 41-46), del peso del comercio (*ibid.*, p. 48), de la distinción entre el estudio lingüístico y las necesidades estandarizadoras (*ibid.*, 73-83) y sobre el papel mismo de las Academias (*ibid.*, pp. 57-83).

Está fuera de discusión, es claro, la conveniencia de leer textos clásicos y textos fundacionales esquivando las lecturas anacrónicas o buscadoras de premoniciones. El universo cultural y los condicionamientos históricos e individuales en que nacen ciertas obras es, a veces, tan distante, que la sobreinterpretación es más que tentadora. Cuando el lector moderno lee ciertas páginas de Alonso y repasa las alusiones a un Vico, un Humboldt, un Vossler,³³ traen éstas de la mano, a veces, no un desencanto o un desengaño —muy fuertes términos—, pero sí cierta tristeza, una clase de melancolía interpretativa, asociada quizá a las razones que motivaron

³³ Como en las páginas 67-68 de Alonso (2016).

el afecto por las palabras, menos materiales, menos sociales y económicas que las causas que sabemos que moldean las normas lingüísticas y las variedades de habla, mucho más poderosas que las empresas culturales individuales, por admirables que sean. Otras veces, sin embargo, el flujo razonador alonsino y la amplitud de su perspectiva sobre el cambio lingüístico no han perdido nada de su hechizo, y la capacidad verbal de sus escritos sostiene con eficacia una mirada cabal y comprensiva de las sociedades contemporáneas.

REFERENCIAS

- Alonso, Amado. 1935a. “Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos”, *Volkstum und Kultur der Romanen*, 8, pp. 104-125.
- Alonso, Amado. 1935b. *El problema de la lengua en América*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Alonso, Amado. 1938. *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres hombres*. Buenos Aires: Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires.
- Alonso, Amado. 1943. *La Argentina y la nivelación del idioma*. Buenos Aires: Institución Cultural Española.
- Alonso, Amado. 2016. *Castellano, español, idioma nacional[:]* *Historia espiritual de tres nombres*. Prólogo de Elena Méndez García de Paredes y Elena Leal Abad. Sevilla: Athenaica. [1.ª edición en Athenaica, 2015; última revisión, 15 de marzo de 2016.]
- Alonso, Amado. 2018. *El problema argentino de la lengua*. Ed. Pablo Cavallero. Madrid: Asociación de Academias de la Lengua Española.
- Alonso, Amado. 2020. “Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos”, en *Estudios lingüísticos. Temas españoles*. Prólogo de Lola Pons Rodríguez, pp. 188-218. Sevilla: Athenaica.
- Arnoux, Elvira N. de, y Roberto Bein. 1995-1996. “La valoración de Amado Alonso de la variedad rioplatense del español”, *Cauce. Revista de Filología y su Didáctica*, 18-19, pp. 183-194.

- “Bibliografía de Amado Alonso”. 1953. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7, 1-2, pp. 3-15.
- Blommaert, Jan. 2010. *The Sociolinguistics of Globalization*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bonnin, Juan Eduardo. 2014. Reseña a Glozman y Lauria (2012), *Spanish in Context*, 11, 3, pp. 460-463; en: <<https://doi.org/10.1075/sic.11.3.08jua>>.
- Bordelois, Ivonne, y Angela Di Tullio. 2002. “El idioma de los argentinos: cultura y discriminación”, *Ciberletras*, 6, pp. 18-30; en: <<https://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/documents/ISSUE6.pdf>>.
- Borges, Jorge Luis. 1928. *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: M. Gleizer.
- Borges, Jorge Luis. 1998. *El idioma de los argentinos*. Madrid: Alianza.
- Caravedo, Rocío. 2014. *Percepción y variación lingüística. Enfoque sociocognitivo*. Madrid: Iberoamericana / Fráncfort: Vervuert.
- Chapa Barrios, José Fernando. 2019-2020. Reseña a Glozman y Lauria (2012), *Interpretatio*, 4, 2, septiembre-febrero, pp. 103-108; en: <<https://revistas-filologicas.unam.mx/interpretatio/index.php/in/article/view/170/288>>, consultado el 10 de octubre de 2022.
- Costa Álvarez, Arturo. 1922. *Nuestra lengua*. Buenos Aires: Sociedad Editorial Argentina.
- Eckert, Penelope. 2018. *Meaning and Linguistic Variation. The Third Wave in Sociolinguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fajardo Aguirre, Alejandro. 2021. “La norma en la lexicografía del español: conflicto, contraste y consenso”, *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana*, 19, 1, pp. 17-29.
- García Mouton, Pilar. 2007. “La vocación americanista de la escuela de filología española”, *Revista de Indias*, 67, 239, pp. 163-184; en: <<https://doi.org/10.3989/revindias.2007.i239.596>>.
- Illesca, Raúl. 2002. “Ser ‘gringo’ en Buenos Aires (1880-1914)”, *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, 4; en: <<https://doi.org/10.4000/alhim.512>>, publicado el 20 de mayo de 2005, consultado el 4 de octubre de 2022.
- Le Page, Robert B. 1978. “Projection, Focussing, Diffusion, or, Steps Towards a Sociolinguistic Theory of Language, Illustrated from the Sociolinguistic Survey of Multilingual Communities. Stages I: Cayo District, Belize (For-

- merly British Honduras), and II: St. Lucia”, *Society for Caribbean Linguistics Occasional Paper*, 9. [También en *York Papers in Linguistics*, 9, pp. 7-32.]
- Lida, Miranda. 2016. *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo*. México y Buenos Aires: El Colegio de México / Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Lida, Miranda. 2019. *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología (1927-1946)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Lodares, José R. 1995-1996. “El espiritualismo lingüístico de Amado Alonso”, *Cauce. Revista de Filología y su Didáctica*, 18-19, pp. 387-400; en: <https://cvc.cervantes.es/literatura/cauce/cauce18_19.htm>.
- Lynch, Andrew (ed.). 2020. *The Routledge Handbook of Spanish in the Global City*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Glozman, Mara, y Daniela Lauria. 2012. *Voces y ecos. Una antología de los debates sobre la lengua nacional (Argentina, 1900-2000)*. Buenos Aires: Cabiria-Ediciones Biblioteca Nacional.
- Gómez Alonso, Juan Carlos. s. f. “Amado Alonso: vida y obra”; en: <<http://www.f-amadoalonso.com/biografia/biografia.html>>, consultado el 16 de octubre de 2022.
- Martín Butragueño, Pedro. 2018. “Lengua nacional y lengua patrimonial”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, 44, pp. 397-424.
- Martín Butragueño, Pedro. 2021a. “La aportación de los apreciativos en -ito/a a la estructuración sociolingüística de Ciudad de México”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, 47, pp. 155-248.
- Martín Butragueño, Pedro. 2021b. “La lengua española en México: una mirada al presente”, en *Crónica de la lengua española 2021*. Madrid: Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española, pp. 131-146.
- Martín Butragueño, Pedro 2022. “El español visto desde México”, en *Historia sociolingüística de México*, vol. 5: *Nuevas visitas al pasado y al presente*. Dirs. R. Barriga Villanueva y P. Martín Butragueño. México: El Colegio de México, pp. 3133-3178.
- Martín Butragueño, Pedro. En prensa. “El español en México”, en *Dialectología hispánica / The Routledge Handbook of Spanish Dialectology*. Eds. R. Caravedo y F. Moreno Fernández. Londres y Nueva York: Routledge.

- Martínez Baracs, Rodrigo. 2001. "Acerca del origen de la palabra gringo", *Biblioteca de México*, 62-63, pp. 98-103; en: <http://somehil.org/wp-content/uploads/2019/08/acerca_del_origen_dela_palabra_gringo.pdf>, consultado el 3 de noviembre de 2022.
- Modolo, Vanina Edit. 2016. "Análisis histórico-demográfico de la inmigración en la Argentina del Centenario al Bicentenario", *Papeles de Población*, 22, 89, pp. 201-222; en: <<https://rppoblacion.uaemex.mx/article/view/8271>>, consultado el 16 de octubre de 2022.
- Morett Álvarez, Sonia. 2014. "Actitudes lingüísticas en México. Entre el chovinismo y el malinchismo", en *Actitudes lingüísticas de los hispanohablantes hacia el idioma español y sus variantes*. Eds. Ana Beatriz Chiquito y Miguel Ángel Quesada Pacheco = *Bergen Language and Linguistic Studies*, 5, pp. 793-933; en: <<http://dx.doi.org/10.15845/bells.v5i0.688>>.
- Morett Álvarez, Sonia. (ms.). "Las políticas lingüísticas en la vida cotidiana de México".
- Ortega y Gasset, José. 2014 [1930]. *La rebelión de las masas y otros ensayos*. Madrid: Alianza.
- Palomo Olmos, Bienvenido. 1995-1996. "Bibliografía de Amado Alonso", *Cauce. Revista de Filología y su Didáctica*, 18-19, pp. 529-561; en: <https://cvc.cervantes.es/literatura/cauce/cauce18_19.htm>.
- Patiño Agreda, Claudia. En preparación. *Valores semánticos, pragmáticos y sociales en la morfología apreciativa del español*. Tesis de doctorado. México: El Colegio de México.
- Reyes, Alfonso. 1953. "Amado Alonso", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7, 1-2, pp. 1-2.
- Reynoso Noverón, Jeanett. 2001. *Los diminutivos en el español. Un estudio de dialectología comparada*. Tesis de doctorado. México: Universidad Nacional Autónoma de México; en: <<http://132.248.9.195/pd2001/299954/Index.html>>, consultado el 9 de noviembre de 2020.
- Silverstein, Michael. 1976. "Shifters, Linguistic Categories, and Cultural Description", en *Meaning in Anthropology*. Eds. Keith H. Basso y Henry A. Selby. Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 11-55.
- Trudgill, Peter. 1986. *Dialects in Contact*. Oxford y Nueva York: Basil Blackwell.

- Valender, James. 2022. "Sobre Miranda Lida, *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología (1927-1946)*", *Historia Mexicana*, 72, 1, pp. 437-441; en: <<https://doi.org/10.24201/hm.v72i1.4118>>.
- Weinreich, Uriel. 1974 [1953]. *Languages in Contact. Findings and Problems*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Zimmermann, Klaus. 2022. "Las variedades nacionales del español americano: descripción integral, diferencial y panhispánica", en *Las variedades del español de América. Aspectos teóricos y empíricos*. Eds. Álvaro Ezcurra Rivero, Carlos Garatea Grau y Carolin Patzelt. Berna: Peter Lang, pp. 11-37.

LA INVESTIDURA DE CUAUHTÉMOC EN DÍAS *NEMONTEMI*, DÍAS “NEFASTOS” DEL CALENDARIO NÁHUATL *CEMPOALLAPOHUALLI**

Patrick Johansson K.

INTRODUCCIÓN

La episteme¹ náhuatl prehispánica constituía una *otredad* cultural con paradigmas cognitivos y axiológicos propios, operaciones mentales distintas de las que prevalecían en España en el siglo xvi y de las que hoy imperan, pero igualmente válidas en los términos de una “regulación de los intercambios funcionales con el mundo exterior”.² Entre los diversos aspectos que caracterizan un saber indígena esencialmente sensualista y analógico, la aprehensión cognitiva de la duración, su conceptualización pragmática, cosmológica y las modalidades de su periodización calendárica revelan una manera muy particular de sentir, de pensar, y de ser en el tiempo.

En el contexto histórico de la llegada de los españoles a tierras mesoamericanas, la percepción indígena del tiempo, o mejor dicho del espacio-tiempo, condujo a tomas de decisión y acciones determinantes en cuanto a la reacción de los mexicas frente a una situación totalmente imprevista.

En el momento del contacto, los pueblos autóctonos de México tenían una noción del “tiempo” que difería considerablemente de la conceptualización europea. Como consecuencia lógica de la relación de

* Texto leído en la sesión solemne remota del 10 de noviembre de 2022.

¹ Episteme: “Conjunto de conocimientos que condicionan las formas de entender o interpretar el mundo en determinadas épocas”, *Diccionario de la lengua española*.

² Definición de la cognición que propone Jean Piaget. Cf. *Biologie et connaissance*, p. 21.

inmanencia que el indígena prehispánico mantenía con su entorno natural, el tiempo no trascendía el espacio, los hechos y acontecimientos estaban estrechamente vinculados con el momento en que se situaban, con los atributos cardino-temporales de dicho momento en el marco de un espacio-tiempo que no era simplemente circunstancial sino *esencial*. Los periodos calendáricamente definidos de la duración y sus atributos astrológicos influían sobre lo que se emprendía en el marco espacio-temporal de su realización.

En lo que concierne a los embates bélicos de la Conquista, la victoria final de los iberos, el 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito (el santo patrón de los caballos), era el fruto de estrategias maquiavélicas, tanto diplomáticas como bélicas, y la consecuencia “providencial” de una epidemia de viruela que había diezclado al ejército mexica. Acontecía en la perspectiva europea de un tiempo lineal irreversible, orientado hacia un futuro indeterminado.

La noción indígena de un movimiento espacio-temporal cíclico era distinta. En un recorrido cíclico-circular, el avance hacia el futuro conducía inevitablemente hacia un pasado que lo contenía potencialmente, así como el presente. La fecha indígena correspondiente al 13 de agosto de 1521: el día *1-coatl* “1-serpiente” del mes *miccailhuitontli* (“pequeña fiesta de los Muertos”), año *3-calli* “3-casa” de sus tres cuentas calendáricas, contenía predicados astrológicos ambiguos, pero es probablemente la fecha de la investidura de Cuauhtémoc, en días considerados como “vanos” y nefastos, la que determinó la suerte de la nación mexica.

La captura y subsecuente capitulación del *tlahtoani*, el derrumbe del imperio mexica que sellaba el fin de un mundo y el inicio de otro, no podían ser históricamente aleatorios y circunstanciales, sino que debían estar inscritos en los hados de un destino que se había de cumplir y que de hecho se estaba cumpliendo.

Por lo tanto, la llegada *externa* y *contingente* de los españoles fue integrada por los indígenas, en el marco epistémico propio de su cultura, como *interna* y *necesaria* y considerada, retrospectivamente, como ineluctable. Lo que había sido, tal y como había sido, era la confirmación de

“revelaciones” proféticamente emitidas con base en presagios *tetzahuitl* los cuales habían anticipado la suerte infausta del pueblo de Huitzilopochtli.

I. *TETZAHUITL*: PRESAGIOS Y PROFECÍAS

Una vez consumados los hechos, se exhumaron unos cuantos presagios, los cuales —retocados e reinterpretados de manera retrospectivamente profética— anticipaban el fin apocalíptico del mundo indígena.

Numerosos son los agüeros que anunciaban la caída del imperio mexica: un resplandor que surgía de noche en el Oriente, el paso de un cometa, la gente armada que Motecuhzoma vio en el ojo de un ave acuática, entre otros.

Una imagen algo críptica del *Códice Mexicanus* (fig. 1), correspondiente a los años *1-acatl* y *2-tecpatl* (1363 y 1364), es decir, tres ciclos de 52 años antes de la llegada de los españoles, se compone de un bulto mortuorio, unido a lo que parece un escudo pero que es de hecho la imagen de Venus, la gran estrella *Huey citlallin* (fig. 2). La doble apari-



Figura 1. Augurios nefastos.
Códice Mexicanus, lámina LI (detalle).

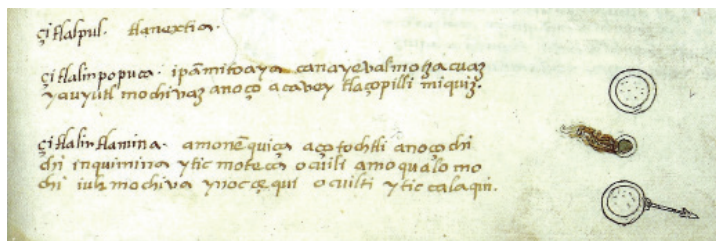


Figura 2. La gran estrella: Venus. *Códice Matritense* del Palacio Real de Madrid, fol. 282r.

ción de una estrella humeante y unas huellas que bajan *temoah* hacia un hoyo negro *tlaxapochtli* completan el sintagma visual nefasto. El pronóstico iconográfico parece haber expresado la futura muerte de la gran estrella *Huey citlallin*, Venus, en las mismas fechas 156 años después.

Sin embargo, la victoria de Cuitláhuac sobre el invasor, la expulsión de México de esta “gente nunca antes vista” (*ahcan necih tlacah*), en la noche del 30 de junio de 1520, así como el hecho de que muchos pueblos, hasta ese momento indecisos, habían tomado el partido de los mexicas, parecían contradecir los hados del destino.

La viruela *totumonaliztli*, la muerte de Cuitláhuac, la investidura de Cuauhtémoc en el contexto de una “nueva normalidad”, pero en días *nemontemi* (fig. 3) considerados como nefastos, y cuyo tenor espacio-temporal sería la causa simbólica de la derrota final, iban a confirmar la inexorabilidad del destino.



Figura 3. Investidura de Cuauhtémoc en días *nemontemi*. *Códice Aubin*, fol. 45r (detalle).

II. EL ESPACIO-TIEMPO INDÍGENA PREHISPÁNICO

Como lo expresa la imagen del espacio-tiempo, es decir del mundo, en la primera lámina del *Códice Fejérváry-Mayer* (fig. 4), en torno al cuadrado central ígneo y axial donde se yergue Tezcatlipoca, una geografía simbólica reúne los espacios cardinales temporales: el Este (hacia arriba), el Norte (a la izquierda), el Oeste y el Sur, con sus divinidades, sus árboles, sus aves, sus plantas, partes del cuerpo de Tezcatlipoca, y los glifos correspondientes a los años, los meses y los días.

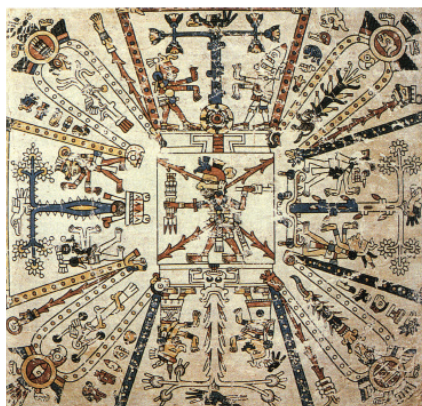


Figura 4. El mundo.
Códice Fejérváry-Mayer, lámina I.

Los calendarios

El tiempo huidizo e inasible había sido cautivado por los nahuas en la red calendárica de tres cuentas: la cuenta de los años *xiuhpohualli*, la cuenta de los destinos *tonalpohualli* y la cuenta de los meses o veintenas *tempoallapohualli*. Algunos de los meses correspondientes a los años fatídicos *1-acatl* “1-caña” (1519) y *2-tecpatl* “2-pedernal” (1520) figuran en el *Códice Vaticano A* (fig. 5). Son respectivamente, de izquierda a derecha: *Tēpeilhuitl*, *Quecholli*, *Atemoztli*, *Tititl*, *Izcalli*, *Cuahuitl Ehua*, *Tlacaxipehualiztli*, *Tōzoztontli*, *Huey*



Figura 5 Los meses.
Códice Vaticano A, fol. 87r.

tozoztli, Toxcatl, Etzalcualiztli, Tecuilhuitontli, Huey Tecuilhuitl. Los días *nemontemi* se insertaban entonces entre los meses *Izcalli* y *Cuahuitl Ehua*.

Los días nemontemi

En esta imagen del *Códice Telleriano-Remensis* (fig. 6) se observan cinco volutas dentro de un cuadro cromáticamente abismal. Representan cinco días, mientras que la voluta que figura encima del cuadro indica, ideográficamente, la misma cantidad. Esta voluta ha sido interpretada como un día bisiesto. Sin embargo, una voluta con los colores rojo, blanco y negro simbolizaba el número *cinco* en la cultura náhuatl prehispánica. Una prueba fehaciente de ello lo constituye el glifo antroponímico del dios Macuilxóchitl “5-flor” (fig. 7) el cual se compone de una flor *xochitl*, y de una representación del “cinco” mediante el significante ideográfico que constituye dicha voluta.



Figura 6. Días “baldíos” *nemontemi*.
Códice Telleriano Remensis, lámina 7r.



Figura 7. Macuil xochitl y la voluta.
Códice Magliabechiano, lámina 60.

Descripción de los días nemontemi

Estos días vacíos eran una remanencia del caos primordial que había antecedido la creación del mundo. Estaban incluidos en los intersticios calendáricos del tiempo cíclico indígena, particularmente en las “ataduras” de años. Al final de cada año, un lapso de vacío temporal separaba dos periodos calendáricos anuales de la duración. Los temibles *nemontemi*, cinco días “vanos”, potencialmente apocalípticos, establecían una transición entre dos ciclos de 360 días.

Los días *nemontemi* se situaban entre el fin de un año y el comienzo de otro, en el caso de la investidura de Cuauhtémoc, entre el último mes del año *2-tecpatl* “2-pedernal” (1520): Izcalli, y el primer mes del año *3-calli* “3-casa” (1521): Cuahuítl Ehua. Fray Diego Durán definió estos días de la manera siguiente:

Bien sabemos todos cómo el año tiene trescientos y sesenta y cinco días. Estos indios contaban trescientos y sesenta, y a los cinco días que había llamaban “días demasiados” y “sin necesidad”. Y así no les daban nombres, como a los demás, ni figuras, y así los dejaban en blanco y como a días

aciagos los llamaban *nen on temí*, que quiere decir “días sin necesidad ni provecho (Durán I: 293).

Añade:

Estos cinco días ayunaban y hacían grandes penitencias de abstinencia de pan y agua; no comían más de una vez al día, y esa comida era de tortillas secas; azotábanse, apartábanse de sus mujeres; tenían por de mala suerte a los que en estos días nacían (Durán I: 293).

Y fray Bernardino de Sahagún señaló:

Acabado este mes (*Izcalli*) los cinco días que se siguen son sobrados de los trescientos y sesenta ya dichos, los cuales todos de veinte en veinte están dedicados a algún dios. Estos cinco días a ningún dios están dedicados, y por eso los llaman *nemontemí*, que quiere decir que están por demás, y teníanlos por aciagos (Sahagún, 1997: 152).

El hecho de no tener un amparo divino, ya fuera bueno o malo, ni un destino que les correspondiera, hacía de estos días un vacío espacio-temporal particularmente temido entre los indígenas.

Cenca imacaxoia, cenca mauhcaittoia:iehica ca çan nenqujzquj, vncan nenenqujxtilo, atle vnqujxoa, nenencolo, nenenencolo: iehica ca atle vncan ca ilhujlli, mâceoalli, can vncan icnoiotl, netolinjliztli, nenqujcaiotl, nenqujçaliztli, âoneoatinemjiztli (Códice Florentino, libro II, capítulo 38).

Eran temidos, los veían con temor, salían en vano habían salido en vano, nada se hacía entonces. Eran inútiles, totalmente inútiles. No entrañaban una recompensa, un merecimiento. Sólo miserias, sufrimiento, inutilidad, vanidad, indigencia.

Nada importante se hacía entonces, ninguna ceremonia, ningún acto oficial, ningún juicio. La gente permanecía en su casa, cuidaba de no reñir, no dormir en el día, y no tropezar, porque si lo hacían en estos

días, lo iban a hacer por el resto de su vida. Lo que ocurría durante los *nemontemi* se veía permeado por la vanidad de aquellos días.

Nenoquichtli, nencihuatl “hombre vano, mujer vana”

Los que nacían durante los *nemontemi* veían su ser permeado por la vanidad de aquellos días. Los llamaban *nemon* “vano”, *nentlacatl* “persona vana”, *nenquizqui* “el que salió en vano”, *nenoquichtli* si era hombre, y *nencihuatl* “mujer vana” si era mujer.

En caso de que enfermaran ya no dudaban de que fueran a morir. Al no tener el paciente un signo calendárico, un destino (*tonalli*), los médicos no podían ejercer la parte esencial de su arte que atañía a los elementos anímicos del individuo. Si no moría, si lo había amparado de alguna manera el *Ipalnemoani* “gracias a quien se existe” (*Códice Florentino*, libro II, cap. 38), era un muerto en vida ya que se encontraba excluido de cualquier trato social:

Aocmo iuh catca teiollo, ca oica netlapaloloc, neellaquaoaloc, oqujxcauhque, injoa-iolque, ca oiqujtecaque:aocmo iuhcan qujxooaian inon oquenteltzin, meoatiqetetz, inon oihiio qujcujc, ca temauhti in jpan opeuh ilhujtl Nemontemij: ca atle itonal, ca atle itoca: ipampa aiac vel vnca ticitoca, tepatia, tetlapovia: ca nel amo vmpou-hquj, atle ipooallo in jzqujlhujtl navilhujtl (*Códice Florentino*, libro II, cap. 38).

Ya no tenía corazón, por eso ya no tenía ánimo, no se esforzaba. Lo olvidaban sus parientes, lo dejaban tirado, no salía a ninguna parte, ni de alguna manera se levantaba para tomar aliento. Era terrible cuando comenzaban los días *nemontemi*. No tenía signo, no tenía nombre, por lo que nadie lo podía atender, curar, o leerle (su destino). En verdad a nada pertenecía, ninguno de los cuatro días podía ser leídos.

La vanidad abismal de los *nemontemi* (fig. 8) se manifiesta en algunas representaciones. Asimismo, la incertidumbre que confiere la noción de “encrucijada” *ohmaxac*, simbolizada por un *maxtlatl* “taparrabo”, se expresa en esta representación pétrea.



Figura 8. Los días abismales. Piedra MNA.

El cómputo de los nemontemi

Los rituales, el culto a las divinidades y el nombre de cada una de las 18 veintenas que conformaban la cuenta *tempoallapohualli*, fueron debidamente descritos por Sahagún, Durán y otros frailes, con base en testimonios de informantes indígenas, en su recopilación “diagnóstica” de datos que les permitieran detectar y extirpar la idolatría.

Sin embargo, en términos de secuencia signo-numérica, el cómputo de los días de las veintenas y particularmente el de los días baldíos, parece no haber sido del todo comprendido por los frailes quienes asumieron que los meses empezaban sistemáticamente por un día *cipactli* “lagarto” y terminaban con un día *xochitl* “flor”, aunque con cifras distintas, ya que, según ellos, dichos días epagómenos no contaban. La confusión parece haber radicado en dos vocablos náhuatl (*itech*)*pohui* y (*tla*)*pohua* “pertene-
necer” y “contar”.

Acan ompouhqui, acan ompohui (Códice Florentino, libro II, cap. 38).

A ningún tiempo ni lugar pertenecen, no son de ningún tiempo ni lugar.

Evocando el “des-amparo” divino de estos días, un informante de Sahagún dijo lo siguiente:

Macuililhuitl in aocle itoca tonalli, In aocmo umpohui, in aocmo ompouhqui (Códice Florentino, libro II, cap. 38).

Cinco días que ya no tienen un nombre de destino, que ya no pertenecen (a nadie), ya no pertenecientes.

Los frailes asumieron que los meses y los años empezaban siempre por el signo *cipactli* “lagarto” y terminaban por *xochitl* “flor”, como era el caso en el calendario cristiano, el cual comenzaba siempre el día primero de enero y terminaba el 31 de diciembre (aunque con días distintos de la semana).

El problema surgió de una ambigüedad en cuanto al cómputo de los días *nemontemi*. Estos días *no contaban* en términos astrológicos por el hecho de que ninguna divinidad los amparaba, pero *se contaban* en términos numéricos. Los frailes (quizá intencionalmente desorientados por sus informantes, que no querían que los religiosos españoles conocieran las fechas de sus celebraciones) consideraron que los *nemontemi* pasaban en “balde” durante cinco días por lo que había que empezar de nuevo el año siguiente con el día *cipactli* “lagarto”.

Para establecer una comparación, es como si el año europeo tuviera 360 días y terminara el 31 de diciembre, con cinco días baldíos. Dichos días serían los días 1, 2, 3, 4 y 5 de enero. En virtud de que los días eran vanos pero se contaban, el año siguiente comenzaría el 6 de enero. Pero, en la perspectiva de los frailes, por el hecho de que estos días pasaban en vano, había que dejarlos pasar sin contarlos e iniciar de nuevo el año el primero de enero, con un desfase temporal de cinco días. Esta postura no cuadraba con la conceptualización del espacio-tiempo indígena.

La proximidad fonética de las palabras *(itech)pohui* “pertenecer” y *(tla)pohua* “contar”, podría haber suscitado la confusión. Los días *nemontemi*

no pertenecían *pohui* a nada ni nadie en términos religiosos, pero se contaban *pohua*, lo que hacía que el año siguiente empezara, después de cinco días *nemontemi*, el sexto día en este caso el día *miquiztli* “muerte”.

Los cuatro meses arquetípicos

Si, como lo hemos mencionado, los días *nemontemi* no estaban astrológicamente amparados, se encontraban vaciados del contenido de sus signos, pero se integraban a la sucesión calendárica de los días, entonces no había un solo modelo calendárico de las veintenas del año sino cuatro.

Primer año: *acatl* “caña”

Meses	Principio y fin de los meses	
<i>Cuáhuítl Ehua</i>	1-cipactli	7-xóchitl
<i>Tlacaxipehualiztli</i>	8-cipactli	1-xóchitl
<i>Tōzoztontli</i>	2-cipactli	8-xóchitl
<i>Huey Tōzoztli</i>	9-cipactli	2-xóchitl
<i>Tōxcatl</i>	3-cipactli	9-xóchitl
<i>Etzalcualiztli</i>	10-cipactli	3-xóchitl
<i>Tecuilhuitontli</i>	4-cipactli	10-xóchitl
<i>Huey Tecuilhuitl</i>	11-cipactli	4-xóchitl
<i>Tlaxochimaco</i>	5-cipactli	11-xóchitl
<i>Xócotl Huetzi</i>	12-cipactli	5-xóchitl
<i>Ochpaniztli</i>	6-cipactli	12-xóchitl
<i>Teotleco</i>	13-cipactli	6-xóchitl
<i>Tēpeilhuitl</i>	7-cipactli	13-xóchitl
<i>Quecholli</i>	1-cipactli	7-xóchitl
<i>Panquetzaliztli</i>	8-cipactli	1-xóchitl
<i>Atemoztli</i>	2-cipactli	8-xóchitl
<i>Títitl</i>	9-cipactli	2-xóchitl
<i>Izcalli</i>	3-cipactli	9-xóchitl

Los días *nemontemi* de este primer año de un ciclo serían entonces los siguientes:

10-cipactli
11-ehécatl
12-calli
13-cuetzpallin
1-cóatl

Una manifestación iconográfica de estos días *nemontemi* se puede apreciar en la imagen del fol. 100r de *Cantares Mexicanos* (fig. 9). Corresponden al último mes del año *Cuáhuatl Ehua*, según este documento.

Pasando el último día *nemontemi* (1-coatl), el primer mes del año siguiente comienza, cronológicamente, con 2-miquiztli. Los demás comienzan asimismo con un día *miquiztli* “muerte” y terminan 20 días después con un día *coatl* “serpiente”, con exponentes numéricos consecutivos.



Figura 9. Manuscrito *Cantares Mexicanos*, fol. 100r.

Segundo año: *tecpatl* “pedernal”

Meses	Principio y fin de los meses	
<i>Cuáhuatl Ehua</i>	2-miquiztli	8-cóatl
<i>Tlacaxipehualiztli</i>	9-miquiztli	2- cóatl
<i>Tōzoztontli</i>	3-miquiztli	9-cóatl
<i>Huey Tōzoztli</i>	10-miquiztli	3-cóatl
<i>Tōxcatl</i>	4-miquiztli	10-cóatl
<i>Etzalcualiztli</i>	11-miquiztli	4-cóatl
<i>Tecuilhuitontli</i>	5-miquiztli	11-cóatl
<i>Huey Tecuilhuitl</i>	12-miquiztli	5-cóatl
<i>Tlaxochimaco</i>	6-miquiztli	12-cóatl

<i>Xócotl Huetzi</i>	<i>13-miquiztli</i>	<i>6-cóatl</i>
<i>Ochpaniztli</i>	<i>7-miquiztli</i>	<i>13-cóatl</i>
<i>Teotleco</i>	<i>1-miquiztli</i>	<i>7-cóatl</i>
<i>Tepeílhuítl</i>	<i>8-miquiztli</i>	<i>1-cóatl</i>
<i>Quecholli</i>	<i>2-miquiztli</i>	<i>8-cóatl</i>
<i>Panquetzaliztli</i>	<i>9-miquiztli</i>	<i>2-cóatl</i>
<i>Atemoztli</i>	<i>3-miquiztli</i>	<i>9-cóatl</i>
<i>Títitl</i>	<i>10-miquiztli</i>	<i>3-cóatl</i>
<i>Izcalli</i>	<i>4-miquiztli</i>	<i>10-cóatl</i>

Los días *nemontemi* de este segundo año serán:

11-miquiztli
12-máztatl
13-tochtli
1-atl
2-itzcuintli

El último día *nemontemi* del segundo año siendo *itzcuintli*, el primer día del primer mes del tercer año *calli*, así como de los 17 meses restantes es *ozomatli* “mono”, mientras que el último es *Itzcuintli* “perro”. Una imagen del *Códice Borgia* consigna los días *nemontemi* de los años *tecpatl* (fig. 10).



Figura 10. *Códice Borgia*, lámina 53.

Tercer año: *calli* “casa”

Meses	Principio y fin de los meses	
<i>Cuáhuatl Ehua</i>	3-ozomatli	9 itzcuintli
<i>Tlacaxipehualiztli</i>	10-ozomatli	3-itzcuintli
<i>Tōzoztontli</i>	4-ozomatli	10-itzcuintli
<i>Huey Tōzoztli</i>	11-ozomatli	4-itzcuintli
<i>Tōxcatl</i>	5-ozomatli	11-itzcuintli
<i>Etzalcualiztli</i>	12-ozomatli	5-itzcuintli
<i>Tecuilhuitontli</i>	6-ozomatli	12-itzcuintli
<i>Huey Tecuilhuitl</i>	13-ozomatli	6-itzcuintli
<i>Tlaxochimaco</i>	7-ozomatli	13-itzcuintli
<i>Xócotl Huetzi</i>	1-ozomatli	7-itzcuintli
<i>Ochpaniztli</i>	8-ozomatli	1-itzcuintli
<i>Teotleco</i>	2-ozomatli	8-itzcuintli
<i>Tepeilhuitl</i>	9-ozomatli	2-itzcuintli
<i>Quecholli</i>	3-ozomatli	9-itzcuintli
<i>Panquetzaliztli</i>	10-ozomatli	3-itzcuintli
<i>Atemoztli</i>	4-ozomatli	10-itzcuintli
<i>Títitl</i>	11-ozomatli	4-itzcuintli
<i>Izcalli</i>	5-ozomatli	11-itzcuintli

Los días *nemontemi* de este tercer año serán:

12-ozomatli
 13-malinalli
 1-ácatl
 2-océlotl
 3-cuauhtli

En cuanto al cuarto año, *tochtli*, sus meses comienzan por un día *cozcacuauhtli* “buitre” y terminaban en *cuauhtli* “águila”.

Cuarto año: *tochtli* “conejo”

Meses	Principio y fin de los meses	
<i>Cuáhuatl Ehua</i>	4-cozcacuahtli	10-cuahtli
<i>Tlacaxipehualiztli</i>	11-cozcacuahtli	4-cuahtli
<i>Tozozontli</i>	5-cozcacuahtli	11-cuahtli
<i>Huey Tozoztli</i>	12-cozcacuahtli	5-cuahtli
<i>Tōxcatl</i>	6-cozcacuahtli	12-cuahtli
<i>Etzalcualiztli</i>	13-cozcacuahtli	6-cuahtli
<i>Tecuilhuitontli</i>	7-cozcacuahtli	13-cuahtli
<i>Huey Tecuilhuatl</i>	1-cozcacuahtli	7-cuahtli
<i>Tlaxochimaco</i>	8-cozcacuahtli	1-cuahtli
<i>Xócotl Huetzi</i>	2-cozcacuahtli	8-cuahtli
<i>Ochpaniztli</i>	9-cozcacuahtli	2-cuahtli
<i>Teotleco</i>	3-cozcacuahtli	9-cuahtli
<i>Tepeilhuitl</i>	10-cozcacuahtli	3-cuahtli
<i>Quecholli</i>	4-cozcacuahtli	10-cuahtli
<i>Panquetzaliztli</i>	11-cozcacuahtli	4-cuahtli
<i>Atemoztli</i>	5-cozcacuahtli	11-cuahtli
<i>Títitl</i>	12-cozcacuahtli	5-cuahtli
<i>Izcalli</i>	6-cozcacuahtli	12-cuahtli

Los días *nemontemi* de este cuarto año serán:

13-cozcacuahtli
 1-ollin
 2-técpatl
 3-quiáhuatl
 4-xóchitl

En este último año —de un microciclo de cuatro años— se agotan las variantes de principio y fin de los meses en cuanto a los signos (mas no a los números). El quinto año, primero de otra serie de cuatro años se inicia de nuevo con *cipactli* y termina con *xóchitl*. Asimismo, los *nemon-*

temi vuelven a ser sucesivamente los mismos que los de los primeros cuatro años, aunque con exponentes numéricos distintos, es decir, que después de cuatro años el esquema de las veintenas comienza de nuevo sobre las mismas bases, razón por la cual en el mes *Izcalli* del cuarto año, se realizaba una fiesta solemne al dios del fuego Ixcozauhqui, la cual representaba un regreso al centro ígneo y tendía, entre otras cosas, a “energetizar” el siguiente microciclo de cuatro años.

Como se observa en las tablas (*supra*), después de 13 meses (260 días), en el mes *Quecholli* (el decimocuarto en el caso de este primer microciclo de cuatro años, primero de una serie de 13), la cuenta mensual empieza de nuevo en los mismos términos signo-numéricos.

III. LOS DÍAS NEMONTEMI DE LOS AÑOS *TECPATL* “PEDERNAL”

Si los *nemontemi* hubieran sido siempre *cipactli*, *ehecatli*, *calli*, *cuetzpallin*, y *coatli*, esto significaría que dichos días baldíos estaban excluidos de la cuenta y que los años y sus meses respectivos comenzaban siempre con el mismo signo (aunque con un exponente numérico distinto). Por el contrario, la presencia de otra serie de *nemontemi* bastaría para comprobar la hipótesis aquí emitida, y numéricamente establecida, de un desplazamiento de los signos de los días que componen los meses y, por ende, de una movilidad de los meses dentro del año. Ahora bien, creemos haber identificado, en la lámina 53 del *Códice Borgia* (véase fig. 10), una representación iconográfica de los *nemontemi* correspondiente al segundo año de una secuencia de cuatro años: el año *tecpatl* “pedernal”. Parte final de una microsecuencia pictórica de meses, la imagen aquí referida representa un venado en posición sedente, de frente, con las patas abiertas. En distintas partes de su cuerpo se encuentran repartidos los 20 signos del mes indígena. La figura rectangular y curva que se observa en la parte inferior contiene cinco signos de días sobre un fondo blanco. Estos días: *miquiztli* “muerte”, *máztatl* “venado”, *tochtli* “conejo”, *atl* “agua” y *itzcuintli* “perro” son precisamente, como lo vimos en la tabla

sinóptica, los días baldíos de los años *tecpatl* “pedernal”. Remitimos a otro artículo nuestro³ para el estudio iconológico de esta imagen. Nos conformaremos aquí con decir que la figura antidinámica que representa el rectángulo se conjuga con la movilidad que expresa su carácter curvilíneo y el acromatismo del fondo blanco para expresar que su contenido (los cinco días enmarcados) es “vano”. Por otra parte, la franja ocre con trazo “temblado” que figura a lo largo de la parte superior del rectángulo, indica el carácter *excrementicio* de dichos días.

La posición y el tamaño del mono que figura encima del rectángulo, en posición céntrica, señalan que el mes siguiente comenzará por el signo *ozomatli* “mono”.

Cada cuatro años, cuando los años *acatl*, *tecpatl*, *calli* y *tochtli* se habían sucedido, se celebraba una muy solemne fiesta del fuego, antes de iniciar otro microciclo de cuatro años.

Los *nemontemi* no contaban en términos astrológicos por no estar amparados por alguna divinidad, pero *se contaban*, numéricamente hablando, y su cómputo establecía cuatro modelos de principio y fin de veintenas, correspondientes a los cuatro años del calendario:

En los años *acatl* “caña”, ubicados en el Este, los meses empezaban por *cipactli* y terminaban en *xochitl*.

En los años *tecpatl* “pedernal”, ubicados en el Norte, los meses iniciaban con un día *miquiztli* y terminaban con un día *coatl* “serpiente”.

En los años *calli* “casa”, ubicados en el Oeste, empezaban con el día *ozomatli* “mono” y terminaban en *iztquintli* “perro”.

En los años *tochtli* “conejo”, ubicados en el Sur, empezaban por *cozcacuauhtli* y finalizaban en *cuauhtli* “águila”.

El *Códice Fejérváry-Mayer* provee una prueba irrefutable de ello (fig. 11).

El *Códice Laud* confirma lo anterior (fig. 12), (fig. 13), (fig. 14), (fig. 15), (fig. 16).

³ Cf. Johansson, “Nemontemi ‘días baldíos’. Abismos periódicos del tiempo indígena”, *Arqueología Mexicana*, núm. 118, noviembre-diciembre, 2012, p. 67.

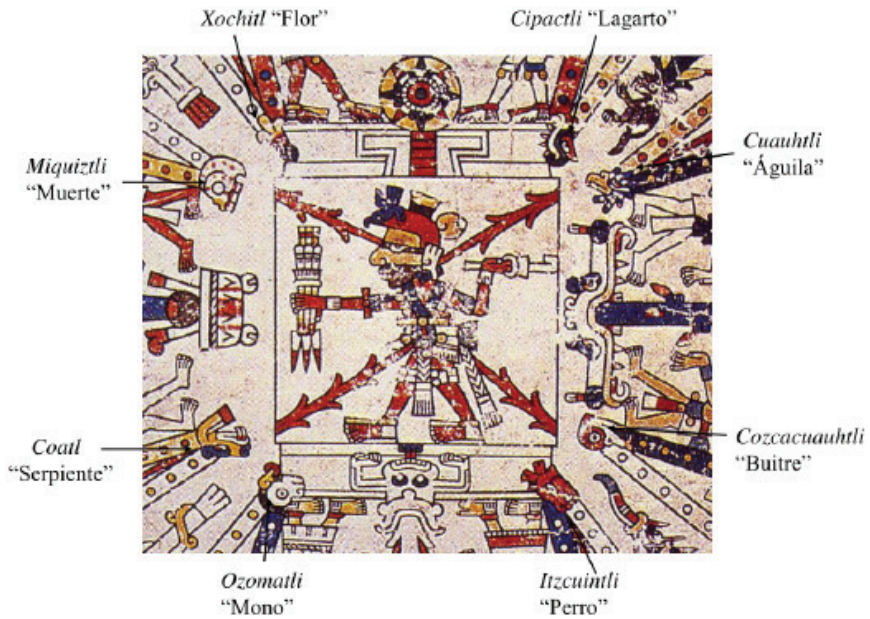
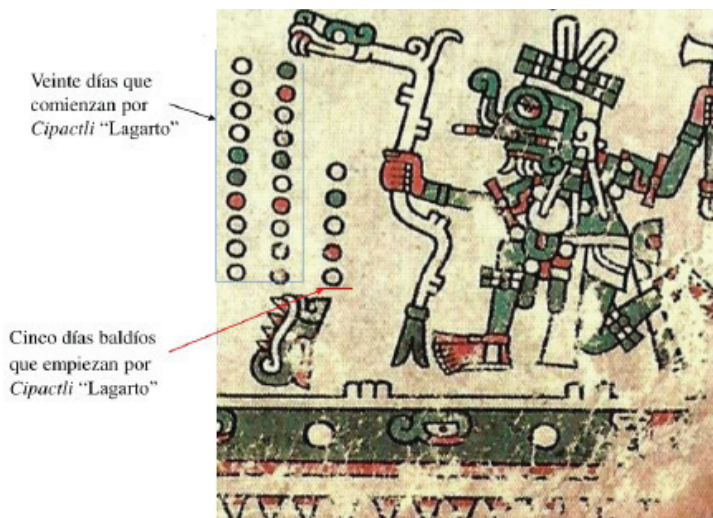


Figura 11. Códice Fejérváry-Mayer, lámina I (detalle).



Figura 12. Códice Laud, lámina 24.



Cipactli "lagarto". Años acatl.Tlálloc (Este)

Figura 13. *Códice Laud*, lámina 24 (detalle).

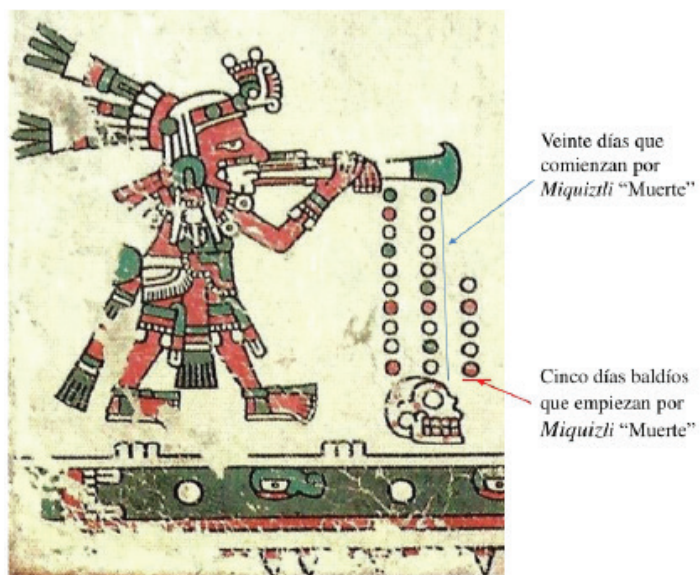
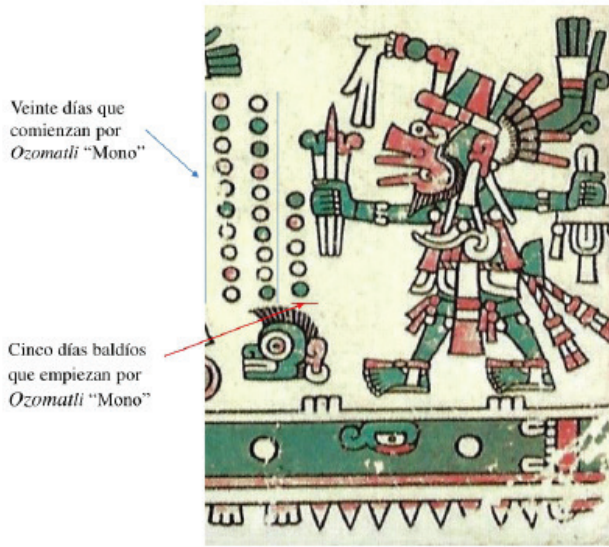
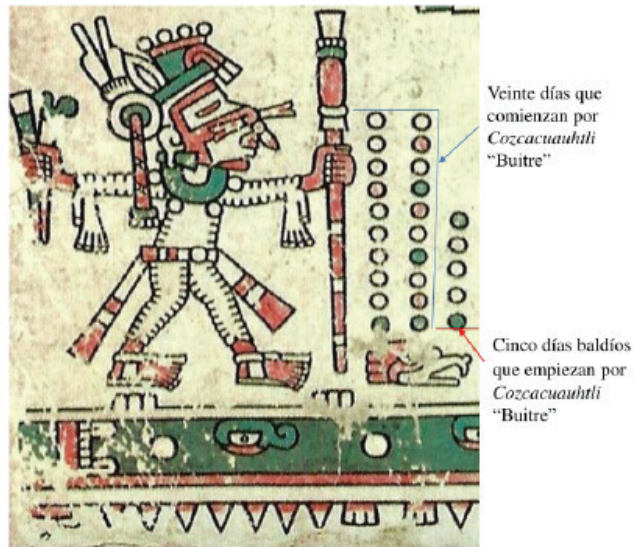


Figura 14. *Códice Laud*, lámina 24 (detalle).



Ozomatli "mono". Años calli. Quetzalcóatl-Ehécatl (Oeste)

Figura 15. *Códice Laud*, lámina 24 (detalle).



Cozcacuauhtli "buitre". Años tochtli. Xipe Totec (Sur)

Figura 16. *Códice Laud*, lámina 24 (detalle).

LA INVESTIDURA DE CUAUHTÉMOC EN DÍAS *NEMONTEMI*

Por razones calendáricamente determinantes del protocolo mexica, la entronización de Cuauhtémoc se efectuó 80 días después de la muerte de Cuitláhuac, durante los días *nemontemi* (véase fig. 3):

Ynic XI yn tlahtoani. Ypan nemontemi Cuahuatl ehua yn motlahtocatlali in Cuauhtemoctzin. Yhuan oncan moyahuac yn mexicayotl tenochcayotl yhuac hualcencalacque in Españoles (Códice Aubin, fol. 45r).

“Onceavo *tlahtoani*. En los días baldíos de *Cuahuatl Ehua* se instaló como gobernante Cuauhtémoc”. Y entonces se derrumbó el mundo mexica, el mundo tenochca cuando vinieron a entrar definitivamente los españoles.

En el párrafo correspondiente a esta imagen, la referencia calendárica a la entronización de Cuauhtémoc y la frase que pondera el fin de la *mexicayotl*, parecen establecer una relación no sólo de consecución sino también de consecuencia.

Casi nueve veintenas (seis meses del calendario cristiano) separaban la entronización del *tlahtoani* mexica de su captura y subsecuente capitulación, el 13 de agosto de 1521, pero el vacío espacio-temporal nefasto de los días baldíos *nemontemi* en los que se situaba la ceremonia parece haber determinado la suerte del impetrado.

LA INVESTIDURA DE CUAUHTÉMOC EN EL DÍA *ITZCUINTLI* “PERRO”

Los días *nemontemi* en los que se entronizó el último *tlahtoani* mexica, fueron los *nemontemi* del año *2-tecpatl* “2-pedernal” (véase fig. 10). Ahora bien, si los *nemontemi* eran días aciagos, cabe preguntarse por qué no se anticipó o pospuso la ceremonia para que se efectuara en días propicios. Esta práctica de los *tlapouhqueh*, los “lectores de destinos” era común cuando una criatura nacía en un día considerado como aciago. La razón probable de mantener la fecha, aunque fuera infausta, era el carácter protocolario incompresible e inextensible de 80 días a partir de la muerte del

gobernante anterior, en este caso Cuitláhuac, así como el hecho de que la investidura de los *tlahtoque* mexicas se realizaba en un día *1-itzcuintli* “1-perro”. En este contexto, el destino que se asomaba tenía que ser plenamente asumido.

El quinto de los días *nemontemi* del año 2-pedernal: *Itzcuintli* “perro” era el *tonalli* del dios del fuego Xiuhtecuhtli y, por lo tanto, el día “bien afortunado”, en situaciones normales.

Ihuan mitoa in tlahtoque oncan motecuhltaliaya, in ipan ce itzcuintli. Auh ipan motecualtiaya, motecpacaya, motlatocapacaya in nauhacatl (Códice Florentino, libro IV, capítulo 25).

Y se dice que los señores entonces eran instalados, en “uno perro”. Y en este día, había una ceremonia, una celebración real, la fiesta (el banquete) se hacía en “cuatro-caña”.

Cuauhtémoc fue entronizado el 20 de febrero de 1521 (80 días después del deceso de Cuitláhuac) durante los días *nemontemi* situados al final del año *2-tecpatl* antes de que iniciara el año *3-calli*.

El ritual de investidura de Cuauhtémoc

Desde la llamada “Noche triste” del 30 de junio de 1520, los españoles estaban fuera de la ciudad y aunque amenazaban con regresar, la vida en México-Tenochtitlan había recobrado una cierta normalidad. Las cruces y demás íconos cristianos habían sido retirados de los templos, las imágenes de los dioses reinstaladas y las fiestas se celebraban con más fervor, dada la situación. Además, siendo el “sacerdote mayor de los ídolos”, es probable que el joven *tlahtoani* electo: Cuauhtémoc, siguiera al pie de la letra el protocolo establecido para su investidura:

Estaba desnudo (el señor), en cueros delante de los que hablaban y le platicaban cómo y con qué solicitud se había de haber con su oficio. Al cual ponían delante del demonio que ellos tenían como dios del fuego que se llamaba Xuo tecutl [*sic*]; donde ofrecían sacrificio de incienso que ellos llaman copa-

lli y le ponían nombre nuevo y perdía el que tenía antes (*Códice Magliabechiano*, lámina 71r).

La investidura del que había de ser el último representante del sol mexica en la tierra tuvo lugar frente al fuego, probablemente el día *itzcuintli* de los *nemontemi*, emulando ritualmente la penitencia de Nanahuatzin y Teuhciztécatl, en Teotihuacan.

El nombre predestinado “Cuauhtémoc”

El informante que glosó la imagen del *Códice Magliabechiano* antes referida aportó un dato de suma importancia: cuando se entronizaba, el *tlahtoani* electo adquiría un nuevo nombre: “le ponían nombre nuevo y perdía el que tenía antes”. Si suponemos que Cuauhtémoc siguió el protocolo establecido, recibió el nombre-destino de “Águila que descendió” (fig. 17) en el momento de su entronización. ¿Cuál habría sido su nombre hasta este momento?

La atribución del nombre, en el mencionado acto ceremonial, dependía de la personalidad del impetrado, pero era motivada por las circuns-

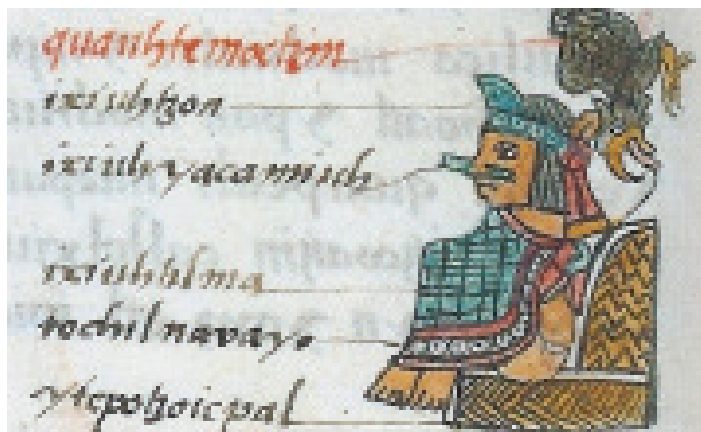


Figura 17. Cuauhtémoc “el águila que descendió”.
Códice Matritense, fol. 51v (detalle).

tancias que prevalecían y sobre las cuales el potencial simbólico contenido en el nombre tenía que incidir de alguna manera. Cuauhtémoc “el águila que descendió” había de emular, en las circunstancias adversas que atravesaban los mexicas, al águila que había descendido para posarse sobre el tunal en la fundación de Tenochtitlan, es decir a Huitzilopochtli, augurando asimismo una victoria sobre el invasor.

Sin embargo, el nombre “Cuauhtémoc” le podría haber sido atribuido por razones distintas, después de haber consultado al *amatlamatqui* “el sabio recortador de papeles”, anticipando el fin ya ineludible del mundo mexica. En esta óptica fatalista, el predicado onomástico del último *tlahtoani* de México-Tenochtitlan: “el águila que descendió”, le habría sido conferido en la ceremonia de su entronización, no para incidir sobre lo que estaba ocurriendo sino para sellar el fin apocalíptico de la gran ciudad, con el descenso definitivo del águila.

CONCLUSIÓN

Entre los presagios y hechos cuya interpretación profetizaba el fin inexorable del mundo mexica, la investidura de Cuauhtémoc en días *nemontemi* fue probablemente la más determinante, si consideramos los paradigmas epistémicos indígenas que prevalecían entonces.

En este contexto, la violencia extrema de los últimos combates, el ímpetu feroz de los guerreros mexicas y tlatelolcas, el sacrificio sistemático de los cautivos, el último recurso simbólicamente ofensivo que constituyó la aparición frente al enemigo del guerrero de Coatlan: Tlapaltécatl Opochtzin, revestido con el traje de búho-quetzal de Ahuítzotl, el padre de Cuauhtémoc, escogido por su nombre y su lugar de origen, tenían un matiz trágicamente histriónico.

Asimismo, los últimos defensores “retaban a los españoles, braveaban y gritaban: México, México” (Torquemada II: 265), palabras que se perdían en el clamor de la batalla y conferirían a una derrota ineludible el esplendor a la vez apocalíptico y apoteósico del fin de un mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Anales de Tlatelolco*, paleografía y traducción de Rafael Tena, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2004.
- Códice Aubin de 1576*, edición, versión paleográfica y traducción directa del náhuatl de Charles E. Dibble, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1963.
- Códice Borbónico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- Códice Florentino* (Testimonios de los informantes de Sahagún). Facsímil elaborado por el Gobierno de la República Mexicana, libro XII, Giunta Barbera, México, 1979.
- Códice Magliabechiano*, Graz, Akademische Druck und Verlagsanstalt, 1970.
- Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme* [1581], 2 t., Porrúa, México, 1967.
- Johansson, Patrick, “Nemontemi ‘días baldíos’. Abismos periódicos del tiempo indígena”, *Arqueología Mexicana*, núm. 118, noviembre-diciembre, 2012.
- , “El desliz cronológico de los meses del calendario náhuatl *Cempoallapohualli*”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 52, julio-diciembre, 2016, pp. 75-117.
- , “13 de agosto de 1521. El fin apocalíptico del imperio mexica”, *Arqueología Mexicana*, núm. 169, julio-agosto, 2021, pp. 10-19.
- Piaget, Jean, *Biologie et connaissance: essai sur les relations entre les regulations organiques et les processus cognit (l’avenir de la science)*, Gallimard (Idées), París, 1973 (*Biología y conocimiento. Ensayo sobre las relaciones entre las regulaciones orgánicas y los procesos cognoscitivos*, Siglo XXI (España), Madrid, 1969).
- Torquemada, fray Juan de, *Monarquía indiana*, t. II, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1975.

ERRATAS QUE YERRAN*

Alejandro Higashi

*Dedico esta lectura a don Fernando Fernández,
en su primera sesión como académico electo,
y a don Rodrigo Martínez Baracs, por lo que a continuación se verá.*

La modernidad ha fantaseado en distintos momentos con la desaparición de algunos absolutos: Nietzsche afirmó *Dios ha muerto* para explicar que la idea de Dios había fracasado en su función de contener moralmente a la sociedad y Roland Barthes diagnosticó *la muerte del autor* para insistir en la autonomía de las ideas plasmadas en un texto; pero nadie con dos dedos de frente se ha atrevido a declarar *la errata ha muerto*. No, porque pese a la mejora sustancial de los procesos editoriales por intervención de las computadoras, ni los correctores electrónicos más avanzados han logrado mitigar el avance de la fértil errata. De hecho, parece más viva que nunca. En 2013 fue tristemente célebre el hallazgo de 117 erratas en los libros de texto gratuito de la Secretaría de Educación Pública¹ y nueve años después, en febrero de 2022, Gabriel Zaid publicó un artículo en donde propuso un ingenioso plan para combatir erratas: crear una *Wikifedeerratas* en la que se fueran sumando las erratas halladas en todos los libros publicados, con un programa de búsquedas que facilite su consulta.²

La agridulce cosquilla que provoca la errata es internacional y atraviesa todas las épocas. En 2003, José Esteban, erudito y editor, publicó en

* Texto leído en la sesión solemne remota del 24 de noviembre de 2022.

¹ Tomás Granados Salinas, “Donde dice..., Debe decir...”, en *Sin justificar, apuntes de un editor*, edición Kindle, Trama Editorial, México, 2019.

² “Errata pública”, *Letras Libres*, núm. 278, febrero de 2022, pp. 58-59.

editorial Renacimiento la segunda edición aumentada de su entretenido *Vituperio (y algún elogio) de la errata*, un ameno elenco de *erratas* de todos los tiempos. Pablo Neruda llamaba *erratas* a los disparates derivados del desacomodo de la tipografía y *erratones* a las nuevas formaciones que parecían hechas con mala fe; mientras las primeras “son difíciles de descubrir como insectos o reptiles armados de lancetas encubiertos bajo el césped de la tipografía”, los *erratones* “por el contrario, no disimulan sus dientes de roedores furiosos”. Manuel Altolaguirre, cuenta que “procreaba erratas y erratones”, y en ocasión de imprimir la obra “de un rimbombante y melifluo rimador cubano”, un elegante ejemplar de muy corto tiraje, “al abrir el elegantísimo impreso, se descubrió que allí donde el ver-sista había escrito: ‘Yo siento un fuego atroz que me devora’, el impresor había colocado su *erratón*: ‘Yo siento un fuego atrás que me devora’”.³

El asunto no es menor y en las *Obras completas* de don Alfonso Reyes se puede espigar un nutrido anecdotario alrededor de la errata que, como “un microbio, no se la puede destruir ni a la temperatura del plomo derretido de la linotipia”.⁴ El tema obsesionaba al joven Reyes, quien en una de las muchas cartas que cruzó con Julio Torri confesó su deseo que escribir un libro que se titulara *Contribución para el estudio de las erratas de imprenta durante el segundo decenio del siglo xx en México*, donde apuntaría que la “errata mexicana” no se caracterizaba por ser tal, “sino un cambio de palabra: *Leyenda* por *Fantasia*...”, en alusión a esas *Fantasías mexicanas* que se renombraron en la imprenta *Leyendas mexicanas*.⁵ Quizá este deseo incumplido haya empezado a cuajar en “Escritores e impresores”, ensayo célebre por el “epigrama impagable” de Ventura García Calderón que recogió el mismo Reyes, cuando escribió a propósito de la primera edición de *Huellas* (1922): “Nuestro amigo Reyes acaba de publicar un libro de erratas acompañadas de algunos versos”.⁶ Reyes pensaba que el horror a

³ *Para nacer he nacido*, Seix-Barral, Barcelona, 2002, pp. 223-226.

⁴ Julio Torri, *Epistolarios*, edición de Serge I. Zaitzeff, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995, p. 87.

⁵ *Idem*, p. 96.

⁶ *Alfonso Reyes digital: Obras completas y dos epistolarios*, CD-Rom, DIGIBIS, Madrid, 2002, t. xiv, p. 185.

la errata era cosa de escritores noveles y él mismo aceptó, en ocasiones, algunas erratas fecundas dignas de encomio:

En mi modesta experiencia, yo me he visto en el caso de adoptar por buenas tres erratas. En un verso de nueve sílabas: “De nívea leche y espumosa”, la imprenta me hizo decir, lo que era más conforme con la medida y más expresivo y sabroso: “De tibia leche y espumosa”, tanto más propio cuanto que se trataba de leche recién ordeñada. Otra vez, la casualidad me corrigió el verso: “Más adentro de la frente”, por éste, mucho más sugestivo: “Mar adentro de la frente”. Y otro por fin, al hablar de la transformación del estilo histórico causada por el descubrimiento de América, donde yo decía: “La historia, obligada a describir nuevos mundos”, me hicieron decir: “La historia, obligada a descubrir nuevos mundos”, lo que tiene mucho más movimiento.⁷

Como puede deducirse de este pequeño anecdotario, a menudo la errata entretiene; otras veces, sin embargo, la errata irrita. El año pasado, en ocasión del centenario luctuoso de Ramón López Velarde, Carlos Ulises Mata publicó en una edición de autor sus *Observaciones a las “Obras de Ramón López Velarde”, edición de José Luis Martínez*,⁸ en una reducida tirada de 33 ejemplares, los años que tenía el poeta al morir.

Gabriel Zaid se lamentaba hace no mucho de que “se ha perdido la tradición editorial de incluir en cada libro una lista de las erratas advertidas demasiado tarde para ser corregidas”.⁹ Ignoro si Gabriel Zaid conozca este libro, pero supongo que de conocerlo, de inmediato apreciaría el esfuerzo de Carlos Ulises Mata, porque de algún modo refrenda la sana costumbre de acompañar los libros mejor cuidados con una “Fe de erratas”. El autor acumula, a lo largo de sus 234 páginas, unas 889 de esas *Dice / Debe decir*. El número, si no se ha leído su libro, resulta escandaloso. Una vez que se revisa y se clasifican los cuantiosos microbios en sus correspondientes cepas, las *Observaciones* cobran su verdadera dimen-

⁷ *Ibid.*, p. 187.

⁸ Edición de autor, Gesta Gráfica, León (Guanajuato), 2021.

⁹ “Errata pública”, p. 58.

sión: erratas, lo que se dice erratas, hay unas 68, en su mayoría atribuíbles a la segunda muy descuidada edición de las *Obras completas* de Fondo de Cultura Económica de 1990¹⁰ (y no en la primera de 1971, mucho mejor vigilada por José Luis Martínez).¹¹ Los errores de la segunda edición son vestiglos y no hay forma de defenderlos y ni siquiera vale la pena comentarlos: donde decía “como es posible” quedó en la segunda edición “dómo es posible”; un “que” se volvió “jue”; “campanadas mefistofélicas” cambió a “campanadas mefistotélicas”; “repetorio” sustituyó a “repertorio”; más otros desafortunados y garrafales errores, como pérdidas de concordancia con los plurales (“Pobres amiga de entonces”, “los espíritu enfermizos”, “recóndita orgías”, “al ilustres huésped”, “los propósito”) y muchos otros disparates (“Salomón”, “El Regioanl”, “justaemnte”, “evenena”, “inepitudes”, “blasión”, “por el el buen nombre”, “incorporarlas”, “novimebre”, “ceintíficos”, “licencaidos”, “Sin Isidro Labrador”, etc.). Simples y evidentes disparates que quien lee puede resolver, no sin enojo por el tropiezo editorial que esto sugiere y por la creciente sospecha, conforme se avanza en la lectura, de que muchos otros errores pudieron haberse cobijado bajo la bruma de ese “no saber sabiendo” de la poesía.

Pero el registro de Carlos Ulises Mata es un río sin orillas: José Luis Martínez propuso nuevos criterios de puntuación y uso de mayúsculas en 364 ocasiones (a veces, atento a la edición de Antonio Castro Leal);¹² en casi todas ellas, Carlos Ulises Mata consideró que estos criterios no eran válidos porque se oponían a las ediciones previas que consultó; 253 cambios reflejan las decisiones críticas de José Luis Martínez o de editores previos y en un muy alto porcentaje de ellas Carlos Ulises Mata opinó que debería respetarse el original; 56 variantes entre fuentes manuscritas y primeras ediciones que no pueden atribuirse a José Luis Martínez; unas 100 más son conjeturas de Carlos Ulises Mata. El autor también

¹⁰ *Obras*, edición de José Luis Martínez, 2ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

¹¹ *Obras*, edición de José Luis Martínez, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.

¹² *Poesías completas y El minuterio*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, Porrúa, México, 1953.

revisa el índice de primeros versos, el de nombres, y el índice general... y ahí encuentra 214 errores.

¿Cuál es mi opinión del trabajo de Carlos Ulises Mata? Para empezar, de absoluto respeto por su palpable devoción a la palabra del poeta jerezano. ¿Cómo lo clasificaría? ¿Dentro de los estudios de crítica textual? No, porque su interés no abarca toda la tradición textual de su poesía, sino que se centra en una edición, un *textus receptus*. ¿Dentro de los estudios de crítica genética? No, porque no se estudia el proceso creador del autor, sino la erosión de los textos en su paso por las imprentas. ¿Estamos frente a la *recensio* de una futura edición crítica? No, para eso falta todavía método y rigor. Entonces, ¿frente a qué estamos? No sabemos, así de original es este libro.

Tampoco es una larga fe de erratas a la edición de José Luis Martínez. Carlos Ulises Mata tiene un concepto muy amplio de *errata* y, si me lo permiten, también un poco injusto; digamos, de forma muy sencilla, que para él *errata* es todo aquel cambio entre las fuentes que consultó y la edición de José Luis Martínez; no distingue entre *errata* y *decisiones críticas* del editor, criterios editoriales del Fondo de Cultura Económica o una puntuación regular diferente a la de las heterogéneas fuentes tempranas (revistas o periódicos, ediciones príncipe, en algunos casos póstumas). En un mundo donde todo es *errata*, la desconfianza crece como una hiedra ponzoñosa y resulta difícil valorar las virtudes de una edición como la de José Luis Martínez.

¿Cómo calificaría este trabajo? Lo llamaría fundamentalista. Pero lo digo con respeto y admiración, no con desgano. Este fundamentalismo asoma por aquí y por allá ante los testimonios más tempranos; por desgracia, las fuentes hemerográficas conservadas distan mucho de ser perfectas. En el caso de *La suave Patria*, el mismo Carlos Ulises Mata así lo reconoce cuando prefiere el manuscrito autógrafo al testimonio publicado, “ante la imposibilidad de establecer con certeza si López Velarde cuidó la publicación primera del poema en *El Maestro*” (91). La prensa de entonces, como la de ahora, se escribía rápido, se corregía poco y sus esfuerzos caducaban al día siguiente. Aunque quienes escribían entregaban sus manuscritos con el mayor cuidado o con el mayor descuido (porque habría

de todo), muchos aspectos se decidían en la mesa de los linotipistas con o sin razón: puntuación al hilo de los criterios que aplicaban a los textos en prosa del periódico o la revista, separación de estrofas conforme al espacio disponible en la plana, trivializaciones según el oficial del taller podía poner más o menos atención en el texto que copiaba. Solemos confundir el concepto de *original* con *testimonios tempranos* (primeros impresos, manuscritos autógrafos), pero los *testimonios* son sólo eso, documentos que muestran un momento de la difusión de la obra; testigos de un instante que es efímero hasta que el autor o autora asesten una nueva corrección o el operario de alguna imprenta cometa un nuevo desliz. La lección en un manuscrito autógrafo, por ejemplo, refleja un estado del poema en un momento dado, pero no necesariamente la última voluntad estética de su autor, quien pudo haber decidido otra cosa antes de entregarlo a la imprenta... al final, el manuscrito conservado no debe coincidir con el que se entrega para su reproducción mecánica y que, más probablemente, se desechó después de haber cumplido con su propósito. El manuscrito de imprenta es imperdible: cada hoja presume, como herida de guerra, un orificio en la esquina superior del margen externo, donde se fijaba para poderla copiar, justo al lado del teclado del linotipo.

Pero las posibilidades son infinitas. La última voluntad estética del autor pudo haberse plasmado después, incluso, del proceso editorial. En *Lascas*, de Salvador Díaz Mirón, el autor cuidó la primera edición de su obra obsesivamente y ahí aparece la lección “Si voy a buscarlo, / él bota la pluma, / se pone muy bravo” (v. 67 de “Paquito”), reflejo probablemente de lo que habría escrito en su manuscrito; pero no fue sino hasta ver la página impresa y regalar un ejemplar que el autor decidió corregir una ríspida asonancia entre “buscarlo” y “bravo”, así que de su puño y letra escribió “se pone furioso” en el interlineado de la mismísima príncips.¹³

Difícilmente puede confiarse en las publicaciones periódicas. Los mismos autores y autoras sospechaban naturalmente de ellas y en casi todos los casos aprovecharon el paso de la hoja volante al libro para revisar la obra y pulirla; en otra oportunidad, he podido referirme a las *editiones in*

¹³ Nota 67 en Salvador Díaz Mirón, *Lascas*, edición, introducción y notas de Manuel Sol T., 2ª ed., Universidad Veracruzana, México, 2005, p. 169.

ephemeride, obras que circularon en la prensa periódica y cuyos testimonios fueron considerados como perfectibles por quienes los escribían;¹⁴ en todo caso, uno de los patrones más repetido en el tránsito de un medio de circulación al otro fue la perdurabilidad del libro y la oportunidad para enmendar erratas o sustituir lecciones primitivas:

Ya apuntaba Riva Palacio en el “Prólogo” a *Los ceros* el honor que significaba pasar de las páginas de *La República*, dirigido a la sazón por Pedro Castera, ahora que sus Ceros iban “a coleccionarse y a salir a luz pública con toda la majestad de un libro”. Quizá la fórmula que mejor defina este paso (aunque con un dejo de amargura) sea la de Amado Nervo a propósito de Gutiérrez Nájera: “No decía uno: ¿por qué darle a lo efímero del periódico la eternidad del libro? Decía uno, sí: ¿por qué fatal destino ese cerebro inmenso fue desparramando lo mejor de su esencia en el periódico?”.¹⁵

Este sentimiento nunca abandonó a quienes después escribieron poesía a lo largo del siglo xx; si no, recordemos la meditación, a ratos penosa, de José Emilio Pacheco en uno de sus primeros libros:

En Roma aquel poeta me decía:
—No sabes cuánto me entristece verte
escribir prosa efímera en periódicos.

[...]

No quiero responder
ni preguntarme
si algo escrito hoy
dejará huellas
más profundas que el polen en las ruinas.

¹⁴ Alejandro Higashi, *Perfiles para una ecdótica nacional*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2015, pp. 151-173.

¹⁵ *Ibid.*, p. 166.

Acaso nuestros versos duren tanto
 como un modelo Ford 69
 (y muchísimo menos que el Volkswagen).¹⁶

Los testimonios hemerográficos corren el riesgo de no ser siempre los más fieles a la voluntad estética de quien escribe por la intervención de personas que, casi siempre desde el anonimato, hacían su trabajo con corrección, pulcritud y... prisa ante los muchos pendientes. Al respecto, Gabriel Zaid ha llamado la atención sobre una probable errata en el poema “Íntegro”, de Francisco González León, “oscuro boticario de Jalisco, admirado por Ramón López Velarde”: en el poema todas las estrofas empiezan por “Tardes...”, salvo la tercera, que comienza con “Las tardes...”; la incongruencia en el *usus scribendi* sugiere un problema de transmisión originado muy probablemente en el testimonio periodístico:

Cuando incluí este poema en el *Ómnibus de poesía mexicana*, opté por sumarme al respeto de todas las ediciones que vi. Luego, aprovechando la minuciosa edición de los *Poemas* que hizo Ernesto Flores (Fondo de Cultura Económica, 1990) y la biblioteca de José Luis Martínez, vi que el poema se publicó por primera vez en *El Universal Ilustrado* (14 de diciembre de 1917) y comprobé que desde entonces se publicó así. Pero no acabo de creer que este buen poeta haya escrito “Las tardes”. Me parece una errata.¹⁷

Como apunta Zaid unas líneas arriba, “esta variación ni hace falta ni mejora el poema”. Para nosotros, sin embargo, ilustra el callejón sin salida al que suele llegarse en la edición de las obras de Ramón López Velarde: cuando la pesquisa documental desemboca en el testimonio periodístico y el texto crítico termina un poco en la indefensión, ante la dudosa calidad de las ramas más altas de la tradición textual.

El fundamentalismo de Carlos Ulises Mata no da tregua a la edición de José Luis Martínez y también reconoce las lecciones primitivas del manuscrito. Quisiera poner un ejemplo de los muchos que hay:

¹⁶ *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, Joaquín Mortiz, México, 1969, pp. 69-70.

¹⁷ Gabriel Zaid, *Leer poesía*, Random House Mondadori, México, 2009, p. 103.

Título. Aunque el manuscrito presenta el título del poema enunciado con la cifra “33”, Fernández Ledesma lo dio a publicar en *México Moderno*, núm. 11-12, 1 de noviembre de 1921, con la transcripción conocida de “Treinta y tres”, reafirmada en la *príncipe*s y seguida por todos los editores posteriores. El cambio puede parecer menor y ampararse en el criterio editorial de siempre desenlazar los números en su equivalente verbal, pero aquí debe revertirse por cuatro razones: *i)* porque Ramón escribió “33” en el manuscrito; *ii)* porque Ramón lo inscribió dos veces como “33” en las listas que persisten como ms. 14 y 23 (Archivos); *iii)* porque Ramón usó cifras y no su equivalente verbal al titular otro poema importante que nadie se atrevería a modificar: “Día 13”; y *iv)* porque Ramón reafirma su aprecio por el uso de cifras no desenlazadas en otros textos, el más notorio, “El viejo pozo”, cuyo v. 10 aparece así en las dos publicaciones que se hicieron estando él vivo: “que por 1850 unió las bocas”, con la travesura implícita de situar la cesura del alejandrino a la mitad de la enunciación de ese número.¹⁸

La verdad es que “33” o “Treinta y tres” son heterografías de la misma realidad fonética y no hace falta buscar muchos argumentos para entender la razón: en un manuscrito personal el autor no piensa en corrección escritural, piensa en economizar. Un autor del periodo sabía que el impresor se encargaría de adaptar el texto a las convenciones de la editorial, de la colección, del periódico o de la revista. Había un margen amplio de acción para el impresor. La pregunta, en todo caso, es ¿qué cambia si el título del libro se presenta con cifras o con letra? En este punto, creo que podríamos calificar el libro de Carlos Ulises Mata como *fetichista* en la segunda acepción del *Diccionario de la lengua española*: “veneración excesiva de algo o de alguien”; en este caso, veneración excesiva al manuscrito autógrafo y a la fuente antigua. Un porcentaje muy amplio de las observaciones de Carlos Ulises Mata tienen este doble perfil: fundamentalista y un poco fetichista.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 71, xvi

Que este fetichismo no se entienda como un defecto; las más veces, impulsa interpretaciones originales en las que también brilla con esplendor el ojo crítico Carlos Ulises Mata, porque claro que se trata de un libro con muchos aciertos. Comentando un verso de *La suave Patria*, el autor se fija en otra heterografía del manuscrito y de la primera edición:

v. 70: “crugir los esqueletos en parejas”. Tanto en el manuscrito como en *El Maestro*, este verso se lee tal cual, con el uso verbal arcaico que a partir de 1932 se moderniza en “crujir”. Si bien resulta admisible la modernización ortográfica en otros casos (p. ej., en la superada acentuación de los monosílabos “tí” y “fue”), en éste debe conservarse al tratarse de un uso minoritario deliberado (asimilable al uso de “mejicana”), en el cual sospecho que se trasluce una cita soterrada y quizá involuntaria del poeta decimonónico Fernando Calderón, nacido como se sabe en Guadalajara pero cuya formación, obra y muerte ocurrieron en Zacatecas, al punto que el principal teatro de la capital lleva su nombre. El poema que acaso recuerda o cita Ramón contiene idéntica la imagen insólita de ‘esqueletos que crugen’: “Tapizado de huesos el suelo, / Va sobre ellos poniendo la planta, / Y al fijarla los huesos quebranta, / Con un sordo siniestro crugir: / A su diestra y siniestra divisa, / Esqueletos sin fin hacinados, / Y los cráneos, del viento agitados, / Le parece que escucha gemir” (*Poesías*, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1902, p. 43; dos estrofas más adelante se lee una segunda aparición: “y el crugir de las olas y el viento”). Además de eso, de las 27 apariciones del verbo “crugir” registradas en el *Corpus diacrónico del español* (CORDE, con escritos del siglo xvi al primer tercio del xx), cinco pertenecen a autores que Ramón leyó: Fray Luis de Granada, Baltasar Gracián, José María Pereda, Vicente Blasco Ibáñez y el propio Calderón.¹⁹

La identificación de una fuente posible para esta imagen me parece a la par interesante e irreprochable y tendría que empezar a vincularse al poema a través de un sistema de notas en el que estén más presentes los lugares paralelos entre la obra de nuestro poeta y la del universo de lec-

¹⁹ *Op. cit.*, p. 94.

turas que lo influyeron. Todo ello puede hacerse, con el mayor rigor, con ambas heterografías (*crugir* con *g* o *crujir* con *j*), por lo que mantener un criterio conservador en una o dos palabras (¿*mejicana* sería la otra?) quizá no sea tan necesario. El uso gráfico de *crugir* con *g*, en todo caso, era un modismo de López Velarde (*crujir* con *j* entró al Diccionario de la Real Academia Española hasta 1817 y nunca presentó variación ortográfica) y mantenerlo en una edición crítica sólo desorienta. No quiero ni pensar en lo que pasaría cuando esa decisión crítica pase a un *textus receptus* y, sin ninguna nota aclaratoria ni un listado de lugares paralelos, esta lección extravagante se copie tal cual en un libro de texto: de forma lícita, una generación lectora podría empezar a creer que la ortografía correcta es *crugir* con *g*, porque aquí lo ha conocido a través de este poema en un testimonio de alta difusión (por más que el corrector automático señale el error con vehemencia).

Las comparaciones nunca son justas, pero el trabajo que Fernando Fernández ha realizado alrededor de la errata lopezvelardiana puede arrojar alguna luz sobre estos problemas. Por ejemplo, Fernando Fernández ha escrito extensamente sobre una célebre errata en su artículo “‘El piano de Genoveva’: un nuevo ejemplo de descuido editorial”,²⁰ en octubre de 2021. Sus argumentos son imbatibles. Donde hoy se lee en la edición de José Luis Martínez:

Piano de Genoveva, te amo por indiscreto;
20 de tu alma a todo el mundo revelas el secreto;
cuentas, uno por uno, todos tus desengaños²¹

Debe leerse, conforme a las dos versiones publicadas en vida de Ramón López Velarde (*Pluma y Lápiṣ*, revista publicada en Guadalajara, 1912 y en el periódico *La Nación*, 1913):

²⁰ Publicado en *Siglo en la brisa*, blog del escritor mexicano Fernando Fernández, 26 de octubre de 2021, en: <<https://sigloenlabrisa.com/2021/10/26/el-piano-de-genoveva-un-nuevo-ejemplo-de-descuido-editorial/>>, consultado el 18 de enero de 2023.

²¹ *Ed. cit.*, 1971, p. 63.

Piano de Genoveva, te amo por indiscreto;
 20 de tu ama a todo el mundo revelas el secreto;
 cuentas, uno por uno, todos tus desengaños

Con el entusiasmo y esa buena prosa que caracterizan a Fernando Fernández, el autor descubre poco a poco el hilo de la madeja. Nada fuera de lo común, por otro lado: un impresor descuidado leyó la fuente y cometió una *lectio facilior*: donde decía “revelas el secreto” “de tu ama” (la dueña del piano) pasó sin advertirlo a “de tu alma” (¿el alma del piano?), lo que no tiene ningún sentido, pero es una locución más apegada a la estela del romanticismo trasnochado que todavía campeaba a principios del siglo xx.

Para Carlos Ulises Mata, esta corrección lleva agua al molino del fetichismo testimonial. El problema es que, quizá sin advertirlo, el autor expande la desconfianza ante esta lección, deturpada y corregida, a toda la edición de José Luis Martínez. Y la desconfianza infundada termina por sugerirle otras varias soluciones que ya no son tan pertinentes. Su error es que generaliza y, en cierta forma, promueve una prosa un poco incendiaria: “Convertido en uno de los poemas más populares de López Velarde —en parte por la versión cantada por Eugenia León—, resulta insólito que haya padecido tantas alteraciones en su trayectoria editorial, las cuales en 2021 podernos ver (y revertir) gracias a la indagación de Fernando Fernández” (2021: 20). Siguiendo el prejuicio de que la calidad de las lecciones en las publicaciones tempranas es superior, propone las siguientes correcciones:

- v. 6. Los dos puntos al final del verso son punto y coma (así en 1912 y 1913): reponer.
- v. 8. El verso debe cerrarse con punto y coma (así en 1912 y 1913).
- v. 9. En 1912 y 1913 el verso se cierra con coma, pero es oportuna la supresión.

La realidad es que ninguna de las correcciones basadas en los testimonios tempranos mejora el texto. Los dos puntos del verso 6 tienen un valor

demarcativo para distinguir el extenso vocativo inicial del resto de la estrofa y la coma del verso 8 es consecuente con el predominio de comas en esta segunda sección de la estrofa. El autor concede, excepcionalmente, la supresión de la coma en el verso 9, justo como procedió José Luis Martínez en su edición:

- Piano llorón de Genoveva, doliente piano
 que en tus teclas resumes de la vida el arcano;
 piano llorón, tus teclas son blancas y son negras,
 como mis días negros, como mis blancas horas;
- 5 piano de Genoveva que en la alta noche lloras,
 que hace muchos inviernos crueles que no te alegras: [JLM] / ;
 [1912/13]
 tu música es historia de poéticos males,
 habla de encantamientos y de princesas reales,[JLM] / ; [1912/13]
 de los pequeños novios que por robar los nidos sin signo [JLM] / ,
 [1912/13]
- 10 una tarde nublada se quedaron perdidos
 en el bosque; y nos cuenta de la niña agraciada
 que recibió regalos de sus once madrinas,
 que no invitó a la otra a sus bodas divinas
 y que sufrió por ello los enojos del hada.

Observaciones a las Obras de Ramón López Velarde, edición de José Luis Martínez es, en cierta forma, una “exquisita partitura del íntimo decoro” de Carlos Ulises Mata; libro personalísimo, refleja el diario de lectura de quien suma y suma notas marginales, guiadas por la curiosidad y el deslumbramiento de conocer las fuentes antiguas y sacralizarlas con entusiasmo fetichista. No sé si sea un libro igual de útil para otras personas y quizá él mismo nos responde al impulsar una edición de autor de 33 ejemplares. Para ser sinceros, no siempre es fácil seguir adelante con la lectura, porque Carlos Ulises Mata se escandaliza igual frente a la errata que frente al criterio editorial seguido con rigor y talento por José Luis Martínez; porque no discrimina, sólo acumula; tampoco cede terreno a las conjeturas

de José Luis Martínez ni parece dispuesto a dialogar. A menudo impone su criterio. No analiza la calidad textual de las fuentes tempranas, nada más las admira con actitud dogmática. Es un enamorado de la obra lopezvelardiana y, como todo enamorado, no está dispuesto a ceder ante los esfuerzos de otros enamorados.

LOS SACRIFICADOS Y LOS TRANSTERRADOS*¹

José Luis Díaz Gómez

En el aciago atardecer del 11 de septiembre de 1936 una escuadra de gacilleros fascistas cercenó la vida del doctor Manuel Díaz González, médico municipal de O Incio y hermano mayor de mi padre. Este asesinato cometido en un paraje remoto y boscoso de la gallega provincia de Lugo fue distintivo de una violenta guerra civil que marcaría la historia contemporánea de los dos países que más me atañen. Uno es España y en particular aquella inmolada región de Galicia, la cual, más que una guerra civil, padeció un aplastante golpe de Estado con mínima resistencia y fue objeto de una prolongada y cruenta represión en su inerme posición de retaguardia. El otro país es México, pues, en una de sus acciones diplomáticas más comprometidas y elogiadas, entre 1939 y 1945 acogió a más de 20 000 españoles, entre ellos a dos o tres mil intelectuales, científicos y artistas, incluyendo unos 300 médicos.² Esta inusitada transfusión de mentes ilustradas, brillantes y templadas fecundó la cultura mexicana dando ímpetu a una nación que se recobraba de la Revolución mexicana, otra larga y cruenta guerra civil.

Ha sido insólita la trascendencia de los intelectuales republicanos insertados en la cultura mexicana. El cineasta Luis Buñuel y su guionista Julio Alejandro, el multifacético artista José Moreno Villa, filósofos como José

* Texto leído en la sesión solemne remota del 8 de diciembre de 2022.

¹ Versión corregida de la ponencia para el simposio: “Tiempos, alcances y exterminio de la II República en Lugo”. Actos en el LXXX aniversario del asesinato del Dr. Manuel Díaz González “*O Pequeniño do Incio*” en su tierra natal. Sábado 10 de septiembre de 2016.

² Así lo muestra el cuidadoso recuento de nombres de médicos y sus especialidades recopilado por Pelayo Vilar Puig en 2021: *Médicos republicanos españoles exiliados. Aportaciones a la medicina mexicana*, Ateneo Español de México, México, pp. 75-98.

Gaos y Eduardo Nicol, el patólogo Isaac Costero, poetas de la estatura de León Felipe y Luis Cernuda, la pintora Remedios Varo, el músico Rodolfo Halfter, el ingeniero Óscar de Buen, el arquitecto Félix Candela, los antropólogos Juan Comas y Santiago Genovés, los actores Ofelia Guilmáin y Augusto Benedico, la escritora Angelina Muñiz-Huberman, los químicos farmacéuticos José Giral y su hijo Francisco, son algunas muestras de esa transfusión de talento. Cabe agregar a los gallegos Jesús Bal y Gay, musicólogo de Lugo, Carlos Velo, biólogo y cineasta originario de Cartelle y Bibiano Fernández Osorio Tafal, biólogo y político nacido en Pontevedra. Si el médico de O Incio hubiera escapado de la represión, como intentó hacerlo infructuosamente, hubiera formado parte del exilio gallego en México, donde lo habrían acogido los brazos de su hermano, mi padre Luis, quien le adoraba. El actual *Colegio de México*, una de las máximas instituciones de investigación en ciencias sociales de habla hispana, premio Príncipe de Asturias 2001, nació por mediación de Alfonso Reyes entre 1938 y 1940 como La Casa de España en México para dar acomodo a los académicos expatriados.

Destaco a la notable Edad de Plata de España, conformada por las generaciones del 14 y del 27 la cual, a la luz de la Institución Libre de Enseñanza, al amparo de la Junta de Ampliación de Estudios y con el abono de la mítica Residencia de Estudiantes, floreció inicialmente en su tierra y luego fructificó en su injerto americano. Esta stirpe sufrió el crimen de algunos de sus mayores exponentes, como Federico García Lorca, asesinado en Granada tres semanas antes del médico de O Incio, los restos de ambos —y de tantos más— aún extraviados en cunetas anónimas, a pesar de los esfuerzos para encontrarlos. Muchos intelectuales de bien fueron acribillados por sicarios más que dispuestos a hacer realidad aquel alarido de “¡muera la inteligencia!” proferido en el paraninfo de la Universidad de Salamanca por el general Millán Astray ante la severa recriminación del rector Miguel de Unamuno. Una generación que vio a la mayoría de sus sobrevivientes huir derrotados (¡mas no rendidos!) de una patria quebrantada a la cual habían servido con dedicación, honradez y talento.

Así, mientras España dilapidaba varias generaciones capacitadas, diligentes e inquisitivas, México las recogía y las aprovecharía por entero, pues los exiliados se convirtieron en *transterrados*, término de José Gaos para significar la adaptación y aplicación al nuevo hogar de los ideales de la patria perdida. Aludo en especial a los médicos investigadores cultos y eficaces, entrenados en ilustres universidades europeas gracias a la Junta de Ampliación de Estudios, identificados con la II República, comprometidos con las causas científicas, sanitarias y educativas más nobles y avanzadas de su tiempo. El que habla fue uno de tantos beneficiados por este influjo de maestros, pues buena parte de los miembros de la escuela de Santiago Ramón y Cajal, el admitido padre de la neurociencia moderna, terminaron en las Américas, en especial en México, y tuve el privilegio de tratar a muchos de ellos y de ser alumno y colaborador de varios. Un sentimiento intenso ha madurado en mi fuero interno: los maestros republicanos refugiados en México y en su Universidad Nacional, mi *alma mater* y hogar académico desde 1960, no sólo fueron quienes en buena medida me formaron, sino también ejemplos vivientes de la educación, la ideología y la actitud de mi tío Manolo, quien no pudo esquivar la guadaña del encono y el terror.

Uno de esos eruditos fue mi protector, colaborador y amigo Augusto Fernández Guardiola, promotor de la psicofisiología mexicana. En un libro de 1997 relató el papel vivificante de la neurobiología nacional que tuvieron cinco investigadores del exilio: Isaac Costero, Dionisio Nieto, Rafael Méndez, Arturo Álvarez Buylla y José Puche.³ Señalo entre ellos a don Dionisio Nieto, mi querido maestro, tutor y bienhechor, neuropatólogo y psiquiatra entregado a la investigación de las bases cerebrales de las enfermedades mentales, investigador emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), un madrileño tan erudito como discreto, tan bondadoso como exigente, tan parco como comprometido. Estoy seguro de que don Dionisio, mi padre académico, tuvo mucho en común con mi tío Manolo, hermano de mi padre, a quien no conocí en persona,

³ Veasé Fernández-Guardiola, A., *Las neurociencias en el exilio español en México*, Fondo de Cultura Económica (La Ciencia para Todos, 153), México, 1997.

pero a quien vislumbro a mi lado no sólo por lo que he indagado de su vida y de su muerte,⁴ sino porque mi maestro y otros investigadores transterrados fueron sus pares, es decir, sus contemporáneos, colegas y correligionarios.

Es preciso insistir sobre la trayectoria y la misión de los transterrados, pues con la represalia de la dictadura y el olvido pactado de la transición, España no ha dado cuenta cabal de ellas, como sí lo hace México debido al exilio y su orgullosa progenie. De igual forma, el asesinato del médico de O Incio no se explica sin escrutar su formación, su filiación y actividad políticas, pues éstas condujeron a su encarnizada cacería, a su encarcelamiento en Monforte de Lemos, y a un simulacro de fusilamiento del que logró fugarse. El último de sus días fue localizado en su escondite por una Escuadra Negra de gatilleros, atado a la cola de un caballo y arrastrado por más de cinco kilómetros hasta el paraje donde fue acribillado sin juicio ni sentencia en aquel 11 de septiembre de resonancias ulteriores tan amargas. El trágico episodio culminó con el entierro furtivo de su inmolado y abandonado cuerpo a un lado del viejo cementerio, realizado ya muy entrada la noche por dos adolescentes temerarios: su sobrino mayor, Guillermo Díaz López y el campesino Pedro Gallego, quien falleció hace unos años ya centenario y con quien tuve oportunidad de charlar largamente. No fue sino hasta 2011 cuando, con la anuencia de una nueva alcaldía, nuestra familia logró, luego de gentiles solicitudes y humillantes rechazos, la recuperación de su memoria con la colocación de un busto en la plaza de O Incio y de un monolito en el sitio del asesinato, un espeso bosque de helechos y castaños en el que merodean manadas de ciervos y mis pensamientos.

Pero la recuperación más cabal de su memoria implicará entender las causas que motivaron la brutal represalia y que están ligadas a una concepción política y cultural que se plasmó con el jubiloso arranque de la II República el 14 de abril de 1931. Su proclamación fue voceada desde los balcones de todos los ayuntamientos de España y desde el de Lugo

⁴ Díaz, J. L. *Siembra y memoria. Muerte y evocación de un médico republicano*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2010.

por el doctor Rafael de Vega Barrera, amigo, colega y correligionario de Manolo, otro médico del pueblo y hombre de bien, asesinado en octubre del 36. Para ilustrar aquella esperanza, recurro al verso de Emilio Prados, poeta malagueño de la Generación del 27 y refugiado en México:

Cuando era primavera en España:
los cerezos en flor
se clavaban de un golpe contra el sueño
y los labios crecían,
como la espuma en celo de una aurora,
hasta dejarnos nuestro cuerpo a su espalda,
igual que el agua humilde
de un arroyo que empieza...
¡Cuando era primavera!

Los acontecimientos de la II República, sus logros, dificultades, obstáculos y errores han sido analizados en los dos lados del Atlántico y en esta breve alocución sólo puedo delinear el corazón de la propuesta con el que se identificaron aquellos republicanos que honro y exalto: los sacrificados y los transterrados, los del exilio exterior y el exilio interior. El proyecto republicano ya se había definido como una izquierda no socialista, algo inesperado cuando se estima que la izquierda política concuerda con alguna variante de la doctrina socialista. Sin embargo, la indagación de la ideología republicana, el largo trato con mis maestros refugiados y la apasionada explicación de un lucense erudito de la materia⁵ me han aclarado esta utopía que ha sido tersgiversada por la derrota de la República, la dispersión y desaparición de sus representantes y el pisoteo de sus despojos durante la dictadura.

Recurro a una estampa de la memoria para enmarcar aquella doctrina. Mi primo Juan del Castelo, la centenaria y modesta casa de labranza donde nacieron mi padre y sus hermanos, me refirió hace años que en el con-

⁵ Me refiero a Andrés Páramo, nativo de Sarria, amigo entrañable a quien menciono agradecido, pues ha sido inagotable fuente de información sobre la antorcha republicana que avivó hasta su prematura muerte.

sultorio municipal de nuestro tío colgaba un retrato de Manuel Azaña, encarnación de la II República y de la ideología que bosquejo. Nacido en 1880, Azaña fue un abogado e intelectual de convicción progresista y liberal, que fuera compartida con sus ilustres amigos de la Generación del 14: el filósofo José Ortega y Gasset, el poeta Antonio Machado, el novelista Vicente Blasco Ibañez y el médico Gregorio Marañón. Desde su juventud, Azaña interpretó el ideal republicano como el desarrollo de una nación de ciudadanos libres, conscientes, iguales ante la ley y dispuestos a sacrificarse por un empeño conjunto. Azaña concluyó que para conseguir ese ideal sería necesario preparar ciudadanos sabedores de sus derechos, críticos de su situación y dispuestos a aceptar una voluntad superior plasmada en un Estado cuyas leyes aseguren libertades, justicia y bienestar. Consideró también que la semilla de esa nación ya existía en potencia en el pueblo llano narrado en el Quijote y que la República debería servir para darle cauce mediante la enseñanza, la cultura y la toma de conciencia. En su acción política Azaña criticó y combatió el nacionalismo retrógrado de la Iglesia y la monarquía para suplirlo por otro nacionalismo, audaz, liberal y progresista. Subrayó la voluntad individual y la cooperación nacida de una toma de conciencia, más que la lucha de clases, la revolución armada y la dictadura de un partido único. Su liberalismo republicano apostaba por una revolución pacífica constituida por la coincidencia de voluntades y anunciaba una república democrática basada en alianzas, sometida a la elección directa y la participación decidida de una población crecientemente consciente.

Estos avanzados ideales democráticos no eran entonces el modelo ni el objetivo de los militantes comunistas o anarquistas del lado izquierdo del espectro y menos aún de los caciques, eclesiásticos y monárquicos del lado derecho. De esta manera, la Izquierda Republicana, el nombre del partido político fundado por Azaña en 1934, constituyó una apuesta a la vez moderada y radical, original e incomprensida, a favor de una democracia igualitaria y de inspiración popular en la que los derechos humanos fueran los valores centrales.⁶ En la Asamblea Nacionalista Ga-

⁶ Azaña define de la siguiente manera: “La revolución política conduce a la capacitación del hombre y la dignificación del mismo para elevarle a la suprema condición de ciudadano (y al)

llega de 1918, el político coruñés Santiago Casares Quiroga, reivindicado líder republicano del nacionalismo gallego y cofundador con Azaña de Izquierda Republicana, así lo había expuesto: “la autonomía individual ha de encontrar su eficacia en el reconocimiento explícito y en el ejercicio de todos los derechos del hombre..., tanto de los inherentes a la naturaleza humana como los derivados de la vida social”.

Aquella Izquierda Republicana planteaba una continuidad natural entre la autonomía individual, la autonomía municipal y la autonomía regional, de forma que de todas ellas emanara una federación republicana de recias autonomías.⁷ La formación y la toma de conciencia se concebían como herramientas de desarrollo y los objetivos inmediatos eran la lucha contra los caciques, el poder eclesiástico y la tiranía, las cuerdas más tenaces y reactivas del régimen. En el Congreso de Lugo de 1932, Casares, entonces ministro de Gobernación de la II República, expresó lo siguiente: “...no deseo muchedumbres detrás de mí. Sólo gentes que quieran, a mi lado, cumplir con su deber de republicanos y gallegos. Donde quiera que surja o intente sostenerse un caciquismo, allí le haremos una guerra sin cuartel...”.⁸

El médico de Incio era uno de esos gallegos republicanos y siguió la trayectoria de Azaña y de Casares enfrentando al caciquismo de su comarca en beneficio del campesinado más marginado y despreciado. Es probable que fuese a Coruña el 27 de mayo de 1934 al histórico y tumultuoso mitin que planteó la plataforma electoral de Izquierda Republicana con la asistencia de Azaña, Casares y Marcelino Domingo. No es casual que el partido fuera instaurado en la región de O Incio pocos meses después precisamente por el médico Manuel Díaz, quien fue electo su primer presidente.

ejercicio de sus libertades. [...] Hemos dicho ya el hondo contenido que encierra la democracia depurada que tiene que salir de la revolución”.

⁷ Óscar Ares Botana, “Santiago Casares Quiroga. Las claves del ascenso al poder local (1884-1929)”, en *Santiago Casares Quiroga. La forja de un líder*, Emilio Grandía Seoane y Joaquín Roderio (eds.), Eneida, Madrid, 2011, p. 68.

⁸ Emilio Grandía Seoane, “El casarismo de la ORGA a la Izquierda Republicana”, en *Santiago Casares Quiroga. La forja de un líder*, op. cit., pp. 78-79.

Intelectual y escritor destacado, Azaña devino una excepción histórica al resultar además un político de trascendencia. Al proclamarse la República en la primavera del 31, se incorporó al gobierno de socialistas y republicanos como ministro de la Guerra y poco después, como Presidente del Consejo de Ministros y Jefe de Gobierno, emprendió una reforma agraria, sanitaria, educativa y social de amplio aliento. Este programa, plasmado en la Constitución emitida en diciembre del 31, fue adoptado e impulsado por el médico de O Incio no sólo en su práctica sanitaria y educativa, sino también con la publicación de un boletín llamado *Siembra*, del cual sólo hemos podido obtener un ejemplar remitido por primos desde Uruguay.

A pesar de estos justos y prudentes cimientos, la frágil nave de la República empezó a hacer agua sus dos flancos: los movimientos obreros y campesinos del espectro socialista anhelantes de cambios acelerados y severos por el lado izquierdo y las fuerzas ultraconservadoras del ejército, el clero, el cacicazgo y la aristocracia por el derecho. Este creciente acoso y algunos actos inadecuados del régimen, fueron determinantes para que la derechista ceda ganara las elecciones del 1933 y tomara las riendas del gobierno durante el llamado “bienio negro” de la República. En las elecciones de febrero del 36 ganó por estrecho margen el frente amplio de izquierdas republicanas y socialistas, con Azaña al frente. Sin embargo, no logró consolidarse ante una polarización desbocada que resultó en el levantamiento militar del 18 de julio, cuya legítima resistencia dio inicio a la Guerra Civil española. Unos días después los falangistas tomaron el ayuntamiento de O Incio y emprendieron la implacable persecución del médico municipal.

En esta misma comarca otro intelectual, Ricardo Gasset Alzugaray, primo del filósofo Ortega y Gasset y amigo cercano de nuestro tío, enarboló la bandera republicana, se exilió al final de la guerra y le tocó el triste sino de acompañar a Manuel Azaña en su prematura muerte ocurrida en Montauban en 1940. En otra referencia a las dos naciones unidas por la solidaridad republicana y la dignidad humana, es impresionante para mí invocar que en la Francia filonazi del mariscal Petain no se permitió que el féretro de Azaña fuese cubierto con la bandera tricolor

de la República, pero el embajador mexicano Luis I. Rodríguez logró que fuera envuelto por otro lienzo tricolor: la bandera mexicana.

Para entender mejor la trayectoria y la acción pública del médico de Incio que le acarrearón el odio cerval de los poderes tradicionales, resultará ilustrativo relacionarla con la de dos colegas coetáneos suyos. El primero es el médico valenciano Joan Baptista Peset también nacido en 1886. Con el advenimiento de la República, el doctor Peset resultó rector de la Universidad de Valencia. Convencido azañista, fue el primer presidente de la Izquierda Republicana en Valencia, resultando diputado en las elecciones de febrero del 36. Durante la guerra dio refugio en su casa no sólo a republicanos perseguidos, sino también a combatientes derechistas y a religiosos acosados por extremistas de izquierda. Al final de la guerra intentó embarcarse en Alicante pero, detenido por los franquistas, pasó de un campo de concentración a otro. Sometido a dos inicuos consejos de guerra fue condenado a muerte por sus ideas y fusilado en mayo del 41 frente al muro del cementerio de Paterna, donde fueron inmoladas más de 2000 personas. La historia del doctor Peset se liga al exilio mexicano a través de su amigo, el eminente y gentil maestro José Puche, quien coordinó el Comité de Ayuda a los Refugiados españoles, y a quien tuve la suerte de tratar en el Departamento de Fisiología de la Facultad de Medicina de la unam. El doctor Puche fue miembro del Instituto Cajal donde investigó con el doctor Juan Negrín, destacado fisiólogo y político del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), quien tuvo el ingrato destino de presidir la República en sus últimos alientos y en la derrota. En la carta de despedida a su esposa el doctor Peset escribió unas palabras que podemos poner en boca del médico de O Incio y demienten la generalización maniquea que desde el franquismo se ha hecho de los militantes republicanos como “rojos” y “comunistas”: “El destino me ha elegido como instrumento de un injusto dolor. Confío, seguro en Dios, en que algún día mi patria os devolverá mi nombre como el de un ciudadano que jamás hizo más que servirla cumpliendo sus deberes legales”.⁹

⁹ “Peset Alexandre, otro santo laico”, Colectivo Julián Besteiro, en: <levante-emv.com>, viernes 27 de febrero de 2009, consultado el 17 de julio de 2016.

El segundo colega afín es el médico lucense Francisco Lamas, nacido en 1906, preparado en el Instituto Cajal con el célebre neuropsiquiatra Gonzalo Rodríguez Lafora, quien estuvo exiliado en México en compañía cercana de Isaac Costero y Dionisio Nieto. Estos tres neurobiólogos del Instituto Cajal fundaron el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos en 1941, hoy Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM, donde tuve el privilegio de formarme como investigador en neurociencias. Como el tío Manolo, Lamas ejerció la medicina social y altruista al tiempo que militaba como secretario de Izquierda Republicana en tiempos de la República, llegando a ser alcalde de Lugo en el 36. Mantuvo además una intensa actividad cultural como editor de la revista *Yunque*, donde García Lorca publicara sus seis poemas en gallego. Con la guerra sufrió cárcel y se salvó de ser asesinado, para recuperar una libertad vigilada y lúgubre durante el franquismo, propia del exilio interior.

Regreso a la liga republicana entre México y España con el emotivo verso del exiliado poeta Pedro Garfías escrito a bordo del buque *Sinaia*, que en 1939 transplantaba a México la primera simiente de expatriados. El poema, repetido como lamento de pérdida y cántico de esperanza por los transterrados, termina así:

pueblo libre de México
 como otro tiempo por la mar salada
 te va un río español de sangre roja
 de generosa sangre desbordada.
 Pero eres tú esta vez quien nos conquista,
 y para siempre ¡oh vieja y nueva España!

Amigas y amigos de la Academia Mexicana de la Lengua: para esta lectura estatutaria he actualizado un texto de hace algunos años y así llevar adelante la misión que me ha tocado asumir de rescatar la memoria de mi tío Manuel Díaz González, *O Pequeño de O Incio*, un médico municipal asesinado por una escuadra falangista y enterrado furtivamente hace poco más de 86 años en una cuneta para siempre anónima. Una vez más quiero proclamar que mi tío Manolo y su generación de repu-

blicanos de izquierda fueron luchadores sinceros por la justicia, la equidad y la democracia, a veces ingenuos, en otras heroicos y ocasionalmente trágicos. Fueron combatientes civiles por la paz, la libertad y el saber que, sin mancharse las manos de sangre, mantuvieron la entereza ante la persecución, la calumnia y la injusticia. Algunos de ellos lograron trasladar sus ideales de educación, conciencia y rectitud al otro lado del Atlántico, contribuyendo con su ejemplo y magisterio a la formación de generaciones de hispanoamericanos.

Termino formulando un tributo a la bienamada casa de labranza del Castelo, donde nacieran Manolo y sus hermanos represaliados quienes subsistieron en Galicia, así como a los que emigraron a América para buscar una vida antes de la guerra, entre quienes se encontraba mi padre Luis, afanoso comerciante quien me contagió su amor a esa tierra, a esa casta del Castelo y a su hermano mayor, un médico rural de a caballo, menudo de estatura, elevados ideales y noble arrojo, cuya martirizada sombra me conmueve desde que tengo memoria y me escoltará mientras viva.

VIDA INSTITUCIONAL



INFORME DE ACTIVIDADES, 2019-2023*

Gonzalo Celorio**

Señores académicos:

Transcurrido el cuarto año desde que el 1° de marzo de 2019 asumí el cargo de director de la Academia Mexicana de la Lengua, rindo ante ustedes el presente informe en cumplimiento de lo establecido en la fracción VIII del artículo 22 de nuestros estatutos.

El 14 de febrero de 2019 presenté al pleno académico, como aspirante a dirigir la corporación, mi proyecto de trabajo para el periodo 2019-2023, que ahora llega a su fin.

Circunstancias imprevisibles y ciertamente muy adversas, de carácter sanitario unas y financiero otras, amenazaron el desarrollo de las tareas de la Academia, e incluso pusieron en riesgo la propia subsistencia de la institución.

La pandemia de la Covid-19 nos impidió tener reuniones presenciales, pero, sacando fuerzas de flaqueza seguimos celebrando, vía remota, las sesiones plenarias y desarrollando, desde nuestras respectivas casas, las actividades propias de la institución: las lecturas estatutarias, los trabajos de las comisiones de Lexicografía y de Consultas y del Gabinete Editorial, la colaboración con la Real Academia Española (RAE) y la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE) en las obras panhispánicas, etc. Aprendimos a utilizar los sistemas telemáticos y pudimos abrir las antiguas fronteras de nuestra sede y tener resonancia en un ámbito mucho más amplio del que abarcábamos antes de la pandemia.

* Texto leído en la sesión plenaria remota del 9 de febrero de 2023.

** Director de la Academia Mexicana de la Lengua.

A la adversidad sanitaria vino a sumarse otra de orden financiero: la drástica reducción del subsidio otorgado a la Academia por el gobierno federal, a la que me referiré más adelante. Pese a estos percances, nuestra institución no sólo siguió trabajando, sino que, en el desempeño de sus funciones, tuvo una productividad aun mayor de la esperada.

A la vuelta del cuatrienio, veo con satisfacción —y con alivio también— que hemos podido cumplir la mayor parte de los objetivos que planteé en aquel proyecto de trabajo. Tal y como lo propuse al pleno, se dio preeminencia a las tareas académicas sobre las administrativas, se amplió el espectro de las labores educativas de la Comisión de Consultas, se creó la maestría en Lexicografía, se distribuyeron de manera eficaz y visible nuestras publicaciones, se abrió una nueva página electrónica y se recuperó nuestra sede histórica de la calle de Donceles.

El presente informe se refiere particularmente al lapso comprendido entre marzo de 2022 y febrero de 2023, pero, por tratarse del último año de esta administración, haré constantes referencias a los cuatro años en que he tenido el honroso privilegio de dirigir la Academia Mexicana de la Lengua.

ADMINISTRACIÓN

Subsidio federal y patrocinio

Debido al régimen impuesto por la actual administración del Ejecutivo federal, que desde un principio estuvo encaminado a eliminar los subsidios que se otorgaban a las asociaciones civiles, apenas iniciada mi gestión fue necesario adoptar rigurosas medidas de austeridad. Hicimos valer ante la Secretaría de Educación Pública (SEP) el Convenio Multilateral de Bogotá para que la Academia Mexicana de la Lengua quedara excluida de las instituciones a las que se dejaría de brindar apoyo, pero aun así los recursos obtenidos sufrieron un dramático decremento. La cada vez más precaria situación financiera que hemos vivido desde hace cuatro años nos ha obligado a tomar dolorosas y severas decisiones administrativas, entre otras, la liquidación de buena parte de nuestro personal administrativo y la cancelación del contrato de arrendamiento de la sede

de la calle de Iztaccíhuatl número 10. Asimismo, se vendieron los vehículos asignados a los directivos de la corporación, se eliminaron los gastos de gasolina y de renta de teléfonos celulares y, de 2019 a 2021, se congelaron los sueldos de todo el personal que pudo permanecer en sus puestos. Como ustedes recordarán, desde el 23 de enero de 2020 el pleno avaló la propuesta de la Comisión de Emolumentos, formada *ex profeso* para enfrentar esta difícil situación financiera, de considerar honorífica la membresía de los académicos, en cualquiera de sus categorías, y de sólo asignar estipendios a quienes realizaran labores académico-administrativas. Las tareas desempeñadas por los miembros de la corporación en las comisiones regulares y en las comisiones interacadémicas para la elaboración de las obras de carácter panhispánico también se han llevado a cabo *ad honorem*. Bien mirado, somos los propios académicos quienes, con nuestro trabajo, hemos podido sostener la institución.

En estos años, pues, el desafío más fuerte fue la disminución del subsidio federal. De 2018 a 2022 este apoyo se redujo en 88.8%. Para el último ejercicio, el del año pasado, la SEP, a través de la Subsecretaría de Educación Superior, nos otorgó sólo ocho millones de pesos, cuando en 2018 nos había asignado 71.9 millones. A lo anterior, se suma que, en mayo de 2020, después de dos decenios de patrocinio, la Academia dejó de recibir las aportaciones de la Fundación pro Academia Mexicana de la Lengua que encabezó don Alejandro Burillo.

En medio de este difícil panorama, hemos buscado otras fuentes de financiamiento privadas y alternativas. La más relevante ha sido la del empresario don Antonio del Valle Ruiz, a quien acudimos por feliz iniciativa de don Fernando Serrano Migallón. Don Antonio nos ha brindado la posibilidad de mantener la operación diaria de nuestra Academia, y ha impulsado un proyecto de remodelación de la sede de Donceles 66. Por una parte, compró, en condiciones favorables para la institución, ocho obras de la colección pictórica de la Academia, y, por otra, donó a la corporación, a través de la Fundación Kaluz, que él encabeza, 1 160 000 pesos para el pago del diseño arquitectónico de nuestra sede histórica. Además, con las fundaciones Kaluz y Magdalena Ruiz de Del Valle, que dependen de don Antonio, firmamos convenios de donativos por 10

millones de pesos, de los cuales ya hemos recibido nueve, para la ejecución de estos trabajos de reacondicionamiento de la casa de Donceles, que están a punto de iniciarse.

Recientemente también recibimos un donativo de Santander Universidades por 200 000 pesos para contribuir a la difusión de nuestras actividades, el cual, aunque modesto, anuncia subvenciones más cuantiosas, que habrán de aplicarse a la maestría en Lexicografía y Producción Editorial que hemos instituido con la Universidad de Guadalajara. Hay que destacar que, por la venta de nuestros libros e intereses de nuestras inversiones, en 2022 hemos percibido 1 087 000 pesos. Lo anterior significa que, en el último año de mi gestión, la Academia logró obtener, sin contar con los dineros procedentes de la venta de algunas de nuestras obras pictóricas, muchos más recursos por donativos privados y por ingresos autogenerados que por el subsidio federal. Esta situación es absolutamente inédita en el ámbito de las instituciones culturales de nuestro país. No hemos cejado, sin embargo, en solicitar al gobierno federal la ampliación de nuestro subsidio, aunque con muy precarios resultados. Aun así, la Academia ha tenido condiciones más favorables —o menos devastadoras— que otras instituciones similares.

Sedes

Después de casi una década de litigios infructuosos, al séptimo mes de esta administración logramos recuperar la casa de la calle de Donceles tras difíciles negociaciones con los representantes jurídicos de Editorial Jus. Gracias a este rescate, a partir de 2020 la Academia dejó de erogar, por concepto de renta de la sede de Iztaccíhuatl, 2 800 000 pesos anuales.

El 19 de enero de 2020, la Academia Mexicana de la Lengua quedó oficialmente registrada ante las autoridades competentes con el domicilio fiscal de Donceles 66, en el Centro Histórico de la ciudad. Durante ese año se llevó a cabo un estudio estructural del edificio a cargo del despacho Colinas de Buen, el más reconocido a nivel nacional para estas tareas. Su resultado fue que, si bien sería necesario atender un declive en el suelo de la parte trasera de la planta baja, las instalaciones cumplían con la normativa estructural vigente para funcionar como nuestra sede. Aun-

que con limitaciones económicas, de inmediato comenzamos los trabajos de limpieza y remozamiento del inmueble. En el mes de noviembre de ese año se concluyó el reacondicionamiento de un salón de reuniones, se rehabilitaron los servicios sanitarios del primero y del segundo pisos y se corrigió el declive mencionado. Gracias a estas medidas, fue posible instalar en la planta baja 123 anaqueles, adquiridos en esta administración, para el acervo de la biblioteca Alberto María Carreño.

Con relación al predio de Francisco Sosa, en 2019 se liquidó el adeudo de 1 360 000 pesos que desde 2014 se tenía con el notario Jorge Antonio Sánchez Cordero por los trabajos de relotificación del predio de Coyoacán. Y se recobró poco más de un millón y medio de pesos por pagos duplicados realizados en 2017 a la Tesorería de Ciudad de México. Asimismo, en 2020 se pagaron adeudos correspondientes al impuesto predial, pertenecientes a los años 2016 y 2017, por una suma de 140 000 pesos, y los vigilantes fueron sustituidos por un velador. El impuesto predial de este inmueble está pagado hasta 2021. Cabe destacar que, en su sesión del 22 de abril de ese mismo año, el pleno académico dio su autorización más amplia a la dirección de la corporación para la venta de este terreno. En mayo de 2021, se encargó a la inmobiliaria Haus Mx la promoción para la venta del predio. Sin embargo, en noviembre pasado, al no tener resultados positivos, se decidió cambiar de empresa, por lo que se firmó un contrato de exclusividad por seis meses con la prestigiosa inmobiliaria Óscar del Valle. Como ustedes saben, serias limitaciones dificultan la venta del terreno, entre otras, la particularidad del uso de suelo para la construcción de La Casa de la Palabra y el descubrimiento de vestigios arqueológicos en el predio.

ACADEMIA

Mesa Directiva

La Mesa Directiva está integrada actualmente por doña Concepción Company Company, directora adjunta; don Adolfo Castañón, secretario; don

Felipe Garrido, tesorero; don Fernando Serrano Migallón, censor estatutario, y don Alejandro Higashi, bibliotecario-archivero, quienes fueron elegidos o reelegidos por un periodo de cuatro años en los primeros meses de mi gestión. Hemos lamentado el fallecimiento de su secretario adjunto, don Aurelio González Pérez, acaecido el pasado 17 de noviembre. Expreso aquí mi pena por tan dolorosa pérdida y, al mismo tiempo, mi gratitud y mi reconocimiento a este cuerpo colegiado que quincenalmente se reúne, por espacio de tres horas, para determinar la agenda de la Academia: analizar, discutir y comentar los asuntos propios de la corporación que cada dos semanas se llevan al pleno y se someten a su consideración. Entre sus múltiples tareas, está la de fungir como Comité Editorial de la institución, función que ha desempeñado con rigor y diligencia.

Académicos numerarios y correspondientes

Entre 2019 y 2022 la Academia lamentó el fallecimiento de seis académicos numerarios, nueve correspondientes nacionales, cinco correspondientes en el extranjero, uno en retiro y un honorario, pérdidas de las que hemos dado cuenta en los informes anteriores, en las sesiones plenarios y a través de los distintos canales de comunicación de la Academia. El año pasado desafortunadamente fallecieron cuatro de nuestros compañeros numerarios: don Leopoldo Valiñas, don Ruy Pérez Tamayo, don Eduardo Lizalde y don Aurelio González Pérez; así como tres académicos correspondientes: don Noé Jitrik, correspondiente en Buenos Aires, Argentina; don Alfonso Pérez Romo, correspondiente en Aguascalientes, Aguascalientes; y doña Nélida Piñon, correspondiente en Río de Janeiro, Brasil.

Asimismo, en el periodo cuatrienal del que se informa, ingresaron 22 nuevos académicos a la institución: cinco numerarios, seis correspondientes nacionales, 10 correspondientes en el extranjero y un honorario.

Como nuevos miembros numerarios presentaron sus discursos de ingreso, en 2019, don Jorge Ruiz Dueñas; en 2020, don Rodrigo Martí-

nez Baracs; doña Liliana Weinberg y doña Angelina Muñiz-Huberman en 2021; y, en 2022, fue elegido don Fernando Fernández.

Por otra parte, se sumaron a la corporación 16 académicos correspondientes y un honorario.

En 2019, doña Minerva Margarita Villarreal, correspondiente en Monterrey, Nuevo León; don Rogelio Guedea, en Colima, Colima; y don Raúl Arroyo, en Pachuca, Hidalgo.

En 2020 fueron elegidos don José de Jesús Sampedro, en Zacatecas, Zacatecas; don Alfonso Pérez Romo, en Aguascalientes, Aguascalientes; don Robert A. Verdonk, en Amberes, Bélgica; y don David Piñera, en Tijuana, Baja California.

En 2021, don Víctor García de la Concha fue nombrado académico honorario de la corporación; don Leonardo Padura y don Sergio Ramírez fueron elegidos académicos correspondientes en La Habana, Cuba, y en Managua, Nicaragua, respectivamente. Ese mismo año, el pleno académico eligió como correspondientes suyos en Madrid, España, a don Ignacio Bosque, don Antonio Muñoz Molina, don José Luis Ramírez Luengo y don Juan Jesús Armas Marcelo; a doña Luce López Baralt, en San Juan, Puerto Rico; a don Noé Jitrik, en Buenos Aires y a don Darío Jaramillo Agudelo, en Bogotá, Colombia. También en 2021, don Eligio Moisés Coronado, correspondiente en La Paz, Baja California Sur, pronunció su discurso de ingreso.

Y, en 2022, por primera vez en la historia de nuestra Academia, un miembro correspondiente en el extranjero leyó su discurso de ingreso: don José Luis Ramírez Luengo. El año pasado don Gabriel Trujillo, correspondiente en Mexicali, Baja California, hizo lo propio. Por último, fue elegida doña Virginia Bertolotti como académica correspondiente en Montevideo, Uruguay.

En mi programa de trabajo proyecté como acción fundamental la rehabilitación de la Comisión de Enlace, en virtud de que la relación de la Academia con sus miembros correspondientes en las diferentes entidades del país es lo que puede fortalecer el carácter nacional de nuestra institución. En 2020, como parte de las actividades realizadas por la Mesa Directiva, destaca la organización, vía telemática, de la Conferen-

cia Nacional de Académicos Correspondientes, en la que, por primera vez en la historia de la corporación, se reunió en un solo foro a 18 de los 22 académicos correspondientes nacionales con los que contábamos en ese momento. De igual manera, destaco que, en las sesiones plenarias, frecuentemente contamos con la asistencia de doña Sara Poot Herrera, correspondiente en Mérida, Yucatán; don Francisco Javier Beltrán Cabrera, correspondiente en Toluca, Estado de México; don Raúl Arroyo, correspondiente en Pachuca, Hidalgo; y don José de Jesús Sampeño, correspondiente en Zacatecas, Zacatecas.

Premios y reconocimientos

Muchos son los premios y reconocimientos que nuestros académicos han obtenido de diversas instituciones culturales y educativas del país y del extranjero a lo largo de estos cuatro años; referirse a todos volvería interminable este informe. Cada uno de ellos ha sido consignado en las actas de las sesiones plenarias. Sin embargo, por su trascendencia, son dignos de mención, en el ámbito internacional, el Premio Princesa de Asturias en Ciencias Sociales 2022, otorgado a don Eduardo Matos Moctezuma; el Premio Internacional Alfonso Reyes 2021, concedido a doña Liliana Weinberg; el Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español 2022, entregado a doña Margo Glantz; y el Premio Internacional Menéndez Pelayo otorgado a don Ruy Pérez Tamayo en la edición 2020 y a doña Concepción Company Company en la de 2021. Por otra parte, fueron reconocidos con el Premio Nacional de Artes y Literatura doña Concepción Company Company y don Diego Valadés en 2019, en los campos de Lingüística y Literatura, e Historia, Ciencias Sociales y Filosofía, respectivamente; don Adolfo Castañón en el campo de Lingüística y Literatura en 2020 y, en 2021, don Fernando Serrano Migallón y don Óscar Oliva en los campos de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía, y Lingüística y Literatura, sucesivamente. Cabe mencionar que, en su mayoría, fue la propia Academia la institución postulante.

COMISIONES INTERACADÉMICAS

Comisión Interacadémica de Lexicografía

Diccionario de la lengua española (23ª edición). El equipo del Archivo de la Palabra, coordinado por don Pedro Martín Butragueño, ha trabajado con el Instituto de Lexicografía de la RAE mediante el envío de cientos de enmiendas y adiciones al *Diccionario de la lengua española*.

Como parte de la actualización 2020 de esta 23ª edición, se contó con el apoyo de don José Luis Díaz Gómez y de doña Julieta Fierro, en los campos de medicina y matemáticas, respectivamente.

Diccionario de la lengua española (24ª edición). El Instituto de Lexicografía de la RAE ha continuado con la redacción de la 24ª edición del *DLE*, concebida como digital desde su nacimiento. Se tiene planeado publicarla en 2026, fecha en la que se conmemorarán los 300 años de la aparición del primer tomo del *Diccionario de autoridades*.

Diccionario fraseológico panhispánico. En los primeros cinco meses de 2020, don Pedro Martín Butragueño acudió a Madrid, España, como representante de la Academia Mexicana de la Lengua para fungir como vocal de la Comisión Permanente de la ASALE y trabajar en el *Diccionario fraseológico panhispánico*. Desde entonces, este diccionario ha venido incorporando las aportaciones anuales derivadas de dicha comisión.

Comisión Interacadémica de Gramática

Nueva gramática de la lengua española. En septiembre de 2020, en representación de la Academia Mexicana de la Lengua, doña Concepción Company Company comenzó los trabajos de la segunda edición de la *Nueva gramática de la lengua española* (NGLE); desde entonces se han enviado observaciones correspondientes a la revisión de 30 capítulos de esta obra.

Por su parte, en 2021, el equipo coordinado por don José Manuel Blecua y don Pedro Martín Butragueño recibió dos informes en los que se evaluó la primera edición del tercer volumen de la *NGLE*, publicado en 2011, correspondiente a *Fonética y fonología*.

Comisión Interacadémica del “Diccionario panhispánico de dudas”

A comienzos del presente año, la Academia Mexicana de la Lengua empezó a participar en la revisión del *Diccionario panhispánico de dudas* con vistas a una segunda edición. Yo personalmente trabajo en esta tarea con el apoyo de doña Georgina Barraza Carbajal, gramática adscrita a la Comisión de Consultas.

Comisión Permanente de la ASALE

En 2021, como resultado de la representación de don Pedro Martín Butragueño en esta comisión, apareció en la colección de Clásicos de la ASALE una reedición, con estudio introductorio de don Pedro, del libro de don Juan M. Lope Blanch, *Léxico indígena en el español de México*.

COMISIONES Y GABINETES

Comisión de Lexicografía

Diccionario de mexicanismos. Propios y compartidos. El pasado mes de noviembre, bajo el sello editorial Espasa de Grupo Planeta, salió a la luz el *Diccionario de mexicanismos. Propios y compartidos*, que cuenta con más de 10 000 entradas y más de 22 000 acepciones. Con su publicación se corona un periodo de más de 10 años de trabajo de la Comisión de Lexicografía, entonces presidida por doña Concepción Company Company, coordinadora del proyecto. Se trata de una obra magna que recoge el léxico propio de nuestro país, en el que nos reconocemos en términos de identidad; que refleja la enorme riqueza y la gran creatividad de nuestra

expresión lingüística, y que nos coloca, como hablantes de español, en pie de igualdad frente a otras variantes dialectales de nuestra lengua común. La primera presentación del diccionario se llevó a cabo en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara el 29 de noviembre de 2022. La mesa, en la que participamos doña Concepción y yo, fue moderada por el comunicador don Javier Solórzano. La presentación en Ciudad de México se llevará a cabo el domingo 12 de febrero, a las 12 horas, en la Sala Manuel M. Ponce, del Palacio de Bellas Artes. El periodista don Leonardo Curzio moderará la mesa.

Diccionario escolar. La Comisión de Lexicografía, presidida desde agosto de 2021 por don Pedro Martín Butragueño, le ha dado continuidad a la elaboración del *Diccionario escolar*, proyecto de gran importancia social y lexicográfica que, en una primera etapa, fue coordinado por don Felipe Garrido y doña Rocío Mandujano. A la fecha, se cuenta con más de 16 000 artículos, muchos de ellos con subentradas y diversas acepciones.

Maestría en Lexicografía y Producción Editorial. Otro de los planteamientos presentados en mi proyecto de trabajo fue la creación de una maestría en Lexicografía, pues ni en México ni en Hispanoamérica existía la carrera de estudios lexicográficos cuando era absolutamente necesario contar con profesionales competentes en esta disciplina. Tras varios meses de labores en conjunto con la Universidad de Guadalajara, conducidas, por parte de la Academia, por doña Concepción Company Company, el 28 de noviembre pasado se celebró la firma del convenio entre esta casa de estudios y la Academia Mexicana de la Lengua para la creación de la Maestría en Lexicografía y Producción Editorial. Se ha proyectado emitir la convocatoria en el primer trimestre de este año y que la primera generación comience sus estudios vía remota a partir de agosto próximo.

Creemos que éste es un gran logro que le permitirá a la Academia cumplir una función social y educativa de gran trascendencia en el orbe de la lengua española.

Comisión de Consultas

La Comisión de Consultas, presidida por don Felipe Garrido, celebró el día de hoy su sesión número 695. Del 1° de marzo de 2022 al 2 de febrero de 2023 se recibieron 888 consultas; se dio respuesta a 797 y quedan 91 por resolver. En el periodo de esta administración se han resuelto 6238 consultas.

Adicionalmente, la Comisión proporciona el material para grabar las cápsulas de Español Inmediato (Espín), dentro del programa *Letras y Voces*, que la Academia Mexicana de la Lengua, representada por don Adolfo Castañón, coproduce con el Instituto Mexicano de la Radio (IMER); así como consultas frecuentes para la nueva página electrónica. Entre otras actividades, en 2022, la Comisión elaboró tres títulos para la colección *Manuales*, y actualmente prepara una docena más para ser publicados próximamente.

En mi programa de trabajo propuse que la Comisión de Consultas asumiera también otras tareas relativas a los programas educativos y la corrección o elaboración de materiales didácticos de la Secretaría de Educación Pública (SEP). Por la pandemia, de agosto de 2020 a octubre de 2021, las gramáticas de esta comisión, con el apoyo de sus colaboradores y otros miembros de la corporación, bajo la dirección de don Felipe Garrido, se encargaron de la revisión ortográfica de los materiales educativos de la SEP, producidos por Canal Once, como parte del programa *Aprende en casa*. En esos 14 meses, se revisaron 6314 videos, además de cientos de cápsulas informativas y guiones para dichos programas.

Gabinete Editorial

En los últimos cuatro años el Gabinete Editorial de la Academia, presidido por don Alejandro Higashi, ha publicado en total 56 libros, 25 de ellos en coedición; esto significa que, durante esta administración, la Academia ha sacado a la luz, en promedio, un libro cada mes.

En 2022, se publicaron 14 nuevos títulos: en la colección Manuales, *¿Qué hay que saber de la historia de la lengua española...?*, de doña Concepción Company Company; *¿Cómo se dice...?*, coordinado por doña Georgina Barraza y doña Verónica Guzmán; y *¿Qué significa...?*, bajo la coordinación de doña Axel Hernández. En la colección Clásicos de la Lengua Española, se publicó un nuevo título: *Cancionero de Gaspar Fernández*, editado por doña Margit Frenk. En la colección Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña, se publicó la segunda edición de *El concepto poiesis en la filosofía griega*, de don Emilio Lledó, y *Ensayos para interrumpir*, de don José Balza.

En lo que concierne a la colección Discursos, en coedición con la Universidad Nacional Autónoma de México, se dieron a conocer en este último periodo anual cuatro nuevos títulos: *El ensayo y la lengua*, de doña Liliana Weinberg; *Lengua, exilio y palabra*, de doña Angelina Muñiz-Huberman; *Los oficios del cronista*, de don Eligio Moisés Coronado, y *El sentido humano de la medicina*, de don Alfonso Pérez Romo.

Asimismo, se elaboraron para su consulta digital y se imprimieron el *Anuario 2023* y los volúmenes de *Memorias 2020* y *2021*. Informo a ustedes que en unas semanas más se les entregará el ejemplar correspondiente a las *Memorias 2022*, con lo que esta colección quedará totalmente al corriente. Logramos abatir el rezago de más de 10 años que existía en la publicación de las *Memorias* cuando asumí la dirección.

Por lo que toca a la colección La Academia para Jóvenes, los cambios en la dirección editorial del Colegio de Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México han retrasado las publicaciones de los textos de don Carlos Prieto, don Felipe Garrido, don Adolfo Castañón, doña Silvia Molina y don Rodrigo Martínez Baracs, así como las reimpresiones de los siete títulos anteriores. Confío en que esta situación se resolverá favorablemente en los próximos meses.

Finalmente, en cumplimiento con el Depósito Legal establecido en la nueva Ley General de Bibliotecas, se realizó la entrega a la Biblioteca Nacional y a la Dirección General de Bibliotecas, de la Secretaría de Cultura, de un ejemplar de cada una de las novedades editoriales de mi

gestión. Un ejemplar de todos estos títulos también ha sido enviado a la biblioteca de la RAE.

COORDINACIÓN DE COMUNICACIÓN

Como lo anuncié en mi proyecto de trabajo, a las tareas de difusión de nuestras actividades se les ha dado particular relevancia. Se creó la Coordinación de Comunicación, que depende de la Gerencia, cuyo titular es don Antonio Crestani. Su labor ha sido fundamental para el desarrollo de la vida académica, ya que, en su mayoría, a causa de la pandemia, los trabajos de la corporación se han llevado a cabo de manera telemática. Las tareas se han enfocado principalmente en la planeación, organización, diseño, promoción y difusión de nuestras actividades.

En 2022, nuestro ciclo de Lecturas estatutarias reunió 19 conferencias que se transmitieron a través de Facebook y YouTube. Asimismo, se rindieron ocho homenajes, que se sumaron a los 13 realizados en los primeros tres años de mi gestión, así como presentaciones editoriales, entregas de premios, ceremonias de ingreso y diversos actos en los que han participado nuestros académicos; todos estos videos se encuentran disponibles de manera permanente en nuestras páginas de Facebook y YouTube para ser reproducidos en cualquier momento.

En las cuentas de Facebook y de Twitter de la Academia diariamente se difunden contenidos de carácter lingüístico y literario de interés general, así como lo relacionado con el quehacer de la corporación y de sus miembros. Actualmente, la página de Facebook, creada en esta administración en 2020, supera los 38 000 contactos; la cuenta de Twitter, que en marzo de 2019 tenía poco más de 10 000 seguidores, creció en estos cuatro años un 177% para llegar a más de 28 000; en nuestro canal de YouTube, que se reactivó en 2021, se han publicado 74 videos y se han alcanzado 1 670 suscripciones. En 2022, los contenidos de nuestras redes sociales llegaron a más de cinco millones de personas. Lo anterior significa que, durante esta administración, nuestras actividades y publicaciones por estos medios han logrado un alcance de más de 17 millones y medio de personas.

Otro hecho importante, que también propuse en mi proyecto de trabajo, fue el lanzamiento de la nueva página electrónica de la corporación. Esta plataforma ofrece la posibilidad de consultar, entre otras bases de datos, el *Refranero mexicano*, de don Herón Pérez Martínez, el *Diccionario geográfico universal*, el *Diccionario breve de mexicanismos* de don Guido Gómez de Silva, las *Minucias del lenguaje* de don José G. Moreno de Alba, un micrositio dedicado a Ramón López Velarde, la Biblioteca Digital Décima Musa, además de albergar información amplísima relacionada con la Academia, sus miembros históricos y actuales, y su objeto de estudio. Tal plataforma es una herramienta útil y eficaz de consulta tanto para el público en general como para especialistas.

Del programa *Letras y Voces*, que desde hace 10 años conduce don Adolfo Castañón en emisiones semanales por las frecuencias del IMER, se han transmitido 52 programas al año, es decir, 208 en este periodo de cuatro años.

PROGRAMAS

Corpus Diacrónico y Diatópico del Español de América (CORDIAM)

Dirigido por doña Concepción Company Company y doña Virginia Bertolotti, en 2022 su universo histórico textual se incrementó en casi 2 120 000 palabras en cerca de tres mil unidades textuales. Esto significa que, a la fecha, el CORDIAM contiene casi 14 millones de palabras, repartidas en 18 594 unidades textuales. De igual manera, el año pasado se procesaron 4 472 facsímiles, de los cuales cuatro mil son de prensa y 472 de literatura.

A resultas de la participación de nuestra corporación en el XVI Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, celebrado en noviembre de 2019 en las ciudades españolas de Sevilla y Córdoba, el CORDIAM se convirtió en un proyecto de la ASALE, encabezado, por primera vez en la historia, por una academia diferente a la Real Española, en este caso, la nuestra.

Archivo de la Palabra

Al inicio de esta administración, el Archivo de la Palabra contaba con poco más de dos millones y medio de palabras procedentes de 673 documentos. Al día de hoy, casi se ha triplicado esa suma, ya que cuenta con más de seis millones de palabras gráficas y más de 1 300 documentos, lo que supone, en números redondos, que en el último año se añadieron poco más de un millón y medio de palabras y cerca de 300 documentos. Estas unidades se han incluido en el subcorpus Módulo DEC, constituido a finales de 2021, con el objetivo de contar con los materiales necesarios para las primeras etapas del *Diccionario del español contemporáneo*. Este diccionario será el primero del español general que se elabore, desde un corpus propio, en un país americano.

Tesoro de la lengua española en América-México

En el primer semestre de 2021 se conformó un equipo de trabajo entre la Academia y El Colegio de México para colaborar en un tesoro —o diccionario de diccionarios— del español americano, cuyas tareas comenzaron en septiembre. El propósito es generar una obra lexicográfica conjunta que albergue los lexicones y diccionarios escritos desde los inicios de la lexicografía del español americano hasta finales de los años cincuenta del siglo xx. Este proyecto es coordinado por doña Dolores Corbella, de la Universidad de la Laguna, Tenerife, y correspondiente de la RAE, y, de parte de nuestra corporación, por don Pedro Martín Butragueño.

PREMIOS

Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña

En el periodo comprendido entre 2019 y 2022, se otorgó el Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña a cuatro escritores: don Francisco González Crussí, don Santiago Kovadloff, don José Bal-

za y doña Irene Vallejo. De los tres primeros, ya se han publicado, respectivamente, *Del cuerpo imponderable*, *El silencio primordial* y *Ensayos para interrumpir*. Queda por definir la obra que publicaremos de doña Irene Vallejo. Debo decir que estos cuatro premios fueron honoríficos habida cuenta de nuestras deficiencias presupuestales, lo que no mermó, ni en términos cuantitativos ni cualitativos, la respuesta a la convocatoria.

Premio Joaquín García Icazbalceta

La ceremonia de entrega de la IV edición del Premio Joaquín García Icazbalceta se llevó a cabo el 23 de noviembre de 2022 en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL). Encabezamos el acto doña Mary Frances Rodríguez Van Gort, directora de la FFyL, doña Georgina Barraza, coordinadora del Colegio de Letras Hispánicas y, por parte de la Academia, doña Concepción Company Company y yo. El jurado, integrado por doña Eugenia Revueltas, don José María Villarías, doña Concepción Company Company y don Aurelio González Pérez, otorgó este reconocimiento a Jonathan Misael Albarrán Acosta, Paola Nayabel Reyes Peralta y Alma Irene Rivas Mejía.

La entrega de este premio, que consta de una medalla conmemorativa, un diploma y 10 000 pesos a cada uno de los ganadores, se ha llevado a cabo anualmente de manera ininterrumpida desde su creación.

BIBLIOTECA

La biblioteca Alberto María Carreño, que funciona bajo la responsabilidad de don Alejandro Higashi, al día de hoy cuenta con 53 680 ejemplares. Una parte de este fondo se ubica en nuestra sede en Donceles 66 y la otra, que permanecía en las bodegas de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg), fue trasladada a un espacio que, de forma gratuita, nos ha cedido don Antonio del Valle.

En la nueva estantería se colocaron los 191 títulos clasificados en 2022, así como el acervo que se encontraba en la sede de Iztaccíhuatl. Asimismo, se dio mantenimiento a libros cuya encuadernación estaba deteriorada y se atendieron las solicitudes de digitalización de materiales, de consultas físicas, y las correspondientes a préstamos a domicilio e interbibliotecarios con la biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México.

En el archivo digital de nuestra biblioteca se han depurado documentos duplicados y se han resguardado videos y audios de los actos académicos y las lecturas estatutarias, así como los materiales digitales que envían los integrantes de la corporación.

Por lo que toca a Biblioteca Digital Décima Musa (Bidimusa), creada en esta administración, a finales de 2022 se instaló el programa informático Open Journal System (OJS) que permitirá, durante el presente año, gestionar la revisión y publicación digital de nuestras *Memorias* y postular esta publicación en los índices de revistas académicas.

FERIAS DEL LIBRO

A pesar de la emergencia sanitaria, entre 2019 y 2022 la Academia Mexicana de la Lengua tuvo 10 participaciones en ocho ferias del libro. La mitad de ellas se llevaron a cabo el año pasado. En 2019 y 2022 tuvimos presencia en la Feria Internacional del Libro de las y los Universitarios (Filuni); en la Feria Internacional del Libro del Zócalo, en 2019 y 2022; en la Fiesta del Libro y de la Rosa de la UNAM, en 2019; en la Feria Virtual de Libro y Cultura del Instituto Politécnico Nacional, en 2021; en la XIV Feria del Libro Antropológico de la UNAM, en 2022; en la 33ª Feria Internacional del Libro de Antropología e Historia, en 2022; y en la Feria Internacional del Libro Monterrey, en 2022, mediante un stand conjunto con El Colegio Nacional y el Seminario de Cultura Mexicana. Mención especial merece nuestra participación como institución invitada de honor en la Feria Internacional del Libro de Coahuila, en 2021.

COLABORACIONES INSTITUCIONALES

Durante estos cuatro años, la Academia Mexicana de la Lengua ha colaborado con 51 instituciones nacionales e internacionales, entre las que destacan la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Guadalajara, la Real Academia Española, el Instituto Mexicano de la Radio, la Biblioteca Miguel de Cervantes, la UNESCO, las instancias estatales de cultura de los gobiernos de Ciudad de México, Coahuila y Zacatecas, El Colegio Nacional y el Seminario de Cultura Mexicana.

En 2022 se suscribieron convenios con la Fundación Kaluz, la Fundación Magdalena Ruiz de Del Valle y Santander Universidades para la donación de recursos económicos, el de colaboración con la Real Academia Española (RAE) y la Fundación Pro Real Academia Española para la elaboración del *Diccionario histórico de la lengua española*, cuya coordinación, por parte de la Academia, estará a cargo de don Alejandro Higashi, quien sustituye a don Aurelio González, y el realizado con la Universidad de Guadalajara para la creación de la maestría en Lexicografía y Producción Editorial. Así como los de distribución de nuestras publicaciones con las librerías Profética, de Puebla; Mar Adentro, de Veracruz; y la Editorial Tilde de Monterrey.

SERVICIO SOCIAL Y PRÁCTICAS PROFESIONALES

Continúa vigente el convenio de prácticas profesionales con la Universidad del Claustro de Sor Juana, así como los acuerdos de servicio social con la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Autónoma Metropolitana; también se establecieron nuevos vínculos con la Universidad de Guadalajara, la Universidad Veracruzana, la Universidad La Salle (campus Bajío), y la ENES-Morelia (UNAM). De febrero de 2022 a enero de 2023, se registraron 50 alumnos, principalmente de las licenciaturas en Letras Hispánicas y Letras Clásicas, y concluyeron 37 que iniciaron su servicio el año anterior. Estos alumnos realizaron su servicio social en la Comisión de Lexicografía, la Comisión de Consultas, el Gabinete Editorial, la Biblioteca, el CORDIAM y el Archivo de la Palabra.

Entre 2019 y 2022, 133 alumnos han realizado su servicio social en la corporación.

Finalmente, cabe destacar que, en diciembre de 2022, se realizó el levantamiento del inventario del activo fijo de la Academia Mexicana de la Lengua, el cual no existía. Esto significa que, por primera vez en la historia, todos los bienes propiedad de la institución están registrados en un solo banco de datos.

Señores académicos:

Termino este periodo de mi gestión al frente de la Academia Mexicana de la Lengua con un sentimiento de orgullo no triunfalista y de incommensurable gratitud.

Nuestra querida institución ha podido sortear exitosamente las adversas condiciones financieras y sanitarias que prevalecieron a lo largo de estos años.

Debo agradecer especialmente a la Gerencia, encabezada por don Antonio Crestani, el apoyo técnico, logístico y administrativo para que la Academia pudiera seguir funcionando en esas circunstancias críticas.

Hago votos por que las condiciones futuras sean más favorables a nuestra institución: que podamos obtener apoyos financieros más justos por parte del gobierno federal y más generosos por parte de la iniciativa privada, que podamos concluir el acondicionamiento de nuestra casa, que podamos mantener y aun ampliar nuestro patrimonio y, sobre todo, que podamos volver, así sea paulatina y parcialmente, a la presencialidad. Necesitamos mirarnos las caras directamente y, directamente también, dialogar, discutir, planear y, ¿por qué no? acompañarnos y abrazarnos... esto es, cumplir de la manera más fecunda con el carácter colegiado que define la existencia de una institución como la nuestra.

Muchas gracias a todos los académicos, numerarios, correspondientes y honorarios; a los colaboradores de las comisiones de Lexicografía y de Consultas, del Gabinete Editorial y de la Coordinación de Comunicación; a los estudiantes que cumplen en la Academia su servicio social, y a los miembros del personal administrativo y de apoyo técnico y logístico por su solidaridad institucional a lo largo de estos cuatro difíciles pero satisfactorios años de trabajo. Muchas gracias.

MISCELÁNEA

M

ANTROPOLOGÍA DE LA MEMORIA*

Sergio Ramírez

¡Cuántos han caído allí!
Tropiezan toda la noche con los huesos de los muertos,
Y sienten que ignoran todo menos la inquietud...

WILLIAM BLAKE, *La voz del viejo bardo*.

Y AUNQUE EL OLVIDO, QUE TODO DESTRUYE

Los hechos ocurridos el sábado 17 de julio de 1982 en San Francisco Nentón aparecieron referidos en la sección de Ciencias de la edición dominical de *The New York Times*, entre otros artículos sobre terapia de los genes y vacunas contra la hepatitis, y como un asunto de interés arqueológico.

San Francisco Nentón fue una aldea habitada por familias mayas de la etnia chuj, en el departamento de Huehuetenango, en las vecindades de la frontera de Guatemala con México, al noroeste del país. El artículo, firmado por Malcolm W. Browne, se publicó el 23 de febrero de 1999 bajo el título “Pistas del terror sepultadas en la ladera de una colina: científicos desentierran evidencias de una masacre”.

Un equipo de arqueólogos, etnólogos, antropólogos y especialistas forenses de Estados Unidos, Argentina y Guatemala, organizado por la Fundación de Antropología Forense, llegó hasta aquellas lejanías rurales

* “Antropología de la memoria”, cuento de don Sergio Ramírez, académico correspondiente en Managua (Nicaragua), publicado en la revista *Nexos* del mes de agosto de 2022.

con el fin de establecer un campamento, delimitar un área de excavaciones, y de acuerdo con el plan de su bitácora, iniciar el trabajo de campo.

Guatemala es un país rico en tesoros arqueológicos de la civilización maya, muchos de ellos aún por explorar. Por ejemplo, gracias a una nueva tecnología láser llamada Lidar, no hace mucho se ha descubierto en las selvas del Petén una muralla de 14 kilómetros, conectada a un complejo sistema de torres y calzadas alrededor de Tikal, una de las ciudades de la era Preclásica, lo que revela la existencia de toda una megápolis, cuatro veces más grande que el área hasta ahora conocida.

En las cercanías de la extinta aldea de San Francisco Nentón existe una pequeña pirámide del periodo Clásico, pero esta vez no se trataba de la búsqueda de los restos de un centro ceremonial, o de la tumba de algún rey de una dinastía ignorada. Se trataba de dar con los restos óseos de cerca de 350 personas, la casi totalidad de los habitantes de la aldea, asesinados por el Ejército Nacional bajo las órdenes del presidente de la República, el general Efraín Ríos Montt, quien el 23 de marzo de ese mismo año de 1982 había tomado el poder tras un golpe de Estado.

El equipo científico, llegado a aquel lugar remoto en la geografía, y remoto a sus afanes académicos habituales, se entregó a su tarea con pasión y perseverancia, tratando de encontrar las pistas de un crimen masivo que habían permanecido ocultas por casi dos décadas. Cráneos limpiados pacientemente con brochas, vértebras y cavidades oculares frotadas con cepillos de dientes; huesos enteros o fracturados, o en astillas, cuidadosamente librados de sus sudarios de tierra, y agrupados en busca de conseguir la armazón completa de los esqueletos, o lo que se pudiera reconstruir de ellos.

Una vez concluida esa tarea, los restos son fotografiados *in situ*, y medidos en bolsas de plástico y cajas de cartón para ser trasladados a la ciudad de Guatemala, donde serán sometidos a exámenes de rayos X en el laboratorio que el doctor Freddy Peccerelli, presidente de la fundación, ha dispuesto en su propia casa.

El doctor Clyde Collins Snow es un antropólogo forense llegado desde Norman, Oklahoma, para integrarse al equipo. Tenía 71 años para el

tiempo de la expedición; ahora ya ha muerto. De un pozo han sacado una quijada, y él, examinándola cuidadosamente tras sus lentes, explica:

Este es el pozo de una casa que se dice que perteneció a Felipe Silvestre. Tenemos aquí un cráneo infantil con varias fracturas, probablemente *post-mortem*. Dos de los dientes son de leche, pero un molar ya le había salido. Este niño tenía entre 6 y 7 años. Sexo indeterminado, pero puede establecerse a partir de mediciones de laboratorio y un programa informático estadístico llamado Análisis de Función Discriminante.

La doctora Claudia Rivera, guatemalteca, es también antropóloga forense. Tanto ella como el doctor Peccerelli son muy jóvenes entonces, según puedo ver en una foto que se han tomado con el doctor Snow, y en la que aparece otro miembro del equipo, el doctor Leonel Paiz, arqueólogo, muy joven también. El doctor Snow abraza a los tres desde atrás, una pipa entre los dientes; lleva un traje claro, y luce un sombrero de lona y una corbata estampada con flores, como un personaje de Indiana Jones.

“Es muy parecido a excavar un sitio arqueológico” —le dice al periodista la doctora Rivera—. “A medida que pasan los años, todo decae en un lugar como éste y se vuelve cada vez más difícil de interpretar. Pero para nosotros esto no es arqueología académica. Este lugar, ¿cómo podrías decirlo?, es como si estuviera lleno de voces que quieren decirnos algo”.

Y es entonces, desde la bruma del trabajo científico de campo, de las excavaciones, clasificaciones, mediciones antropológicas y pruebas forenses, que surge la historia de lo que pasó en San Francisco de Nentón aquel 17 de julio de 1982.

PONGAN ATENCIONES SEÑORES, LO QUE LES VOY A CONTAR

El 22 de junio, un contingente formado por 50 soldados ya había entrado a San Francisco Nentón por el camino que viene de la frontera con

México, y el jefe del contingente mandó que tocaran el cuerno que sirve para llamar a cabildo a los pobladores. Entonces les hizo la advertencia de que no se metieran con las guerrillas, que no se dejaran tentar por su prédica porque eran falsos y mentirosos, “o iban a morir por el delito de ellos”. Antes de irse repartieron confites a los niños y sardinas enlatadas a los adultos.

A partir de comienzos de ese año el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), una de las cuatro fuerzas guerrilleras que operaba en el país, se había venido haciendo fuerte en el departamento de Huehuetenango, en un área que iba de las tierras bajas a la sierra de los Cuchumatanes, desde donde tenía un corredor abierto hacia México. Sus columnas controlaban algunas carreteras troncales, dinamitaban puentes, habían incendiado las alcaldías en varios municipios, y reclutaban combatientes entre los habitantes indígenas de las aldeas.

Hay una foto donde se ve a un grupo de guerrilleros subidos en los escalones de la pirámide maya cercana San Francisco Nentón, enarbolando en triunfo sus fusiles.

Esa foto sirve de portada al libro *Huehuetenango: historia de una guerra*, de Paul Kobrak, publicado en 2003 por el Centro de Estudios y Documentación de la Frontera Occidental de Guatemala, donde se relata la masacre de San Francisco Nentón; igual que se relata en el libro *Negreaba de zopilotes... Masacre y sobrevivencia en la finca San Francisco Nentón*, escrito por el padre jesuita Ricardo Falla, publicado en 2011 por la Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala.

Los mandos del EGP sabían que tras el golpe de Estado se avecinaba una ofensiva militar, y advirtieron en las aldeas que era mejor buscar los campamentos de refugiados al otro lado de la frontera, para no exponerse a las represalias del ejército.

En San Francisco Nentón la decisión fue quedarse, y someterse a las autoridades. Al día siguiente de la visita del contingente armado una comisión de vecinos viajó hasta la cabecera del departamento para transmitir al comando militar una declaración de lealtad al general Ríos Montt. Y aquel 17 de julio habían mandado otra comisión a la cabecera municipal para solicitar una bandera de Guatemala, exigencia que ahora

se hacía, pues el EGP tenía su propia bandera roja y negra con la efigie del Che Guevara; también mandaban a comunicar su disposición a formar su propia patrulla de autodefensa. Las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) eran la fuerza paramilitar que el ejército seguía organizando, y las proveía de armas y entrenamiento básico.

La comisión aún no había regresado cuando una tropa, ahora mucho más numerosa, unos 400 soldados, entró en la aldea al mando de un capitán. Y nadie buscó como ocultarse, ni correrse. Al poco rato aterrizaron tres helicópteros que traían más soldados, y algunas cajas de abastecimiento. Los pobladores se ofrecieron para transportar la carga.

El capitán anunció que iba a celebrar una fiesta, mandó que tocaran el cuerno de llamada, y mandó también que fueran a los potreros a lazar dos novillos para carnearlos y cocinarlos. “Dos animales gordos, de buen peso, para que hasta nos sobre la carne”, dijo.

Los jefes de la comunidad estuvieron de acuerdo en que valía la pena sacrificar otra vez algo de su ganado para estar en paz con los militares. Comería la tropa a costillas de ellos, pero no era la primera vez que ocurría desde que había llegado la guerra a Nentón. “Vamos a darles su buena comida y no nos va a pasar nada”, pensaron.

Pero la ilusión les duró hasta que oyeron los gritos de las mujeres. Estaban siendo arreadas a la fuerza para encerrarlas junto con los niños en la capilla que sólo se abría algunos domingos cuando aparecía el cura itinerante, y allí adentro matarlas a bala. A otras las retenían antes dentro de las casas y les hacían mancilla de sus cuerpos, sin importarles que fueran ancianas, madres, viudas, doncellas, niñas que apenas despuntaban de los pechitos.

Enseguida empezaron la mortandad con los niños. Los amarraban de los piececitos y de las manitos, igual que se hace con las gallinas cuando las llevan al mercado, y así amarrados les daban contra los horcones de las casas y contra el tronco de un ciprés que estaba sembrado frente a la puerta de la capilla, o los partían con los machetes cercenando cabecitas y brazos.

Uno de los habitantes de San Francisco Nentón que logró huir porque lo creyeron muerto, entrevistado por el padre Falla en uno de los campamentos en Chiapas, dijo:

... lo sacaron y lo cuchillaron, pues, lo atriparon, pues. El pobre patojito está gritando. Y porque no muere, más bien ahí lo prendió al pobre patojito ese señor y le dio su golpazo. Quebró la cabeza y lo tiró, pues, adentro. Entonces yo, yo lo miré al muchachito. Yo creo que de tres años. Apenas están andando a los tres años. Como la pata lo agarra, veo... con un palo duro, macizo, allá le da, le bota la cabeza. Se acaba de morir, tira el cuer-pito a la mierda. Eso lo vi yo, pues.

Y ya le llegó por fin el turno de muerte a los hombres. Los fueron acorralando para que se pusieran todos juntos. Les hicieron vaciar los bolsillos, les quitaron el dinero, los obligaron a entregar sus relojes, y los empujaron hacia el juzgado donde también fueron encerrados. Después los fueron sacando en partidas de 10 personas.

Primero los más viejitos. Los acababan “clavándoles el cuchillo en la garganta igual que se degüella una res”, declaró otro de los pocos que pudo escaparse a Chiapas. Luego sacaron a los “hombres de trabajo”, les amarraron trapos en la cara para taparles los ojos, los forzaron a acostarse boca arriba y les fueron dando los tiros en la cabeza. “Indios cerotes hijos de puta”, repetían los que así los mataban.

Venía llegando la noche, y todavía les faltaba gente que matar. Y ya estaban cansados los soldados de tanto matar porque a los últimos que quedaban vivos les tiraron granadas para reventarlos de una vez por todas dentro del juzgado. Pero algunos, dados por muertos entre ese montón de cadáveres, aprovecharon que venían las sombras y buscaron escaparse. Se enteraron los militares de la fuga y a unos los sorprendieron cuando corrían y los fusilaron, pero otros, como los que ya vimos, amparados por un aguacero que empezó a caer, lograron llegar a los campamentos de Chiapas.

Conforme la memoria de los sobrevivientes, el padre Falla logró ir concertando la lista de los muertos, unos que recordaban nombres y otros que recordaban caras, y juntando nombres con caras fue saliendo la nómina, por familias, por casas. La señora tullida, la otra que era algo gorda, la regañona de mal carácter. El marido que los sábados se embo-laba y lloraba de desconsuelo. El que tenía el caballito barcino de paso

llano. Los patojos insolentes de una casa, los sumisos de otra, que no daban querella a sus padres, los que jugaban chamuscas en el solar frente a la capilla. La niña a la que la abuela peinaba las trenzas poniéndole aceite de zapuyul en el pelo. Algo parecido a lo que los arqueólogos hacían con los fémures, las tibias, los cráneos, armar, componer. Esa lista vino a ser de 302 víctimas, pero la cifra real llega muy probable a los 350 muertos.

La única de las mujeres en librarse de la matanza fue “una señorita impedida de sus piernas que se llamaba María Ramos”. La hallaron los soldados en su silla de palo de donde no podía moverse, se la llevaron cargada para meterla con las demás en la capilla, pero a saber por qué decidieron dejarla tirada en el camino; allí la olvidaron, y luego pudo arrastrarse hasta una casa que por milagro no fue quemada. Se estuvo quieta adentro, recluida en un rincón haciéndose un ovillo, los dientes apretados y los ojos cerrados esperando que en cualquier momento aparecieran los soldados.

Su testimonio quedó recogido en el libro de Paul Kobrak. No vio nada de lo que le hicieron a los demás, dijo, sólo oyó la tirazón y los estallidos de las granadas. Y refugiada en esa casa estaba, cuando una noche apareció en espíritu su cuñada, que ya moraba entre los muertos, y le dejó un cántaro de agua para que al menos consolara su sed.

A los días pasaron unos guerrilleros que hacían un reconocimiento del terreno y la hallaron en su escondite. La pudieron sacar a México en parihuela hasta uno de los campamentos, allí contó lo sucedido y a los tres años se murió.

Pues ésa es más o menos la historia. Tiempo después, la aldea fue arrasada hasta sus cimientos, y la tierra baldía aplanada con bulldozers, como para que quedara en el olvido San Francisco de Nentón. Cuando la misión científica llegó con sus maletas y cajones de instrumentos de trabajo hubo que limpiar a machete la maleza.

HAY CEMENTERIOS SOLOS,
TUMBAS LLENAS DE HUESOS SIN SONIDO...

“Después de la masacre los soldados comieron, bebieron y bailaron”, afirma otro de los sobrevivientes de San Francisco Nentón, uno de los que se hizo el muerto entre la pila de cadáveres.

Comen con voracidad los pedazos de carne de las reses que los jefes habían mandado traer a los potreros para la fiesta anunciada a los moradores que ya estaban muertos. Comen con la mano, o habrán llevado platos de cartón entre las provisiones transportadas en los helicópteros. Los lomos, las entrañas, los costillares asándose al aire libre. Parlantes, un equipo de sonido. Música estridente. Los soldados bailando entre ellos, las pesadas botas asentándose con torpeza sobre el lodo ensangrentado. Uno de ellos, flaco y rapado, quiere pasarse de gracioso y baila agarrándose por las mangas los pantalones de fajina, que le quedan flojos, como si fuera una falda.

Se fueron ya llegada la noche y no dejaron ninguna vigilancia en el sitio. “Para ellos San Francisco Nentón había dejado de existir como objetivo militar. Era asunto del pasado, y nadie vigila el pasado”, dice otro sobreviviente. Y antes de levantar campo regaron gasolina y le pegaron fuego a las casas, y como estaban hechas la mayoría de caña brava, de pajón y varas, no fue mucho lo que tardaron en quemarse.

De ahora en adelante el trabajo sería de los zopilotes, que llegaron apenas amaneció. Zopilotes de plumas secas que bajaban con vuelo pesado, se posaban sobre las piedras, vigilaban, se acercaban con cautela, los picos filudos inclinados hacia el suelo. De pronto eran decenas, y seguían llegando. Era como si entre ellos se avisaran de que había suficiente para regalarse a sus anchas.

Después, no se sabe a los cuántos días, regresaron los soldados para abrir zanjas y mal enterrar a los muertos, zanjas que no eran tan profundas y era poca la tierra que le echaron encima, con desgano.

Hay otro testigo, que entró en la aldea varios días después de la masacre, y dijo: “no quedaba nada vivo en toda la aldea, excepto por los perros y algún ganado suelto. Mataron a todos. Se veía un reguero de cuerpos

quemados. Algunos tenían sus cabezas cortadas con machete o con hacha. Los cuerpos estaban amontonados en el juzgado y algunos en las casas. Quemaron todas las casas. Los perros habían comenzado a comerse los cuerpos que no estaban quemados. Había multitud de zopilotes. Olía muy mal. Yo nunca había visto nada así. ¡Tantos muertos! Estaba yo abrumado, quería llorar. Sólo pude quedarme un ratito. Las personas tenían ya tres o cuatro días de estar muertas”.

SERÁN CENIZA, MÁS TENDRÁ SENTIDO

“Lo extraño de todo esto”—dijo el doctor Snow mientras lleva adelante su trabajo de campo en el sitio, sentado en una sillita plegable de lona— “es que hemos encontrado montones de fragmentos de cráneos, pelvis, vértebras y costillas, pero no hemos hallado fémures”.

Lo que pasó es que después de haber enterrado los cadáveres, los soldados volvieron para arrancar los fémures que sobresalían a flor de tierra, deslavados por las lluvias, y los dispersaron lejos, para no dejar ningún rastro. Pero no les pareció suficiente, y más tarde un batallón de ingeniería llegó con los bulldozers para aplanar el terreno.

Una vez recuperados los fémures, y reconstruidos los esqueletos, se pasó a la fase de agruparlos por familias, abuelos, padres, hijos, las madres con sus niños. Para encontrar los lazos familiares, según el doctor Pecce-relli, fue necesario guiarse por elementos como el ancho del puente de la nariz, las características del hueso frontal, el diámetro de las cuencas donde una vez estuvieron los ojos; y para calcular las edades, se determinó el grado de fusión de los huesos pélvicos. También se usó para la identificación familiar el ADN de la pulpa de los dientes, protegida de la decadencia por la dentina, la capa de marfil que la recubre. Tras meses de trabajo, las familias volvieron a estar juntas.

También se logró determinar las formas en que las víctimas fueron asesinadas por las señales de los alambres con que fueron amarradas de pies y manos, los golpes de machete que cercenaron los huesos, el tipo y calibre de las balas que les destrozaron el cráneo, o penetraron el tórax.

La desaparición de San Francisco Nentón fue parte de un plan de contrainsurgencia que tenía el nombre en código *Sofía*, iniciado en julio de 1982, y que se extendió hasta el 19 de agosto del mismo año. El propósito era “conducir operaciones contrainsurgentes de seguridad y de guerra ideológica con el objetivo de localizar, capturar o destruir grupos y elementos subversivos, para garantizar la paz y seguridad de la nación”.

Fue articulado con base en la participación del Primer Batallón de Paracaidistas de la Base Militar General Felipe Cruz, “el cual se desplazó por tierra desde su sede en Puerto San José, Escuintla, hasta la Zona Militar de Huehuetenango, donde inició sus operaciones ofensivas y psicológicas, con la finalidad de darle mayor ímpetu a las operaciones de la Fuerza de Tarea Gumarcaj, la que proporcionó el apoyo logístico requerido”, según puede leerse en los informes militares.

Gumarkaj significa “casa grande”, y corresponde al nombre de la capital del reino maya quiché en el periodo Posclásico, cuyos vestigios se localizan en las cercanías de la ciudad de Santa Cruz del Quiché.

EL QUINTO JINETE DEL APOCALIPSIS

Al general Ríos Montt le gustaba que le repitieran la leyenda milagrosa que él mismo había inventado, de que el 23 de marzo de 1982 se encontraba, biblia en mano, explicando el mensaje milenarista de los misioneros del Verbo a un grupo de recientes conversos, cuando una patrulla de soldados apareció para anunciarle que el general Fernando Romeo Lucas García acababa de ser derrocado, y que los cabecillas del golpe le rogaban encarecidamente que asumiera la presidencia.

Era la Providencia misma la que lo buscaba para que cumpliera su misión de salvar a Guatemala de la subversión diabólica del comunismo ateo, y guiara al país hacia los brazos de Cristo, en un tiempo en que los generales se arrebataban el poder unos a otros.

La Iglesia del Verbo pertenece a la denominación neopentecostal de la Gospel Outreach, que ese mismo año del golpe cumplía 100 años de haber sido fundada en Eureka, California. Empezó a crecer en Guate-

mala a partir de 1976, cuando la capital fue golpeada por un terremoto, y su arraigo entre las clases medias y en las barriadas ha llegado a ser inmenso, junto con el de otras Iglesias pentecostales, al punto de que sus miles de fieles se vuelven decisivos en las campañas políticas.

Ríos Montt, que tras pedir su baja en el ejército se había presentado como candidato a las elecciones en 1974, en nombre de una alianza que encabezaba la Democracia Cristiana, ganó aparentemente entonces, pero la cúpula militar decidió que el triunfo era del general Kjell Laugeroud, su propio candidato, y mandó al derrotado como agregado militar a España. A su regreso de aquel exilio en 1978, fue que se convirtió en feligrés neopentecostal.

Cuando se dio el golpe en 1982 era parte del Consejo de Ancianos de la Iglesia del Verbo, una suerte de sínodo episcopal. Y a las once de la mañana de ese día comparecía en uniforme de campaña, rodeado de sus cómplices, para anunciar el golpe y hacer una serie de advertencias, la primera de ellas que quien fuera encontrando con armas en la mano sería fusilado. “Fusilado y no asesinado, ¿estamos?”, dijo frente a las cámaras, sin un solo parpadeo.

La guerra santa había empezado, y cada semana habría de aparecer en la televisión para dar sermones, la biblia siempre en la mano, en los que predicaba el alcance purificador de su régimen. El buen cristiano, sentenciaba, es “aquel que se desenvuelve con la biblia y la metralleta”. Su misión era acabar con “los cuatro jinetes del moderno Apocalipsis”: el hambre, la miseria, la ignorancia... y la subversión. Él sería el quinto de esos jinetes.

El pastor de ovejas descarriadas, que anunciaba la llegada de la era del amor divino y la conquista del país para Cristo, lo que se montó desde el mismo día de su ascenso al poder fue un programa de represión sistemática que involucraba el ejército, a los cuerpos de seguridad, y a las recién creadas Patrullas de Autodefensa Civil, verdaderas escuadras de ejecución.

Según el informe de Recuperación de la Memoria Histórica presentado por el obispo Juan Gerardi, asesinado a golpes con un bloque de hormigón en la casa cural de la parroquia de San Sebastián de la ciudad

de Guatemala el 26 de abril de 1998, en los escasos 18 meses que duró la dictadura de Ríos Montt se cometieron al menos 10 000 asesinatos en las áreas rurales habitadas por etnias indígenas, y 100 000 personas debieron huir de sus aldeas, de las que casi 500 fueron exterminadas del mapa. Y campearon los juicios secretos sumarios, las desapariciones, los cementerios clandestinos.

La política de “tierra arrasada” de Ríos Montt no había tenido precedentes en su magnitud, lo que ya es bastante decir en un país marcado por la más oscura y desenfrenada represión, desde el golpe militar que derrocó en 1954 al presidente Jacobo Árbenz.

HERODES Y LOS CHOCOLATES

A partir de 1986 hubo gobiernos civiles en Guatemala. Y Ríos Montt siguió en la política y en posiciones de poder. Fundó un partido, fue electo diputado, fue presidente del Congreso Nacional, y en 2003 fue candidato a la presidencia, habiendo quedado en tercer lugar, con el 20% de los votos. Medio millón de votos.

Para entonces pesaban sobre su cabeza diversos juicios, uno de ellos promovido desde España por genocidio contra el pueblo ixil. No era el primero de los ancianos militares, extravagantes y sombríos, que a pesar de arrastrar tras de sí una sangrienta cauda de crímenes subía a las tribunas para hablar delante de grandes masas de partidarios, y se hacía fotografiar sosteniendo niños en brazos, y abrazando indígenas de las etnias que había mandado a exterminar.

Por fin, el 19 de marzo de 2013, a los 87 años, compareció ante un tribunal civil en un juicio oral y público. Más de 100 testigos, aún con el temblor del miedo en la voz, prestaron testimonio, muchos de ellos en sus propias lenguas, los auriculares puestos para entender lo que decían los abogados y jueces, y en las cabinas los intérpretes traducían los testimonios.

En aquellos años de la ejecución del plan Sofía no pocos de esos testigos eran niños que lograron escapar de la sentencia de muerte indiscri-

minada que pesaba sobre sus cabezas. Ríos Montt sabía muy bien de historia sagrada, y sus planes contrainsurgentes se parecían mucho a los del rey Herodes, sólo que más sofisticados. Los niños indígenas tenían un nombre cifrado en esos planes: “chocolate”. No había que dejar a un solo chocolate vivo.

En un reporte de operaciones, el jefe de la Cuarta Patrulla informa que en una quebrada se encontraba escondida una mujer, y al advertir presencia extraña el soldado punta del contingente hizo fuego contra el enemigo (ENO, en el argot militar), eliminándola a ella y a dos chocolates (niños en el argot militar), “eliminándose también un elemento vestido de civil y sin documentación que intentó huir al ver a la patrulla y otro de aproximadamente 17 años de edad que huía también de la patrulla en compañía de otros hombres NI (no identificados en el argot militar), lo mismo que una persona indocumentada del sexo masculino que salió de unas peñas con los brazos en alto...”

Los testigos relatan en las vistas del juicio escenas de soldados que se comían los sesos de los niños después que sus cabezas habían sido abiertas a golpes contra las rocas. Niños lanzados al aire y ensartados en bayonetas. Niños rociados con kerosén y quemados vivos.

Francisco Velasco cuenta que mataron a 11 familiares suyos y a su hija de 12 años la encontró tirada en el piso de su vivienda con el pecho abierto y sin corazón. “Los soldados le sacaron el corazón, no sé si con cuchillo o machete. ¿Mi niña qué delito tenía? ¿Mi mamá qué delito tenía?”.

Nicolás Toma, de San Juan Cotzal, dice que una patrulla de soldados llegó a su aldea Villa Hortensia Antigua y mataron a todos los niños:

Les metieron bala en el pecho que salió por la espalda.

...

No hubo perdón para ancianos, ni niños ni mujeres embarazadas —dice otro—. En ocasiones los niños se iban vivos a las fosas en los rebozos de las madres. Cuando una fosa estaba llena de víctimas, le echaban tierra. Ellos los agarraban del pelo y los puyaban en el pecho, y después los empujaban a la fosa.

Otro testigo declara que cuando fueron a buscar a su hijo Pedro de cinco años, “ahí estaba tirado, mi chiquito muerto”. Tuvieron que dejarlo en la huida, y “ahora por fin está enterrado en el cementerio de Cunén”, después que los antropólogos forenses identificaron sus restos.

Y dice otro: “los soldados primero quemaron las casas y a los niños que estaban allí les cortaron el pescuezo con cuchillo, la cabeza la usaban como pelota, nunca se me ha olvidado y nunca se me va a olvidar”.

Los lomos, las entrañas, los costillares asándose al aire libre en San Francisco Nentón. Huele a chamusquina. En el helicóptero venían dos cajas de ron Botrán, también los pobladores las acarrearón solícitos. Un cabo va, botella en mano, llenando los vasos de cartón. Parlantes, un equipo de sonido que toca un corrido norteño. Sigue de moda *La banda del carro rojo*. Están de moda los Tigres del Norte. Los soldados de cabezas rapadas bailan entre ellos, las pesadas botas asentándose con torpeza sobre el lodo ensangrentado. Uno que quiere pasarse de gracioso se agarra los pantalones de camuflaje, que le quedan flojos, como si fuera una falda.

El acusado tiene también los auriculares puestos, y no se inmuta. Siguen las historias contadas en un idioma que no entiende. Vientres de mujeres abiertos a cuchillo para sacarles a los hijos en gestación. Los soldados hacían fila para violar a las mujeres, fueran ancianas o jóvenes, y luego las degollaban. Una niña de 13 años terminó muerta después de que tantos pasaron por ella. A un padre lo obligaron a ver cómo torturaban a su esposa y a sus hijos.

El 10 de mayo de 2013 el tribunal dictó sentencia condenando al acusado a la pena de 80 años de prisión inmutable: 50 años por genocidio y 30 años por delitos contra los deberes de humanidad. Ese mismo día fue trasladado al cuartel de Matamoros en calidad de prisionero.

La sentencia fue recurrida ante la Corte de Constitucionalidad, y, en el entretanto, la Asociación de Veteranos Militares de Guatemala hizo publicar pronunciamientos amenazando con sacar a las calles a 50 000 paramilitares de las Patrullas de Autodefensa Civil. El Comité Coordi-

nador de Asociaciones Comerciales, Industriales y Financieras (CACIF) demandó también la nulidad de la sentencia.

El 20 de mayo de 2013, en una votación de tres contra dos, la Corte de Constitucionalidad anuló todo lo actuado por el tribunal, y ordenó que el juicio regresara al estado en el que se encontraba en noviembre de 2011. El acusado fue liberado de la prisión militar y puesto bajo arresto domiciliario.

Se programó un nuevo juicio fue para el mes de enero de 2015, pero no comenzó sino en marzo de 2016 debido a dilatorias procesales. Para ese entonces, un dictamen forense solicitado por la defensa había establecido que el acusado padecía de “demencia vascular mixta cortical y subcortical de naturaleza senil”.

El tribunal dio por bueno el dictamen y resolvió que, con base en la condición del reo, no se demandaría su presencia en las vistas, que se realizarían a puerta cerrada; y que, de ser hallado culpable, no cumpliría ninguna pena de prisión. Tras nuevos retrasos, el juicio no comenzó sino en octubre de 2017, con una sola audiencia semanal, los viernes por la mañana.

A pesar de que estaba eximido de presentarse en el juicio, los familiares decidieron llevar al acusado en camilla a la sala de audiencias, asistido por una enfermera. En las fotos se le ve cobijado hasta el cuello, con lentes oscuros, y una cánula de oxígeno en la nariz. Su hija, Zuri aparece en primer plano, envuelta en un chal rojo, en actitud de cuidarlo, mientras a sus espaldas abogados y jueces escuchan uno de los alegatos, indiferentes a la escena. Al centro, entre las mesas a las que están sentados, hay media docena de contenedores plásticos con documentos del juicio.

Murió pocos meses después, a los 91 años, el 1° de abril de 2018, Domingo de Resurrección. Su abogado informó de manera escueta que había sufrido un paro respiratorio, consecuencia de su avanzada edad.

Fue sepultado ese mismo domingo en el cementerio de La Villa de Guadalupe de la ciudad de Guatemala. Se gritaron vivas al fallecido, y mueras al comunismo. Hubo discursos encendidos de sus partidarios. Su

hija Zuri dijo frente a la tumba: “mi padre murió libre, recuérdenlo todos, libre”.

Se le rindieron honores militares. Miembros del Estado Mayor de las fuerzas armadas, en uniforme de gala, condujeron el féretro, cubierto con la bandera nacional, y una escuadra de fusilería disparó tres salvas mientras descendía a la fosa.

En 2019 Zuri se presentó como candidata a la presidencia. Cuando el Tribunal Supremo Electoral anuló su participación, porque la Constitución lo prohíbe a los responsables de un golpe de Estado y sus parientes inmediatos, aparecía en las encuestas como segunda en intención de voto.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abel: 206
 Ahuítzotl: 317
 Alamán, Lucas: 261
 Alatorre, Antonio: 15, 80, 105, 180-181, 260
 Albarrán Acosta, Jonathan Misael: 363
 Alcalá, fray Jerónimo de: 256
 Alceste: 144, 158
 Aldington, Richard: 203
 Alejandro VI: 218
 Alemán Valdés, Miguel: 78
 Alfonso X: 73
 Alighieri, Dante [Durante]: 15, 115-137, 178, 196
 Alit: 170
 Almela y Vives, Francisco: 134
 Alonso, Amado: 16, 271-272, 274-275, 277-286
 Aloysius Joyce, James Augustine (*véase* Joyce, James)
 Altolaguirre, Manuel: 320
 Alvarado Tezozómoc, Hernando de: 255
 Álvarez Buylla, Arturo: 335
 Anderson, Arthur J. O.: 255
 Ángel, Adrián del: 182-183
 Anzieu, Didier: 234
 Apolo: 212
 Aquino, Tomás de: 128
 Argan: 148-149
 Aristóteles: 126, 134, 217
 Armande: 142
 Armas Marcelo, Juan Jesús: 353
 Arnold: 127
 Arreola, José María: 243
 Arreola, Juan José: 15, 107, 177-186
 Arreola, Orso: 181
 Arroyo, Raúl: 353-354
 Aruet (*véase* Voltaire)
 Aubin, Joseph-Marius-Alexis: 249
 Augusto: 120
 Augusto Fernández Guardiola: 335
 Augusto Shelley, Jaime: 85
 Aurox, Sylvain: 253
 Ayala Falcón, Maricela: 249
 Azaña, Manuel: 338-340
 Bada, Ricardo: 208-209
 Bal y Gay, Jesús: 334
 Balmes, Jaime: 119
 Balza, José: 359, 362
 Bañuelos, Juan: 85
 Baptista Peset, Joan: 341
 Barca, Calderón de la: 134
 Barlow, Robert H.: 263
 Barnacle, Nora: 192, 201

- Baron, Michel: 159
 Barraza, Georgina: 356, 359, 363
 Barrientos, Juan Miguel: 163
 Barriga Puente, Francisco: 248-249, 263
 Barriga Villanueva, Rebeca: 262, 264
 Barthes, Roland: 319
 Bartra, Agustí: 85
 Bartra, Roger: 15, 103, 111, 169
 Baudelaire [Charles]: 234
 Bauer, Felice: 207
 Bauzá, Francisco: 130
 Beach, Sylvia: 192, 200
 Beatriz: 116, 121, 131
 Beauval: 159
 Beckett, Samuel: 260
 Bèjart, Armanda: 159
 Bèjart, Joseph: 159
 Bèjart, Louis: 159
 Bèjart, Madelèine: 159
 Bello [Andrés]: 282
 Belmar, Francisco: 263
 Beltrán, Rosa: 101
 Beltrán Cabrera, Francisco Javier: 354
 Benedico, Augusto: 334
 Bennett, Arnold: 200
 Benoist-Méchin, Jacques: 200
 Béalde: 149
 Berárd, Victor: 193
 Bergerac, Cyrano de: 141
 Bergman, Ingmar: 192
 Bernal, Facundo: 78
 Bernal, Ignacio: 264
 Bertolotti, Virginia: 353, 361
 Berumen, Humberto Félix: 94
 Blake, William: 191, 369
 Blasco Ibáñez, Vicente: 328, 338
 Blécourt, Willem de: 171
 Blecua, José Manuel: 356
 Bloom, Leopold: 193-196, 209
 Bloom, Marion: 201
 Bloom, Molly: 193-194, 197, 199, 205
 Boas, Franz: 242
 Boccaccio, Giovanni: 116
 Bonifacio VIII, papa: 132
 Bonifaz Nuño, Rubén: 232
 Bonnefoi: 148
 Borah, Woodrow: 253
 Borges, Jorge Luis: 15, 116, 182-187, 191, 205-206, 208, 236, 272-275, 279
 Bosque, Ignacio: 353
 Boswell: 267
 Boylan, Hugh: 195, 199
 Bram Stoker: 171
 Brecht, Bertolt: 251
 Brècourt: 159
 Breton, André: 198
 Brod, Max: 207
 Browne, Malcolm W.: 369
 Brunelleschi: 123
 Buen, Óscar de: 334
 Bulgákov [Mijaíl]: 141-143, 161
 Buñuel, Luis: 333
 Burillo, Alejandro: 349
 Butler Yeats, William: 203

- Cadic, Edouard: 191
 Calderón, Carmen: 120
 Calderón, Fernando: 328
 Campbell, Lyle: 248
 Candela, Félix: 334
 Canetti, Elias: 207
 Cannell, Skipwith: 203
 Capetillo, Manuel: 90
 Capistrán, Miguel: 182
 Cárdenas, Lázaro: 166
 Carlos III: 220
 Carlos XII: 139
 Carochi, Horacio: 251
 Carranza, Venustiano: 242
 Carreño, Alberto María: 351, 363
 Carroll, Lewis: 205
 Carver, Raymond: 238
 Casanova, Giacomo: 201
 Casares Quiroga, Santiago: 339
 Casas, Bartolomé de las: 215, 218
 Castañón, Adolfo: 21, 99, 103, 105, 107, 111, 115, 351, 354, 358-359, 361
 Castelo, Juan del: 337
 Castera, Pedro: 325
 Castillo Farreras, Víctor Manuel: 251
 Castro Leal, Antonio: 322
 Catalina [la Grande]: 143
 Cavallero, Pablo: 275
 Celorio, Gonzalo: 15-17, 21, 77, 89, 91, 101, 163, 165, 167-168, 177, 347
 Centzon Huitznahua: 164
 Cernuda, Luis: 234, 334
 Cervantes, Miguel de: 101, 122, 125, 130, 134, 187, 365
 Chalussay, Le Boulanger de: 147
 Chandler: 268
 Charles: 255
 Charpentier, Marc Antoine: 138
 Chateaubriand, François-René de: 119
 Chaunu, Pierre: 248
 Chavero, Alfredo: 213
 Che Guevara: 373
 Chéjov, Anton: 238
 Chimalpahin [Domingo Francisco]: 259
 Chimalpopoca: 164
 Chimalpopoca Galicia, Faustino: 263
 Cicerón: 137
 Cifuentes, Bárbara: 261
 Clifford, Martha: 195
 Coatlicue: 164
 Cocteau, Jean: 197, 205
 Coe, Michael D.: 249-250
 Coetze, J. M.: 190
 Cohen, Bella: 196
 Colbert, Jean-Baptiste: 145-146, 152-153
 Collins Snow, Clyde: 370-371, 377
 Comas, Juan: 334
 Company Company, Concepción: 15-16, 21, 23, 25, 55, 69, 89, 91, 109, 187, 259-260, 262, 264, 351, 354-357, 359, 361, 363
 Constant, Benjamin: 159
 Cook, Sherburne F.: 253
 Cooper, Brian: 190
 Corbella, Dolores: 362

- Córdoba, Arturo de: 269
 Corneille [Pierre]: 153
 Coronado, Eligio Moisés: 353, 359
 Cortázar, Julio: 181-182, 184, 187
 Cortés, Hernán: 165, 221, 259-260
 Cosgrave, Vincent: 194, 201
 Cosío Villegas, Daniel: 364
 Costa Álvarez [Arturo]: 283
 Costero, Isaac: 334-335, 342
 Cournos, John: 204
 Coyolxauhqui: 163-165
 Crestani, Antonio: 17, 349, 366
 Croce [Benedetto]: 127
 Cruz, Felipe: 378
 Cuauhtémoc: 16, 314-315, 317
 Cuevas Suárez, Susana: 247
 Cuitláhuac: 296, 314-315
 Curzio, Leonardo: 357
- Dakin, Karen: 249
 D'Alembert, Jean: 143
 Dante (*véase* Alighieri)
 Danton: 158-159
 Darantieri, Maurice: 192
 De Brie: 159
 Dedalus, Simón: 195
 Dedalus, Stephen: 193-194
 D'Eglantine, Fabre: 158
 Díaz, Manuel: 339
 Díaz, Porfirio: 118, 242
 Díaz del Castillo, Bernal: 259
 Díaz Gómez, José Luis: 16, 111, 333, 355
 Díaz González, Manuel: 333, 342
- Díaz López, Guillermo: 336
 Díaz Mirón, Salvador: 324
 Dibble, E.: 255
 Diderot, Denis: 158
 Dignam, Paddy: 195, 209
 Domingo, Casares: 339
 Domingo, Marcelino: 339
 Domínguez Aragonés, Edmundo: 80
 Donatelo: 124
 Doré, Gustave: 116
 Du Croisi: 159
 Du Parc: 159
 Dueñas: 111
 Dujardin, Édouard: 197, 201
 Durán, fray Diego: 299, 302
 Durhkeim, Émile: 212
- Ehrenberg, Felipe: 182
 Einstein, Albert: 16, 225-226, 228
 Elizondo, Salvador: 208
 Ellmann, Richard: 201, 207
 Enrique IV: 152
 Epicuro: 140
 Erasmo: 122
 Erasto: 140
 Esalí: 94
 Esquilo: 120, 134
 Etkind, Marc: 234, 236
 Eurípides: 134
- Fabre: 159
 Falla, Ricardo: 372-374
 Faraday: 225

- Fauré: 268
 Federico [el Grande]: 143
 Felipe II: 153
 Felipe IV: 157
 Fernández, Fernando: 319, 330, 353
 Fernández Gordillo, Luz: 260
 Fernández Ledesma [Enrique]: 327
 Fernández Osorio Tafal, Bibiano: 334
 Ferrari, Patricio: 189
 Fierro, Julieta: 16, 223, 355
 Filinto: 158
 Fleischman, Marthe: 195
 Flint, F. S.: 203
 Flores, Ernesto: 80, 326
 Florescano, Enrique: 249
 Fouquet, Nicolás: 145, 151
 Fra Angélico [Guido di Pietro]: 123
 France, Anatole: 125
 Francisco I: 152
 Frenk, Margit: 359
 Freud, Sigmund: 192
 Fuentes, Carlos: 15, 94, 101, 208, 354

 Galilei, Galileo: 124, 131, 217, 229
 Gallego, Pedro: 336
 Gamio, Manuel: 16, 241-243, 263
 Gaos, José: 333, 335
 García Calderón, Ventura: 320
 García Cubas, Antonio: 118
 García de la Concha, Víctor: 353
 Garcíadiego, Javier: 15, 101, 105
 García Icazbalceta, Joaquín: 256, 259, 261, 263, 363

 García Lorca, Federico: 334, 342
 García Márquez [Gabriel]: 26
 García Oropeza, Guillermo: 80
 Garfías, Pedro: 342
 Garibay, Ricardo: 182
 Garibay K., Ángel María: 255, 257, 263
 Garrido, Felipe: 15-16, 80, 89-90, 107, 177, 179, 181, 265, 352, 357-359
 Gassendi, Pierre: 139
 Gasset Alzugaray, Ricardo: 340
 Genovés, Santiago: 334
 Gerardi, Juan: 379
 Ghiberti [Lorenzo]: 124
 Gide, André: 190
 Gifre, Martinell: 26
 Gilbert, Stuart: 194
 Gilberti, fray Maturino: 256, 258
 Giotto: 123
 Giral, José: 334
 Glantz, Margo: 101, 354
 Glindon, William: 216
 Goethe [Johan Wolfgang von]: 119, 125, 133, 134, 196
 Gógol, Nikolái: 197
 Gómez de Silva, Guido: 361
 Gómez Haro, Claudia: 180
 Gómez Robledo, Antonio: 136
 Góngora [Luis de]: 125, 130
 González, Artemio: 80
 González, Héctor: 78
 González Casanova, Pablo: 16, 241-244

- González Crussí, Francisco: 362
 González León, Francisco: 326
 González Pérez, Aurelio: 15, 105, 262, 352, 363
 Goulding, Richie: 195
 Gracián, Baltasar: 328
 Graham, Ian: 250
 Granada, fray Luis de: 328
 Grimarest, Jean le Gallois de: 138-140, 143, 147
 Grimm, hermanos: 173
 Grolier: 250
 Guedea, Rogelio: 353
 Guerra, Amelia: 80
 Guerra, José: 216
 Guevara, reportero: 90
 Guilmáin, Ofelia: 334
 Guiza y Acevedo, Jesús: 136
 Gustavo Adolfo, monarca: 152
 Gutiérrez, Eulalio: 115
 Gutiérrez Nájera [Manuel]: 325
 Guzmán, Verónica: 359
- H. D., poeta: 203
 Halfter, Rodolfo: 334
 HARRISSE, Henry: 261
 Hathaway, Anne: 195
 Henrik, Niels: 206
 Henríquez Ureña, Pedro: 118, 359, 362
 Henry Sayce, Archibald: 200
 Heráclito de Éfeso: 202, 212
 Hernández, Axel: 359
 Hernández Triviño, Ascensión: 55, 109, 247, 254
 Herodes, rey: 381
 Herrera Meza, Carmen: 258
 Herrera y Tordesillas, Antonio de: 259
 Herrera Zapién, Tarsicio: 15, 163
 Hesíodo: 212
 Higashi, Alejandro: 16-17, 319, 352, 358, 363, 365
 Hiriart, Hugo: 15-16, 99, 267
 Hiroshige: 268
 Hobbes, Thomas: 16
 Hodge, John: 143
 Hokusai: 268
 Homero: 120, 125-126, 130, 134, 212
 Horacio: 77
 Horcasitas, Fernando: 263
 Huerta, Efraín: 85
 Hughes, Langston: 83
 Huitzilopochtli: 164-165, 295, 317
 Humboldt: 286
- Ibáñez, Vicente: 328, 338
 Ibsen, Henrik: 202
 Isaías: 185
 Isasi Martínez, Carmen: 55
 Iturbide, Agustín de: 216
- Jacobo Árbenz: 380
 James, Henry: 198
 James, William: 198
 Jaramillo Agudelo, Darío: 353

- Jaucourt, Louis de: 158
 Jeep, Johannes: 196
 Jiménez Solís, Valdemar: 78
 Jitrik, Noé: 15, 352-353
 Jodolet: 159
 Johansson K., Patrick: 16, 260, 293
 José Agustín: 94
 José Esteban: 319
 Jouvet, Louis: 268
 Joyce, James: 190-197, 199-207
 Joyce, Stanislaus: 198
 Julio Alejandro, guionista: 333
- Kafka, Franz: 184-185, 207
 Kaliffa, Dominique: 231
 Kaluza, Theodor: 16, 228
 Kane, Matthew F.: 209
 Kant, Emmanuel: 217, 267
 Karloff, Boris: 239
 Karttunen, Frances: 256
 Klein, Ozkar: 228
 Knorozov, Yuri: 249
 Kobrak, Paul: 372, 375
 Kovadloff, Santiago: 362
 Kraus, Arnoldo: 237-238
- Labastida, Jaime: 16, 85, 103, 211
 Lacadena García-Gallo, Alfonso: 250
 Lagunas, fray Juan Baptista de: 256
 Landa, fray Diego de: 249
 Lapesa, Rafael: 260
 Lara, Luis Fernando: 260, 262
 Lara Zavala, Hernán: 181
 Larbaud, Valery: 197, 199-200
- Lastra, Yolanda: 15-16, 109
 La Thorelliére: 159
 Laugeroud, Kjell: 379
 Laughton, Charles: 268
 Lautréamont [conde de]: 232
 Lawrence, D. H.: 205
 Le Brun, Charles: 156
 Leibniz, Gottfried Wilhelm: 217
 León, Eugenia: 330
 León Felipe: 334
 León-Portilla, Miguel: 213, 247-248, 254-255, 257, 263-264
 Le Page: 278
 Levin, Harry: 189-190, 193, 197
 Lida, Miranda: 272
 Linati, Carlo: 194
 Lizalde, Eduardo: 15, 103, 352
 Lledó, Emilio: 359
 Lockhart, James: 252, 255-257, 262
 Longino: 127
 Lope Blanch, Juan M.: 259, 262, 356
 López, Estela Alicia: 94
 López Austin, Alfredo: 257
 López Baralt, Luce: 353
 López Cotilla [Manuel]: 81
 López de Gómara, Francisco: 259
 López Narváez, Froylán: 207
 López Portillo, Margarita: 183
 López Velarde, Ramón: 16, 85, 321, 323, 326-331, 361
 Loredó, Lunita: 190
 Lowell, Amy: 203
 Lucila: 140

- Lucile Dupin, Amantine Aurore: 205
- Luis XIII: 150
- Luis XIV: 141, 143-144, 146-147, 149-151, 153-158, 161
- Luis XVI: 143
- Lully, Jean-Baptiste: 138
- Lynch: 196
- Machado, Antonio: 83-84, 211, 236, 338
- Macuilxóchitl: 298
- Madero, Francisco I.: 166
- Madox Ford, Ford: 205
- Madox Hueffer, Ford: 203
- Mairena, Juan de: 211
- Mallarmé, Stéphane: 125, 130, 191, 206
- Mallet, Edme: 158
- Mandujano, Rocío: 357
- Manrique, Leonardo: 247
- Maquiavelo [Nicolás]: 124
- Marañón, Gregorio: 338
- Marco Tulio: 137
- Margarita Villarreal, Minerva: 353
- Marmontel, François de: 158
- Martín Butragueño, Pedro: 16, 55, 109, 260, 262, 271, 355-357, 362
- Martínez, José Luis: 130, 181, 321-323, 326, 330-332
- Martínez Baracs, Andrea: 255
- Martínez Baracs, Rodrigo: 16, 99, 247, 255, 319, 352, 359
- Martínez González, Alma Rosa: 247
- Massart: 90
- Mata, Carlos Ulises: 321-323, 326-327, 330-331
- Mata Gil, Milagros: 191
- Matos Moctezuma, Eduardo: 15-16, 103, 241, 263, 354
- Maximiliano [emperador]: 263
- Maxwell: 225, 228
- Mazarino, cardenal: 150-151
- McDowell, Edwin: 192
- Medina, Patricia: 80
- Melville, Herman: 231, 236-237
- Méndez, Rafael: 335
- Mendoza, Elmer: 94
- Mendoza, Héctor: 179
- Menéndez Pelayo [Marcelino]: 127, 354
- Merlo de la Fuente, Juan: 214
- Metsvahi, Merili: 170
- Mier, Servando Teresa de: 216
- Miguel Ángel: 123-124
- Millán Astray, general: 334
- Millán Peraza, Miguel Ángel: 78
- Miller, Henry: 205
- Milton [John]: 119-120, 126, 134
- Molière: 15, 134, 137-161
- Molina, fray Alonso de: 251, 265
- Molina, Silvia: 99, 359
- Molina, Tirso de: 179
- Mondrian: 269
- Monnier, Adrienne: 200
- Montes de Oca, Francisco: 134, 136

- Monzón, Cristina: 258
 Morelos, José María: 216
 Moreno de Alba, José G.: 260, 361
 Moreno Villa, José: 333
 Morett Álvarez, Sonia: 282-283
 Morgado, Miguel Ángel: 93
 Morrissey, Paul: 192
 Motecuhzoma: 295
 Mulvey: 199
 Muntzel, Martha C.: 247
 Muñiz-Huberman, Angelina: 105, 111, 334, 353, 359
 Muñoz Molina, Antonio: 353
 Murià, José María: 107
 Musset, Alfred de: 205
 Mutis, Álvaro: 189
- Nanahuatzin: 316
 Nandino, Elías: 80
 Nansen Bustamante, Horacio Enrique: 79-81, 83-86, 89
 Naranjo, Francisco: 214
 Nava López, Fernando: 55, 109
 Nealon, Sharon: 203
 Nebrija, Antonio de: 253
 Negrín, Juan: 341
 Neruda, Pablo: 320
 Nervo, Amado: 325
 Newton, Isaac: 16, 217, 224, 226
 Nicol, Eduardo: 334
 Nieto, Dionisio: 335, 342
 Nietzsche [Friedrich]: 319
 Nim, Anaïs: 205
 Nocret, Jean: 156
- Noria, David: 261
- O'Connell: 209
 O'Donjú, Juan: 216
 Oliva, Óscar: 85, 354
 Olmos, fray Andrés de: 214, 251, 254
 Olvera, Adelina: 117
 Orgón: 155
 Orozco [José Clemente]: 90
 Orozco y Berra, Manuel: 263
 Ortega y Gasset, José: 275-276, 338, 340
 Ovidio: 135
- Pacheco, José Emilio: 325
 Padura, Leonardo: 353
 Paiz, Leonel: 371
 Palacios, Niktelol: 260
 Páramo, Andrés: 337
 Paringault: 148
 Pasarić, Maja: 171
 Paso, Fernando del: 208
 Pater: 127
 Paz, Octavio: 182, 249
 Peccerelli, Freddy: 370-371, 377
 Peden, William: 207-209
 Pellicer, Carlos: 85
 Peña, Ernesto de la: 103
 Perales Rabasa, Francisco J.: 247
 Pereda, José María: 328
 Pereira Ocejó, Florentino: 78
 Pérez, Stanis: 153
 Pérez de Bocanegra, Hernán: 260
 Pérez Martínez, Herón: 361

- Pérez Romo, Alfonso: 15, 352-353, 359
- Pérez Tamayo, Ruy: 15, 352, 354
- Pérez y Ramírez, Pedro F.: 78
- Perrault, Charles: 173-176
- Pessoa, Fernando: 189
- Petrarca [Francesco]: 128
- Pezuela, Juan de la: 117
- Picasso, Pablo: 205
- Pimentel, Francisco: 263
- Piñera, David: 353
- Piñon, Nélida: 352
- Pitágoras: 212
- Pizarro, Jerónimo: 189
- Platón: 122, 134
- Plotino: 127
- Plutarco: 127, 134
- Poe, Edgar Allan: 107, 236
- Ponce, Manuel M.: 357
- Poot Herrera, Sara: 107, 177, 354
- Popper, Amalia: 201
- Poquelin, Jean-Baptiste (*véase* Molière)
- Portinari, Beatrice: 196
- Pound, Ezra: 203-204
- Pourceaugnac: 139, 148
- Prescott, William H.: 259
- Price, Brian L.: 207-208
- Prieto, Carlos: 105, 261, 359
- Primo Levi: 238
- Prokófiev: 267
- Proskouriakoff, Tatiana: 249
- Proust, Marcel: 205
- Puche, José: 335, 341
- Puerto, Nicolás del: 214
- Purefoy, Mina: 196
- Quevedo [Francisco de]: 122
- Quinn, John: 204
- Quirarte, Martín: 137
- Quirarte, Vicente: 16, 99, 101, 103, 107, 231
- Quiroga, obispo Vasco de: 258
- Ramírez, reportero: 90
- Ramírez, Sergio: 17, 353, 369
- Ramírez Luengo, José Luis: 16, 21, 69-75, 353
- Ramón y Cajal, Santiago: 335
- Ramos, María: 375
- Rembrandt: 99
- Remedios Varo: 334
- Revueltas, Eugenia: 363
- Reyes, Alfonso: 15, 101, 115-118, 121-133, 135-136, 320, 334, 354
- Reyes García, Luis: 257
- Reyes Peralta, Paola Nayabel: 363
- Ricci, Stefano: 115
- Richelieu, cardenal: 150
- Rimbaud, Arthur: 191
- Rincón, Antonio del: 251
- Ríos Montt, Efraín: 370, 372, 378-381
- Riva Palacio, Vicente: 118, 213, 325
- Rivas, Arturo: 80
- Rivas Mejía, Alma Irene: 363
- Rivera, Claudia: 371
- Robespierre: 158-159
- Rodríguez, Luis I.: 341

- Rodríguez Lafora, Gonzalo: 342
 Rodríguez Urruti, Hugo: 130
 Rodríguez van Gort, Mary Frances: 363
 Rolland, Romain: 134
 Rosell, Cayetano: 134
 Rosenzweig, Gabriel: 122
 Roskamp, Hans: 258
 Rouaix, Pastor: 242
 Rousseau, Jean-Jacques: 143-144
 Ruiz de Del Valle, Magdalena: 349, 365
 Ruiz Dueñas, Jorge: 15, 111, 189, 352
 Rulfo, Juan: 80, 107, 178, 181
- Sade [marqués de]: 205
 Sahagún, fray Bernardino de: 255, 259, 300, 302-303
 Saint-Beuve [Charles Augustin]: 127
 Saint-Claire: 142
 Saint-John Gogarty, Oliver: 194
 Saldaña, Jorge: 180
 Sampedro, José de Jesús: 353-354
 Sánchez Cordero, Jorge Antonio: 351
 Sánchez Máyans, Fernando: 78
 Sánchez Vázquez, Adolfo: 249
 Sanctis, Francesco de: 127, 134
 Sand, George, baronesa de Duvevant: 205
 Sansón Flores, Jesús: 78, 80
 Santa Cruz, Melchior de: 281
 Santamaría, Francisco J.: 261
 Sauermann, Charlotte: 203
 Savonarola: 123
 Schele, Linda: 249
- Schelegel, August Wilhelm von: 160
 Schwartz, Stuart B.: 252
 Search, Alexander: 189
 Seler, Eduard: 242
 Serrano Migallón, Fernando: 101, 111, 349, 352, 354
 Sganarelle: 138
 Shakespeare [William]: 119-120, 125, 130, 134, 195, 197, 234
 Shaw, George Bernard: 196, 205
 Sierra, Justo: 263
 Sigüenza y Góngora, Carlos de: 214, 219-220
 Silva-Herzog Márquez, Jesús: 16, 111
 Silvestre, Felipe: 371
 Smisor, George T.: 263
 Sócrates: 134
 Solomon, Andrew: 237
 Solórzano, Javier: 357
 Sosa, Francisco: 351
 Spinoza, Baruch: 217
 Stephen: 196
 Stravinsky, Ígor: 205
 Styron, William: 237
 Sullivan, John: 255
 Sulzer, Georg: 158
 Svevo, Italo: 205
 Swadesh, Mauricio: 248
 Symons, Arthur W.: 204
- Tagore, Rabindranath: 134
 Tellier, François le: 152
 Tena Martínez, Rafael: 257
 Terencio: 141

- Teuhciztécatl: 316
 Tezcatlipoca: 297
 Thompson, J. Eric S.: 249
 Thouvenot, Marc: 258
 Tintoretto: 268
 Tláloc: 165
 Tlapaltécatl Opochtzin: 317
 Toledo, Alejandro: 208
 Tolstói [León]: 133-134
 Toma, Nicolás: 381
 Torri, Julio: 320
 Trudgill, Peter: 276
 Trujillo Muñoz, Gabriel: 16, 77, 89, 91-93, 95, 353
 Tweedy, Marion: 190

 Ulpiano, jurista romano: 155
 Unamuno, Miguel de: 334
 Upward, Allen: 204
 Usher, Roderick: 236

 Valadés, Diego: 15, 99, 137, 354
 Valéry, Paul: 234, 236
 Valiñas Coalla, Leopoldo: 249, 264, 352
 Valle, Antonio del: 17, 363
 Valle, Óscar del: 351
 Valle Ruiz, Antonio del: 349
 Vallejo [César]: 187
 Vallejo, Irene: 363
 Vasconcelos, José: 15, 115-116, 118-124, 126-127, 129, 133-136
 Vega, Lope de: 134
 Vega Barrera, Rafael de: 337

 Vela, Arqueles: 190
 Velasco, Francisco: 381
 Velásquez García, Erik: 250
 Vélez, Lupe: 239
 Velo, Carlos: 334
 Vera Cruz, Alonso de la: 214, 217-218, 220
 Verdonk, Robert A.: 353
 Vico, Giambattista: 193, 286
 Vigeland, Gustav: 206
 Villarías, José María: 363
 Villaurrutia, Xavier: 107
 Virgilio: 116, 120, 126-127, 131, 135
 Vitoria y Ginés de Sepúlveda, Francisco de: 218
 Vizcaíno Valencia, Rubén: 78, 80
 Voltaire: 137, 139-141, 143, 158
 Vossler [Karl]: 286

 Wagner, Fernando: 177
 Walter Gabler, Hans: 192
 Warren, J. Benedict: 256
 Weinberg, Liliana: 99, 101, 105, 353-354, 359
 Weinreich, Uriel: 276
 West, Paul: 190
 Whale, James: 239
 Whitman, Walt: 208
 Williams, William Carlos: 203
 Wolf, Virginia: 200, 205

 Ximénez, fray Francisco: 258
 Xirau, Ramón: 208
 Xiuhtecuhtli: 315

Yáñez, Agustín: 80, 136

Yeats [William Butler]: 191, 204

Young, J. Z.: 247

Zaid, Gabriel: 319, 321, 326

Zapata, Aidé: 93

Zenón de Elea: 184

Zepeda, Eraclio: 85

Zeus: 126

GABINETE EDITORIAL
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Alejandro Higashi
Responsable académico

Agustín Herrera Reyes
Coordinador editorial

Edgard Osorio Serdán
Gestión, distribución y ventas

Editores

Alejandra García
Maribel Madero
Sergio Negrete
Rebecca Ocaranza
Alejandro Rivas

Memorias
vol. XLVIII [2022], año XIII

Se terminó de imprimir en marzo de 2023,
en los talleres de Mujica Impresor, S.A. de C.V.,
Camelia 4, Col. El Manto, alcaldía Iztapalapa, 09830
Ciudad de México. En su composición se utilizaron
los tipos Bembo MT Pro en 9:11, 11:15 y 12:15
puntos. El tiraje consta de 100 ejemplares sobre
papel Kromos ahuesado de 75 g y cartulina
SBS de 12 puntos en portada.

Cuidado de la edición: Rebecca Ocaranza Bastida
Coordinación editorial: Agustín Herrera Reyes